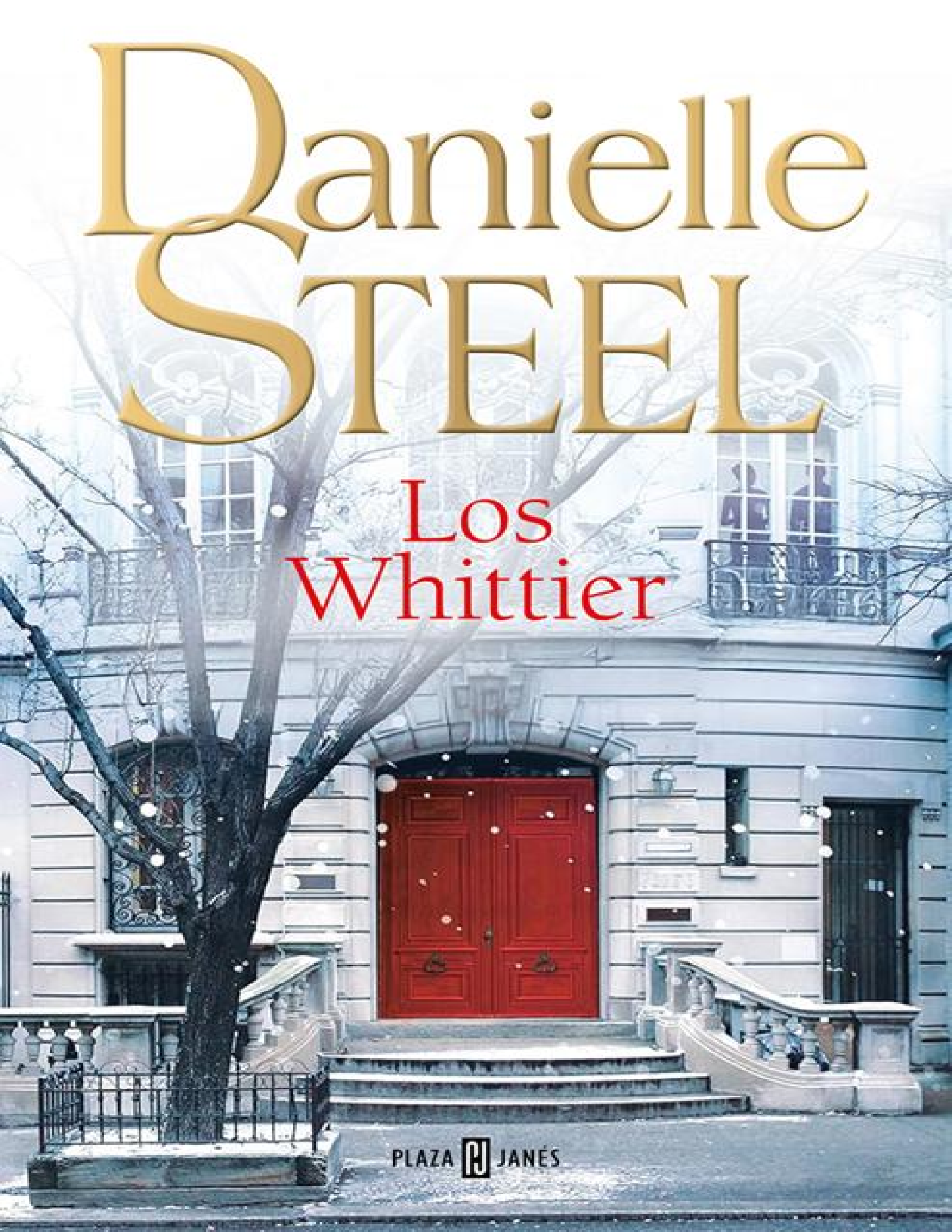
Danielle Steel

Los Whittier



PLAZA JANÉS

Danielle STEEL

Los Whittier

Traducción de
Isabel Murillo Fort

PLAZA JANÉS

A mis maravillosos hijos,
Beatie, Trevor, Todd, Nick,
Samantha, Victoria, Vanessa,
Maxx y Zara.
Valoraos y honraos los unos a los otros
y también todos los recuerdos que
compartimos eternamente.
Con todo mi amor y mi corazón,
os quiero a todos

Mamá / D. S.

1

Cada año, tres semanas después de Navidad, Preston y Constance Whittier abandonaban Nueva York para irse de vacaciones. Cuando los niños eran pequeños, su querida ama de llaves alemana, Frieda, y la niñera que estuviera trabajando en aquel momento en la casa, se quedaban a cargo de sus seis hijos. Volvían renovados y llenos de energía después de su interludio romántico de dos o tres semanas a solas. A los dos les encantaba esquiar, y uno de sus lugares de escapada favoritos eran los Tres Valles, en los Alpes franceses. Iban a Courchevel, Val d'Isère o Megève, en Francia, o a Zermatt o St. Moritz, en Suiza. De vez en cuando esquiaban en Aspen o Vail, en Colorado, pero como sus hijos eran mayores, preferían disfrutar de sus vacaciones sin niños en Europa más que en Estados Unidos.

A menudo, aprovechando las vacaciones escolares de invierno, iban a esquiar con sus hijos a Aspen. Pero los viajes a Europa eran un regalo especial que se hacían Connie y Preston. Y normalmente, antes de regresar a Nueva York y reemprender la vida familiar, terminaban su viaje con un fin de semana en París o Londres. Cuando los niños se hicieron mayores, bromeaban con sus padres sobre el viaje y lo llamaban su «luna de miel invernal».

La familia veraneaba en Shelter Island, en una casa enorme que acabaron vendiendo cuando los niños dejaron de pasar los veranos con ellos y mantenerla se convirtió más en una carga que en una

alegría. Connie y Preston habían empezado a optimizar su vida en los últimos años, recortando gastos innecesarios y evitando proyectos que les supusieran mucho trabajo. En verano alquilaban una casa en Maine, en los Hamptons o en Cape Cod, lo bastante espaciosa para que los hijos que así lo desearan pudieran ir a visitarlos unos días o algún fin de semana. Alquilar era más fácil que ser propietario, y el dolor de cabeza de mantener una casa de veraneo había pasado a ser el problema de otros, no el suyo. Sus hijos nunca los visitaban todos al mismo tiempo, así que no necesitaban una casa de grandes dimensiones. Pero Preston y Connie seguían aferrados a la tradición de su luna de miel invernal, como así la llamaban también ellos ahora. Para el matrimonio era importante, y durante todo el año esperaban con ilusión aquella salida. Después de cuarenta y tres años de matrimonio, para ellos seguía siendo como una luna de miel. Constance tenía sesenta y cinco años y el tiempo le había pasado volando. Le costaba creer que todos sus hijos fueran ya adultos. Incluso su «bebé», Annabelle, una sorpresa de última hora, acababa de cumplir ya los veintiuno.

El mayor, Lyle, tenía cuarenta y dos años, estaba casado y era padre de dos hijos, niño y niña: Tommy, de diez, y Devon, de siete. Su esposa, Amanda, había sido una decepción para todos. Diez años atrás, cuando Lyle disfrutaba de su soltería y de una pujante carrera como comercial especializado en desarrollo urbanístico e inmobiliario, dejó embarazada a una chica con la que no estaba saliendo muy en serio y decidió casarse con ella. Amanda nunca consiguió establecer una relación de afecto con la familia, ni la familia consiguió establecerla con ella. Era una chica socialmente ambiciosa. Constance la consideraba muy avariciosa, mientras que la

actitud de Preston hacia su nuera era más condescendiente. Amanda era brillante, animada, divertida y sexy, y sabía mostrarse encantadora con Lyle, pero ya desde los primeros tiempos del matrimonio, Connie vio que su hijo no era feliz. Pero Lyle nunca se quejó. Era fiel a más no poder y, después de aceptar casarse con Amanda, se impuso como objetivo que el matrimonio funcionase.

Amanda nunca trabajó una vez casada. Tenía gustos caros, exigía mucho de Lyle y, en opinión de Connie, daba poco a cambio, pero Connie adoraba a sus nietos y disfrutaba pasando tiempo con ellos.

Annabelle, de veintiún años, y Benjie, de veintiocho, los dos hijos menores de Preston y Connie, seguían viviendo en casa. A Connie le gustaba tener a sus hijos pequeños siempre cerca y a mano. Los mayores, todos ellos con carreras profesionales bien definidas, se habían marchado hacía ya años. Gloria, la siguiente después de Lyle, tenía un puesto importante en Wall Street y brindaba generosamente consejos financieros a sus hermanos y hermanas, se lo pidieran o no. Había adquirido un apartamento precioso en el Upper West Side. Visitaba a menudo la casa de sus padres, pero era feliz viviendo sola, incluso ahora, con treinta y nueve años.

Los gemelos, Caroline y Charlie, se habían comprado a medias un apartamento en el SoHo. Con treinta y tres años, trabajaban tremendamente duro en la próspera marca de moda femenina que habían creado entre los dos. Pasaban el día entero trabajando y habían transformado un antiguo almacén en un loft, una vivienda que adoraban. Inseparables desde pequeños, de adultos habían optado por vivir y construir juntos un negocio. Y la solución les funcionaba bien a los dos.

Lyle era el único de los seis hermanos que estaba casado. Gloria, Charlie y Caroline estaban ocupados con sus respectivas carreras y no había indicios de matrimonio en el horizonte para ninguno de ellos, ni siquiera de relaciones románticas serias en sus mundos vertiginosos. Benjie necesitaba la ayuda de sus padres y, con veintiún años, Annabelle era aún demasiado joven para el matrimonio y no mostraba el más mínimo interés por él. Aunque sí estaba ansiosa por tener su propio apartamento y estaba en negociaciones con sus padres para que le permitieran hacerse con uno. En estos momentos, la independencia de la supervisión paterna era su único objetivo. Pero había abandonado recientemente la universidad, una decisión que no había hecho en absoluto felices a sus padres, y había vuelto a instalarse en casa. Lo cual estaba perjudicando la posibilidad de convencerlos de que lo que necesitaba ahora era más libertad. De modo que las perspectivas de instalarse en un apartamento propio habían quedado pospuestas por el momento. Y Benjie se sentía encantado de tenerla de nuevo en casa con él.

Connie y Preston se conocieron en el baile de debut de ella en Nueva York, cuando la habían presentado en sociedad en un anticuado rito social al que seguía aferrándose su familia. Preston le sacaba diez años y no le prestó atención en aquel momento. Connie no era más que una de las veinticinco chicas de dieciocho años con bonitos vestidos blancos que hacían reverencias a los reunidos en aquel acto e iban acompañadas por chicos de su misma edad. Sus vidas volvieron a cruzarse en el primer trabajo de Connie, poco

después de que ella se graduase en Vassar. Había empezado a trabajar como editora junior en una editorial, donde Preston era ya un editor respetado y con experiencia. Él se fijó en ella de inmediato, puesto que destacaba tanto por su belleza como por su inteligencia. Se casaron el verano siguiente y enseguida formaron una familia.

Connie dejó de trabajar para criar a los hijos que pensaban tener. Preston acabó convirtiéndose en el director de la editorial y se mantuvo en ese puesto durante el resto de su carrera. Ahora, con setenta y cinco años, llevaba diez jubilado. Les gustaba poder pasar más tiempo juntos. Preston había disfrutado de una carrera profesional sobresaliente y tenían intereses similares. Nunca se cansaban de estar juntos y entre ellos seguía existiendo la chispa del romanticismo, que crecía hasta transformarse en una llama firme durante las lunas de miel invernales que pasaban en Europa.

Su entorno familiar era similar. La familia de Preston había amasado una gran fortuna a principios del siglo xx con el negocio del acero y del cobre. El crac del 29 les había pasado factura, igual que el discurrir del tiempo, pero no los borró por completo del mapa, como sí había sucedido con otros. La familia pasó a tener menos que antes, y tuvo que empezar a vivir con más cuidado. Pero ni Preston ni Connie eran personas de lujos. Y a pesar de que la fortuna de Preston había ido disminuyendo con los años, disponían de dinero suficiente para vivir bien. Preston había hecho inversiones inteligentes y ganaba un sueldo respetable. Podían mantener con comodidad a sus seis hijos y llevar un estilo de vida sólido y estable sin extravagancias. Y mientras que sus hijos habían recibido una buena educación y algún día acabarían heredando una suma

modesta, nunca serían tan «ricos» como lo fue su familia. El valor de la casa y las inversiones de Preston los hacían vulnerables a los impuestos, y lo que quedara tendría que dividirse entre seis. Lo que heredaran los ayudaría a comprarse una casa, educar a sus propios hijos y emprender negocios. Con sus herencias vivirían con comodidad, pero ninguno de ellos sería muy rico con lo que sus padres les dejaran.

La madre, Connie, había heredado una pequeña fortuna de sus padres y abuelos aristócratas, pero la familia de ella nunca había sido tan adinerada como la de Preston y la herencia se había quedado en casi nada con el paso de los años. Pero Preston mantenía sin problemas a la familia.

El bien más valioso que tenían para dejar a sus hijos era la casa en la que habían vivido desde antes de que naciese Lyle. Era una vieja mansión que adquirieron por una suma ridículamente pequeña en una subasta por ejecución hipotecaria de cuya existencia se había enterado Connie a través de la prensa. Nadie quería una casa de aquel tamaño y por ello lograron comprarla por un precio que podían permitirse en aquel momento. Estaba en los East Seventies, entre la Quinta Avenida y Madison, una dirección postal impresionante de por sí. En su día había sido una casa muy elegante. Y ellos, a pesar de su tamaño y su historia, habían conseguido convertirla en un hogar. El emplazamiento la convertía en un activo enorme y esperaban que sus hijos pudieran venderla algún día por un precio considerable. Comprarla había sido una gran oportunidad. Cuando Connie se la enseñó, Preston temía que fuera demasiado grande, pero con los seis hijos que acabaron teniendo, terminó siendo una elección perfecta. Tenía molduras bellísimas, unos techos altos

magníficos, elegantes ventanas francesas y varias estancias con paneles de madera. Connie y Preston siempre se esforzaron en mantenerla en perfecto estado, pero con algo de modernización y restauración, unos nuevos propietarios dispuestos a gastar dinero en ella podrían recuperar fácilmente su majestuosidad. De encontrar el comprador adecuado, conseguirían una fortuna. La casa había sido su mejor inversión y valía ahora mucho más de lo que habían pagado por ella cuarenta y dos años atrás.

Era imposible que sus seis hijos quisieran volver a vivir juntos de adultos, sobre todo después de casarse y tener sus propios hijos. Habría que venderla, y así lo habían estipulado ambos en sus respectivos testamentos. Los hijos de Connie y Preston sentían un apego profundo hacia aquella casa, pero venderla aumentaría de forma significativa el dinero que pudieran dejarles, y eso era lo que visualizaban para el futuro de sus hijos cuando ellos ya no estuvieran. Ahora, con solo los dos menores viviendo con ellos, tenían mucho más espacio del que necesitaban. Por el momento, solo Lyle estaba casado y tenía hijos, pero cuando los demás también formaran su propia familia, tampoco querrían la casa. No sería práctico para ellos, y Connie y Preston no se imaginaban a ninguno de sus hijos vendiendo a otro hermano su parte de la casa.

Lyle era el que más éxito profesional estaba cosechando por ahora, ganaba mucho dinero y las cosas le iban muy bien. Gloria cobraba un buen salario y comisiones. Pero la casa no tenía sentido para Lyle y Amanda como pareja con solo dos hijos, y tenían ya, además, un apartamento precioso en el East Side, un poco más hacia el centro. La casa tampoco tenía sentido para Gloria, que, pese a haber cumplido ya los treinta y nueve, seguía soltera después de

una serie de relaciones sin futuro y un compromiso roto a los veintitrés, justo antes de ir al altar. Insistía en que el matrimonio no estaba hecho para ella y en que tenía que volcar toda su energía en su carrera profesional. Connie dudaba de que algún día se casara y pensaba que, si llegaba a hacerlo, sería muy adelante. Gloria, además, adoraba su apartamento en el West Side, en un famoso edificio antiguo con vistas al parque. Charles y Caroline estaban concentrados en que su negocio en el mundo de la moda fuera un éxito y les encantaba el loft que compartían en el SoHo. Vivían y trabajaban juntos.

Y después de que Annabelle dejara la universidad casi al final de la carrera, porque decía que se «aburría», el principal objetivo de sus padres era que retomara pronto sus estudios y se graduara o consiguiera un trabajo, antes que comprarle un pequeño apartamento tipo estudio. Annabelle no podía permitirse pagar un alquiler por el momento y por eso estaba viviendo en casa. Benjie seguiría con ellos, aun siendo mayor que Annabelle, y estaba feliz así.

De manera que Connie y Preston lo tenían muy claro: la casa tendría que venderse algún día. Esperaban poder permanecer en ella hasta que se les volviese demasiado engorrosa de gestionar. Pero, hasta la fecha, disfrutaban de buena salud y seguían felices viviendo allí. Adoraban su viejo caserón y no tenían intención de venderlo en un futuro próximo. No tenían razones para hacerlo. Podían aún permitírselo e ir postergando el mantenimiento, reparando solo lo más urgente.

Frieda, su ama de llaves de siempre, seguía con ellos. Tenía ya sesenta y ocho años. Rondaba asimismo por la casa un joven que

contrataban de vez en cuando, si tenían trabajos pesados que Preston no podía hacer solo, porque a él le gustaba matar el tiempo manteniéndolo todo en buen estado, gestionando con ingenuidad pequeños proyectos. Pero los temas de electricidad y fontanería le iban grandes.

Preston jugaba al golf con otros amigos jubilados y Connie seguía jugando al tenis una vez por semana con un grupo de amigas. De vez en cuando, iban algún fin de semana a Vermont para esquiar. Estaban en forma los dos y el esquí era un deporte que adoraban. Llevaban una vida placentera y se sentían orgullosos de sus hijos, aunque Annabelle les preocupaba en este momento. Necesitaba retomar los estudios o encontrar un trabajo y, no estaba haciendo ninguna de las dos cosas. Sus padres eran de la opinión de que la noche de Nueva York le atraía demasiado, pues no paraba de asistir a fiestas y salir con sus amigos. Sus otros hijos habían tenido las ideas más claras a su edad. Lyle se había graduado en Yale y luego estudió un máster en negocios en Columbia. Gloria estudió en Harvard, tanto el grado como también un máster en negocios. Los gemelos habían estudiado en la Parsons School of Design y desde adolescentes supieron que querían dedicarse a la industria de la moda. Habían emprendido su negocio justo después de graduarse. Caroline era la diseñadora y Charlie, que tenía también un gran sentido de las tendencias de la moda, era el director financiero. Benjie tenía un trabajo que le encantaba en una protectora de animales y vivía consagrado a ello. Annabelle era la única que no tenía una dirección definida, aunque todavía era muy joven. Su madre estaba muy atenta a su evolución, igual que también con la de Benjie. Preston siempre se sintió satisfecho dejando la

responsabilidad de la crianza de sus hijos a Connie. Había estado más implicado con los cuatro mayores, pero con setenta y cinco años tenía la sensación de que ya se le había pasado la edad de regañar a Annabelle por llegar tarde, por dormir hasta el mediodía o por quiénes eran sus amigos. Connie sabía hacerlo mejor y le gustaba seguir en primera línea de la maternidad, más cerca de sus hijos. Preston se conformaba con asesorar a sus hijos mayores, si le pedían consejo, pero ya no quería hacer de policía con ellos; los mayores, de todos modos, hacía años que ya no lo necesitaban. Disfrutaba con la relación adulta de respeto mutuo que mantenía ahora con ellos.

Durante dos o tres maravillosas semanas de enero, Connie y Preston no pensaban en nada de eso. Los niños ya no eran niños y podían apañárselas solos mientras sus padres jugaban y disfrutaban el uno del otro. Era una de las ventajas de la madurez, y ambos la aprovechaban al máximo. Este año no estaba siendo distinto a los demás y, hasta el momento, en Courchevel, el esquí había ido estupendamente y las comidas habían sido excelentes. Se alojaban en el mismo hotel familiar de los últimos años. No era lujoso, pero sí acogedor, confortable y romántico. Sus hijos no habían tenido noticias de ellos desde su llegada a Francia, y tampoco esperaban tenerlas. Eran lo bastante mayores como para dejar que sus padres disfrutaran con tranquilidad de su luna de miel invernal. Y los hermanos mayores se comunicaban a menudo con Annabelle y Benjie para asegurarse de que seguían bien. Charlie pasaba a ver a Benjie con frecuencia y Caroline llamaba a Annabelle, que no se tomaba muy bien las llamadas de su hermana.

Cuando Lyle se despertó el sábado por la mañana, encontró una nota de Amanda en la cocina. Decía simplemente que volvería tarde y que había quedado con unas amigas. Le había dejado apuntada la hora y el lugar del partido de fútbol de Tommy, lo que significaba que no estaría en casa para acompañarlo ella. A Lyle no le importaba llevar a Tommy al fútbol. Le encantaba, de hecho. Durante la semana, trabajaba duro y le gustaba pasar tiempo con sus hijos los fines de semana. Amanda solía ir de compras con las amigas los sábados. Lo de hoy no era un hecho excepcional, aunque Lyle habría preferido que estuviera en casa con ellos. A menudo, Amanda consideraba el sábado como su «día libre», ya que Lyle estaba en casa, podía ocuparse de los niños y ella quedaba exenta de esa obligación. Prefería estar con las amigas.

Lyle levantó a los niños, les dijo que se vistieran y les preparó mientras el desayuno. Después, como tenía tiempo de sobra hasta la hora del partido de Tommy, preparó la comida para Tommy y Devon y se sentó con ellos a la mesa de la cocina para que le explicaran todo lo que habían hecho durante la semana. Disfrutaba siendo un padre activo. A Tommy le gustaba que su padre fuera a verlo a los partidos y Devon nunca se quejaba por tener que acompañarlos. Aspiraba poder entrar en el equipo de fútbol femenino al año siguiente, cuando cumpliera los ocho. Le gustaban los deportes y admiraba a su hermano mayor. Aunque Tommy le sacaba tres años, se llevaban bien, en general. Tommy estaba en quinto, y Devon, en segundo.

Cuando salieron de casa hacía frío, y eso que iban bien equipados para el tiempo de enero. Lyle le mandó a Devon ponerse un jersey adicional debajo de su chaqueta de plumas de color rosa. El partido

empezaba a las dos y Lyle calculaba que estarían por el parque hasta las cuatro. Había preparado termos con chocolate caliente para beber durante el partido y había cogido también galletas. Fueron andando hasta el garaje y desde allí pusieron rumbo hacia el campo de fútbol, situado en el lado oeste de Central Park. Varias madres volvieron la cabeza al verlos llegar y caminar en dirección a las graderías. Tommy se quitó la chaqueta y corrió a reunirse con el equipo y su entrenador. Lyle le había dicho que se pusiera una camiseta térmica debajo de la equipación, con la sudadera que llevaba su nombre grabado a la espalda. Lyle tomó asiento en las graderías, Devon se acurrucó a su lado y él le pasó el brazo por los hombros. Además de la chaqueta, y para no pasar frío durante el partido, Devon llevaba un gorrito de punto también de color rosa, manoplas y orejeras a juego y botas forradas. La niña se parecía mucho a él, tenía el pelo oscuro y grandes ojos marrones. Tommy era blanquito de piel, con pelo rubio y ojos azules, como su madre.

—Hola, Lyle —dijo una de las madres, saludándolo. Era una mujer rubia y atractiva que había ido a ver el partido también con su hija. Como Lyle acompañaba a menudo a Tommy a los partidos, todo el mundo lo conocía—. ¿Dónde está Amanda?

—Hoy anda ocupada —respondió Lyle simplemente, sin apuntar el motivo de su ausencia. No entendía que fuese necesario. No prestaba ninguna atención a las madres que lo miraban con admiración.

Saludó entonces a uno de los padres que se acercó a hablar con él y tomó asiento a su lado, mientras Devon permanecía pegada a él, en el otro. Estuvieron charlando hasta que empezó el partido y volcaron su atención en sus respectivos hijos. Las madres solían

hablar más entre ellas, mientras sus hijas e hijos más pequeños jugaban a su alrededor.

Uno de los compañeros de Tommy marcó un gol y Tommy falló otro. Lyle lo vitoreó y le gritó palabras de ánimo.

Al final, el equipo de Tommy ganó. Y, aunque él no marcó ningún gol, jugó un partido más que respetable. A diferencia de otros padres, Lyle nunca le metía presión a su hijo para que ganaran. En el transcurso del partido, dos madres se acercaron a charlar con él. Lyle era amable con todo el mundo, pero jamás flirteaba con las mujeres. Era alto, con el mismo pelo oscuro que había tenido en su día su padre y con cálidos ojos castaños. Amanda y él formaban una pareja muy atractiva. Amanda se cuidaba mucho y acudía al gimnasio tres o cuatro veces por semana. Tenía una figura estupenda y no aparentaba su edad. Había cumplido ya los treinta y siete, pero podría pasar sin problema por una mujer con diez años menos.

Tenían una empleada del hogar que hacía las veces de niñera y que era de total confianza, lo que le garantizaba a Amanda mucho tiempo libre. Pasaba los días de compras o comiendo con las amigas, en clase de yoga o en el gimnasio. Molly llevaba a los niños en coche al colegio y los recogía, Amanda nunca. Siempre tenía alguna cosa que hacer en su agenda y a menudo regresaba a casa después de que los niños volvieran del colegio. Todo habría sido más fácil para Lyle si Amanda se llevara mejor con su familia, especialmente con sus hermanas, pero Amanda nunca había hecho grandes esfuerzos en ese sentido y sabía muy bien lo que su familia política pensaba de ella. Todo el mundo estaba convencido de que había cazado a Lyle para que se casase con ella, pero Lyle había accedido por propia

voluntad al matrimonio, como siempre afirmaba ante sus padres y hermanos en defensa de su esposa.

«Jamás me obligó a que me casase con ella —les recordaba cuando el tema salía a colación, algo que, para su desazón, seguía sucediendo aún de vez en cuando—. Fui yo el que quiso hacerlo. Tomé esa decisión. Era lo correcto». Gloria, la hermana con la que menos edad se llevaba, era la más franca al respecto y se refería siempre a Amanda como una cazafortunas. Lyle siempre argumentaba que se habría casado con ella de todos modos, pero su familia no estaba tan segura. En aquellos tiempos, cuando empezaron a salir, Lyle era de los que iban de flor en flor, pero ahora había cambiado. Era guapo y seguía atrayendo la mirada de las mujeres, pero él, por respeto a Amanda, fingía que no se daba cuenta. Sin dudarlo un instante, Lyle le sugirió contraer matrimonio en cuanto supieron lo del embarazo. Consideró que era lo correcto. No había utilizado protección en varias ocasiones y ella se lo había permitido. Se había hecho el machito, la dejó embarazada y había pagado el precio por ello. No se arrepentía de su decisión, por los niños, aunque la pasión que sentía por ella se había esfumado muy pronto y durante los últimos años había sido inexistente para ambos.

Amanda tampoco hacía ningún esfuerzo para mejorar la situación. El deseo entre ellos había desaparecido hacía mucho tiempo. No tenían nada en común. A ella le gustaba el estilo de vida que él le ofrecía y el hecho de no tener que trabajar, pero no se derretía solo de verlo, como sí había sucedido en los inicios de su relación. Lyle apenas recordaba aquel sentimiento y se había acostumbrado a vivir sin cariño y sin caricias delicadas. De hecho, el sexo solía ser mejor después de una discusión, lo que sucedía a menudo.

Tampoco estaban tan unidos como Lyle esperaba que estuvieran. Amanda no era una persona cariñosa, ni con él ni con los niños. Pero era su esposa e, igual que pensaban sus padres, Lyle consideraba que el matrimonio era un compromiso para toda la vida y, en consecuencia, intentaba sacar el máximo de lo que tenía, que no era gran cosa. Amanda no mostraba ningún interés por los temas intelectuales y no le gustaba la vida familiar, que era lo más importante para Lyle. Tampoco le interesaban los negocios de su marido y apenas hablaban entre ellos. Amanda evitaba en todo lo posible pasar tiempo con él.

Terminado el partido, Lyle llegó a casa con los niños hacia las cinco de la tarde. Los niños fueron a sus habitaciones a ver vídeos hasta que llegara la hora de cenar. Lyle imaginaba que Amanda estaría de vuelta en casa a esas horas y se puso a trabajar en el ordenador mientras esperaba. Amanda llegó a casa a las siete menos veinte, más tarde de lo habitual, teniendo en cuenta que había salido a las ocho de la mañana, bastante antes de que abrieran las tiendas.

Había estado en casa de una amiga para una clase de gimnasia, después se habían duchado y vestido y habían salido. Y se habían parado en el Plaza a tomar un Martini una vez terminadas las compras, motivo por el cual había vuelto tan tarde. A Amanda le encantaba salir con sus amigas y la vida hogareña con Lyle le parecía espantosa.

—¿Dónde demonios has estado? —le preguntó Lyle, enojado porque volviera tan tarde. No le importaba que Amanda tuviese tiempo para sí misma, pero le molestaba que fuera los fines de semana.

—Por ahí, de compras. Nos hemos parado a tomar una copa antes de volver a casa.

—Los niños te han echado de menos —replicó Lyle sin más—. Y también muchos padres. Todo el mundo ha estado preguntándome dónde estabas.

Lyle envidiaba a las parejas, como sus padres, que hacían cosas juntos. Amanda siempre había sido independiente, incluso al principio de su matrimonio. Sus padres se habían divorciado siendo ella muy pequeña y no tenía un modelo que imitar para el matrimonio.

—¿Y qué les has dicho? —preguntó Amanda.

—Lo que siempre digo cuando no vas a ver los partidos de Tommy. Que estabas ocupada.

Pero mientras le decía eso, Lyle se preguntó si su esposa tendría un amante, aunque no creía que fuera el caso. Lo que sucedía, simplemente, era que ya no sentía interés por él. Y que le interesaba mucho más lo que el dinero de él pudiera comprarle. Siempre fue generoso con ella y nunca le había echado en cara que hubieran tenido que casarse casi por obligación. Él había cumplido su parte del trato. Amanda era ahora su familia. Y siempre se había portado muy bien con ella, por mucho que el matrimonio hubiera sido una decepción para ambos. Nunca la había obligado a llevarse bien con su familia. Amanda y Gloria, su hermana, habían tenido varios encontronazos al principio, cuando Gloria le había suplicado encarecidamente a Lyle que no se casara con aquella chica. Amanda era demasiado distinta a las mujeres con las que había salido Lyle hasta entonces. No tenía estudios universitarios y carecía de objetivos profesionales. Había trabajado como modelo de vez en

cuando, también de camarera en algún restaurante. Vivía sin familia desde los dieciséis años y era evidente que quería casarse con un hombre con dinero. Gloria le había sugerido a su hermano que costease los gastos del niño, pero que no se casase con ella, pero a él no le había parecido correcto. En el momento en que vio a Tommy por primera vez, se emocionó. A lo largo de los últimos años, la paternidad era cada vez más importante para él y le aportaba muchas más satisfacciones que el matrimonio. Con el tiempo, le había sugerido a Amanda la posibilidad de tener un segundo hijo, puesto que le parecía lo más normal. Amanda no se mostró entusiasmada con la propuesta, pero pensó que un segundo hijo consolidaría más si cabe el acuerdo entre los dos y obligaría a la familia de él a aceptarla. Pero no había sido así. Siguió siendo tan poco aceptada con dos hijos como lo era con uno. El segundo bebé solo sirvió para convencer a la familia de Lyle de que jamás abandonaría a su esposa, y Lyle quería a Devon tanto como quería a Tommy. La atracción física que sentía hacia Amanda se esfumó por completo después de que naciera Devon, por mucho que ella se pusiese de nuevo en forma enseguida y siguiera siendo guapa y joven. A Amanda no le interesaba en absoluto la vida familiar. Se había criado en una familia donde su padre pegaba a su madre alcohólica y acabó abandonándolas y, después de que su madre falleciera de cirrosis cuando ella tenía solo dieciséis años, empezó a vivir de forma independiente. Amanda no tenía ni idea de dónde estaba su padre, ni siquiera sabía si seguía con vida. Lyle sentía lástima por ella. Se había criado sin ninguna de las ventajas de las que él había disfrutado: una familia que lo quería, unos padres estables, una educación y dinero suficiente. Respetaba lo que

Amanda había conseguido sobrevivir, pero, por otro lado, comprendía que aquello le había endurecido el carácter.

Amanda tenía gustos caros y, por mucho que él ganara, nunca era suficiente para ella. Gastaba el dinero a manos llenas, sobre todo en cosas para sí misma. Aquel día volvió a casa con un montón de bolsas de tiendas carísimas llenas a rebosar. Nunca pedía perdón por sus gastos y se comportaba como si Lyle tuviera la obligación de pagarle todos los caprichos. Se sentía con derecho a tener derecho a todo aquello y el agradecimiento nunca salía a relucir. Amanda fue directa a su vestidor para guardar las compras mientras Lyle hacía esfuerzos para no enojarse con ella. Finalmente se levantó para ir a preguntarle qué harían para cenar. No quería pelearse con ella estando los niños en casa.

—Pidamos algo —dijo Amanda con despreocupación. Molly, la asistenta, no trabajaba los fines de semana y Amanda nunca hacía el esfuerzo de cocinar. Lyle cocinaba de vez en cuando los domingos por la noche. Ella jamás—. Estoy cansada.

Lyle respondió con un gesto de asentimiento y fue a preguntar a los niños qué querían. Ambos dijeron que pizza y Lyle se dispuso a hacer el pedido. Amanda dijo que se prepararía una ensalada y Lyle decidió apuntarse a cenar pizza con los niños. Cuando se sentaron para cenar, Tommy le comentó a su madre que habían ganado el partido y ella se quedó mirándolo, como si no supiese de qué le hablaba. Tommy sabía que a su madre no le importaba el fútbol o quién ganara, pero siempre buscaba su aprobación y quería impresionarla. La expresión del rostro de Amanda le dolió en el alma a Lyle. Ni siquiera intentaba disimular. Cuando los niños se levantaron de la mesa después de cenar, seguía enojado con ella.

—Como mínimo podrías fingir que te importa que haya ganado su equipo —dijo mientras tiraba a la basura los restos de pizza y dejaba de mala gana los platos en el fregadero—. Para él es importante.

Tommy se pasaba el día luchando por capturar la atención de su madre, igual que Lyle había hecho durante años, aunque él hacía ya tiempo que había dejado de tomarse esa molestia. Antes estaba seguro de que detrás de aquel muro había una mujer cariñosa, pero ahora sabía que no. Tommy aún no había llegado a esa conclusión. Los abusos que Amanda había sufrido de niña la habían convertido en una mujer fría y carente de sentimientos.

Amanda miró con frialdad a Lyle.

—Sabe que no me gusta el deporte —replicó tan tranquila.

A Amanda no le interesaba nada que no fuera ella misma, sus compras y sus amigas. A Lyle y a ella nunca les había gustado el mismo tipo de gente. A ella le gustaba la gente dura y áspera, los diamantes en bruto, gente más como ella. Después de diez años de matrimonio, consideraba a Lyle aburrido y carca. Nunca se había adaptado al estilo más conservador con el que él se había criado. De joven, Lyle era más atrevido, pero enseguida se había vuelto un hombre asentado. Amanda sabía de sobra que jamás conseguiría estar a la altura de la familia de su marido y, por ello, había dejado de intentarlo. Los odiaba. Lyle era el puente entre dos frentes en disputa y vivía atrapado en medio de los dos. A Amanda le gustaba la ropa sexy, los vestidos cortos y ceñidos, con un gran escote a ser posible, que le sirvieran para exhibir su figura, y Lyle nunca la había criticado por ello, por mucho que su hermana Gloria dijera que era una hortera. Lyle era tolerante y respetaba a todo el mundo. En diversas ocasiones le había pedido a Amanda que moderara un poco

su estilo cuando quedaran con su familia, pero ella seguía haciendo lo que le venía en gana, para desafiarlos y recordarles, cada vez que tenía ocasión, que diez años antes se había proclamado vencedora cuando se había casado con Lyle embarazada de tres meses. No necesitaba restregárselo por la cara a la familia vistiéndose de forma llamativa. Pero lo hacía igualmente siempre que tenía oportunidad, sin importarle en absoluto cómo se sintiera Lyle o lo incómodo que le resultara. Los padres de Lyle nunca hacían comentarios al respecto, pero sus hermanas sí.

Amanda no se esforzaba en absoluto por encajar en la familia. Tenía lo que quería: un hombre que le pagaba las facturas. Los niños no eran más que un accesorio para ella, algo que poder utilizar contra su esposo para conseguir lo que quería. Y Lyle sabía ahora, y llevaba varios años sabiéndolo, que jamás podría convertirla en algo que no era. Sabía que de ningún modo encajaría en la visión que él tenía de lo que debía ser una madre y una esposa, y que no tenía ningún deseo de intentarlo. Que nunca lo haría. Amanda pensaba que su familia eran una banda de esnobs aburridos, y los odiaba a todos. Lyle sabía que Amanda nunca se parecería a su madre, ni a ninguna de sus hermanas, ni siquiera a las esposas de sus amigos, y que por mucho que la presionara o intentase razonar con ella, no conseguiría cambiarla y, por lo tanto, la aceptaba tal y como era e intentaba sacar el máximo partido de ello. A Amanda le gustaba exhibirse, mostrarse sexy y llamativa. Y Lyle hacía tiempo que había hecho las paces con eso. Había dejado de intentar cambiarla. Su esposa no sentía ninguna empatía hacia él ni hacia sus hijos. Lo único que deseaba era disfrutar de una vida social más estridente con gente como ella, y Lyle se negaba a llevar ese tipo de vida.

Después de cenar, Lyle se sentó con sus hijos a ver una película, luego acostó a Devon y más tarde asomó la cabeza en la habitación de Tommy, que estaba entretenido con uno de sus programas favoritos, para decirle buenas noches. Tras cerrar la puerta de su hijo, Lyle entró en su dormitorio, donde encontró a Amanda ya acostada y viendo un programa de telerrealidad.

—Deberías pasar más tiempo con los niños —le dijo. Era una frase común entre ellos que a ella no le gustaba nada escuchar. Amanda subió el volumen de la tele para no oírlo—. Has estado todo el día fuera. Como mínimo, podrías haber pasado luego un rato con ellos.

—¿Por qué? —respondió ella, sin mirarlo—. Estoy toda la semana con ellos. A ti te tienen solo los fines de semana. Sábado y domingo tendrían que ser mis días libres —dijo, aunque entre semana la niñera pasaba más tiempo con los niños que ella.

—Los padres no tenemos «días libres» y la que está con ellos toda la semana es Molly, no tú. Cuando los niños llegan a casa del colegio, no estás nunca.

—Tampoco había nadie cuando yo llegaba a casa del colegio y no me morí por eso. Además, justo cuando ellos llegan es la hora de mi clase de yoga —replicó, fastidiada por que su marido estuviera siempre insistiendo en que tenía que pasar más tiempo con los niños.

—Tenemos dos hijos. Y te pido que pases más tiempo con ellos. No es mucho pedir, me parece. Mi madre siempre estaba en casa cuando llegábamos del colegio —dijo Lyle, poniéndose cada vez más tenso.

—Pues la mía siempre estaba en el bar de la esquina, emborrachándose o ya borracha del todo —dijo ella con frialdad.

Se levantó de la cama, salió de la habitación y Lyle la siguió hasta el vestidor, una estancia que estaba llena a rebosar de todas las cosas que Amanda se compraba, gracias a él. Nunca se acordaba de recordarle ese detalle.

—Si yo te importo un comino, Amanda, me da igual. Pero te pido que, al menos, finjas por ellos. Necesitan de su madre mucho más de lo que les estás dando. Sé que tu infancia no fue fácil. Pero nuestros hijos te necesitan —dijo Lyle con toda la delicadeza que le fue posible, intentando, sin éxito, no atacarla directamente.

—Los niños están perfectos —repuso ella sin alterarse, incluso viendo que a Lyle se le empezaba a tensar la mandíbula.

—Lo están ahora. Pero quizá algún día no lo estén tanto.

No quería que los niños saliesen como ella: duros, fríos, amargados, egoístas y avariciosos. Eran niños dulces y cariñosos, y no quería que se estropeasen por culpa de una madre sin sentimientos.

—Lo juzgas todo según los estándares de tu familia —dijo ella, en tono acusador—. Son gente patética y dependientes los unos de los otros. Los gemelos aún viven juntos con treinta y tres años. Gloria hace diez años que no tiene una relación seria y pasa la mitad de su tiempo con tus padres. Tú los llamas por teléfono a la que me despisto. Benjie vive en casa como un niño en vez de estar ingresado en algún centro con gente como él. Y Annabelle se está convirtiendo en una puta y tu familia está tan ciega que ni siquiera se da cuenta. Parece que vayáis con el lirio en la mano, que seáis todos unos santos, cuando lo que sucede en realidad es que no tenéis ni idea de lo que es la vida.

Lyle entendía que Amanda había tenido una infancia y una juventud muy complicadas, pero la descripción que acababa de hacer de su familia le ofendió en lo más profundo. Los valores y los vínculos que los unían no significaban nada para ella.

—Ya sé que los odias, y que a veces han sido duros contigo. Tuvimos un mal inicio con ellos. Pero no estás siendo justa. Y lo que has dicho sobre Benjie no es correcto. En casa está muy bien; tiene un trabajo y mi madre lo gestiona de una manera estupenda. En la protectora de animales desempeña un trabajo magnífico. Lleva cinco años trabajando allí y todo el mundo lo adora. Está de maravilla —replicó Lyle con firmeza, siempre ansioso por proteger a su hermano.

—Si estuviera en una familia normal, lo habrían ingresado en un centro hace muchos años. No puede vivir solo. ¿Y qué pasará cuando tus padres no estén? No cuentes con traerlo aquí. No pienso montar un asilo en casa por tu hermano —dijo Amanda con crudeza.

Lyle la miró echando chispas por los ojos. A veces podía llegar a ser cruel, desalmada. Lyle adoraba a su hermano Benjie, que tenía un coeficiente intelectual elevado y estaba en el extremo alto del espectro autista. Mostraba algunos síntomas de asperger en lo referente a sus habilidades sociales, pero en otros sentidos era muy capaz, además de ser un chico alegre y encantador.

—Benjie se apaña muy bien y es una persona maravillosa. No necesita ninguna residencia y, no te preocupes, jamás lo traeré a vivir con nosotros. Estás tan paralizada por tu pésima infancia que ni siquiera muestras un comportamiento decente con tus propios hijos. Si eres incapaz de ser una buena madre con ellos, cómo vas a ser considerada con mi hermano. Y nunca ingresará en ningún lado mientras yo viva para impedirlo. A menudo es más inteligente que

todos nosotros juntos, aun teniendo de vez en cuando problemas de sociabilidad. Cuidado con lo que dices, Amanda. Estás cruzando límites muy peligrosos. He aguantado muchas cosas por ti. Y si esperas que siga haciéndolo, te ruego que te mantengas alejada del tema de mi familia.

Amanda se quedó mirándolo, pero, a pesar de haber oído lo que acababa de decirle, no hizo ademán de haber tomado nota. No le gustaba que estuvieran diciéndole continuamente que tenía que pasar más tiempo con sus hijos. Pasaba con ellos todo el tiempo que le apetecía, lo cual no era mucho. Al no pensar tanto en sus hijos, se estaba compensando por todo lo que ella no había tenido. Amanda interpretaba como amor el dinero que su marido gastaba con ella. Era lo único que entendía.

—Si tus padres tuvieran sentido común, venderían ese elefante blanco de casa que tienen y dividirían el dinero entre vosotros, para poder vivir todos mejor. ¿Por qué tenéis que esperar hasta que mueran? No necesitan un caserón tan grande como ese. Annabelle se largará de allí en cinco minutos y solo quedarán ellos y Benjie.

—Eso depende de ellos. Tienen todo el derecho a vivir donde quieran. Es su dinero y su casa, no la nuestra. Y yo no estoy aquí sentado esperando a que me llueva su dinero. Con lo que gano tenemos más que suficiente. Y me siento feliz por poder disfrutar todavía de mis padres.

Lyle se planteó por un momento que Amanda le estaba diciendo todo esto para iniciar una discusión, aunque ya se lo había dicho en otras ocasiones, no muy a menudo, pero bastantes veces. Sabía lo que pensaba de él, de su familia, de que funcionasen como una sola unidad, y sabía también lo que acabaría heredando.

—Pero si vendieran la casa, tendríamos aún mucho más —insistió Amanda, con cabezonería.

El dinero lo era todo para ella, lo único que le interesaba de su marido y la razón por la cual seguía estando casada.

—Es su hogar y el lugar donde nos criamos todos. Para ti, no es más que dinero.

La avaricia de Amanda no conocía límites. No albergaba sentimientos sobre lo que era importante para la familia. Sus padres, sus hermanos y la casa no significaban nada para ella.

—Sois un poco como la familia Addams. A veces me provocáis escalofríos —dijo Amanda con dureza.

Escalofríos y un estilo de vida que jamás habría tenido y que ni siquiera parecía valorar. Quería más dinero que poder gastar, como si no tuviese aún suficiente.

—Creo que lo más inteligente por tu parte sería mantenerte al margen del tema de mi familia —dijo Lyle, furioso y cerrando de un portazo la puerta del vestidor.

Se calzó las zapatillas deportivas, se puso un plumífero grueso y salió a correr bajo el frío antes que perder los nervios con ella.

Cuando regresó, Amanda ya se había dormido. Se duchó, se acostó en su lado de la cama y permaneció despierto mucho tiempo, pensando en su matrimonio. Sabía que había hecho lo correcto diez años antes, cuando se casó con ella, y eso le servía de consuelo, pero los efectos de aquella decisión se estaban haciendo más duros a cada año que pasaba, y a menudo se preguntaba cómo acabaría todo. Amanda caminaba continuamente por un campo de minas y un día le explotaría alguna. La familia era sagrada para Lyle y allí era donde Amanda aprovechaba para herirlo. La forma de actuar de

Amanda lo obligaba a recordar en todo momento quién era ella, como si necesitara aún más recordatorio. Porque si ni siquiera sus propios hijos significaban algo para ella, mucho menos significaba su esposo, aparte del hecho de servirle para gozar de un estilo de vida que ella consideraba que le correspondía por derecho. Amanda estaba pisando terreno peligroso. Lyle le había sido fiel durante diez años, y eso era mucho más de lo que ella se merecía. La familia lo era todo para Lyle: sus padres, sus hermanos y sus hijos. Al final, todos ellos eran Whittier, pero Amanda no lo era. Había decidido permanecer fuera del círculo de la familia y, si lo seguía presionando, acabaría pagando un precio por ello. Amanda lo sabía, pero seguía apretando las tuercas de todos modos. Habían llegado casi al punto de ruptura.

A veces se preguntaba si era eso lo que ella quería, si pretendía empujarlo hasta el límite. Y entonces ¿qué pasaría?

2

Los teléfonos no paraban de sonar, la gente corría de un lado a otro, había un frenesí de entregas, un grupo de modelos de pruebas charlando en un rincón de un espacioso salón. Once años atrás, después de graduarse en Parsons, Charlie y Caroline Whittier habían adquirido una antigua fábrica en el Lower East Side y habían puesto en marcha su propia marca de moda. Confeccionaban prendas femeninas elegantes y estilosas con bellísimos tejidos importados de Francia e Italia. Sus prendas desfilaban en la Semana de la Moda de Nueva York dos veces al año, en febrero y septiembre. Habían subido sus precios hacía unos pocos años y sus prendas se vendían en los mejores establecimientos del país. Se sentían orgullosos de lo que hacían y de lo lejos que habían llegado en estos once años.

Trabajaban a menudo día y noche, y Caroline tenía un pequeño estudio en el loft donde vivían ambos en el SoHo, para poder trabajar en casa si estaba inspirada. Se dedicaba al negocio incluso noches y fines de semana. Era la diseñadora y la directora de moda de la firma, pero la contribución de Charlie era asimismo muy valiosa. Estaba hecho para las finanzas y poseía, además, un sentido muy especial para el diseño. Caro siempre le mostraba sus dibujos y Charlie solía afinar y añadir algún pequeño detalle para que los diseños fueran mejores si cabe. Tenía ojo para el diseño.

Caro sabía que Charlie podía haber sido diseñador de haberlo querido, pero él prefería ser el director financiero de la firma y gestionar los entresijos del negocio. Habían iniciado su aventura con un presupuesto ajustadísimo, con dinero que su padre les había prestado y dinero que habían conseguido de distintos inversores, y se habían convertido en una marca respetada. La empresa llevaba el nombre de CCW y el logo mostraba una W grande en el centro y una C de menor tamaño a cada lado: Charles y Caroline Whittier. Habían creado una marca en el mundo de la moda y los once años de dedicación total al negocio habían pasado volando. Trabajar no les daba miedo y el negocio estaba por encima de cualquier otra cosa en su vida. Como hermanos gemelos, siempre habían estado muy unidos. Sin necesidad de hablar, tenían su propio lenguaje y era como si se conociesen por instinto, casi como si supieran siempre qué estaba pensando el otro. Cuando Caroline tenía dudas sobre alguna cosa, Charlie también las tenía y encontraban la solución entre los dos. A veces, Caroline tenía la sensación de que eran dos mitades de una misma persona y estaba segura de que eso se debía a que eran gemelos. Eran muy parecidos, muy rubios, con los ojos azules y las facciones elegantes de su madre.

Su determinación para convertir su firma en un éxito y la cantidad de tiempo que le dedicaban los había mantenido alejados de tener relaciones románticas con objetivos a largo plazo. El trabajo era su prioridad y sus posibles parejas siempre encontraban tedioso, e incluso insultante, ocupar un segundo lugar en sus vidas. Tanto Caro como Charlie se sentían lo suficientemente jóvenes con treinta y tres años como para invertir todo su tiempo en su marca, y pensaban que ya se dedicarían más adelante a buscar relaciones estables.

Ninguno de los dos tenía prisa por casarse y tener niños. El negocio era su bebé.

Faltaban solo diez días para el próximo desfile y, como era habitual, los tejidos de Italia habían llegado con retraso. Después, el envío se había quedado atascado en aduanas, razón por la cual ahora las costureras estaban obligadas a trabajar frenéticamente para poder llegar a tiempo. Tenían un grupo de modelos de prueba a la espera de poder empezar a tantear las muestras. Las modelos de verdad no se pondrían las prendas encima hasta un par de días antes del desfile y las modistas harían entonces los ajustes necesarios. Prunella Clark, la conocida estilista británica que utilizaban para sus desfiles, ya había elegido los accesorios para cada look de entre los distintos diseños de Caroline. El despacho de Caro estaba repleto de bocetos y dibujos y, cuando su gemelo se acercó por allí para charlar con ella un minuto, le dio la impresión de que estaba poseída por algo. Caroline llevaba su larga melena rubia recogida en un moño alto sujeto con media docena de lápices. Iba vestida con camiseta y vaqueros desgastados y tenía todo el aspecto de una modelo. Igual que su hermano. Charlie era increíblemente guapo. Ambos habían desfilado más de una vez como modelos cuando estaban en la escuela de diseño, pero lo que siempre les había interesado era la producción de moda y poder dictar las tendencias. Querían convertirse en una firma importante. Ambos sabían que, para conseguirlo, necesitarían una gran inyección de dinero por parte de alguna marca grande como Kering o LVMH, pero no querían ser propiedad de nadie. Hasta el momento, solo habían tenido inversores privados que poseían una pequeña porción del negocio. Caroline se mostraba muy vehemente en lo relativo a este

tema. Charlie era más realista y sabía que si querían convertirse en un jugador importante, tendrían que acabar cediendo más parte de la propiedad de la firma. Ya habían invertido once años en su marca y Caro se negaba a vender una parte grande del negocio. Pero no había otra forma de hacerlo y Charlie trabajaba sin cesar para convencerla de ello. Hasta el momento, sin embargo, no lo había conseguido, pero confiaba en que pronto lograrían dar el salto al siguiente nivel.

—Vas camino de volverte loca —dijo Charlie, sonriéndole.

—Creo que ya lo estoy —replicó ella, con una mirada de desesperación. Llevaba media caja de lápices sobresaliendo del pelo, la mejilla manchada con el carboncillo que utilizaba para dibujar y un alfiletero sujeto a la muñeca—. Los de Milán nos han servido menos material del necesario para uno de los modelos. El vestido de noche verde.

—Pues cambia el diseño —sugirió Charlie con rapidez.

—Es lo que estoy haciendo. Nos han enviado tan poco tejido que, con un poco de suerte, podré transformarlo en un pantalón corto y un top con escote halter… o quizá en un biquini.

—Puedes conseguirlo, Caro.

Charlie la animaba de modo incondicional. Siempre podía contar con él, igual que él siempre podía contar con ella.

—Lo sé, pero siempre pasa lo mismo y los de aduanas, además, retienen el material mucho tiempo. Hasta esta misma mañana no he sabido que no tendría suficiente para el vestido. A lo mejor al final lo confecciono con una seda verde que compré para otra cosa y utilizo el chifón para el número doce —dijo, hablando tanto para ella como para él.

—Saldrás adelante, como siempre.

—Una de las modelos de prueba se ha puesto enferma, pero… —Esbozó una sonrisa—. Resulta que Nicola Wickham se ha peleado con el diseñador de Herrera y ha decidido que desfilará para nosotros —dijo en tono victorioso. Nicola era la modelo más importante de Nueva York en aquel instante y tenerla en el desfile era un golpe importante—. Estará aquí para la prueba de pasarela a las dos.

Charlie sabía que, en los próximos diez días, hasta que llegaran las dramáticas horas del desfile, habría mil pequeñas y grandes victorias, tragedias y periodos de suspense. Vivían al borde del abismo y sabían que el mundo de la moda era una constante de situaciones a vida o muerte. Caro estaba tan delgada como sus modelos y apenas comía cuando trabajaba en la preparación de un desfile. Charlie era extremadamente protector con ella. Ambos se tomaban con pasión las críticas que recibían después de cada desfile, conscientes de lo mucho que influían en las cantidades de los pedidos que recibirían luego de sus clientes.

El objetivo de los desfiles de *prêt-à-porter* de la Semana de la Moda era que las mejores tiendas del país pudieran hacer sus pedidos con meses de antelación. Los editores de moda de todas las revistas asistían también a los desfiles para conocer de antemano las nuevas tendencias y ver qué diseñadores tenían más talento. Caro y Charlie trabajaban pensando a un año vista y, el día después del desfile, Caro se sumergía de inmediato en la colección de la temporada siguiente, con bocetos que ya tenía en la cabeza. Su hermano la consideraba un auténtico genio y las críticas hablaban siempre de su inmenso talento. El don de Charlie para el diseño

había quedado subordinado al de ella y Caro era la estrella de la marca, mientras que él se mantenía en un segundo plano, lo cual en realidad prefería. Y Charlie, además, poseía conocimientos financieros de los que ella carecía.

Por las noches volvían al loft que habían adquirido conjuntamente para ahorrar dinero, aunque también porque les gustaba vivir juntos. Mientras ambos siguieran solteros, no había motivos por los que no compartir apartamento. Sus padres apoyaban su negocio y se sentían orgullosos de ellos, aunque a su madre le preocupaba que apenas tuvieran vida personal. Su padre estaba impresionado por lo duro que trabajaban y por la cabeza de Charlie para las finanzas. La prensa especializada en moda los llamaba «los supertalentosos gemelos Whittier» y solía darles críticas muy positivas. Pero cada desfile era una oportunidad de auparlos o derribarlos, y siempre se sentían como si se estuviesen jugándose sus carreras con ello.

—Come alguna cosa —le recordó Charlie a Caro antes de salir volando para asistir a una reunión en su despacho.

Caroline se concentró de nuevo en sus diseños y en elaborar los ajustes necesarios para el vestido de noche verde. Había que hacer cambios para acomodar un tejido distinto, que no sería tan envolvente como el tejido del que habían recibido tan poca cantidad. Hasta que se celebrase el desfile, cada día habría una crisis. Y aún tenía pendiente supervisar el casting final de las modelos y asegurarse de que todas las muestras estaban terminadas, cosa que no solía suceder hasta que faltaban dos horas o menos para el desfile. Las pruebas de los diseños tenían que resultar impecables. Hasta el último detalle debía ser correcto. Caro era una perfeccionista y Charlie también. En el tiempo en que Charlie llegó a

su despacho para la reunión, Caro ya había entregado los cambios del vestido verde a la patronista, que tenía que cortar de nuevo el patrón.

Sonó entonces el teléfono del despacho de Charlie. Era Gloria, su hermana mayor, para ver cómo estaban. Sabía que antes del desfile aquello era una casa de locos y un mundo estresante. Gloria era seis años mayor que los gemelos y, con treinta y nueve años, adoraba su trabajo en Wall Street, el mundo de las finanzas y las inversiones. Charlie solía pedirle consejo, puesto que Gloria era una profesional muy respetada en su campo.

—¿Qué tal va todo? ¿Tan loco como siempre antes de un desfile? —preguntó en tono compasivo. Gloria admiraba el duro trabajo de sus hermanos.

—La pobre Caro se está volviendo loca, efectivamente, aunque ya sabes que al final siempre sale todo bien.

—Eso es porque os partís el culo trabajando. La verdad es que no sé cómo lo hacéis. Yo tengo seis trajes chaqueta negros y dos grises y no sé qué ponerme nunca para ir a trabajar, y es por eso que no puedo ni imaginarme lo que debe de suponer poner en marcha una tendencia de moda y dictar lo que el país vestirá de aquí a seis meses.

Gloria era tan morena como rubios eran ellos. Resultaba una mujer atractiva. Aunque no era tan guapa como ellos ni como Lyle y Annabelle, tenía facciones aristocráticas y se parecía mucho a su padre. Era alta y delgada como los gemelos, extremadamente disciplinada e iba cada día al gimnasio a las cinco de la mañana, antes de ir a trabajar. Entraba en la oficina a las siete. Tenía un instinto tan desarrollado para las finanzas como los gemelos por la

moda, y trabajaba tan duro como ellos, aunque de un modo más ordenado y en un mundo más cuerdo. Charlie le estaba muy agradecido por sus consejos financieros.

—Iba a llamarte después del desfile. Quiero contactar con diversos posibles inversores, para ver si alguno de ellos no nos pide mucho a cambio y le parece bien a Caro.

—Eso es todo un reto. Los inversores grandes y sólidos querrán una buena porción del negocio y tener cierto control.

—Caro jamás accedería a eso —dijo Charlie.

—Pues tendrá que hacerlo si queréis crecer tanto como decís. Afrontemos la realidad: esto ha dejado de ser una industria artesanal. La moda juega en las grandes ligas y puede llegar a ser un negocio multimillonario. Si ahí es donde queréis llegar, o si pensáis que vais en esa dirección, tendréis que jugar siguiendo las reglas de las grandes ligas. De lo contrario, tendréis que permanecer en las pequeñas.

—Yo quiero jugar en las grandes ligas, y Caro también…, pero no soporta la idea de tener que ceder en algo para llegar hasta allí.

—Seguiré buscando a ver si localizo a alguien enamorado de la moda y dispuesto a jugar según vuestras reglas. Ya te diré qué encuentro. —Siempre se ponía muy seria cuando hablaba de negocios y les había ayudado a encontrar inversores—. ¿Cómo va todo lo demás?

Charlie se echó a reír.

—Antes del desfile no hay nada más, y tampoco lo hay la mayor parte del tiempo.

—Sí, a mí me pasa igual. —Su hermana mayor sonrió al otro lado del teléfono—. A ver si quedamos para cenar algún día después del

desfile.

—Caro se pondrá a trabajar de inmediato en la colección de la próxima temporada, pero buscaremos un hueco. A lo mejor podríamos cenar todos con papá y mamá cuando vuelvan de Europa.

—Es una suerte que mamá no pueda quedarse embarazada porque si no, a estas alturas, ya seríamos quince hermanos como mínimo. Me asombra que sigan tan enamorados después de cuarenta y tres años y vayan cada invierno de luna de miel. Yo llevo dos años sin salir con nadie y ni siquiera estoy segura de querer hacerlo y ya ves ellos dos, como dos tortolitos.

Los seis hijos de Connie y Preston los admiraban en este sentido. Sus padres eran su modelo a imitar.

—Dice mamá que quieren renovar sus votos para sus bodas de oro. Quiere que le diseñemos un vestido. Caro ya tiene algunos bocetos.

—¡Una idea estupenda! —dijo Gloria, que había tenido algunos encontronazos con sus padres, como todos los hermanos, por temas menores. Pero los respetaba profundamente y se sentía agradecida con ellos por el amor que les habían enseñado a compartir. Solo Lyle había dado un enorme disgusto a sus padres al casarse con Amanda, pero ya lo habían aceptado y adoraban a sus nietos—. ¿Sabes algo de ellos?

—Por supuesto que no. —Se echó a reír—. Creo que hay tres semanas al año en las que se olvidan por completo de que existimos.

—¿Y acaso vamos a culparlos? Frieda dice que Annabelle sale cada noche hasta las tantas. Mamá tendrá que hablar en serio con ella en

cuanto vuelva. Me alegro de no tener que hacerlo yo. Jamás he sabido tratar a los niños. Creo que estar soltera es la elección más adecuada para mí —dijo muy convencida Gloria.

—No te des aún por vencida —repuso Charlie—. Nunca se sabe a quién puedes llegar a conocer.

—Sí, claro, aunque teniendo en cuenta que he salido con Frankenstein y con Drácula, y con todos sus primos de Transilvania, y que estuve prometida con un sociópata y estuve a punto de casarme con él, creo que estoy bien como estoy. Mientras esté en mi mano, paso.

Gloria no era una mujer amargada, sino que simplemente desconfiaba de los hombres que conocía. Y no era una mujer fácil. Era inteligente, dura, tenía la lengua afilada, su propia manera de pensar y no le daba ningún miedo expresar sus opiniones. Su hermano sabía que tenía un corazón bondadoso y una mente brillante, pero que asustaba a los hombres. Si, excepcionalmente, algún hombre le pedía salir, lo normal era que no volviera a tener noticias de él después del primer encuentro. Y le traía sin cuidado, porque nunca le daba la impresión de que estuvieran a su mismo nivel. Gloria tenía el listón muy alto, tanto para sí misma como para las demás, y no se cortaba en decirlo. A Charlie le sabía mal que estuviera sola, aunque no se la veía infeliz. E igual que Caro y él, era una adicta al trabajo. Al parecer, era característico de la familia. Su padre siempre había trabajado también muy duro, aunque quizá no tanto como sus hijos, y en el mundo de la edición, que no era un mundo tan desquiciado como el de ellos. La de su padre era además una época más de caballeros. El mundo moderno se movía a un ritmo mucho más rápido. Los ordenadores e internet lo habían

cambiado todo, para todos. Su padre solía decir que se alegraba de no tener que estar trabajando ahora.

Gloria le deseó buena suerte a Charlie con el desfile y colgaron un poco después. Antes, Gloria le prometió seguir buscándoles un inversor y Charlie se mostró de acuerdo con ello. Caro tendría que comprometer parte de sus ideas sobre el porcentaje del negocio que estaba dispuesta a ceder. Pero, por el momento, Caro solo pensaba en el desfile, en el aspecto final de sus prendas y en el «relato» del desfile. Los diseños tenían que encajar en un todo. Para Caro, el desfile era una obra de arte. Charlie era más práctico, puesto que se ocupaba de los aspectos del negocio y, en consecuencia, más realista.

Antes de colgar, Charlie le dijo a Gloria que iría con Benjie al gimnasio. A Benjie le encantaba ir a cualquier lado con su hermano mayor. Se llevaban solo cinco años y Benjie sentía adoración por Charlie. De todos los hermanos, era el que más atención le prestaba a Benjie, algo que le llegaba al corazón a Gloria, aunque no le sorprendía.

—Eres un buen tipo —le dijo a Charlie, aunque eso tampoco era para ella ninguna novedad.

Charlie salió del despacho a las cinco para coger el metro e ir a recoger a Benjie al trabajo. Su intención era volver luego al centro para seguir trabajando con Caroline, pero ver a Benjie y pasar tiempo con él era importante. Jamás decepcionaba a su hermano.

Sus padres les habían enseñado a cuidarse los unos a los otros, una enseñanza que todos se habían tomado muy en serio y que seguían a pies juntillas.

Charlie llegó a la protectora de animales donde trabajaba Benjie. Estaba en York Avenue, cerca del río, en la zona de las Eighties. En taxi le habría costado más de una hora llegar hasta allí. Entró en el refugio vestido con ropa de deporte y un anorak grueso encima y preguntó por Benjie en la recepción. En el instante en que preguntó por él, el auxiliar de veterinaria que atendía el mostrador le respondió con una sonrisa.

—Es su hermano, ¿verdad?

Charlie sonrió también e hizo un gesto de asentimiento.

—Aquí lo queremos mucho. Es magnífico con los animales. Está arriba, con los perros que están a la espera de ser adoptados.

Señaló la escalera y Charlie se encaminó hacia el departamento de adopciones para ir a recoger a su hermano.

La protectora ofrecía muchos servicios, entre ellos la adopción y el cuidado de animales heridos abandonados en las calles hasta encontrarles nuevos propietarios. Cuando Charlie abrió la puerta con el rótulo PERROS/MEDICINA, vio de inmediato a su hermano menor. Era alto, guapo, con pelo oscuro, grandes ojos azules y unas facciones dulces que le hacían parecer que tuviese dieciséis años, no los veintiocho que cronológicamente tenía. Estaba acariciando a un perrito greñudo de raza indefinida, con un vendaje que le cubría la cabeza y la mitad de la cara, susurrándole palabras cariñosas como si fuese un bebé. Cuando levantó la vista y vio a Charlie, sonrió de oreja a oreja.

—Hola. Lo atropelló un coche y sufrió lesiones en el ojo y en la cabeza. —El perro tenía una pata enyesada y su aspecto era patético. Benjie lo depositó con cuidado en una camita mullida de

una zona cerrada—. Se pondrá bien, pero se siente triste. Le gusta que lo coja en brazos. Está asustado.

Benjie tenía un don especial para los animales y trabajaba con esmero en la protectora ocho horas al día, haciendo cualquier cosa que le pidieran. Su madre le había encontrado aquel trabajo hacía ya cinco años. La protectora pertenecía a una entidad benéfica en la que ella colaboraba y aquel puesto había sido mágico para él. Ahora Benjie tenía un objetivo en la vida y una forma útil de pasar el tiempo y de ayudar a los empleados de la protectora. Y los animales lo adoraban.

—¿Aún tienes ganas de ir al gimnasio? —preguntó Charlie.

Benjie extendió los brazos hacia su hermano y lo abrazó. Era más alto y de constitución más fuerte que Charlie, pero muchísimo más delicado que él. A veces parecía más pequeño de lo que su edad aparentaba, pero era totalmente racional y capaz de mantener una conversación inteligente, y muy brillante, además. No existía un motivo aparente que justificase sus diferencias, pero la edad de sus padres cuando fue concebido podría haber sido un problema, por mucho que su madre tuviera solo treinta y siete años cuando él nació, y su padre, diez más. Y más mayores eran los dos si cabe cuando Annabelle nació, pero las anomalías son impredecibles. Y no existen tampoco razones conocidas como causa segura del asperger o del autismo. Ambos son misterios comunes, aunque sin respuesta. Benjie, de todos modos, gracias a la estructura familiar y al apoyo que tenía, se gestionaba extremadamente bien. Su madre estaba implicada en su vida diaria y él seguía viviendo en casa. A menudo daba largos paseos con su padre y le gustaba charlar con su

progenitor. Estaba muy unido a sus hermanos gemelos, pero era con Charlie con quien pasaba más tiempo.

Fueron andando hasta el gimnasio que le gustaba a Benjie. Disfrutaba en la cinta de correr y en la bicicleta estática, que ponía siempre en modo alta montaña. Estaba en muy buena forma y mucha gente que hablaba con él en el gimnasio no era ni siquiera consciente de sus diferencias. A veces se mostraba socialmente torpe y en otras ocasiones se relacionaba sin ningún problema. Con los cambios y las reevaluaciones de las definiciones oficiales del síndrome, el asperger era cada vez más complicado de diagnosticar. Benjie era una combinación de habilidades e ingenuidad, lo que lo convertía en una persona atractiva y llena de encanto. Al salir del gimnasio después de una hora de deporte, Charlie lo acompañó hasta casa, donde Frieda estaba esperándolo. Frieda le preparaba la cena cada noche mientras sus padres estaban fuera y se quedaba despierta hasta que él se acostaba. Llevaba haciéndolo toda la vida siempre que Connie estaba ocupada, tenía que salir a cenar fuera (lo cual era excepcional) o ausente, como ahora, en su viaje anual. Benjie estaba discretamente supervisado y protegido. La mayoría de los días iba él solo en taxi hasta la protectora. Se las apañaba muy bien. Charlie lo dejó en casa y Benjie se despidió de él con un abrazo.

Charlie volvió a su despacho a las siete y media. Caro estaba todavía trabajando. Había aún modelos de prueba esperando y una docena de empleados formulándole preguntas. Tal y como vio la escena, Charlie calculó que su hermana seguiría allí hasta las dos de la mañana como mínimo. Fue directo a su despacho para seguir también trabajando. Normalmente intentaba quedarse hasta que se

iba su hermana para volver juntos a casa. Se sentía culpable si la dejaba allí y él se iba a casa a descansar, y nunca le importaba adelantar trabajo mientras la esperaba. Siempre tenía montañas de temas acumulados sobre la mesa y, por mucho que trabajara, era como si nunca lograse ponerse al día.

Después de cenar, Benjie subió, se duchó y se puso el pijama. Encendió la tele en su habitación. Tenía sus programas y sus series favoritas, en muchas de los cuales salían perros. Eran los programas que más le gustaban, junto con algunas comedias. No le gustaban las series de misterio ni de terror, donde solo salía gente que se hacía daño.

Hacia las diez de la noche, le entró hambre. Cuando bajó a la cocina a buscar algo, se cruzó con su hermana pequeña, que salía justo en aquel momento de su habitación. Llevaba un vestido plateado ceñido y unos tacones de vértigo, que hacían que fuese casi tan alta como él. Annabelle tenía un cuerpo fabuloso, cabello negro azabache y ojos verdes, y se cubría con un abrigo de pieles negro de su madre, que Benjie no reconoció. Se quedó sorprendido al verla, y enseguida le sonrió.

—¿Qué haces? ¿Vas a salir?

Annabelle dudó unos instantes antes de mover la cabeza en sentido afirmativo.

—Voy a ver a unas amigas —respondió vagamente.

Se arrebujó mejor en el abrigo. Pensaba devolverlo al vestidor de su madre antes de que ella volviera de viaje para que no se enterara, y no quería que Benjie se chivara.

—¿Y dormirás con ellas? —preguntó Benjie.

—No, claro que no —respondió Annabelle—. Volveré a casa.

—¿Y anoche dormiste en casa de alguna amiga? —siguió preguntando Benjie.

—¿Por qué lo preguntas? Por supuesto que no.

—Pues te he visto llegar a casa cuando me he levantado para desayunar. Has llegado a las seis.

Benjie era muy literal y preciso en los detalles y se acordaba absolutamente de todo.

—Eso es ridículo. He llegado a casa mucho antes —replicó Annabelle—. Seguro que te has equivocado al mirar la hora.

—No, no me he equivocado. —Extendió el brazo en el que llevaba el reloj—. Nunca me equivoco con la hora. Eran las seis y dos.

—Mira, deja ya de espiarme —dijo Annabelle con brusquedad.

—No diré nada —dijo Benjie con suavidad—. No se lo diré ni a Frieda ni a mamá. Te lo prometo. ¿Vas a una fiesta?

Parecía interesado, y a pesar de que Annabelle sabía que las preguntas de su hermano eran inocentes, se puso nerviosa. Nunca estaba segura de que Benjie no fuera a compartir alguna información que no debería y no quería que su madre se enterara de los horarios que estaba llevando durante su ausencia. Desde que sus padres se habían marchado, salía cada noche. Tenía veintiún años y era lo bastante mayor como para hacer lo que le apeteciera.

—Más o menos —respondió. De hecho, iba a una fiesta a un bar con un grupo de gente que había conocido recientemente, algunos de los cuales eran bastante más lanzados de lo que a sus padres les gustaría. Pero mientras ellos estuvieran fuera, disfrutaría de una libertad total—. Tendrías que estar en la cama.

—Voy a buscar unas galletas. Y luego iré a la cama —dijo Benjie.

Annabelle pasó por su lado y le dijo adiós a su hermano cuando este entró en la cocina y cerró la puerta. Confiaba en que, por la mañana, no le contara a Frieda la hora a la que había salido de casa. Ya eran casi las diez y media y sabía que el ama de llaves no aprobaba aquellos horarios, que la regañaría de enterarse y luego se lo contaría a sus padres cuando regresaran. Odiaba que la tratasen como a una niña.

Fue andando hasta la esquina de Madison Avenue, paró un taxi y puso rumbo al local del Meatpacking District, donde había estado las últimas noches. Era la más joven del grupo, aunque parecía mucho más mayor. Aparentaba más veinticinco años que los veintiuno que tenía. Su melena oscura le llegaba hasta la cintura y tenía un aspecto muy sexy. Se había pintado los labios de rojo, maquillado los ojos con un ahumado oscuro y calzado aquellos zapatos de tacón tan sexis que Charlie y Caro le habían regalado por Navidad. No le importaba ser más alta que muchos hombres. Todo el mundo se imaginaba que era modelo. Lo parecía.

En cuanto entró en el bar, los vio, el mismo grupo con el que ya había quedado varias veces aquella semana. Había un hombre especialmente atractivo. Era brasileño y le parecía el hombre más sexy que había visto en su vida. Le había mentido, ya que le dijo que tenía veintiséis años. Esnifaron juntos algo de cocaína la noche anterior, y le había gustado. Después de aquello, tuvieron sexo en los baños. Le había dicho que esta noche traería más. Annabelle sabía que tendría que parar con aquello cuando sus padres volvieran a casa. Pero, por el momento, podía hacer lo que le apeteciera. Ya había probado la cocaína en otra ocasión, en la universidad. No se

había enganchado entonces y tampoco lo haría esta vez. Pero el simple hecho de estar allí le hacía sentirse increíblemente adulta.

El brasileño, Joao, le había sugerido ir a casa de ella, pero Annabelle le había dicho que compartía un apartamento con más gente y no podía. Él se alojaba en casa de unos amigos y tampoco podía llevarla allí. Sus amigos tenían niños y perro, y Joao estaba durmiendo en el sofá. En una semana debía regresar a São Paulo, de modo que la diversión terminaría más o menos cuando sus padres estuvieran de nuevo en casa. Estar con Joao resultaba emocionante y, a la vez, le daba un poco de miedo. Nunca había conocido a nadie como él.

El teléfono sonó en el apartamento de Lyle a las cinco de la mañana. Lo despertó a él antes que a Amanda y, medio dormido, respondió. No tenía ni idea de quién podía ser a esas horas. Seguramente alguien que se equivocaba, pero respondió de todos modos. La persona al otro lado de la línea se dirigió a él por su nombre; tenía acento extranjero. Lyle se despertó de golpe y, con un escalofrío, se sentó en el borde de la cama.

—Sí, soy Lyle Whittier —confirmó.

La persona que llamaba se identificó como miembro de la gendarmería de Courchevel, Francia, donde estaban sus padres. El gendarme carraspeó un poco y a continuación, de la forma más compasiva que pudo, informó a Lyle de que sus padres habían ido a esquiar a primera hora de la mañana y que fueron los primeros esquiadores en salir a pista, a pesar de los avisos de avalancha que había para aquel día. Se había producido una avalancha tan pronto

empezaron el descenso juntos por la pista. Los testigos lo vieron desde el telesilla. El alud los arrastró al momento y habían quedado sepultados prácticamente a un kilómetro de donde habían empezado. Las patrullas acababan de encontrar sus cuerpos hacía una hora. Habían sido identificados por el director del hotel, que los conocía bien. El número de teléfono de Lyle constaba en sus pasaportes como primera persona de contacto en caso de emergencia. Habían muerto los dos al instante. Se suponía que habían fallecido por asfixia y como consecuencia de las lesiones internas producidas por el impacto. El gendarme le ofreció a Lyle sus más sinceras condolencias y dijo que las autoridades francesas estarían a su disposición para cualquier gestión, aunque Lyle tendría que ponerse en contacto con la embajada de Estados Unidos para todas las cuestiones técnicas y para el papeleo para retornar los cuerpos a su país de origen. Añadió que, a pesar de la fuerza de la avalancha, los cuerpos habían sido hallados el uno al lado del otro. Dijo que lo sentía de verdad. Lyle anotó el número de la gendarmería en la libreta que tenía siempre en la mesita de noche. Colgó y se quedó mirando la pared de delante de él, sin ver nada, solo repitiéndose mentalmente todo lo que le había dicho el francés. Era inconcebible, inimaginable. Era imposible. Sus padres estaban muertos. No se imaginaba un mundo sin ellos, sin la influencia firme y estabilizadora que había tenido toda su vida. Por alguna razón, se daba cuenta ahora de que siempre había esperado que sus padres vivieran eternamente, que siempre estuvieran allí para exhibir su fortaleza entre ellos y para con sus hijos, que había imaginado que tal vez algún día darían muestras de fragilidad, pero jamás que

morirían como consecuencia de una avalancha en el transcurso de una de sus lunas de miel invernales.

Lyle se levantó, abandonó en silencio la habitación, se acercó a la ventana del salón y miró hacia el exterior. Confiaba en que la muerte hubiera sido rápida y que no hubieran sufrido, tal y como había sugerido el gendarme. Y viendo los copos de nieve caer sobre Nueva York una mañana de enero, solo podía pensar en que habían muerto como querían, juntos, haciendo algo que amaban y todavía en buena forma. Había sido una locura peligrosa por su parte salir a esquiar tan temprano, y eran lo bastante expertos como para ser conscientes de ello, pero habían decidido igualmente correr el riesgo. Estaba seguro de que dieron por sentado que no les iba a pasar nada. Pero había sucedido lo peor y Lyle no podía dejar de pensar qué harían ahora sin ellos, tanto él como sus hermanas y hermanos. ¿Cómo se lo diría? De repente se sentía de nuevo como un niño, incapaz de imaginarse la vida sin sus padres. Y lo que más miedo le daba era pensar que acababa de convertirse en el cabeza de familia. Su madre y su padre se habían ido para siempre. Las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas y sus hombros a sacudirse mientras Amanda lo observaba desde el umbral de la puerta del dormitorio, sin acercarse. Sabía que acababa de suceder algo terrible, pero no se atrevía a preguntar. De modo que regresó de puntillas al dormitorio y cerró la puerta. Lyle siguió allí, solo, llorando la muerte de sus padres. Jamás en toda su vida se había sentido tan mayor, pensó, aunque se había convertido en un huérfano y lloraba como un niño.

3

Media hora después de recibir la llamada de Francia, Lyle envió un mensaje de texto a sus hermanos y hermanas. Era casi mediodía en Francia y ni siquiera las seis de la mañana en Nueva York. Charlie vio el mensaje antes que Caro, que se había acostado a las tres y estaba muerta, pero Charlie tenía el sueño ligero y había oído el sonido del teléfono. En el mensaje, Lyle no explicaba el porqué, pero les pedía a todos reunirse en casa de sus padres a las nueve de la mañana. Lyle necesitaba tiempo antes para serenarse y hablar con las autoridades en Francia y la embajada en París. Y cuando se reuniera con sus hermanos, tendría que darles la noticia. Temía todo lo que le quedaba por delante.

A las siete y media terminó de hablar con todas las autoridades pertinentes y habló también con Amanda, que había oído por encima las conversaciones y ya entendía qué había pasado.

—Lo siento —dijo, y le pasó una taza de café que Lyle aceptó con lágrimas en los ojos.

—Sé que nunca te llevaste bien con ellos, pero ten presente que esto conmocionará a toda la familia. Habrá muchas decisiones que tomar, muchas cosas de las que tendré que encargarme.

Como albacea testamentario de sus padres, Lyle sabía que caería una carga enorme sobre sus hombros. Ya había enviado un mensaje al despacho para decir que no pasaría por allí esta mañana. Había

llamado luego al abogado de sus padres, Patrick McCarthy, un viejo amigo de la familia conocido por todos, y le había pedido que se pasase por casa a las diez y media, para tener antes tiempo de comunicar la noticia a sus hermanos. Había cosas que era necesario saber lo antes posible. Y luego empezó a gestionar las formalidades necesarias para devolver los cuerpos de sus padres a Estados Unidos, para lo que contó con la máxima ayuda de la embajada en París.

—Tendrás mucho que hacer —dijo Amanda, aun sin ofrecerse a ayudarlo.

Amanda imaginaba que la familia se opondría si se implicaba en el tema. De todos modos, ellos eran seis, más que suficiente para ocuparse de todo. Por otro lado, ahora les tocaría asumir responsabilidades por Benjie y pensar también en Annabelle. Benjie necesitaría ayuda, y Annabelle, supervisión.

Lyle envió un mensaje adicional a Charlie para que se asegurase de que Benjie estaba presente en la reunión. No quería alarmar a Benjie enviándole un mensaje y optó por esa medida. Benjie era muy astuto a veces y enseguida intuía que algo iba mal. No quería asustarlo.

Charlie despertó a Caro a las siete y media para darle tiempo a vestirse e ir hasta casa de sus padres. Le explicó que no tenía ni idea de por qué Lyle había convocado la reunión, pero ambos asumieron que se trataba de algo serio y estaban muy preocupados. Temían que uno de sus padres hubiera caído enfermo o hubiera sufrido un accidente y estuviera gravemente herido. A ninguno de los dos se le pasó por la cabeza que su padre o su madre, o ambos, hubieran muerto.

Gloria vio el mensaje de Lyle a las siete, cuando se disponía a salir hacia su oficina. Decidió entrar más tarde al trabajo y le envió un mensaje a su secretaria comunicándoselo.

Lyle se vistió con lo que le pareció el atuendo adecuado para la ocasión —traje oscuro, camisa blanca y corbata— y puso rumbo a casa de sus padres. Cuando se disponía a subir la escalerilla de acceso, vio que Annabelle salía de un taxi, engalanada con un vestido plateado, tacones altísimos, el abrigo de visón negro de su madre y con el maquillaje corrido. A Lyle le pareció que estaba borracha y se quedó sorprendido al verla en aquel estado.

La esperó en la puerta de entrada, sin dejar de mirarla, viendo que parecía un poco inestable sobre sus tacones.

—No sé dónde has estado ni qué has estado haciendo, pero la fiesta se ha acabado. Intenta recuperar la sobriedad. Ve a lavarte. En una hora tenemos reunión familiar y espero que estés presente y en condiciones —dijo Lyle, abriéndole la puerta a su hermana, que llevaba un rato buscando las llaves en el bolso.

Cruzó como un fantasma la puerta y subió corriendo las escaleras para ir a su habitación. Benjie salía en aquel momento de su cuarto para bajar a desayunar. Annabelle no le dio ni tiempo para hacer algún comentario y pasó a toda prisa por su lado. Benjie bajó a la cocina, donde Frieda ya lo estaba esperando. Lyle decidió encerrarse en el despacho de su padre. No quería contárselo a Benjie antes que a los demás, tampoco a Frieda, que se quedaría devastada y acabaría revelándolo. Lyle quería comunicárselo a todos los hermanos a la vez. Y se lo comunicaría a sus hijos después de habérselo dicho a sus hermanos y hermanas; tenían derecho a

saberlo lo antes posible. Amanda había accedido a no decirles nada a Tommy y a Devon antes de que se fueran al colegio.

Gloria llegó la primera y fue directamente en busca de su hermano mayor. Lo encontró en el despacho de su padre y, en cuanto le vio la cara, supo que había pasado algo grave. Le empezaron a temblar las piernas y se vio obligada a sentarse en uno de los sillones tapizados en cuero.

—¿De cuál de los dos se trata? —preguntó con voz entrecortada.

Los ojos de Lyle volvieron a llenarse de lágrimas y tomó asiento en otro sillón, al lado de su hermana. Estuvo más de un minuto sin poder hablar.

—De los dos.

Gloria abrió de repente los ojos de par en par. Lo primero que se le ocurrió fue que, como desconocía la fecha exacta de su viaje de vuelta, el avión había sufrido un accidente. Pero en las noticias de la mañana no había oído nada sobre un accidente aéreo.

—Los sorprendió una avalancha —continuó Lyle—. Fueron los primeros en subir a las pistas. Ni siquiera había amanecido, por lo que parece, pero decidieron ir igualmente. Sé que suena espantoso, pero después de lo que me han contado pienso que, aunque suene extraño, es lo que siempre habían querido: marcharse juntos. Ninguno de los dos habría sobrevivido sin el otro. Aún se hallaban en una forma física estupenda y estaban haciendo lo que más les gustaba. Es perfecto, en cierto sentido, aunque demasiado pronto para nosotros.

Rompieron los dos a llorar y se abrazaron. Diez minutos más tarde llegaron Charlie y Caroline, y Annabelle justo detrás de ellos, pálida como un muerto, vestida con un jersey viejo y unos vaqueros rotos, sin maquillaje, pero aparentemente sobria.

Lyle le pidió que fuera a buscar a Benjie, que estaba aún en la cocina desayunando con Frieda. Unos minutos más tarde, los hermanos estaban todos reunidos en el despacho de su padre. El aroma de su colonia seguía permeando la estancia, combinado con el del cuero que tapizaba unos muebles que llevaban allí toda la vida.

—No sé ni por dónde empezar —dijo Lyle, intentando controlar la voz—. Esta mañana se ha producido un accidente en Courchevel. Una avalancha. Mamá y papá salieron muy temprano a esquiar y se vieron sorprendidos por ella.

Dejó que sus palabras calaran entre los reunidos. Los gemelos se habían quedado petrificados.

—Dios mío, ¿y qué ha pasado? ¿Están heridos? —preguntó Caro, cogiéndole la mano a Charlie.

Lyle negó con la cabeza y miró a sus hermanos.

—Han muerto en el acto. Las autoridades me han llamado a las cinco de la mañana. Acababan de encontrarlos.

La estancia se llenó de sonidos de agonía, de llanto, de murmullos de dolor. Rompieron a llorar los unos en brazos de los otros, se abrazaron. Benjie miró a Charlie. Sabía que había sucedido algo malo, pero no estaba seguro de qué.

—¿Qué les ha pasado a mamá y a papá? —le preguntó Benjie a Charlie, que se lo explicó en términos muy sencillos. Benjie se quedó mirándolo, en estado de shock, y tardó un rato en volver a hablar—.

¿Y con quién voy a vivir? —preguntó a la estancia en general, y Charlie lo rodeó con el brazo para consolarlo. Benjie estaba muy nervioso.

—Puedes vivir con Caro y conmigo —dijo.

Y Caro asintió. Lyle recordó entonces lo que Amanda le había dicho recientemente, sobre que Benjie jamás viviría con ellos.

—No puedo —dijo Benjie—. Vuestro apartamento es demasiado pequeño y no tenéis una cama para mí.

—Pues compraremos una, o nos mudaremos si es necesario —replicó Charlie, tratando de tranquilizarlo.

—¿Tengo que mudarme ahora mismo? —preguntó Benjie, mirando a Lyle en busca de una respuesta.

—No, Benjie, no es necesario. Debemos resolver unas cuantas cosas entre todos, pero no hay prisa. Esta es tu casa.

—Vendré y me instalaré aquí contigo —se ofreció Charlie de inmediato, y Caroline hizo un gesto de asentimiento dándole su aprobación.

Alguien tenía que quedarse en la casa con Benjie y Annabelle. Ambos necesitaban supervisión, ahora que sus padres ya no estaban para proporcionársela.

—¿Volverán algún día mamá y papá? —preguntó Benjie, esforzándose por entender lo que estaba pasando.

Sus hermanos, uno a uno, luchando por asimilar también la verdad, negaron con la cabeza.

Durante la hora siguiente lloraron y hablaron, sin tener respuestas para nada. Lyle no sabía cuándo repatriarían los cuerpos ni cuándo podría celebrarse el funeral. Tendrían que tomar decisiones sobre la casa, pero no querían hablar todavía del tema y hacer sufrir

innecesariamente a Benjie. En un instante, la vida de todos había cambiado para siempre. Una avalancha en Courchevel había acabado con la vida que siempre habían conocido.

Estaban todavía hablando y llorando cuando Patrick McCarthy, el abogado de sus padres, llamó a la puerta y entró en el despacho. Lyle le explicó sin dilación por qué lo había llamado. Necesitaban conocer las últimas voluntades de sus padres, aunque solo se tratara de lo referente al funeral y al entierro, por terrible que fuera pensar ahora en eso.

Patrick era unos años mayor que su padre, pero no se había jubilado, y les entregó a todos una copia de los testamentos de sus padres. Lyle estudió por encima los documentos y no encontró ninguna sorpresa. Connie y Preston se lo habían explicado a sus hijos de antemano. Habían intentado ser muy justos. Lyle era el albacea testamentario, como sabía que sería. Gloria y él quedaban como los administradores de Benjie para cuestiones económicas, y Charlie y Caroline se convertían en sus tutores. Todos estuvieron de acuerdo en que sus padres habían elegido con inteligencia y utilizado sus respectivos talentos y puntos fuertes. Gloria no era una cuidadora, pero Caro y Charlie sí, y Gloria era extremadamente astuta y responsable con el dinero, incluso más que los gemelos.

El abogado les explicó los deseos que sus padres tenían con respecto a la casa, y sus intenciones. Siempre habían planeado que sus herederos vendieran la casa y se repartieran el dinero. Todos habían recibido una herencia, que les permitiría comprarse una casa más modesta, poner en marcha un negocio o llevar un ritmo de vida razonable, pero lo que marcaría de verdad una diferencia para todos ellos sería la venta de la casa, después de pagar los impuestos y

dividir lo obtenido en seis partes. Desde el punto de vista económico se requería vender la casa, aunque la situación no era desesperada. Ninguno de ellos precisaba una casa de aquel tamaño, y tampoco podían permitírsela. Para todos tenía sentido. No era necesario venderla de inmediato, pero el abogado les aconsejó que lo hicieran pronto, y Lyle y Gloria coincidieron con él. Charlie se mostró contrario, en cambio. Miró a su alrededor, a todos sus hermanos.

—Yo no estoy de acuerdo en vender la casa. Mamá y papá consiguieron mantenerla. Quiero conservarla.

Y Caro lo apoyó.

—A nivel económico no tiene sentido —dijo Lyle, llevándole la contraria a Charlie.

—Me da igual —replicó Charlie—. En la vida no todo es el dinero. Todos amamos esta casa. Nos criamos aquí. Acabamos de perder a nuestros padres. No tenemos por qué perder también nuestro hogar.

—Vosotros no vivís aquí —dijo Benjie, siendo claro y práctico—. Yo sí. Yo tampoco quiero vender la casa.

Se volvió entonces hacia Annabelle. Se sentía aturdida por todo lo que había sucedido en las últimas dos horas y aún no estaba del todo sobria, aunque el anuncio que acababa de hacer Lyle había conseguido atravesar la confusión en la que la habían sumido el alcohol y las drogas.

—Me da igual lo que hagáis. Yo, de todos modos, me largaré pronto de aquí —dijo—. Mamá y papá me dijeron que podía hacerlo. Iban a buscarme un apartamento.

—No creo que sea buena idea —dijo Gloria; Lyle le había contado que Annabelle había vuelto a casa en estado deplorable justo cuando él llegaba.

—Todo es demasiado reciente —dijo Lyle, con acierto. El abogado ya se había marchado, dejándolos solos para que hablaran entre ellos—. Tenemos que meditarlo. Hay tiempo. —Y estaban además demasiado conmocionados para tomar buenas decisiones o pensar con claridad.

—Entonces ¿tengo que irme o no? —preguntó de nuevo Benjie, ansioso por saber qué sería de él.

—No —respondió Charlie—. No vamos a hacer nada con prisas. De momento, yo me vendré a vivir aquí contigo y Annabelle —dijo, mirándolos a los dos.

Annabelle no parecía muy conforme con la decisión, pero Benjie sí. Sonreía cuando se levantó para marcharse. Era casi mediodía. Tenían todos muchas cosas que pensar y digerir, y decisiones que tomar, en especial con respecto a la casa. Lyle tenía documentos que clasificar y Gloria y él iban a estudiar juntos las carteras de inversión de sus padres. No era una cantidad de dinero enorme, pero sus padres habían sido responsables y cautos y habían dejado a cada uno de sus hijos una cantidad que con el tiempo les resultaría muy útil. En cuanto vendieran la casa, algo que tendrían que hacer, todos dispondrían de mucho más dinero. No podían conservar la casa por motivos sentimentales, solo para que Benjie viviera en ella. Annabelle no quería quedarse allí. Quería extender las alas y echar a volar sin supervisión. No se le había nombrado ningún tutor legal. Había cumplido veintiún años. Tendría libertad total y, por lo que Lyle había visto por la mañana, abusaría de ella. Benjie era un caso por completo distinto. Debían protegerlo. Pero, por el momento, y mientras decidieran dónde viviría cuando vendieran la casa, Charlie se ocuparía de ello. Tenía que meditar bien el futuro de Benjie, para

que se sintiera a gusto y dispusiera de toda la estructura necesaria para sentirse seguro.

Al mediodía se fueron todos y Benjie le pidió a Charlie que lo dejara en la protectora. Quería ir a trabajar para ocuparse de los perros heridos y enfermos. Dijo que allí lo necesitaban. Era como si no hubiese entendido del todo que sus padres no volverían jamás, aunque sí sabía que había sucedido algo muy malo. Lo intuía por las reacciones de sus hermanos.

Lyle se quedó cuando todos se hubieron marchado para explicarle a Frieda lo sucedido y para comunicarle que seguían necesitándola para que se ocupase de Benjie, e incluso más adelante, después de que vendieran la casa, lo que no tenían planeado hacer de inmediato. Cuando Lyle se marchó, Frieda fue a su habitación a llorar. Quería mucho a los que habían sido sus jefes durante más de cuarenta años y no se imaginaba cómo sería ahora su vida sin ellos. Adoraba a todos sus hijos, pero sabía que no era lo mismo. Por la tarde fue a la iglesia a rezar por su alma y les prometió cuidar de sus hijos, como siempre había hecho. Sentía un cariño especial por Benjie, porque aún la necesitaba, y ahora más que nunca porque había perdido a sus padres. Llevaba con la familia desde que naciera Lyle. Y sus padres eran para ella mucho más que sus jefes. Cuando Lyle le explicó que le habían dejado una pequeña herencia, lloró más si cabe. Para ella eran como su familia.

Con una ayuda más que considerable por parte de la embajada, los gemelos tardaron una semana en recuperar los cuerpos de sus padres. El vuelo con sus restos mortales llegó en el momento más

inoportuno, justo antes del desfile de Charlie y Caro. Lyle se ocupó de la documentación y las gestiones, mientras que Charlie y Caro prometieron encargarse de planificar el funeral. Pero antes tenían que superar el desfile, que solo servía para sumar más estrés y agitación al momento frenético que estaban viviendo. Charlie se había instalado en la casa familiar con Benjie, lo que fastidiaba a Annabelle mucho más de lo que consolaba a su hermano. Nadie hasta la fecha se había dado cuenta de lo mucho que su madre hacía por Benjie y sustituir todo lo que le daba y mantener el mismo nivel de apoyo llevaría su tiempo y mucha reorganización. Su madre lo hacía todo con tanta discreción que nadie se enteraba de nada. Benjie les explicó cómo funcionaba su día a día y Charlie empezó a comprender que ayudar a Benjie a seguir con la vida que llevaba exigiría tiempo, orden y dedicación. Y Annabelle necesitaba control, más como una adolescente que como una adulta. Al ser la hija pequeña, sus padres la habían mimado en exceso y se lo habían consentido todo. Cuando por las noches, Annabelle se tropezaba con Benjie por casa, justo cuando se disponía a salir y su hermano la interrogaba al respecto, siempre lo acusaba de espiarla.

—¿Qué haces aquí? —le gritó un día Annabelle a su hermano—. ¿Te dedicas a informar a los demás sobre lo que hago y dejo de hacer? A ti no te importa ni lo que hago ni con quién me veo ni dónde voy. ¡Tengo veintiún años, no catorce!

—Pues, entonces, compórtate como tal —replicó Benjie con toda la calma—. Te pasas casi todas las noches fuera de casa.

—¿Y qué?

—¿Con quién estás saliendo?

—No tengo por qué contarte nada.

—No, pero si te desmadras, acabarás metiéndote en problemas.

Annabelle ignoraba a su hermano todo lo posible, siempre se largaba de casa dando un portazo y regresaba normalmente por la mañana. Joao se iría pronto a Brasil y había además otro chico que le gustaba, su exnovio. Habían roto hacía un tiempo, pero ahora estaban juntos de nuevo, aunque él tenía planeado marcharse a Italia en pocas semanas para estudiar un semestre en el extranjero. Se veía con los dos a la vez y todo era muy confuso. Las drogas y el alcohol que compartía con Joao no la ayudaban en nada. Iba de cabeza al desastre y se negaba a verlo. Y perder a sus padres, además, la había afectado mucho más de lo que estaba dispuesta a admitir. Se emborrachaba cada noche.

El desfile de Caro transcurrió sin problemas a pesar de estar ella gestionando tantas cosas a la vez. Estaba superada por el dolor de la muerte de sus padres. Pero las costureras consiguieron terminar su trabajo a tiempo. Todas las modelos contratadas se presentaron a la hora. El desfile fue espectacular y las críticas excelentes. Los gemelos consiguieron salir airosos. El día después, Charlie y Caro empezaron a preparar el funeral de sus padres. Lyle escribió los obituarios, que se publicaron en *The New York Times* en un maravilloso artículo sobre su padre.

La mañana del funeral, Amanda se vistió con una minifalda de cuero negro y una chaqueta Chanel también negra, botas altas de tacón de vértigo y un sombrero muy estiloso. Lyle se quedó mirándola, sorprendido.

—¿Pasa algo? —dijo Amanda.

Había vestido a los niños de azul marino y Lyle había elegido un traje negro. De repente, con la responsabilidad de toda su familia sobre los hombros, parecía mucho mayor de lo que en realidad era.

—Estás guapa —dijo con cautela—, pero creo que probablemente deberías ponerte algo un poco más serio para asistir al funeral de mis padres. Mis hermanas podrían tomárselo mal.

Amanda estaba muy sexy, lo cual no le parecía apropiado ni siquiera a él, y eso que, para evitar peleas innecesarias, era muy tolerante con lo que su mujer se ponía encima.

—¿Resulta que ahora son ellas las que me imponen mi código de vestimenta? —le espetó Amanda a Lyle.

—No, pero recuerda que es un funeral, no una fiesta.

Después de la ceremonia, Charlie y Caroline habían organizado una recepción en la casa. Esperaban doscientas personas como mínimo, quizá más. La secretaria de Lyle había llamado a los amigos de sus padres para invitarlos.

—Espero que hayáis acordado vender ese mausoleo de casa. No podéis conservarla solo para Benjie, y así todos podréis aprovechar el dinero. Confío en que te hayan dejado una cantidad decente.

Lyle no le había comentado ni palabra del tema a Amanda y ella había elegido la mañana incorrecta para ponerse a hablar del asunto en tono insultante. Se quitó el sombrerito, lo tiró en una silla, pero conservó la minifalda de cuero y las botas altas de ante, como si fueran una declaración de intenciones por derecho propio. Lyle imaginó qué dirían sus hermanas. Partieron hacia la iglesia con Amanda seria y enojada. No le gustaba que Lyle criticara lo que se ponía. Acompañó el modelito con una chaqueta negra de piel, sin importarle en absoluto lo que pensaran sus cuñadas ni su marido.

Llegaron a la iglesia, que estaba decorada con orquídeas blancas, colocadas con un gusto exquisito por Charlie y Caro. Ver los dos ataúdes juntos y cubiertos con lirios del valle, partió el corazón de toda la familia. Fue una ceremonia muy emotiva. Los hermanos Whittier, excepto Benjie, hicieron breves lecturas de la Biblia. Benjie era demasiado tímido, por eso no insistieron. El oficiante conocía a Preston y Connie de toda la vida y realizó una elegía bellísima. El funeral fue elegante, tradicional y respetuoso, un tributo adecuado a los difuntos. Charlie y Caro le dieron la mano a Benjie durante toda la ceremonia. Lyle estaba flanqueado por sus hijos, y Gloria fulminó con la mirada a Amanda siempre que tuvo ocasión. Annabelle se colocó al lado de sus hermanos, con la mirada perdida. Al parecer había comprendido por fin que había perdido a sus padres y se pasó todo el servicio llorando. La iglesia estaba llena a rebosar y, después, acudieron a la casa casi trescientas personas.

Fue un día agotador y emocionalmente extenuante, y los siete, Amanda incluida, tomaron asiento cuando todo el mundo se hubo marchado y pasaron un minuto sin decir nada. Gracias a Caro y a Charlie todo había sido precioso, distinguido y serio, también conmovedor.

—A mamá y papá les habría encantado —comentó Gloria en voz baja, y Lyle asintió.

Amanda se sirvió otra copa. Los niños habían vuelto a casa con Molly. Benjie estaba muy guapo, elegante y formal con el traje negro que Charlie le había comprado.

Lyle y Amanda fueron los primeros en irse, seguidos de Gloria poco después. Caroline decidió pasar la noche en su antigua habitación para estar con Charlie y Benjie y, cuando todos los demás

se hubieron marchado, Annabelle apareció con minifalda y tacones, lista para irse.

—¿Dónde vas? —preguntó Caro, mirándola sorprendida.

—¿Por qué estáis siempre controlándome todos? —replicó enfadada Annabelle—. ¿Por qué no me dejáis en paz?

Los gemelos intercambiaron una mirada y no dijeron nada más. Minutos después oyeron que se cerraba la puerta. Charlie miró a su gemela y dijo:

—No va por buen camino.

Los dos lo tenían claro.

—Seguro que tienes razón —dijo Caro con un suspiro—, pero yo no soy su madre.

—Por las noches no vuelve a casa —dijo con despreocupación Benjie, antes de subir a cambiarse.

Volvieron a reunirse los tres en la cocina un poco más tarde, para cenar alguna cosa, y luego fueron todos a acostarse. Caroline cayó dormida en cuanto su cabeza entró en contacto con la almohada; estaba agotada entre el desfile y el funeral. Charlie estaba leyendo en su habitación, incapaz de conciliar el sueño, cuando oyó que llamaban a la puerta. Era Benjie; iba en pijama y lucía una expresión preocupada.

—No puedo dormir —dijo.

Charlie dio unos golpecitos con la mano en la cama, a su lado, invitando a su hermano a pasar y sentarse.

—Yo tampoco. Ha sido el día más duro de nuestra vida, para todos. Nada puede ser mucho peor que esto.

—¿Tendré que mudarme? ¿Venderá Lyle la casa? He oído a Amanda hablando con él y le ha dicho que eso es lo que tiene que

hacer. ¿Crees que le hará caso?

Benjie estaba aterrorizado, le daba miedo perder su casa.

—Ella no tiene ni voz ni voto en todo esto, Benjie. La decisión depende de nosotros —le explicó Charlie—. Caro y yo no queremos venderla. Y sea lo que sea lo que acabemos haciendo, no sucederá nada hasta dentro de mucho. Las casas no son cosas que se vendan en pocos días, y vender esta será complicado. Es más grande de lo que suele buscar la gente. Y si al final se vende, puedes venir a vivir con Caro y conmigo. Buscaremos un apartamento más grande —dijo para consolarlo, ya que sabía que Benjie también estaba preocupado por la logística.

—Esta es mi casa —dijo Benjie—. ¿Acaso yo no tengo también voto? Los demás no viven aquí. Annabelle y yo sí. Y ella ya ni siquiera duerme aquí —comentó, con su típica sinceridad carente de filtros.

—Pues se supone que tendría que dormir aquí —dijo Charlie con una sonrisa, conmovido por el intenso deseo de Benjie de proteger su casa. Charlie era de la misma opinión. La casa albergaba demasiados recuerdos para poder prescindir de ella—. Caro y yo queremos conservarla. Pero cuidar de una casa así resulta muy caro. Eso es lo que les preocupa a Gloria y a Lyle. Están pensando qué deberíamos hacer.

—¿Y si consigo un trabajo mejor? La protectora me encanta, pero no me pagan mucho.

Benjie recibía un pequeño sueldo, del cual nunca podría vivir, pero no necesitaba ese dinero.

—No te preocupes por eso —repuso Charlie, que deseaba la mejor solución para Benjie, fuera la que fuese. Lo más sencillo y

bondadoso era que pudiese seguir viviendo en la casa que todos amaban y no tener que desarraigarlo, pero eso suponía un desembolso enorme. Eso también lo entendía Charlie—. Te prometo que encontraremos una buena solución. No venderemos la casa si no es necesario. Y puedes seguir con tu trabajo.

Benjie se quedó aliviado. Charlie lo acompañó entonces a su habitación y lo ayudó a acostarse.

—Me alegro de que estés aquí —dijo Benjie, con la cabeza descansando en la almohada y mirando a su hermano.

—Y yo también.

Por alguna curiosa razón, resultaba agradable volver a estar en casa. Era como regresar al pasado, al lugar donde se habían criado tan felices y seguros. Era casi como si pudiese sentir que sus padres seguían con ellos.

—Creo que mamá y papá están aquí —dijo en voz baja Benjie, como si le hubiera leído los pensamientos a su hermano.

—También yo lo creo. Y ahora, a dormir. Mañana hay que ir a trabajar y tienes muchos perros que cuidar.

—Quiero ser veterinario algún día —dijo Benjie, con voz adormilada.

Charlie lo miró con lágrimas en los ojos, sabiendo que su hermano nunca llegaría a ser veterinario, una carrera que exigía muchos años de estudio. El trabajo que estaba desempeñando era lo mejor que podría conseguir. Charlie comprendió en aquel momento que ahora tenía una misión sagrada que llevar a cabo en nombre de sus padres: procurar que Benjie fuera feliz, que se sintiera amado y respetado, que se mantuviera a salvo de cualquier peligro y que

viviera una vida plena, dentro de los parámetros con los que se sentía cómodo.

—Qué duermas bien —musitó Charlie.

Le dio un beso en la frente y apagó la luz.

Cuando Charlie salió de la habitación, Benjie ya se había quedado dormido.

4

Los días posteriores al funeral fueron dolorosos para los seis hermanos Whittier. Seguían conmocionados por lo que les había sucedido a sus padres. Excepto Annabelle y Benjie, los otros cuatro tenían vidas estresantes y trabajos exigentes. Había decisiones de gran calado que tomar que no necesariamente debían resolverse de inmediato, pero sí era obligatorio llegar a alguna conclusión sobre la casa en la que estuvieran de acuerdo todos y ponerla en venta, si era posible. Aun siendo muy grande, no sería fácil de vender. Se sentían muy unidos a ella, razón por la cual querían un comprador que la cuidara tanto como la había cuidado la familia. Alguien, además, capaz de pagar un precio justo por ella. Con solo Benjie viviendo en la casa, y con todos los demás ya con vivienda propia, no tenía sentido mantenerla. No podían permitírselo.

Unos días más tarde, Lyle estaba sentado desayunando, perdido en sus pensamientos, cuando Amanda entró en la cocina y sirvió café para los dos. Cuando dejó la taza delante de él, Lyle despertó de sus ensoñaciones. Ni siquiera había tocado aún el periódico. Como era habitual, Molly ya había salido para llevar a los niños al colegio. Lyle tenía mil cosas en la cabeza, además de todo el trabajo de preparación del reparto de la herencia. Sus padres habían contratado un seguro para pagar los impuestos que pudiera generar la herencia, lo cual era un consuelo, pero había muchos más detalles

que gestionar. Gloria lo estaba ayudando en todo. La noche anterior habían pasado horas al teléfono discutiendo el tema y Lyle parecía tan cansado como en realidad se sentía. Las decisiones y las tareas que tenía por delante eran abrumadoras y emocionalmente tristes.

—¿Has llamado ya a un agente inmobiliario para poner la casa en venta? —le preguntó Amanda después de beber el primer sorbo de café.

Amanda nunca perdía el tiempo para abordar el que consideraba el tema más importante, pero Lyle, como albacea testamentario, tenía otras cosas de las que ocuparse primero.

—No. Antes hay que pagar los impuestos de sucesiones. Gloria y yo estamos empezando a solucionar todo esto. Y la casa es un fideicomiso para todos nosotros, por lo que no quedará atrapada en todo el papeleo de la legalización de escrituras.

El asesor fiscal y contable de su padre quería reunirse con ellos. Como administrador de la herencia, Lyle tenía un deber fiduciario para con todos sus hermanos. Casi habría preferido que su padre hubiera elegido a otro para ese papel. Se sentía responsable de hacer las cosas bien ante todos sus hermanos y no quería cometer ningún error.

—Pensaba que lo que querrías quitarte de encima con urgencia es esa casa. Obtendrás una pequeña fortuna por ella —dijo Amanda, sonriendo. La expresión molestó a Lyle; la avaricia iluminaba los ojos de su mujer—. Será un dinero caído del cielo de lo más agradable. Necesitamos un apartamento más grande. Quiero empezar a mirar pronto.

Los padres de Lyle apenas se habían enfriado en sus tumbas y ella ya había vendido la casa y sabía qué quería hacer con el dinero.

Pero para él no era tan simple. Tendría que ponerle, una vez más, los puntos sobre las íes.

—Aún no hemos decidido qué vamos a hacer con la casa —repuso con claridad—. La decisión no es solo mía.

—¿Qué quieres decir con eso? —dijo Amanda, mirándolo fijamente y dejando la taza en la mesa.

—Justo lo que acabo de decir. Mis padres no me dejaron la casa solo a mí, sino a los seis. Y todos tienen voz y voto en lo que decidamos hacer.

—Benjie no, imagino —dijo Amanda en tono sarcástico.

—Eso tampoco lo hemos decidido aún. Es su casa. Sigue viviendo allí, igual que Annabelle. El resto de los hermanos, no. Todos tienen derecho a opinar, incluso Benjie. Para ninguno de nosotros es solo una decisión económica, sino que es además un tema sentimental. Es la casa donde nos criamos y nos une a ella un fuerte vínculo.

—Una casa que vale mucho dinero, dinero al que todos podrías darle un uso mejor.

Amanda lo clavó con la mirada y Lyle guardó silencio durante un minuto.

—Eso es algo que cada uno de nosotros debe decidir y, como albacea y administrador, tengo que acatar sus decisiones. Si no lo hago, cometeré un delito. Los administradores de un fideicomiso que no siguen las reglas se arriesgan a que los demanden. En mi opinión, habría que vender la casa, pensando que es nuestro activo más valioso, pero algunos de mis hermanos no están de acuerdo.

Los gemelos habían defendido su postura con vehemencia, contraria a lo que Gloria y él consideraban que debía hacerse desde

un punto de vista estrictamente económico, aunque también ellos amaban aquella casa.

—Deberías meter a Benjie en algún sitio antes de que pueda votar —dijo Amanda, entrecerrando los ojos y observando con frialdad a su marido.

—No vamos a meterlo en ningún lado. Si vendemos la casa, Benjie vivirá con alguno de nosotros.

Era un tema que Gloria y él ya habían hablado. La opción más probable eran los gemelos, pero Gloria había dicho que también ella estaría dispuesta a acoger a Benjie. Los gemelos y Gloria incluso podrían turnarse para que estuviera con ellos, siempre y cuando no fuera demasiado molesto para él. La estabilidad y la estructura eran muy importantes para Benjie, para que no estuviese ansioso o inquieto. Necesitaba un hogar estable.

—Deberías dejar de hacerte ilusiones con él —continuó con dureza Amanda—. Tus padres tendrían que haberlo ingresado hace años. Nadie tiene tiempo para ocuparse de él.

—Nosotros no lo vemos así. Benjie funciona muy bien con solo un poco de guía y supervisión. Mi madre lo tenía organizado de maravilla. Es un chico totalmente responsable. Hace cinco años que tiene ese trabajo —le recordó Lyle.

—¿Estás diciéndome que no vais a meterlo en algún tipo de hogar tutelado y que incluso podría acabar aquí?

—Nunca he dicho que fuera a acabar aquí.

Lyle sabía que Amanda no se comportaría bien con su hermano y no quería que nadie lo maltratara o humillara. Amanda le había dejado muy claros sus sentimientos, lo cual descartaba poderle ofrecer a Benjie un hogar si la casa se terminaba vendiendo.

—¿Llevas toda la vida esperando lo que tus padres iban a dejarte y ahora me vienes con que os vais a quedar la casa? —cuestionó Amanda, pasmada.

—No llevo toda la vida esperando mi herencia. Tengo un buen trabajo y vivimos bien con lo que gano. Pero yo ya sé qué quieres. Quieres un apartamento más elegante. Ten claro que eso no va a influir en mi decisión sobre la posible venta de la casa de mis padres. Sigue siendo un activo valioso, la vendamos o no. Y todos formamos parte de la decisión. Tú sí que no tienes ni voz ni voto en el tema, Amanda, por mucho que me presiones. No necesitamos un apartamento más elegante, ni siquiera uno más grande. De aquí a diez años, nuestros hijos irán a la universidad. El tiempo pasa muy rápido.

—No lo suficiente —replicó Amanda entre dientes—. ¿Quieres más de lo que tenemos ahora?

—La verdad es que no. ¿Qué es lo que no tenemos ahora que necesitamos tan desesperadamente?

—Pues se me ocurren muchas cosas. Una casa de fin de semana en el campo, una casa de verano, un apartamento mejor en la ciudad. Podríamos vivir con más lujos que ahora, incluso con tu salario —respondió, calentando el tema.

Amanda llevaba días visualizando la herencia y lo que podrían comprarse con ese dinero, imágenes que bailaban sin cesar en su cabeza, sobre todo si los gemelos daban su brazo a torcer y se vendía la casa familiar. Sabía que, de encontrar el comprador adecuado y con lo inflados que estaban los precios en Nueva York, podrían sacar por ella cincuenta o incluso cien millones de dólares. Una sexta parte de esa cantidad, aun después de impuestos, sonaba

de maravilla. Lyle tenía claro que el dinero que había heredado de sus padres, sin la venta de la casa, nunca sería suficiente para Amanda. Ella quería un estilo de vida más lujoso. Un estilo de vida que a Lyle, independientemente de que vendieran o no la casa, no lo atraía en absoluto. Por tratarse de una chica que antes no tenía donde caerse muerta, tenía ideas grandiosas. Su madre tenía razón cuando decía que Amanda era ambiciosa —algo que siempre le había preocupado—. Ningún miembro de la familia Whittier era avaricioso o extravagante. Amanda sí. Llevaba días hablando y fanfarroneando con sus amigas sobre la herencia. Lyle se quedaría horrorizado de saberlo. Él siempre había sido muy discreto. Nadie de su círculo de amistades o de su entorno empresarial tenía idea de lo que podía llegar a heredar. Y su intención era invertir el dinero, igual que habían hecho sus padres, para conservarlo para sus hijos.

—No espero ningún cambio en nuestra vida por el hecho de que mis padres hayan muerto —dijo con cautela, y Amanda lo miró con un brillo malévolo en los ojos.

—¿Y si te dijera que no seguiré contigo a menos que gastes parte de ese dinero en mejorar nuestra forma de vida? —replicó.

Lyle se quedó mirándola y se levantó de la mesa.

—Pues te diría que estás cometiendo un gran error. No me amenaces, Amanda, ni intentes chantajearme para que haga lo que tú quieres. La decisión sobre la casa la tomarán a su debido tiempo, y por las razones adecuadas, las personas que ahora son sus propietarias. Y tú no eres una de ellas. Intenta tener ese detalle presente.

La mirada de Lyle se volvió gélida y dura, y a Amanda tampoco le pasó por alto el tono empleado. Pero no se asustó.

—Lo que he dicho, lo he dicho en serio —dijo, de una manera que a Lyle le hizo pensar en una serpiente—. Quiero una vida más lujosa. Puedes permitírtela. ¿Por qué vivir por debajo de lo que podemos concedernos? Llevamos diez años esperando este momento. Ha llegado. Disfrutémoslo.

Lo que estaba sugiriendo le sonaba a Lyle como ponerse a bailar sobre la tumba de sus padres, y no tenía ninguna intención de hacerlo ni de consentírselo a su esposa. No pensaba dilapidar el dinero de sus padres en cosas que no precisaban. Porque eso era justo lo que ella quería hacer con la herencia, con el dinero que sus padres habían ahorrado para sus hijos. Siempre había sabido lo que pensaban sus padres de Amanda. Y su madre tenía razón.

—Reflexiona sobre ello —le dijo cuando vio que Lyle cogía el periódico y se disponía a abandonar la cocina—. Si no consigo mis lujos, se acabó.

—¿Se acabó el qué?

Lyle quería comprobar hasta dónde estaba dispuesta a llegar. Lo que le estaba diciendo Amanda era intolerable y le costaba creer que estuviese hablando en serio. Le parecían amenazas de pura avaricia, totalmente vacías.

—Si no utilizas parte de lo que heredes para darnos una vida mejor, y si no presionas a tus hermanos para que vendan la casa, quiero el divorcio. No pienso quedarme aquí diez años más con lo que tenemos ahora. Aquí ya hemos estado, esto ya lo hemos hecho, y en la vida hay mucho más de lo que hemos tenido acceso hasta ahora. La muerte de tus padres es un cambio de paradigma para nosotros.

—No puedes demandarme por una riqueza heredada, Amanda. Lo siento, pero las cosas no funcionan así.

—¿Es necesario que te recuerde que no tenemos ningún acuerdo prematrimonial?

Sus padres habían querido que lo firmara antes de casarse y él les había mentido diciéndoles que ya lo había hecho. Confiaba plenamente en ella y no quería envenenar la confianza mutua que se tenían dando aquel paso para protegerse a nivel legal de ella. Ojalá lo hubiera firmado. El único culpable de no haberlo hecho era él. Nunca se había imaginado que Amanda acabaría convirtiéndose en lo que ahora era. Y le daba la impresión de que estaba dispuesta a divorciarse de él si no utilizaba la herencia para vivir a todo tren, un tipo de vida que a él no le interesaba en absoluto. Vivían con comodidades, tenían un apartamento bonito. Para Amanda, más dinero se traduciría en más compras y en fanfarronear delante de las amigas. Lyle no hizo más comentarios y se marchó a trabajar minutos después. Llamó a Gloria desde el taxi para contarle todo lo que Amanda le había dicho.

—Mamá tenía razón —dijo Gloria con voz tensa, furiosa en nombre de su hermano.

—Al principio no era así —dijo él, defendiendo a Amanda.

—Sí que lo era. Mamá y papá ya lo vieron. Y tú no quisiste verlo. Fue una cazafortunas desde un principio. Mira lo lejos que ha llegado en comparación con donde estaba cuando empezó contigo y aún no le parece suficiente. Ahora ve ante ella una oportunidad. Quiere que la compenses por todo lo que no tuvo en su infancia y adolescencia. ¿Te parece justo? Será mejor que en cuanto llegues al despacho llames a un abogado. De un modo u otro, querrá meter

mano en tu parte de lo que mamá y papá nos dejaron y gastarlo. ¿De verdad quieres que suceda eso? ¿No prefieres conservarlo, invertirlo y dárselo a tus hijos algún día?

La respuesta a las preguntas de Gloria era evidente, y en aquel instante, Lyle decidió hacer una confesión completa.

—No tenemos acuerdo prematrimonial, Glo. Le dije a papá que sí, pero nunca llegamos a firmar nada. Confiaba en ella, y recuerdo que se echó a llorar y me dijo que pedirle que firmara ese tipo de acuerdo era insultante, que era como si la estuviese llamando ladrona. De modo que cancelé la cita y no hicimos nada.

—Pues estás con la mierda hasta el cuello —dijo Gloria, y no le llamó idiota, aunque le habría gustado. Había sido un ingenuo cuando se casó con Amanda. Incluso él mismo se daba cuenta ahora. Se había creído todo lo que ella le decía y no había visto o entendido lo celosa, amargada y avariciosa que era, el daño que le había hecho la infancia y adolescencia que había vivido—. Siempre pensé que se quedó embarazada a propósito —añadió con rabia.

—Cuando se enteró, ya habíamos roto. Y fui yo el que volvió. Al menos, mi matrimonio me ha dado dos hijos maravillosos.

—Y una esposa muy cara y conspiradora. Espero que llames enseguida a un abogado. De una manera u otra, va a ir a por ti para conseguir lo que mamá y papá te dejaron, bien obligándote a gastarlo en sus caprichos, bien con un divorcio.

Lyle había entendido de golpe lo poco que él y su matrimonio le importaban a Amanda. Lo que quería era dinero. Su hermana tenía razón.

En cuanto llegó a su despacho, llamó a Jeff Sampson, un viejo amigo de Yale. Trabajaba como abogado en un bufete muy

importante. Lyle le explicó lo que sucedía y que no tenía acuerdo prematrimonial alguno que pudiera protegerlo de Amanda.

—¿Crees que hablaba en serio? Lo que te ha dicho suena muy duro —observó su amigo Jeff.

—Por desgracia, creo que sí. Llevamos mucho tiempo siendo infelices.

Lyle se preguntó si acaso habían sido felices en algún momento. La cosa funcionaba siempre y cuando Amanda tuviera lo que quería. Y, al parecer, simplemente había estado ganando tiempo. Pero ahora había subido las apuestas, y muy en especial si acababan vendiendo la casa. Lyle tenía claro que ella iría a por su dinero. Era un precio muy alto que pagar por estar con una mujer de la que en realidad no estaba enamorado cuando se casó con ella. Lyle había actuado de la forma más honorable y amaba a sus hijos, pero ahora sabía con total seguridad que a ella no la amaba. No podía seguir casado con Amanda después de lo que le había dicho, y su actitud con Benjie empeoraba la situación más si cabe. Era cruel y despiadada. Fuera lo que fuese lo que le pasó en su infancia, había destruido una parte esencial de ella. Solo pensaba en sí misma y era incapaz de sentir compasión. Lyle nunca lo había visto tan claro.

A última hora le envió a Amanda un mensaje de texto diciéndole que aquella noche se quedaría en casa de sus padres para reunirse con sus hermanos. No le dio ninguna pista que pudiera indicarle que se había puesto en contacto con un abogado o que estaba muy enojado por todo lo que ella le había dicho. Escribió un mensaje corto y directo. Quería una noche a solas para enfriar los ánimos y pensar bien qué hacer a continuación. Su madre había mantenido todas las habitaciones de sus hijos intactas y sabía que tenía un

lugar donde alojarse. Los gemelos también estaban allí para cuidar de Benjie y Annabelle, de modo que aquella noche dormirían cinco hermanos en la casa familiar. Solo pasaría allí aquella noche; se sentía incapaz de volver a su apartamento y compartir cama con Amanda como si no hubiera pasado nada ni hubiera dicho todo lo que había dicho. Necesitaba tiempo a solas para pensar en cómo actuar. Jamás se habría imaginado que su matrimonio estallaría como consecuencia de la muerte de sus padres.

Lyle trabajó hasta tarde en su despacho y se presentó en casa de sus padres sin avisar a las nueve de la noche. Caroline y Charlie estaban sentados en el salón, disfrutando de una copa de vino, y se quedaron sorprendidos al verlo llegar. Benjie se había acostado temprano porque desde el funeral estaba muy cansado, y Annabelle había salido «con amigos», según había informado con vaguedad a sus hermanos.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Caroline.

—Necesitaba una noche para mí —respondió Lyle, y su hermana no le preguntó por qué—. Parece como en los viejos tiempos.

La única que faltaba era Gloria, que estaba cómodamente instalada en su apartamento del West Side. Caroline fue a buscar otra copa y le sirvió un poco de vino de la botella que estaban compartiendo.

Lyle tomó asiento en un sillón y empezó a relajarse después de una jornada larga y estresante, aunque sin dejar de pensar en lo que Amanda le había dicho a la hora del desayuno y en la conversación que había mantenido con Jeff Sampson. En cuestión de

horas, el divorcio había empezado a ser una opción inevitable. Ni siquiera estaba seguro de cómo se sentía al respecto. Desde la muerte de sus padres, todo estaba pasando muy deprisa y ahora, además, se había convertido en el responsable de sus hermanos.

—¿Y a vosotros dos qué os pasa? —les preguntó.

—Estábamos hablando de trabajo —respondió Caroline—. Charlie intenta convencerme de que busquemos un inversor. Pero pienso que con lo que mamá y papá nos han dejado, podremos poner más dinero en el negocio y nos sostendrá durante un tiempo.

La moda era un negocio lucrativo pero caro, y los riesgos eran muy elevados.

—Si de verdad queremos ser grandes, necesitamos mucho más dinero que eso. Hemos llegado lo más lejos posible por nuestra cuenta. Pero, para pasar al siguiente nivel, necesitamos dinero de verdad —explicó Charlie.

Todo aquello era nuevo para Lyle. Lo único que sabía de la industria de la moda era lo que había aprendido de ellos a lo largo de los últimos once años. Charlie estaba hablando muy serio. Mantener la nave a flote, cumplir con las exigencias de producción y pagar por ellas eran una lucha y una preocupación constantes.

Siguieron charlando durante una hora. Para Lyle fue un alivio poder hablar de algo que no fuera si vender o no la casa, cómo pagar todos los impuestos de sucesiones a tiempo y dónde viviría Benjie si acababan vendiendo. Si Amanda y él se separaban, tal vez Benjie podría ir a vivir con él. Aunque también tenía que pensar en sus hijos. Un divorcio supondría un cambio enorme para ellos, y Amanda y él tendrían que acordar algún tipo de custodia compartida, con días, semanas o meses alternos. Aborrecía la idea

de obligar a sus hijos a pasar por aquello, pero, si Amanda y él seguían casados, solo vislumbraba un futuro lleno de graves problemas. Por primera vez en diez años estaba planteándose en serio rehacer su vida antes de que la cosa fuera a peor. Su hermano y su hermana se dieron cuenta de que estaba muy preocupado y Caroline le dio un abrazo cuando se despidieron en el descansillo de sus habitaciones.

—Todo irá bien, Lyle, sea lo que sea —dijo Caro con amabilidad, y él sonrió al ver la expresión compasiva de su hermana.

—Eso pensaba yo también. Pero ya no. —Fue todo lo que dijo.

Cerraron las puertas de sus respectivas habitaciones, recordando lo sencilla que era la vida cuando vivían todos allí. Sus padres hacían que las cosas pareciesen fáciles y los querían mucho. Pero aquellos tiempos resultaban como de otra época y se preguntaron en silencio si la vida volvería a ser la misma sin Preston y Connie. Seguía siendo imposible pensar que nunca regresarían. Justo aquellos días eran las fechas en las que tenían pensado volver de aquel viaje que terminó en tragedia.

Cuando Lyle se despertó a la mañana siguiente, se duchó y se vistió para ir a trabajar, y bajó a la cocina para prepararse un café. Caro estaba haciendo huevos con beicon para Charlie y Benjie y levantó la vista y sonrió al ver que llegaba su hermano mayor. Puso más huevos en la sartén para Lyle, que se sentó a la mesa con sus hermanos.

—Como en los viejos tiempos —dijo.

Pero la diferencia era que ya no eran tan jóvenes, que antes era su madre la que estaba en los fogones preparando el desayuno y ahora era su hermana. Caroline dejó un plato para cada uno de ellos

y se sentó también a la mesa. Ella había frito los huevos y el beicon, Charlie había preparado café para los cuatro y Benjie se había ocupado de las tostadas.

—Es agradable estar aquí —dijo Charlie, sirviendo el café.

—Pues sí que lo es —afirmó Lyle. Benjie estaba feliz de verlo—. Igual me veis aquí esta noche, dependiendo de lo que pase hoy —les advirtió.

Charlie hizo un gesto de asentimiento. Era fácil adivinar que tenía problemas matrimoniales, lo cual no sorprendió a nadie. Charlie había intuido que algo se estaba cociendo antes del funeral, aunque no sabía exactamente qué.

—No necesitas nuestro permiso para estar aquí —dijo Caro, con una sonrisa—. Ahora es también tu casa. Me alegro de que mamá nunca desmontara nuestras habitaciones para convertirlas en vestidores o cuartos para los trastos.

—Creo que en el fondo siempre esperó que volviéramos a casa. Y, ahora, aquí estamos —dijo Lyle con un suspiro, porque, en su caso, volver a casa no era una señal de victoria o de éxito.

—Llamaré a Gloria para ver si quiere venir a cenar esta noche —sugirió Caro—. Así estaremos todos juntos, si conseguimos retener a Annabelle lo suficiente para que comparta una comida con nosotros antes de salir.

—Esta noche no ha dormido aquí —anunció Benjie—. He mirado en su habitación antes de bajar.

Los otros tres hermanos sonrieron ante el informe sincero de Benjie.

—Debe de tener una relación romántica importante para salir todas las noches —comentó Charlie.

Y justo después de decir eso, Annabelle abrió la puerta de la cocina, miró al cuarteto sentado a la mesa y se quedó sorprendida al ver a Lyle. Iba vestida con la misma ropa que la noche anterior.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó a Lyle.

A Lyle no se le ocurría una excusa creíble que no fuera la verdad, de modo que se encogió de hombros y no respondió. Annabelle cogió una tostada y salió de la cocina. Lyle miró a Caro.

—Habrá que controlar esto.

—Ya lo hago, pero no puedo impedir que salga. Tal y como me dice cada vez que le insinúo algo, ella tiene veintiún años y yo no soy su madre.

—¿Creéis que volverá a la universidad? —preguntó Lyle con preocupación, pensando que ninguno de los hermanos había dejado colgados los estudios y lo de Annabelle no le parecía buena señal.

—No por el momento. Se lo pasa demasiado bien —respondió Caro.

Minutos más tarde, Lyle se levantó para ir a trabajar.

—Gracias por el desayuno. Nos vemos esta noche para cenar —dijo, y todos sonrieron.

La escena tenía un conmovedor *déjà vu* de su juventud.

Charlie subió a buscar el abrigo para acompañar a Benjie al trabajo y Caro dejó los platos en el fregadero para que Frieda se ocupara de ellos cuando llegara. Charlie reapareció para despedirse de su gemela y decirle que se verían en el despacho, y se marchó con Benjie. Era casi como en los viejos tiempos, cuando todos se iban al colegio. Y resultaba gracioso recuperarlo como adultos. A Caro le encantaba que vivieran todos en casa, aunque fuera por una

breve temporada, hasta que decidiesen qué hacer. Y Benjie estaba también feliz teniéndolos a todos allí.

Caro se marchaba a trabajar cuando decidió pasar un momento por la habitación de Annabelle para intentar averiguar qué le pasaba. Encontró a Annabelle tumbada en la cama, mirando el techo. Al instante se mostró recelosa.

—¿Qué quieres? —dijo, sentándose.

—Nada. Solo quería asegurarme de que todo va bien.

—Estoy bien —repuso Annabelle, aunque no lo parecía.

Volvió a recostarse. Estaba borracha o enferma, Caro no sabía exactamente qué.

—¿Cómo es que pasas todas las noches fuera? Debes de estar saliendo en serio con algún chico, imagino.

—La verdad es que no —respondió Annabelle, y apartó la vista—. He estado viéndome con uno un tiempo, pero volvió a Brasil hace dos días.

—¿Y piensa regresar? —preguntó Caro con cautela.

Annabelle negó con la cabeza y sus ojos se llenaron de lágrimas. Caroline se sentó en la cama.

—Debe de haber sido importante.

—No mucho, y se espantó bastante con lo que les pasó a mamá y papá.

Se quedó en silencio. Caro esperó a ver si volvía a abrir la boca y, al cabo de un rato, se levantó. Annabelle no quería hablar. Se inclinó para darle un beso, vio lágrimas asomando de nuevo en las comisuras de sus ojos y volvió a sentarse en la cama para darle un abrazo. Imaginó que lloraba por la pérdida de sus padres o por el chico brasileño, o por ambas cosas. Su hermana menor se aferró a

ella como una niña. Parecía totalmente perdida. Lo estaban todos, aunque cada uno lo gestionaba de manera distinta.

Annabelle lo hacía saliendo de fiesta cada noche, lo que parecía no funcionarle a pesar de su bravuconería y su hostilidad.

—¿Qué puedo hacer para ayudarte? —le preguntó Caroline, y Annabelle se limitó a negar con la cabeza.

—Nada…, todo es un lío.

—Todos nos sentimos igual en este momento. Nos llevará un tiempo acostumbrarnos a que papá y mamá no estén, pero nos tenemos los unos a los otros.

—Eso no sirve de nada —dijo Annabelle, apesadumbrada—. Llevo saliendo de fiesta desde que dejé los estudios. Al principio era divertido, y después la cosa se desmadró. En la universidad estuve saliendo con un chico antes de irme de allí. Cortamos antes de Navidad, y luego conocí al brasileño mientras mamá y papá estaban de viaje, y fue un poco una locura. He estado viéndome también con el chico de la universidad, pero se ha acabado. Se marcha a Italia. Y ahora, todo es un lío enorme.

—¿Qué tipo de lío? —preguntó Caroline—. La mayoría de los líos se pueden arreglar o se solventan con el tiempo. Nunca es tan malo como creemos que es cuando estamos inmersos en él.

—Este lío sí lo es —dijo Annabelle, mirando a su hermana. Quería contárselo, pero no sabía cómo. Caroline era doce años mayor que ella y a veces se comportaba más como una madre que como una hermana, pero no tenía a nadie más a quien contárselo—. Ayer fui al médico —dijo, sollozando—. Estoy embarazada de cuatro meses y jamás lo sospeché. Simplemente creía que tenía un retraso, por el estrés o por lo que fuera, pero luego pensé que ya era demasiado

tiempo. Me hice una prueba en casa, y pensé que sería del brasileño. Pero el médico me ha dicho que estoy de unos cuatro meses. De manera que es del chico de la universidad. Estará estudiando un semestre en Florencia. Se lo dije ayer, pero no quiere saber nada del tema. Es un gilipollas. Me engañó. Cuando me enteré, me enfadé tanto que dejé los estudios y me dediqué a ir de fiesta. Nos vimos luego unas cuantas veces y volvimos a cortar por el brasileño. Alguien se lo contó. ¿Y ahora qué hago?

Caroline se esforzó por no parecer tan sorprendida como en realidad estaba. Tenía la sensación de haber sido catapultada al instante al papel de madre y no tenía ni idea de cómo reaccionar. Intentó pensar en qué habría hecho su madre en estas circunstancias.

—¿Lo quieres? ¿Al chico de la universidad? —dijo, pues le parecía un buen lugar por donde comenzar.

—Creía que sí. Pero ahora no sé qué siento, excepto miedo. Ahora no lo quiero y él tampoco me quiere a mí. No quiero tener un bebé, pero es demasiado tarde para hacer algo al respecto. No me queda otro remedio que tenerlo, me guste o no. He estado bebiendo mucho los últimos meses, sobre todo desde lo de papá y mamá, y he jugado un poco con drogas con el chico brasileño. ¿Y si el niño sale con problemas? Nadie querrá adoptarlo y yo tendré que quedarme con él para siempre. He leído al respecto en internet.

—¿Lo has hablado con el médico?

—Dijo que pueden hacerme ecografías donde se verá si tiene defectos antes de nacer. La primera me la hacen la semana que viene, pero ¿qué voy a hacer yo ahora, Caro?

—Para empezar, tener un bebé. ¿Sabes para cuándo será? —preguntó Caro, planteándose cómo reaccionarían los demás a la noticia, porque no podía ni imaginárselo.

—Hacia julio. Me darán la fecha cuando me hagan la ecografía. Ayer me hicieron un análisis de sangre que me dirá si tiene síndrome de Down y el sexo, si quiero saberlo. No puedo creer que todo esto me esté pasando. Y ese gilipollas de la universidad no quiere saber nada del tema. Me dijo que me lo quitara de encima o que lo ofreciera en adopción si no puedo abortar. Yo tampoco quiero un bebé —afirmó con completa seguridad.

—Es una experiencia difícil que pasar sin la compañía del padre —dijo Caroline—, pero nos tienes a todos nosotros. La verdad es que sí que parece un gilipollas, por lo que cuentas. ¿Cómo se llama, por cierto?

—Adam, y sí, es un gilipollas. Y los demás probablemente me odiarán y pensarán que soy una puta. Benjie no para de contarle a todo el mundo que paso las noches fuera. Estaba con el brasileño y bebí mucho. Pero lo dejé en cuanto me hice la prueba y me enteré de que estaba embarazada. Pero quizá el mal ya esté hecho.

—Deberías tomártelo con calma por un tiempo y cuidar muy en serio tu salud. Nada de alcohol, nada de drogas. —Annabelle asintió. Esa decisión ya la había tomado por sí misma—. Te acompañaré a la ecografía, si quieres.

—Sí, sí que quiero. No paro de pensar qué habría dicho mamá. Habría sido buena conmigo, seguro, pero papá me habría matado.

—Se habría enfadado —reconoció Caro—. ¿Quieres presionar a Adam para casaros?

—No, y él no lo haría, de todas formas. Nos peleábamos mucho y me engañó dos veces. No quiero volver con él, y él tampoco querría. Es demasiado inmaduro para casarse, como yo. —Sonrió un instante a su hermana y luego se puso seria—. Quiero dar al bebé. No estoy preparada para ser madre. Ni siquiera sé si querré tener hijos más adelante. Pero lo que tengo claro es que ahora no quiero.

—Es una decisión importante. Tienes que reflexionarla muy bien antes de tomarla —dijo muy seria Caroline.

—¿Me ayudarás a encontrar una agencia de adopción que me lo gestione todo? Imagino que nadie lo querrá porque he bebido mucho y he consumido algo de cocaína.

—Alguien lo querrá si de verdad quieres darlo en adopción.

—Fui una estúpida por no ir con más cuidado. Dejé de tomar la píldora porque me hacía engordar y odio verme gorda. —Sonrió de nuevo a Caro—. Pero ahora sí que voy a ponerme gorda de verdad.

Caro sonrió también y miró el reloj.

—Tengo que irme a trabajar. Hoy estamos liados con el catálogo. Me están esperando con un fotógrafo. Seguiremos hablando esta noche. Me alegro de que me lo hayas contado. Cenaremos todos en casa; espero que cenes con nosotros.

Su hermana hizo un gesto de asentimiento, se levantó, rodeó con los brazos a su hermana y la abrazó.

—Gracias por ser tan amable. Lo siento, Caro.

La pequeña parecía arrepentida de verdad y Caro adivinó que estaba muerta de miedo.

—No me debes ninguna disculpa. —Annabelle tendría que pasar un mal trago si iba a tener el bebé, e incluso peor si lo daba en adopción. Caro sabía que había mujeres que no se recuperaban

nunca del dolor y del remordimiento de aquella pérdida—. Lo único que te pido es que no tomes decisiones rápidas. Tienes tiempo para reflexionar sobre ello. Dispones de cinco meses para decidirte. —Volvió a sonreírle desde el umbral de la puerta—. Nos vemos esta noche. Te quiero.

Salió corriendo y cogió el metro para ir al centro y llegar más rápido. En el tren no podía dejar de pensar en que Annabelle iba a tener un bebé. Por muy tonta que hubiera sido su hermana, Caro sentía lástima por ella. Annabelle le envió un mensaje de texto mientras estaba en el metro, dándole las gracias por haber sido tan amable con ella. Los cinco meses siguientes serían muy interesantes, y muy duros para Annabelle.

Charlie la miró con perplejidad cuando llegó al despacho.

—¿Por qué has tardado tanto?

—Me he entretenido hablando con Annabelle. Me ha llevado más tiempo de lo que imaginaba. —Pero se alegraba de haberlo hecho.

—¿Hay esperanzas de que vuelva al buen camino?

Caro dudó unos instantes antes de responder.

—Sí, creo que sí. En estos momentos tiene muchas cosas en las que pensar.

—¿Crees que retomará la universidad?

—Tal vez. En otoño.

«Después de que tenga un bebé y lo haya dado en adopción», se dijo Caro, preguntándose cómo reaccionaría su hermano. Pero Charlie también tenía secretos. Y ella los conocía todos. Y a partir de ahora sería también la guardiana de los secretos de Annabelle. Le costó concentrarse en el trabajo durante el resto del día. Tenía mucho en lo que pensar. Se preguntó qué sentiría al ver al bebé en

la ecografía, cuando acompañara a Annabelle. Confiaba en que Annabelle no le hubiera causado ningún daño con el alcohol y las drogas. Caro tenía la sensación de haber entrado de repente en la maternidad, aunque con una hija de veintiún años. Echaba de menos a su madre más que nunca. Ella habría sabido qué hacer y qué decir, cómo ayudar a Annabelle. Caro tendría que aprender de golpe. Serían cinco meses muy largos también para ella. Acababa de perder a sus padres y su hermana pequeña se había quedado embarazada. Eran muchas cosas a las que adaptarse. Y sus hermanos tendrían además sus propias reacciones. Era una locura solo de pensarlo. Era, sin embargo y ante todo, el problema de Annabelle y un precio muy alto que pagar por su imprudencia y sus errores.

5

Como parte de su trabajo, Benjie llevaba a cabo pequeñas tareas para los animales de la protectora. Era especialmente bueno con los perros. En la protectora entraban también otros animales abandonados o que habían sufrido abusos. Todos eran animales domésticos que a la gente le parecían monísimos cuando eran cachorros y que luego eran incapaces de mantener cuando crecían. Conejos, hámsters, cobayas, pájaros. Los reptiles los remitían a la sección de animales vivos de los museos de ciencias. En una ocasión les entró un caballo en miniatura que tenían en un piso. Habían recibido asimismo varios cerdos vietnamitas que, según los vendedores, no superaban nunca el tamaño de un perro pequeño y que habían crecido hasta rondar los cincuenta kilos. Cuando los animales recuperaban el buen estado de forma, los enviaban a granjas o a zoos infantiles. Habían tenido un cachorro de oso y uno de guepardo que llevaron a un zoo, y también un cachorro de llama que ahora vivía en una reserva natural. Con los únicos animales con los que Benjie no tenía mucha afinidad era con los gatos domésticos. Se sentía incómodo en su presencia, y ellos en presencia de él, y por eso nunca lo destinaban a la sección de gatos en adopción. Una vez recibió un mordisco de un mono que abandonaron en la puerta de la protectora. Tenía unos dientes muy afilados y era agresivo, y a Benjie tuvieron que administrarle la vacuna del tétanos, razón por la

cual ahora le daban miedo los monos. Al que lo mordió lo enviaron a un zoo de New Jersey, donde tenían una hembra que sería su compañera. Benjie había aprendido muchas cosas sobre los animales que cuidaba, conocía bien sus necesidades y costumbres y había leído mucho sobre ellos.

Sus animales favoritos eran los perros que ayudaba a cuidar hasta que se recuperaban. Tenía un don especial para ellos, y todos los veterinarios y auxiliares con los que trabajaba lo querían y lo consideraban, de forma especial, un miembro valioso de su equipo. Benjie amaba a los animales que cuidaba.

La mañana que Caro estuvo hablando con Annabelle en su habitación, Charlie dejó a Benjie en la protectora de camino a su trabajo. Después, mientras Benjie estaba hablando en el mostrador de recepción con una de las auxiliares de veterinaria sobre los vendajes que necesitaba para uno de sus animales, llegó con dos perros un conductor del servicio municipal de recogida de animales abandonados. Uno era un gran danés muy asustadizo al que le faltaba una oreja. Había sufrido maltrato y los servicios municipales lo habían recogido. Tenía cicatrices en el cuello, donde en el pasado debían de haberle mordido otros perros. No se le veían heridas recientes, pero era evidente que lo habían maltratado y estaba muy flaco para su tamaño. Benjie se agachó, le tendió la mano y el enorme perro negro fue directo hacia él, saltó, le lamió la cara, se sentó a su lado y le dio la pata. Se había mostrado esquivo con todo el mundo hasta el momento y era como si pensase que con Benjie estaba seguro.

—Lleva una placa donde dice que se llama Duke —explicó el conductor, mientras todos observaban el vínculo que se había

formado al instante entre Benjie y el gran danés—. Oh, y tenemos también otro cliente. —El conductor sonrió y depositó en el mostrador una jaula pequeña. Una carita afilada con orejas tiesas se quedó mirándolos. Era un cruce con alguna raza de pelo largo y, cuando el conductor lo sacó de la jaula para entregárselo al auxiliar del mostrador, vieron que era un chihuahua excepcionalmente diminuto. Era blanco con unas manchas negras que parecían lunares —. Es una perrita y la encontramos anoche en un cubo de basura. Tendrá alrededor de un año, pero no lleva placa ni identificación ni chip. Alguien la adoptará en cinco minutos en cuanto le hayan dado un baño. Es una monada.

Era adorable. Benjie la cogió y la acarició con delicadeza.

—La bañaré yo —dijo, ofreciéndose. La perrita tenía una cola esponjosa que meneó con emoción en cuanto Benjie la cogió en brazos. Duke miró en su dirección, pero no mostró ningún interés—. Voy a subirlos.

Como parte del ingreso, a ambos los tenía que examinar el veterinario de guardia. La auxiliar de recepción firmó la entrega, el conductor se marchó y la auxiliar empezó a rellenar toda la documentación para los nuevos perros. Benjie los subió al centro de adopción, hablando todo el rato con ellos.

Pasó casi todo el día con los dos perros. El examen veterinario concluyó con que ambos estaban sanos. El danés estaba hambriento y devoró la comida que Benjie le dio, y pidió luego más. Benjie cumplía a la perfección todas las normas relativas a los nuevos perros que entraban en la protectora, y se aferraba a ellas hasta que el personal iba conociendo mejor a los animales. Pero el gran danés no era en absoluto hostil y era evidente que estaba tan hambriento

de cariño como de comida. El perro se subió al regazo de Benjie y se quedó allí sentado; parecía un potro disfrazado de perro faldero. La pequeña chihuahua manchada se dedicó a seguir a Benjie por todas partes. Al final, los dos perros, que habían quedado preciosos después del baño, se durmieron. Benjie rellenó sus respectivos informes y los entregó en la recepción.

—A la chihuahua le he puesto por nombre Manchitas, por las manchas —explicó.

Benjie ayudó al veterinario a hacer la revisión y lo miró con seriedad cuando declaró que los dos perros estaban sanos.

—¿Puedo llevármelos a casa? —dijo, una petición que no había hecho jamás.

—¿Te refieres a pasar la noche?

El veterinario se quedó sorprendido. El personal no había tenido ni un solo problema con Benjie en los cinco años que llevaba trabajando allí. Seguía las reglas y las instrucciones al pie de la letra. Era uno de los empleados de mayor confianza. Sabían lo mucho que quería a los perros y lo bueno que era con ellos. Lo que acababa de hacer era una petición excepcional, pero sabía también cómo vivía y había coincidido varias veces con su madre. Tenía constancia de que Benjie tenía mucho apoyo por parte de su familia. Los perros no correrían ningún riesgo con él y vivía, además, en una casa enorme.

—Me refiero a para siempre —respondió Benjie—. Mi madre era alérgica a gatos y perros y nunca he podido tener uno. Pero ahora está muerta y mi hermano se ha venido a vivir conmigo, y también mi hermana. Él no es alérgico a los perros, así que ahora ya puedo tenerlos. Vivimos en una casa muy grande y podrían dormir en mi habitación.

—Siento mucho lo de tu madre, Benjie. Era una mujer encantadora —dijo con tacto el veterinario.

—Mi padre y ella murieron en una avalancha en Francia —le explicó con tranquilidad Benjie—. Por eso mi hermano ha vuelto a vivir a mi casa. También le gustan los perros.

—Un perro grande como Duke necesita mucho ejercicio. ¿Crees que podrías pasearlo tú mismo?

Benjie asintió con una sonrisa.

—Y a Manchitas puedo llevarla en brazos si se cansa —añadió.

—¿Quieres los dos?

Benjie volvió a asentir.

—Se han hecho amigos. Duke ha estado mirándola todo el rato mientras la bañaba. Le gusta.

—¿Sabes qué? ¿Por qué no lo probamos? Llévatelos esta noche a casa. Sé que los cuidarás bien. Mira cómo funciona, si se sienten a gusto y si puedes gestionarlos. Y, de no ser así, los traes de nuevo aquí y los pondremos en adopción. Lo llamaremos «adopción en prueba», algo así como una casa de acogida temporal.

Al veterinario no le preocupaba que Benjie se llevara a los perros, pues lo conocía bien y conocía también la situación en su casa. Estaba seguro de que el hermano de Benjie los devolvería si surgía algún problema. Se sentía cómodo con el acuerdo.

—No los devolveré —aseguró Benjie—. Los quiero y serán felices conmigo.

—Un buen principio. —El anciano veterinario le sonrió. Tenía un nieto con problemas similares a los de Benjie—. Te daremos comida y suministros suficientes para los primeros días, y mañana me pasas un informe.

—¿Es necesario que sea un informe por escrito? —preguntó Benjie.

—No es necesario. Simplemente cuéntame qué tal ha ido cuando llegues al trabajo. ¿Quieres llamar a tu hermano para preguntárselo?

—No. Mi hermano es muy bueno. No se enfadará conmigo. Nunca se enfada conmigo. Ni tampoco se enfadaba mi madre. Mi hermano tiene una hermana gemela. Hacen vestidos. Y a mi hermana pequeña le da igual. Sale por la noche y, ahora que mi madre no está, no vuelve hasta la hora del desayuno.

El veterinario contuvo una sonrisa y no hizo ningún comentario. Había sentido mucho la noticia de que Benjie había perdido a sus padres. Le parecía muy traumático, y los perros serían un consuelo para él. Y sabía que Benjie era un chico responsable y que los trataría bien.

Benjie volvió a casa en taxi, que pagó con el dinero que siempre llevaba encima. Duke se sentó detrás, a su lado, y Manchitas viajó en el transportín en el que había llegado. Pagó al taxista y, cuando llegó a la puerta, llamó al timbre. Había perdido las llaves de casa. Frieda abrió la puerta y se llevó un susto cuando lo vio. Benjie pasó por delante de ella con Duke de la correa y el transportín de Manchitas en brazos.

—¿Esto qué es? ¿Un caballo? —preguntó Frieda, mirando al enorme perro negro, que de momento no era más que un saco de huesos.

—Es Duke —dijo, y le mostró el transportín con la perrita peluda y menuda—. Y esta es Manchitas. Van a dormir conmigo. A Duke tengo que pasearlo mucho.

—Nunca hemos tenido perro —dijo Frieda, frunciendo el entrecejo.

—Ya lo sé. Mamá era alérgica. Pero ahora ya no está.

Frieda hizo un gesto de asentimiento y Benjie inició un paseo por la casa para enseñarles su nuevo hogar. Luego subió con ellos a su habitación. Duke se instaló tranquilamente en la cama de Benjie, descansando la cabeza en la almohada, y Manchitas se acurrucó a su lado cuando Benjie la subió a la cama. Era como si hubieran estado allí toda la vida. Duke levantaba la cabeza de vez en cuando para asegurarse de que Benjie seguía allí y, cuando lo veía, volvía a dormir. Más tarde, Benjie los bajó a la cocina para comer antes de que la gente empezara a volver a casa, y fue a dar la vuelta a la manzana con los perros. Por suerte, parecían estar adiestrados para el paseo. La escena era de lo más incongruente: Benjie con un perro negro gigante y un perrito blanco diminuto. Regresó a casa, subió a su habitación y esperó a que sus hermanos llegaran. Le gustaba saber que Charlie y Caro estaban ahora con él, y Lyle había dicho que esta noche también dormiría en casa. Cenarían todos juntos. A Benjie le encantaba tenerlos a todos con él. Echaba de menos a sus padres, pero sus hermanos eran una compañía excelente.

Caro fue la primera en llegar con la compra y empezó a preparar la comida.

Charlie había dicho que cocinaría pasta. A las siete y media, cuando todo el mundo estaba ya en casa, llegó Gloria. A las ocho llamaron a Benjie para que bajara a cenar. Annabelle también estaba. La familia se hallaba reunida en la cocina cuando entró Benjie, seguido por Duke y Manchitas. Dejaron de hablar de golpe y se quedaron boquiabiertos al ver la escena de Benjie acompañado por un perro enorme y otro minúsculo.

—¿Qué es esto? —preguntó Charlie, aun siendo evidente.

—Os presento a Duke y Manchitas. Los he adoptado.

Benjie estaba radiante y Charlie se echó a reír. De pronto, todos estaban riendo.

—¿Has adoptado *dos* perros? —preguntó Charlie.

—Sí. Llegaron juntos, como gemelos casi, como tú y Caro —respondió Benjie.

Charlie sacudió la cabeza, atónito. Era un gesto muy atrevido por parte de Benjie, aunque también una señal de que se encontraba con buen estado de ánimo y gestionando bien la muerte de sus padres, y la verdad era que los perros sumaban vida a la escena. Parecía que ambos animales sabían comportarse. Annabelle cogió a la chihuahua en brazos y la acunó, mientras Lyle acariciaba al flaco y enorme perro negro. Charlie siguió cocinando la pasta.

—De pequeña, siempre quise tener un perro —comentó Gloria, acariciando también a Duke—. No pudimos por lo de la alergia de mamá. Me parece que nunca había visto un perro tan grande como este.

Duke se levantó, puso las patas sobre los hombros de Lyle y lo miró a los ojos, y cuando bajó, le dio la pata a Gloria, que se fijó entonces en que le faltaba una oreja y Benjie se lo explicó. A Gloria le dio mucha lástima. Cuando se sentaron a cenar, todo el mundo se había hecho amigo de Duke y Manchitas. Duke se sentó mirando con anhelo la cena, confiando en que desde la mesa le echaran alguna cosa, pero no se mostró en absoluto agresivo, mientras que Manchitas se quedó dormida en la falda de Annabelle.

Todos estaban de buen humor y felices de poder cenar juntos, a pesar de los problemas que los agobiaban, tal era el caso de Lyle con la situación agónica que estaba viviendo con Amanda. Pero

durante un par de horas pudieron olvidar sus penas y relajarse como familia.

Acabada la cena, Lyle reconoció ante todos que creía que iba a divorciarse. Su mujer y él no se lo habían comentado todavía a los niños y él tenía que buscarse un apartamento. Pensaba pedirle a Amanda semanas alternas de custodia compartida y necesitaba que su nueva vivienda fuera lo suficiente grande para todos. Después de diez años de matrimonio iba a empezar de nuevo, pero ahora con dos hijos. A Lyle le preocupaba la reacción de Tommy y de Devon cuando Amanda y él se lo comunicaran. No habían cerrado nada aún, ni siquiera discutido los detalles, pero él había tomado la decisión tras las amenazas que había sufrido el día anterior.

—Imagino que habrá trifulca por lo del dinero. Y, además, no tenemos acuerdo prematrimonial —dijo, y Gloria refunfuñó.

—El dinero, de todos modos, es lo único que siempre ha querido de ti —dijo con franqueza—. Me alegraré por ti cuando estés por fin fuera de todo esto.

—Tengo dos hijos maravillosos y por eso no me arrepiento de lo que hice en su día —les dijo a todos—. Pero hace años que la relación no funciona. Si vendemos la casa, querrá como mínimo la mitad de mi parte del dinero —les explicó.

—Otro buen motivo para no venderla —señaló Charlie.

Annabelle lo interrumpió.

—Yo también tengo algo que contaros —dijo en voz baja y mirando de reojo a Caro, que temía la posible reacción de sus hermanos. Era imposible de predecirla con personalidades, ideas y puntos de vista tan diversos como tenían. Lyle y Gloria eran más

tradicionales, y Charlie y ella, más liberales—. Estoy embarazada —dijo.

El anuncio cayó como una bomba y el silencio en la mesa se hizo total.

—¿Piensas abortar? —preguntó Gloria, con una seria expresión de desaprobación.

Annabelle negó con la cabeza.

—Estoy de cuatro meses. Voy a tenerlo.

—¿Y piensas casarte? —preguntó de nuevo Gloria, y Annabelle volvió a mover la cabeza en sentido negativo.

—El padre no quiere, y yo tampoco —respondió.

—Hagas lo que hagas, no te cases por el hecho de estar embarazada —dijo Lyle—. Soy la prueba fehaciente de que eso no funciona. Si te casas un día, hazlo porque estás locamente enamorada de la persona elegida y eres compatible con ella. En el mundo actual no es necesario estar casado para tener un bebé. Ese ha sido el error más grave que he cometido en mi vida —confesó.

—Annabelle no puede esperar un bebé: no está casada —intervino Benjie, siempre tan práctico.

—Sí que puede —le dijo amablemente Caroline, y Benjie se quedó sorprendido.

—Es el escenario perfecto —dijo Gloria, rabiosa—. Te pasas las noches fuera, como una puta, y luego vuelves a casa preñada. Mamá y papá se habrían muerto del disgusto. Es asqueroso. ¿Y piensas quedártelo?

Annabelle negó con la cabeza, destrozada por las palabras de Gloria. Acababa de ser nombrada la vergüenza de la familia, y como tal se sentía.

—Lo daré en adopción —respondió en voz baja.

—Lo adoptaré yo —propuso Benjie, y Annabelle le sonrió, agradecida.

—Tranquilo, Benj. Le encontraremos unos buenos padres —le dijo.

O eso esperaba. Tenía que mirarlo con Caro, que era mucho más compasiva que su hermana mayor, que parecía miembro de la brigada antivicio y no se cortaba ni un pelo al expresarse. Charlie era el único que no había hecho ningún comentario sobre el embarazo y Annabelle se dio cuenta de que estaba intercambiando miradas con Caro y que ella le susurraba alguna cosa. Al parecer, era el momento de las confesiones: el divorcio de Lyle, el bebé no deseado de Annabelle.

—Es tu oportunidad —le dijo Caro en voz baja mientras los demás seguían hablando.

Annabelle era el foco de atención en aquel instante, la que estaba en el punto de mira de todos. Lyle sintió lástima por ella. Recordaba muy bien el caos que había supuesto en su vida el embarazo de Amanda. Sus padres se llevaron un disgusto enorme, pero se comportaron muy bien. Él había hecho «lo correcto» al casarse, y al final había resultado que su decisión no fue la acertada.

—Confesiones de verdad —dijo Charlie, con voz ligeramente temblorosa. No era su intención compartirlo con ellos, y jamás lo había sido, pero parecía que era el momento adecuado y todos los hermanos estaban más abiertos y se sentían más vulnerables con la reciente muerte de sus padres—. Nunca os lo he contado, excepto a Caro. Todos sabemos qué pensaba papá respecto a estas cosas. Era de la vieja escuela y conservador, y mamá creía que le habría partido el corazón si lo hubiera llegado a saber. Pero a ella sí se lo conté.

Soy gay. Ya está, ya lo he dicho. Mi secreto más oscuro acaba de salir a la luz.

Charlie se sentía desnudo por completo y confiaba en que revelar su secreto no hubiera sido un error fatal. Jamás podría haberlo hecho de seguir sus padres con vida. Su madre le había suplicado que no se lo contase nunca a su padre y, en consecuencia, Charlie había guardado su secreto durante los últimos quince años. A los dieciocho años había comprendido que era homosexual. Se lo había confesado enseguida a Caro, y a su madre unos años más tarde. Su madre lo había aceptado y siguió mostrándose cariñosa con él, pero sabía que su marido no tendría la misma reacción, que nunca lo aceptaría y que le habría resultado infinitamente incómodo, de modo que Charlie llevaba una vida secreta desde los dieciocho años.

—¿Por qué no nos lo dijiste? —preguntó Gloria; pensándolo bien, no era ninguna sorpresa, pero sí una decepción que no se lo hubiera confiado a sus hermanos.

—No sabía cómo reaccionaríais y temía que se lo dijerais a papá. Mamá dijo que saberlo lo mataría.

—En ese tema era como un neandertal —dijo Gloria, con su habitual franqueza—. Pero era un hombre decente, y te quería. Mamá siempre lo sobreprotegió. Habría sobrevivido a ello y lo habría aceptado —argumentó, en defensa de su padre.

—Quizá no. Me daba miedo que no quisiera volver a verme nunca más, o que no me dejara ni entrar en casa.

—Qué triste —dijo Lyle, tocándole el brazo a su hermano—. Lo siento, hermanito. Debo de haber estado tan ciego como papá. No sé qué me pasaría, pero ni siquiera lo sospeché. En la universidad hablabas constantemente de chicas.

—No eran más que amigas. Lo averigüé en el último año del instituto.

—¿Hay alguien en tu vida? ¿Alguna pareja? —preguntó Gloria, y Charlie hizo un gesto negativo y sonrió.

—Sí, mi gemela. —Sonrió entonces a Caro—. Nadie especial en este momento. Trabajamos demasiado y no tenemos tiempo para mantener una relación. Trabajamos en un negocio de locos, con horarios de locos. Semanas laborales de ciento cuarenta horas. Por eso ambos seguimos solteros.

—Tiene razón —confirmó Caro con resignación.

Miró alrededor de la mesa para ver cómo lo estaba llevando Benjie. No lo vio y pensó que estaría en el baño o habría subido a su habitación para algo relacionado con los perros.

—¿Sabes que podrías hacer muchas cosas por los derechos de los gais? —dijo Gloria, mirándolo con pasión.

Charlie vio que hablaba muy en serio y se echó a reír.

—No aspiro a ningún cargo público, Gloria. Simplemente quiero llevar una vida normal y sin secretos. Con eso me basta y me sobra. Y Caro tenía razón cuando me presionaba para que os lo dijera. No sé cuándo podría haber salido del armario estando papá con vida. Quizá nunca. De modo que ahora ya lo sabéis.

—Deberías habérnoslo contado antes, pero entiendo por qué no lo hiciste. Deben de haber sido quince años muy duros guardando este secreto. Lo siento —dijo Lyle. Tenía la sensación de haberle fallado a Charlie como hermano. Miró a su alrededor para ver cómo se había tomado Benjie la noticia y no lo vio—. ¿Dónde está Benjie?

Charlie miró también a su alrededor y cayó en la cuenta de que hacía rato que no lo veía. Habían estado concentrados en su

confesión y no le habían prestado atención.

—A lo mejor Duke lo tiene secuestrado como rehén en su habitación. Subiré a ver —dijo, y abandonó la mesa un instante. Cuando volvió, parecía preocupado—. Arriba no está.

—¿Has mirado en todas las habitaciones? —le preguntó Caro.

Subieron todos para hacer una inspección concienzuda de la casa y bajaron unos minutos después.

—No sé dónde habrá ido. No ha dicho nada y no me he dado ni cuenta de que se levantara de la mesa.

Nadie se había percatado de su ausencia. Rastrearon toda la vivienda, habitación por habitación, incluido el sótano, y se reunieron de nuevo en la cocina diez minutos después. No había ni rastro de él en toda la casa.

—Mierda, no puede desaparecer así, como hacía de pequeño.

En más de una ocasión, algún desconocido lo había devuelto a casa después de que se perdiera por el barrio.

—A lo mejor se ha llevado a los perros a dar un paseo —sugirió Lyle. Salieron y miraron de arriba abajo la calle, pero no vieron a nadie. Los perros también habían desaparecido—. Vamos —le dijo a Charlie—. Demos una vuelta para ver si lo encontramos. Lo más probable es que haya salido un rato con los perros.

—Pues debería habérnoslo dicho —dijo Caro, preocupada—. Habrá que establecer reglas al respecto. No puede escabullirse sin decírselo a nadie. Mamá siempre estuvo muy relajada en este sentido, pero Benjie se comunicaba a la perfección con ella. Estaba acostumbrado. Pero no está acostumbrado a decirnos a nosotros adónde va.

—Con un perro de ese tamaño, a nadie se le ocurrirá secuestrarlo —dijo Lyle, tranquilizándola.

Se pusieron las chaquetas y salieron a la calle, repartiéndose en todas direcciones.

Media hora más tarde, Caro y Gloria estaban de vuelta en casa sin hallar ni rastro de él, y Annabelle regresó minutos después. Los chicos seguían fuera y Benjie continuaba desaparecido, igual que Duke y Manchitas.

Lyle y Charlie se habían encontrado en la entrada de Central Park, y llegaron a la conclusión de que era poco probable que Benjie se hubiera aventurado en el parque de noche. Sabía que era peligroso. Pero sus hermanos ya no sabían dónde buscar y siguieron el camino para entrar en el parque. Estuvieron andando a paso ligero diez minutos, llamando a Benjie y prestando atención por si había respuesta, y entonces lo vieron. Llevaba a Duke de la correa y advirtieron que la chihuahua estaba en el interior de la chaqueta de Benjie, para que no se enfriara. Benjie los saludó con la mano y sonrió de oreja a oreja.

—El doctor Riley, mi jefe, me ha dicho que Duke necesita pasear mucho —explicó. No le daba miedo estar en el parque en plena noche, especialmente con Duke para protegerlo—. Lo siento mucho, pero se me pasó deciros que iba a salir. Estabais hablando y no quería interrumpiros.

Charlie y Lyle abandonaron el parque con Benjie, y Charlie le explicó que siempre que saliese debía decírselo a alguien y que tenía que quedarse en su calle y no alejarse mucho ni ir al parque si era de noche. Estaban a una docena de manzanas de casa. Benjie les dijo que lo entendía, pero que sabía que estaba seguro. Charlie y Lyle intercambiaron una mirada. Lo sucedido les había hecho comprender que, ahora que su madre ya no estaba y ellos habían

pasado a ser los responsables de Benjie, necesitaban establecer unas reglas básicas. Su madre conocía bien el alcance de las habilidades de su hijo y sus necesidades, y Benjie siempre la informaba de todo. Pero no estaba acostumbrado a informarlos a ellos.

—Estabais hablando con Annabelle de lo del bebé y no quería molestaros. Siento haberos preocupado. Pero con Manchitas y Duke estoy bien —dijo Benjie a sus hermanos.

Cuando llegaron a casa, lo hicieron con la cara colorada por el frío. Duke subió corriendo las escaleras para ir directo a la habitación de Benjie. Ahora ya sabía dónde vivía.

Las tres hermanas salieron de la cocina cuando oyeron que se cerraba la puerta de entrada y se quedaron aliviadas al ver que Benjie había llegado.

—¿Dónde estaba? —le preguntó Caro a Charlie en voz baja.

—En pleno West Side, en Central Park paseando con los perros. Los sacó para que Duke hiciera ejercicio. Estaba perfectamente. Pero tiene que quedarse más cerca de casa para pasear a los perros y avisarnos siempre de que sale. Estaba acostumbrado a informar a mamá y ahora tiene que acostumbrarse a informarnos a nosotros. Dice que no quiso interrumpirnos. Y le he dicho que no hubiera pasado nada si lo hubiera hecho.

Charlie sonrió a Caro. Había sido una noche importante para todos ellos: Lyle compartiendo la noticia de que se había planteado el divorcio, el anuncio del embarazo de Annabelle, el secreto que tan bien tenía guardado Charlie de que era gay, y Benjie saliendo por su cuenta sin avisar y yéndose tan lejos de casa.

—Hoy se ha hablado de muchas cosas —dijo Caro, sonriéndole a su gemelo.

—Con los Whittier nunca hay un momento de aburrimiento —repuso Charlie, rodeándola con el brazo.

Charlie echaba de menos a sus padres, pero le gustaba pasar más tiempo con sus hermanos. Era lo único bueno que había aportado la pérdida de Connie y Preston, y ahora, además, era libre para vivir su vida, sin tener que mentir ni esconderles a sus hermanos quién era en realidad. Hubiera querido contárselo antes, pero ahora, al menos, tenía la oportunidad de ser sincero. Y, como era habitual, Caro tenía razón.

Subió y asomó la cabeza en la habitación de Benjie. Estaba profundamente dormido, en pijama y con un brazo por encima de Duke, mientras Manchitas se había instalado en la almohada, pegada a su cabeza. Charlie entró en su propio dormitorio con una sonrisa en la cara y sintiéndose un hombre honesto por primera vez en quince años.

6

Lyle le había enviado un mensaje de texto a Amanda por la mañana en cuanto se despertó, pidiéndole reunirse con ella en su apartamento antes de ir al trabajo. Ella le respondió diciéndole que no le iba bien porque tenía una clase de baile, pero que se reuniría con él a las nueve como un favor especial. Amanda tenía mucho más que ganar en la reunión que él, que tenía la clara sensación de que todo el trato que tuviera con Amanda a partir de ahora, si seguían adelante con lo del divorcio, acabaría costándole dinero. Ella no era tonta, y Lyle sospechaba que ya sabía lo que él quería y tenía una cifra en mente. Era como si tuviese una calculadora incrustada en el cerebro y hablara siempre de dinero mucho más de lo que a él le gustaría, en especial delante de los niños. Lyle aspiraba a que sus hijos tuvieran valores mejores que el dinero. Pero Amanda no era romántica, y nunca lo había sido. Ya lo había pensado cuando la conoció, y ahora no le cabía la menor duda. Le había parecido una persona tan vulnerable cuando le anunció que estaba embarazada, que sintió lástima. Igual que Gloria, ahora también él se preguntaba si se habría quedado embarazada expresamente para pillarlo. De ser así, su actuación había sido magnífica.

Lyle le había proporcionado un estilo de vida muy confortable, seguridad y todas las cosas materiales que ella quería: joyas, ropa cara de diseñadores famosos, todos los símbolos de estatus

necesarios para impresionar a sus amigas. Estar casada con un hombre de éxito se había convertido en la profesión de Amanda, en el único trabajo bien remunerado que había tenido. Viéndolo en retrospectiva, él había obtenido muy poco a cambio, ni cariño ni comodidades, y ella, además, apenas se ocupaba de sus hijos.

Lyle pasaba mucho más tiempo con ellos que su esposa, aun teniendo un trabajo muy exigente. Ella no mostraba ningún interés por los niños, ni por él, solo por las cosas caras que él le pagaba y que compraba constantemente. Siempre iba vestida a la última y demasiado sexy para su gusto, como había sucedido el día del funeral de sus padres, cuando se presentó con minifalda y botas de ante de tacón alto. Era todo como publicidad falsa, puesto que ya ni siquiera mantenían relaciones sexuales. Lyle llegó al apartamento a la hora acordada. Amanda estaba esperándolo vestida con un chándal de terciopelo de Chanel y zapatillas deportivas con pedrería de Christian Dior. Entraron en la cocina y tomaron asiento. Lyle había pasado las últimas veinticuatro horas representando mentalmente la escena. Quería ser razonable con ella. Era la madre de sus hijos y diez años de matrimonio le parecía un tiempo digno de respeto.

Se preparó una taza de café y la miró, sin saber muy bien por dónde empezar.

—He estado pensando mucho en todo lo que dijiste sobre la casa de mis padres y sobre mi hermano, y también en tu amenaza de divorciarte de mí si no subía el listón de nuestro estilo de vida. Me dejaste muy claro cómo están las cosas hoy en día entre nosotros: esto parece más un acuerdo empresarial que un matrimonio —dijo, sin superar aún la sorpresa de asimilar que Amanda estaba

dispuesta a abandonarlo si él no ponía sobre la mesa el dinero que le exigía para conservarla a su lado.

—Ahora tendrás más dinero —replicó ella, sin mostrar ninguna emoción—. No existe motivo alguno por el que yo no pueda tenerlo también.

Lo dijo aun sin haber hecho nada para ganarlo y sin que los fallecidos fueran sus padres, además. Para Amanda, el dinero era el dinero, independientemente de su origen. Hablaba sin sentimientos, lo cual sorprendió a Lyle todavía más.

—Creo que lo nuestro ha terminado, Amanda, o que debería terminar. Entre nosotros no queda nada, excepto la contabilidad.

—Podría ser —dijo ella.

Lyle estaba comprendiendo que el único camino de acceso al corazón de Amanda era el dinero, si acaso tenía corazón, cosa que empezaba a dudar. Era imposible pensar como ella y, al mismo tiempo, amar.

—El amor no es algo que pueda comprarse, y no pienso intentarlo. Quiero el divorcio. Voy a aceptar la oferta que me hiciste. —Amanda asintió, impertérrita ante lo que Lyle acababa de decirle. Parecía darle todo igual, mientras obtuviera lo que quería—. Quiero la custodia compartida de los niños. Estoy pensando en tenerlos en semanas alternas. Para ellos no será fácil de entrada, pero espero que acaben acostumbrándose. Y estoy dispuesto a darte la mitad de la propiedad del apartamento. —A pesar de que lo había pagado todo él—. Seguiré pagando el colegio y una cantidad razonable como pensión alimenticia para los niños, y también seguiré pagando a Molly, de modo que no habrá cambio de estilo de vida ni para ti ni para ellos.

Una mitad del apartamento significaba dos millones de dólares, lo cual era una cantidad más que generosa que entregarle a cambio de diez años. Amanda asintió y no hizo ningún comentario, tampoco contradijo en nada a Lyle, ni le dio las gracias —un detalle en el que él se fijó—.

—¿Ya está? —preguntó Amanda, impávida, sin expresar ninguna pena porque lo suyo no hubiese funcionado, sin expresar ningún arrepentimiento por haberle fallado. No discutió la oferta. Tampoco la rechazó.

La reunión terminó en media hora, y Lyle le dijo que quería ver a los niños al día siguiente, para darles la noticia. Se ofreció a hacerlo con ella, pero Amanda respondió que se lo explicara él. También le contó que ya les había comentado que sus padres quizá se divorciarían, de manera que no sería ninguna sorpresa para ellos. Le informó de que Tommy estaba enfadado y que Devon no lo entendía del todo, ya que solo tenía siete años. Amanda había abordado el tema con sus hijos y les había causado malestar con ello sin ni siquiera incluirlo. No parecía estar preocupada lo más mínimo por cómo pudieran sentirse sus hijos.

Cuando Lyle cogió un taxi para ir al despacho estaba aturdido. La reunión había sido totalmente fría y carente de emoción. Estaba preocupado por sus hijos y molesto con Amanda porque había hecho una salida en falso y los había alertado ya sobre lo que podía pasar.

Por la noche, durante la cena, lo habló con Caro, que le preguntó qué se había planteado en cuanto a buscar un apartamento para él y sus hijos. Lyle reconoció que no había pensado todavía en eso. Que todo se estaba desarrollando tan rápido que no estaba preparado.

—Tengo que buscar un apartamento que sea lo bastante grande para los tres para las semanas que los tenga conmigo.

—¿Por qué no te quedas aquí hasta que encuentres algo? Frieda puede ayudarte a cuidar de ellos cuando lleguen del colegio. Hay incluso una habitación para Molly si decidiera venir también. Y con Benjie y Charlie por aquí, los niños tendrán compañía. Yo también pienso quedarme una temporada, además. —Caro no tenía ganas de volver al loft del SoHo ahora que Charlie vivía en el centro. Se sentía muy sola allí sin él—. Aquí hay espacio de sobra y será divertido para ellos, los distraerá hasta que encuentres un lugar que te guste.

Lyle se quedó unos instantes pensando e hizo un gesto de asentimiento. La propuesta tenía sus ventajas, siempre y cuando a sus hijos no les importara no tener una casa fija durante un tiempo, y que pudiera estar también presente Molly era buena idea. Frieda empezaba a hacerse mayor y parecía un poco agobiada ahora que los tres se encontraban de nuevo en la casa. Annabelle y Benjie le daban suficiente trabajo de por sí, pero estaba acostumbrada a ellos. Los hermanos le pagaban a Frieda con el dinero que sus padres les habían dejado y gestionaban también con ese dinero los gastos que generaba la casa.

—Hablaré con los niños sobre esta posibilidad. Mañana iré con ellos a cenar. Si me quedo temporalmente aquí, podríamos empezar enseguida con el acuerdo de custodia compartida en semanas alternas. Y no tendría que esperar a encontrar un apartamento.

Los llamó por la noche, pero Amanda le dijo que Tommy estaba en la ducha y no podía hablar con él. Cuando Lyle volvió a llamar, Tommy estaba haciendo deberes y no se le podía molestar. Amanda le explicó que estaba haciendo un trabajo para clase de ciencias.

Lyle habló entonces con Devon, que estaba triste pero emocionada por saber que al día siguiente vería a su padre. Le dijo que lo echaba de menos y a Lyle se le encogió el corazón. Resultaba doloroso dejar de vivir con ellos de repente. Y los niños no habían tenido tiempo para prepararse y acostumbrarse a la idea. Su matrimonio se había parado en seco sin previo aviso. Se preguntaba si Amanda ya lo tendría todo planificado para que fuera así. Incluso él se daba cuenta de que no era tan inocente y espontánea como aparentaba. Lo calculaba todo.

Y al día siguiente, en el despacho, tuvo pruebas más que definitivas de ello. La contraoferta llegó por parte de un abogado que, a todas luces, Amanda había consultado hacía mucho tiempo. Quería la propiedad de todo el apartamento, no solo de la mitad, pese a no haber contribuido en nada a su adquisición. El acuerdo de custodia le parecía bien. La pensión alimenticia que pedía por los niños era escandalosa. Pedía también una pensión compensatoria, la mitad de las inversiones de Lyle y la mitad de su herencia. Y la mitad de lo que obtuviese de la casa de sus padres si acababan vendiéndola. Básicamente quería la mitad de todo lo que Lyle tenía, y la totalidad del contenido del apartamento: antigüedades, obras de arte, mobiliario, electrodomésticos. Quería el apartamento y todo su contenido. Y la mitad de todo el dinero que él tenía, ganado con su trabajo o heredado de sus padres.

Lyle llamó de inmediato a Jeff Sampson después de enviarle por correo electrónico una copia del documento.

—Tu exmujer no se corta ni un pelo. No deja títere con cabeza —comentó secamente.

—¿Qué oportunidades tengo de atenuar esto? —le preguntó Lyle.

—Lo negociaremos, y podemos compensar el valor de tu porción del apartamento con una parte del mismo. Donde lucharemos con ella es con lo que acabas de heredar y con la casa, si la vendéis. La compensatoria que pide es excesiva. Es joven. El juez le dará la pensión alimenticia de los niños, pero un juez decente le dirá que se ponga a trabajar en un par de años como máximo. No puede estar viviendo del cuento eternamente. —Aunque a buen seguro lo intentaría, pensó Lyle—. Su abogado sabe que no va a conseguir todo lo que piden, pero empiezan alto a modo de táctica de negociación. ¿Qué estás dispuesto a darle?

Lyle había estado pensando en ello desde que había leído las exigencias de Amanda. No cabía la menor duda sobre el tipo de persona que era. Se había quitado la máscara.

—Le daría el apartamento entero si el valor se descontara de mi cartera de inversiones. Estoy de acuerdo con lo de la pensión alimenticia para los niños, de la que ella también se beneficiará. Pero no quiero darle la mitad de mis inversiones, y si tengo que pagar una compensatoria, me gustaría que fuese de menor importe. Amanda no debería recibir ni un centavo de cualquier cosa relacionada con mis padres. Si hubiéramos firmado un acuerdo prematrimonial, eso habría quedado excluido.

—Pero no lo firmaste —le recordó Jeff, y Lyle lo sabía muy bien—. Veamos qué se puede hacer e intentaremos zanjar rápido el tema. Doy por sentado que no quieres ir a juicio.

—Preferiría no tener que hacerlo, siempre y cuando esté dispuesta a ser razonable. Pero si insiste en que quiere la mitad de mi herencia, me las veré con ella. No tiene ningún derecho.

—No intuyo mucho sentimiento por su parte —dijo Jeff con franqueza—. Lo único que quiere es dinero.

—Mi familia cree que el dinero es lo que buscó siempre —dijo Lyle, apesadumbrado porque se estaba enfrentando a la cruda realidad y era imposible esconderse de la verdad.

—Si tiene buena cabeza para negociar, imagino que cederá en algunas cosas y no en otras. Haremos todo lo que podamos —dijo Jeff.

Y, por primera vez, Lyle se dio cuenta de que odiaba a Amanda. Se sentía culpable por ello, pero lo tenía agarrado por el cuello y aspiraba a ir directa a por su yugular. Su forma de ser era malvada, conspiradora y cruel.

Por la noche, Lyle recogió a Tommy y a Devon en el apartamento y los llevó a cenar a una hamburguesería que les gustaba mucho. Pero apenas comieron. Tommy estuvo enfurruñado y resentido durante toda la comida, mientras que Devon se sentó pegada a su padre y le dijo que lo echaba mucho de menos en casa.

—Estaremos juntos a semanas alternas, y empezaremos con esto la semana que viene. Mamá y yo lo hemos acordado así.

Intentó decirlo con alegría, por mucho que la idea de tener que vivir una semana entera sin sus hijos le resultara deprimente. Los echaba terriblemente de menos y solo hacía unos días que no los veía.

—Dice mamá que nos quieres dar muy poco dinero para vivir y que le quieres quitar la casa y que nos tendremos que ir a vivir a un

sitio más feo —dijo Tommy muy enfadado, mientras picoteaba la comida.

Lyle se quedó conmocionado al comprender que Amanda estaba dispuesta a mentir a sus hijos con tal de poder manipularlo a él.

—A ver, Tommy, mírame —dijo con serenidad—. ¿Alguna vez os he privado a vosotros o a vuestra madre de algo?

Tommy dudó un instante y negó con la cabeza.

—Pero ahora os divorciáis. Y es distinto. Dice mamá que la odias y que quieres castigarla, y que tú quieres el divorcio y que nosotros no te importamos nada.

Lyle sintió que la rabia lo encendía por dentro y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por controlarse. Lo único que importaba ahora era tranquilizar a sus hijos. Amanda era un monstruo.

—No es necesario que sepáis nada sobre el dinero que puede haber implicado en lo del divorcio, que es lo que vuestra madre os ha sugerido. Jamás os va a faltar de nada, ni a vosotros ni a ella. Le he ofrecido a vuestra madre el apartamento, todo entero, mi parte y la de ella. Ella será la propietaria, no yo. No tendréis que iros de allí, a menos que ella decida venderlo para comprar otro. Pero ella será la propietaria del apartamento donde vivís ahora. Y le he ofrecido una cantidad muy grande para manteneros, para que nada cambie para vosotros. El resto son cosas de dinero de las que no tenéis que preocuparos. Nunca dejaré a mamá sin dinero, ni a vosotros.

—¿Y dónde vas a vivir tú, papá, si le das a mamá el apartamento? —preguntó Devon, con los ojos abiertos como platos.

Devon estaba claramente preocupada por Lyle, que se sintió conmovido.

—Encontraré un nuevo apartamento para nosotros tres. Y mientras me he instalado en casa de los abuelos, con el tío Charlie, la tía Caro, el tío Benjie y la tía Annabelle —les explicó—. Y vosotros también podéis estar en casa con todos nosotros.

—¿Te lo pasas bien con ellos? —preguntó Devon.

A los niños les gustaban sus tíos y sus tías, aunque no los veían mucho. Y también sus abuelos, y los entristecía que hubieran muerto.

Lyle sonrió ante la pregunta.

—A veces, pero os echo mucho de menos. Está muy bien estar con ellos. Y tía Gloria vino la otra noche a cenar. Y tío Benjie tiene dos perros.

Tommy mostró un leve interés al oír eso. No lo reconoció, pero se había sentido aliviado cuando su padre les había explicado los acuerdos económicos con su madre, que no tenían nada que ver con lo que ella les había contado.

—¿Qué tipo de perros? —preguntó Tommy.

—Un gran danés y un chihuahua —respondió Lyle, sonriendo.

—Vaya locura. —Tommy sonrió aun sin quererlo.

—¿Cómo se llaman? —quiso saber Devon, y Lyle se lo dijo—. ¿Y dónde dormiremos cuando estemos contigo? ¿En tu habitación? —preguntó, tan preocupada que a Lyle le entraron ganas de llorar.

—Los abuelos tenían algunas habitaciones de sobra justo al lado de la mía. Podéis dormir juntos en una habitación o tener cada uno una, lo que prefiráis.

—Yo quiero mi propia habitación —dijo Tommy rápidamente.

—Molly puede compartir la habitación contigo si quieres, o puedes tener una para ti sola —le explicó Lyle a su hija—. Devon se quedó

satisfecha con eso—. Empezaremos la semana que viene y nos veremos para cenar el domingo.

Amanda le había confirmado la agenda a través de su abogado. Pero Lyle estaba furioso con ella por haber mentido a sus hijos sobre lo del apartamento y la pensión. Utilizar a los niños era un juego muy feo y no quería jugar a eso. Pero no debería haberle sorprendido. A partir de ahora, ya no le sorprendería nada de Amanda, puesto que estaba dispuesta a hacerse hasta con el último céntimo que pudiera sacarle. Tenía los ojos puestos en la herencia que, en teoría, no tendría que poder tocar, pero existían precedentes con casos similares. Lyle ya se había enterado de que existía un precedente legal y Amanda, que no era tonta, estaría sin duda al corriente.

La primera noche de Tommy y Devon en la casa donde vivían todos ahora resultó ser muy divertida. Tommy disfrutó jugando con Duke y salió a pasearlo con Benjie, y Devon estaba encantada con Manchitas y Benjie dejó que durmiera con ella. Manchitas tenía el tamaño ideal para Devon.

Los niños estaban nerviosos por ser la primera noche y Lyle se quedó con ellos hasta que se durmieron. Caro preparó tortitas a la mañana siguiente. Se había convertido en la chef que preparaba el desayuno para todos cada mañana. Se sentía como la directora de un internado y todos se lo pasaban muy bien juntos. Tommy y Devon habían traído una maletita con ropa para toda la semana. Y también con algunos juguetes. Tommy tenía su iPad y Devon sus muñecas Barbie favoritas, y también el osito de peluche con el que

solía dormir. La casa estaba llena de vida. A Benjie le encantaba estar con sus sobrinos al volver del trabajo. Todo estaba saliendo muy bien. Y Frieda agradeció la ayuda de Molly.

El último día, Benjie quiso hacer algo especial con ellos. Lo entristecía no poder verlos durante una semana, pero se alegraba también de saber que volverían y que aquello se convertiría en el ritmo habitual. Encontró una caja con todos los ingredientes para preparar magdalenas caseras, que habían sobrado de la vez que las hizo con su madre antes de que ella se fuera de viaje. Invitó a Tommy y a Devon a prepararlas con él. Les dijo que sabía hacerlas muy bien. Descubrió en un armario pepitas comestibles de colores para la decoración y también una lata de cobertura de chocolate.

Devon aplaudió emocionada ante la idea y Tommy se encargó de empezar a batir la masa mientras Benjie encendía el horno. Todo salió perfectamente y rellenaron los moldes con la masa para hornearlas. Y mientras esperaban a que las magdalenas se hicieran, subieron a jugar con los perros. Se lo pasaron en grande, fue lo mejor de toda la semana. Tommy entendía que Benjie era «distinto», tal y como su padre le había explicado, pero Devon no. Pensaba que era un adulto como todos los demás. Y Lyle aún no le había comentado nada al respecto. Era demasiado pequeña.

Estaban los niños poniéndole a Manchitas un jersey de una muñeca cuando Annabelle salió de su habitación al notar que algo olía a quemado. El olor era mucho más fuerte en el pasillo y había humo, que salía de la cocina y subía por la escalera. Annabelle bajó corriendo y entró en la cocina. El humo salía del horno. Lo abrió

enseguida y vio los restos calcinados de las magdalenas. Lo apagó de inmediato y abrió las ventanas para que saliera el humo que llenaba la cocina. Tommy, Devon y Benjie bajaron también para ver qué pasaba. Se habían olvidado por completo de las magdalenas. Diez minutos más tarde se oyeron sirenas y llegaron los bomberos. Las alarmas de humo del pasillo se habían disparado y estaban conectadas al servicio de bomberos. Annabelle les explicó que habían tenido un descuido con el horno, pidió disculpas y se marcharon enseguida. Lyle llegó a casa minutos después. El trío culpable estaba avergonzado y Annabelle los estaba regañando, advirtiéndoles que siempre tenían que quedarse en la cocina mientras cocinaban.

—No podéis meter cosas en el horno y luego iros y olvidaros por completo —les explicó—. Tenéis que quedaros a controlarlo.

—Se me había olvidado cuánto tiempo tenía que dejarlas horneándose. Cuando preparábamos magdalenas, mamá se ocupaba de esa parte —dijo Benjie, disculpándose. Devon se puso muy triste al ver las magdalenas carbonizadas cuando Annabelle las sacó del horno. Estaban irreconocibles—. Volveremos a prepararlas cuando vengáis la semana que viene —les prometió Benjie a los niños.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Lyle—. Dios mío, pero ¿esto qué es? ¿O qué era? —dijo, al ver el molde de magdalenas con los restos quemados.

—Magdalenas —le explicó Devon a su padre—. Íbamos a ponerles pepitas de colorines, pero nos las hemos olvidado en el horno —dijo mientras Annabelle miraba a su hermano de reojo.

—¿Estabais con un adulto? —preguntó Lyle.

—Sí, con el tío Benjie —respondió Devon, y Lyle intercambió otra mirada con su hermana.

Annabelle pilló la indirecta. Para hornear cosas necesitaban la presencia de un adulto y Molly estaba recogiendo las cosas de los niños. Controlar el tiempo no era el punto fuerte de Benjie. Estaba cargado de buenas intenciones, pero se había distraído con los niños y los perros. Ahora se avergonzaba de ello. Pero su hermana salvó la situación sacando una caja de galletas que decoraron con las pepitas, de modo que los niños estuvieron felices y no pasó nada más.

Lo sucedido fue para Lyle y todos los adultos de la casa un recordatorio de que ahora había niños pequeños que necesitaban supervisión, y que a veces Benjie requería ayuda. Cocinar era un buen ejemplo de ello. Devon explicó que Molly estaba recogiéndolo todo para marcharse al día siguiente con su madre. Pensaban dejar algunas cosas allí, pero había juguetes favoritos y ropa que querían llevar de un lado a otro y se habían comprado una maletita cada uno con ese objetivo. Su nueva vida sería un poco nómada, y ya lo era, pero habían disfrutado mucho aquella semana con su padre y con cenar cada noche con tanta gente. Ahora eran muchos en la casa y adoraban a los perros de Benjie. Tommy y Devon se pusieron tristes al despedirse de todo el mundo, pero sabían que volverían pronto y tenían muchas ganas. En términos generales, su primera semana de custodia compartida, de ir de un lado a otro, había sido un éxito.

Cuando al día siguiente Lyle llegó a casa después de trabajar y los niños ya no estaban, la casa le pareció dolorosamente tranquila. Los perros entraban y salían sin parar de sus habitaciones, decepcionados por no encontrarlos allí.

Lyle había tenido otro encuentro aquel mismo día con Amanda y su lista de exigencias intolerables. No daba su brazo a torcer y Lyle no podía evitar preguntarse cómo había podido estar casado con ella. Estaba empezando a entender que el acuerdo económico de su divorcio tardaría mucho tiempo en cerrarse, pero no le importaba. Había cosas por las que merecía la pena luchar, y el juego limpio era una de ellas. Amanda no tenía ninguna intención de tratarlo justamente. Quería hacerle daño. Era su gran oportunidad y haría lo que estuviese en su mano para conseguir lo que quería, sin importar quién saliera perjudicado en el proceso ni tener en cuenta a sus hijos. Lyle era su objetivo, y los niños, un daño colateral. Le daban igual.

7

Gloria llamó a Charlie al despacho un mes después de que le dijera que le ayudara a buscar un inversor. Ella no había dicho nada más al respecto y él se había planteado empezar a buscarlo más en serio ahora que el caos que había seguido a la muerte de sus padres se estaba aliviando un poco. Lyle y Gloria tenían aún mucho que solucionar con el tema de la herencia. Pero los gemelos no estaban implicados en los detalles financieros. Como albacea, Lyle estaba hasta arriba de trabajo y Gloria disponía de algo de tiempo y le estaba ayudando en todo lo posible. Pero no había olvidado la petición de Charlie de intentar encontrarle un inversor para su negocio de moda. Charlie se llevó una sorpresa cuando recibió la llamada de Gloria, que casi nunca se comunicaba con él por teléfono. Su hermana era más de enviarle mensajes de texto de vez en cuando.

—¿Qué tal va todo por la casa? —le preguntó.

—Liados, locos y a las mil maravillas. Tener a los hijos de Lyle durante semanas alternas es muy divertido. Y Benjie nos tiene a todos entretenidos con sus perros. A Caro y a mí nos gusta vivir allí por ahora, controlar a los pequeños. Llevamos semanas sin pasar por nuestro apartamento.

—¿Y qué tal sigue la descarriada de la familia? —preguntó con evidente tensión, y Charlie supo al instante que se refería a su

embarazada hermana menor.

—Por el momento se comporta. Está muy cansada y se acuesta temprano. No ha vuelto a salir.

El paseo de la vergüenza diaria, el regresar a casa ya de día, se había acabado desde que se enteró de que estaba embarazada y Joao regresó a Brasil.

—A buenas horas. Aún me cuesta creer que haya dejado que le hagan un bombo. Vaya lío nos espera.

Charlie le explicó a Gloria que Caro estaba pasando mucho tiempo con Annabelle últimamente.

—Te llamaba porque he encontrado a un tipo interesante que creo que deberías conocer —dijo después Gloria—. Un italiano, de Milán. Su familia es propietaria de las fábricas textiles más importantes de Italia. Lleva tiempo invirtiendo capital en Estados Unidos con mi ayuda, básicamente en el sector tecnológico, y le hablé de Caro y de ti. Conoce vuestra marca y le encanta. Quiere conoceros a los dos. ¿Ha madurado Caro un poco más la idea de que necesitaríais un inversor?

—No lo hemos vuelto a hablar desde… el accidente. Lo que nos dejaron mamá y papá nos irá muy bien, pero no para alcanzar el nivel que nos gustaría, como te comenté.

—Estaría encantada de preparar una reunión, si quieres. Pero Caro tendría que comportarse. Es un tipo importante. Tiene también inversiones en Asia. Llevo años asesorándolo para sus inversiones en Estados Unidos.

—¿Cómo se llama?

—Giorgio Silvestri.

—Claro, le compramos telas. Tienen cosas magníficas y siempre entregan tarde. Pero vale la pena esperar.

—¿Cuándo quieres reunirte con él?

—Cuando le vaya bien. Es una buena oportunidad. Gracias por gestionarlo todo, Glo.

—Para mi hermano pequeño, lo que sea —dijo Gloria, y Charlie se echó a reír.

Hablaron un rato más y colgaron. Diez minutos después, Gloria le envió un mensaje. La reunión sería en el Bemelmans Bar del Carlyle, de aquí a dos días a las seis de la tarde. Era un lugar tranquilo para charlar y no quedaba muy lejos de la casa.

Charlie se lo comentó a Caro dos horas más tarde, cuando se vieron en el despacho. Lo único que le dijo es que se reunirían con Gloria y Giorgio Silvestri en el Carlyle.

—¿El tío de las telas de Milán? ¿Por qué? —Se quedó sorprendida —. ¿Qué tiene que ver Gloria con él?

Charlie inspiró hondo y se lanzó a la piscina.

—Gloria lleva años gestionándole sus inversiones en Estados Unidos.

—¿Y? —replicó Caro, a la espera del resto.

—Está interesado en nosotros.

—¿Como inversión? —Charlie asintió—. Oh, ahora lo entiendo. ¿Y cómo es que está Gloria por medio?

—Le pedí asesoramiento sobre un inversor. No nos pasará nada por reunirnos con él. Veamos qué tiene en mente. No es una boda. Ni siquiera una cita. Plantéatelo como una misión de reconocimiento. Es uno de los hombres más ricos de Italia. Sus hermanos y él son multimillonarios. —Estaban todos juntos en el negocio. Era un

negocio familiar, como muchos negocios italianos relacionados con el mundo de la moda—. Si le gustamos, podría darnos un buen dinero y no exigir una parte del pastel muy grande.

—No pienso vender ninguna parte del pastel —anunció Caro con firmeza.

—Pues asegúrate de decírselo cuando nos reunamos con él —dijo Charlie.

—No te preocupes, que lo haré —replicó Caro, molesta por que su hermano hubiera cerrado el encuentro sin antes discutirlo con ella.

Se sentaron entonces para empezar su reunión, cuyo objetivo era hacer una estimación de los costes de su siguiente desfile. Sería caro, puesto que solo las telas costaban ya una fortuna, aunque lo valían. Algunas eran tejidos de Silvestri, lo cual ahora parecía irónico.

La reunión se prolongó más de lo esperado y llegaron tarde a casa. Lyle estaba cenando en la cocina con Annabelle y Benjie. Frieda había asado dos pollos para quien quisiera un poco para cenar. Cuando Caro y Charlie llegaron, los demás ya estaban casi acabando. El pollo olía delicioso y los gemelos tomaron rápidamente asiento. La conversación entre todos ellos resultaba fluida. Disfrutaban reuniéndose al terminar la jornada. Annabelle se fue pronto a la cama y Benjie sacó a los perros a dar un paseo. Ahora se limitaba a pasearlos por los alrededores y Duke corría arriba y abajo de la calle o daba varias vueltas a la manzana. Tener a Duke era como tener un niño en casa. Tommy y Devon volverían en pocos días. Y nadie hablaba de vender la casa en estos momentos. Les estaba resultando muy útil a todos. Gloria era la única que no vivía allí. Pero para el resto de los hermanos ahora era su hogar.

La reunión en el Carlyle tuvo lugar dos días después, según lo programado. Caro se pasó todo el recorrido en taxi refunfuñando, recordándole a su hermano que no pensaba mostrarse de acuerdo en nada y que se quejaría a Silvestri de que sus telas siempre llegaban tarde y que el retraso les complicaba todos los desfiles.

—Estoy seguro de que se muere por oír eso —dijo Charlie con ironía—. Solo quiero que sepas que, si te portas como una bruja con él, me entrarán ganas de estrangularte. Sé que no quieres un inversor, pero no la fastidies. Dale al menos la oportunidad de hablar. Es un gran cliente de Glo y le he prometido que serías amable. No me hagas quedar como un mentiroso.

—De acuerdo, de acuerdo. Los italianos son todos unos fantasmas. Aunque de lo más encantadores.

Cuando llegaron al bar, Gloria y Giorgio Silvestri ya estaban esperándolos. Se habían encontrado con mucho tráfico en el centro. De camino a la mesa, los gemelos vieron que Silvestri era asombrosamente guapo y que vestía con una elegancia impecable. Nunca habían coincidido en persona con él y el único trato que habían tenido con su firma había sido a través de sus representantes. Estaría cerca de los cincuenta y lucía una espléndida mata de pelo plateado. Era un hombre de sonrisa fácil y tenía una forma de hablar franca y directa. A Charlie no le pareció en absoluto un «fantasma». Era encantador pero no empalagoso, e hizo grandes cumplidos sobre los diseños de Caro. Parecía sinceramente feliz de conocerlos.

—Mi hermano es el que tiene siempre la última palabra —le explicó Caro—. Nada sale a la pasarela sin la aprobación de Charlie.

Diseña tan bien como yo, pero prefiere ocuparse de la parte financiera.

Caro siempre reconocía lo que su hermano sumaba a la colección. Tenía un ojo infalible.

—Me habría gustado diseñar prendas masculinas —dijo Charlie, charlando con Silvestri—, pero nunca llegué a hacerlo. La vertiente económica de la moda me desvió del tema. Hoy en día es un juego de apuestas fuertes —aseveró, y Giorgio hizo un gesto de asentimiento.

—Es un honor que utilicéis nuestros tejidos —dijo Giorgio.

Les explicó que era uno de entre seis hermanos y que cada uno de ellos dirigía una de las distintas divisiones de la firma. Igual que Charlie, él ocupaba el cargo de director financiero, pero le interesaba el negocio de los gemelos a modo de inversión personal, porque sabía que sus hermanos querrían implicarse en cuanto conocieran mejor el tema. Lo cual era otra posibilidad. Por ahora, se trataba de un asunto personal, nada que ver con la empresa de la familia, aunque también se ocupaba de esas inversiones. El hecho de explorarlo como una inversión personal le brindaba mayor flexibilidad en cuanto a los términos y la cantidad de la inversión.

Estuvieron una hora hablando de negocios y Giorgio formuló preguntas inteligentes que Caro y Charlie habrían formulado de estar en su lugar. Hizo que el encuentro pareciera una conversación amistosa y se mostró en todo momento muy relajado. Su inglés era excelente.

—¿Podría visitar vuestro centro de operaciones y vuestros talleres? —les preguntó, y Charlie respondió diciéndole que estarían encantados de recibirlo cuando quisiera.

—¿Qué tal mañana? Mañana mismo por la noche vuelvo a Italia y, por lo tanto, no dispongo de mucho tiempo.

Era un buen primer paso para mostrarle el negocio. Y Charlie estaba seguro de que alguien que trabajaba en un sector relacionado con la moda, como el textil, sería un inversor excelente. Que entendería lo que hacían y probablemente no se pasaría el día metiendo las narices en sus asuntos. Quedaron para verse a la mañana del día siguiente y salieron del bar hora y media después de haber llegado. Habían intercambiado mucha información. Gloria estaba satisfecha, igual que los gemelos. Giorgio había brindado la palabra a Gloria varias veces y parecía sentirse muy cómodo con ella. La había observado con atención durante toda la reunión y se había mostrado muy respetuoso.

—Creo que le gustas, Glo —le comentó Charlie después.

—Vosotros dos también le habéis gustado —replicó Gloria.

—Pero no de la misma manera. Se comportaba como si caminaras sobre el agua, con mucha atracción de por medio —comentó Charlie, pero Gloria se apresuró a negarlo.

—Eso es lo que hacen todos los italianos —dijo, ignorándolo.

Giorgio siempre había sido muy cariñoso con ella, pero Gloria no se lo tomaba en serio a nivel personal y lo consideraba únicamente desde la perspectiva de los negocios. Estaba encantada de habérselo presentado a los gemelos y confiaba en que el encuentro acabara siendo positivo para ambas partes. Pero Charlie estaba seguro de que a Giorgio le interesaba Gloria como mujer, no solo como intermediaria de un trato. No había parado de hablar de lo brillante que era y del éxito de todas las inversiones que había hecho con

ella. Y había flirteado todo el rato. Sin embargo, Gloria lo negó con rotundidad cuando su hermano se lo comentó.

—Le gustas, Glo —insistió Charlie—. ¿Está casado?

—No seas ridículo. Está viudo. Su esposa falleció en un accidente el año pasado. Estaba en el negocio con él. Es atractivo —reconoció, pero estaba segura de que solo intentaba mostrarse considerado con ella, nada más—. Deja ya de jugar al casamentero. A Giorgio le interesa vuestro negocio, no yo. Además, yo estoy la mar de bien tal y como estoy.

El problema es que era cierto. Gloria amaba a su familia y su trabajo, y ya no se esforzaba por conocer hombres. Solía asustarlos a las primeras de cambio con sus conocimientos empresariales y su forma de hablar tan directa. Pero a Giorgio parecían gustarle esos aspectos de Gloria y era evidente que admiraba su inteligencia.

Gloria acompañó a Caro y a Charlie a la casa familiar, cenó algo con ellos y se quedó a compartir después una copa de vino. Les deseó buena suerte para la reunión del día siguiente y se marchó a su casa.

—¿Qué opinas? —le preguntó Charlie a Caro después de que Gloria se fuese.

—Me ha gustado. Parece una persona directa, pero no quiero ni un socio ni un jefe. Estamos bien sin él.

—Un inversor europeo podría ser bueno para nosotros. Él estaría en Italia, nosotros aquí. Seguramente no querría estar muy implicado en el día a día del negocio. Parece que ya tiene bastante con lo suyo.

—Ya veremos —dijo Caro—. Mañana tendrás que encargarte tú de él. Llegaré tarde. Tengo que acompañar a Annabelle a la ecografía.

Se lo prometí. —Charlie se sintió aliviado. Sin Caro pegada todo el rato a ellos o intentando desanimar a Giorgio diciéndole que no merecía la pena invertir en ellos, podría avanzar bastante y discutir abiertamente qué parte del negocio querría Giorgio a cambio de su potencial inversión. Era un punto importante para los gemelos. Ninguno de los dos deseaba perder el control del negocio ni de la marca que llevaban once años construyendo. Gloria ya se lo había dicho a Giorgio, y al parecer él lo entendía. No se había mostrado en absoluto agresivo en este sentido durante la reunión, sino más bien muy relajado, colaborador y respetuoso—. Ya me pondréis al corriente cuando llegue. Calculo que será hacia las diez y media. La ecografía es a las nueve y no debería llevarnos más de media hora, a menos que encuentren algún problema.

—¿Crees que lo encontrarán? —preguntó Charlie, preocupado.

—Hay que tener en cuenta que no paró de ir de fiesta hasta que se enteró de que estaba embarazada. Está asustada.

Charlie hizo un gesto de asentimiento. No lo había pensado. Y, sin duda, era motivo de preocupación. Se sentía como el padre de una chica caprichosa de veintiún años, y sabía que Caro se sentía igual.

Annabelle y Caroline llegaron al hospital para la ecografía a las ocho y media, tal y como les habían dicho. Las pasaron a un cubículo después de quince minutos de espera y Caro tomó asiento en una silla al lado de Annabelle, que se tumbó en la camilla, muy nerviosa. Le daba miedo lo que pudieran ver y decirle y temía recibir malas noticias sobre el estado del bebé. La especialista llegó minutos después y aplicó gel en el abdomen de Annabelle. Caro se dio

cuenta entonces de que el bebé empezaba a hacerse notar en el vientre de su hermana. Annabelle se vestía con camisetas y prendas sueltas y por eso no lo había visto antes. Era alta, además, pero el vientre estaba notablemente redondeado. La especialista empezó a mover el transductor por el abultado abdomen y observaron la pantalla. Caro no había presenciado nunca el proceso de una ecografía y no sabía qué esperar y entonces, de repente, el bebé apareció, a todo color. Movía bracitos y piernas y se distinguían incluso los dedos de los pies y las manos. La cara ya estaba formada y, mientras miraban, empezó a chuparse el pulgar, luego lo soltó y bostezó. A Caro se le llenaron los ojos de lágrimas al verlo. Era un ser humano en miniatura. La especialista dijo que medía casi trece centímetros y pesaba unos ciento setenta gramos.

Dijo asimismo que estaba muy bien de tamaño y que, según calculaba el ordenador, la fecha estimada de nacimiento era el 4 de julio. Annabelle, que había estado mirando fijamente la pantalla, apartó entonces la vista. No sabía cómo sentirse con respecto a aquella imagen y se había sorprendido al descubrir que parecía un bebé de verdad, no un borrón. De pronto, todo era muy real.

—¿Está bien? —le preguntó a la especialista—. ¿Se ve todo normal? ¿No hay anomalías?

—Nada que yo pueda ver. El radiólogo le echará otro vistazo. Pero a mí me parece un bebé sano. —Tomó entonces medidas de la cabeza, el pecho, el abdomen y el fémur, anotó el latido fetal y el ritmo cardiaco. Observó con atención la cara y la columna vertebral, luego las extremidades, y evaluó asimismo el líquido amniótico y la placenta—. ¿Quieres saber el sexo?

Annabelle dudó, pero acabó haciendo un gesto de asentimiento a la vez que le daba la mano a su hermana.

—Es un niño —dijo la especialista, sin dudarlo—. Lo sabíamos, de todos modos, por el análisis de sangre que te hicimos. —Señaló la pantalla para que pudieran ver el sexo—. Te entregaremos una copia impresa para que puedas enseñárselo al padre.

Sonrió a Annabelle, que se estaba esforzando por no llorar. Llegó entonces la doctora, que confirmó lo que había explicado la especialista. Todo estaba normal y era un bebé sano. No habían observado nada preocupante. Las lágrimas rodaron por las mejillas de Annabelle cuando comenzó a vestirse. Caroline no sabía qué decir.

Annabelle acababa de ver al bebé que pensaba dar en adopción. Caro sabía que había vuelto a hablar con Adam, el padre de la criatura. El chico acababa de poner rumbo hacia el campus de la Universidad de Nueva York en Florencia. Iba seis meses por detrás de Annabelle en sus estudios y estaba, por lo tanto, en su penúltimo semestre. Seguía contrariado por lo del bebé, se mostraba firme en que no quería ningún tipo de implicación y se alegraba de que la futura madre hubiera decidido darlo en adopción. Ninguno de los dos estaba preparado para tener un hijo. Seguían siendo niños, aunque también eran adultos, y podrían haber sido padres de haberlo querido. Pero ni el uno ni la otra lo quería, de forma que Annabelle había tomado la mejor decisión dadas las circunstancias. Sin embargo, aún le quedaba un largo camino hasta el momento del alumbramiento y tenía que pasar todavía por todo el proceso hasta que llegara la hora de entregarlo a una pareja que lo quisiera de verdad. Durante una de las conversaciones que tenían hasta las

tantas de la noche, Caro le había prometido que estaría a su lado durante el parto.

Una enfermera le entregó a Annabelle dos fotografías de la ecografía. Se veía el bebé con claridad. Con expresión apesadumbrada, esta las guardó en el bolso, salieron del edificio y cogieron un taxi. Caro dejaría a su hermana en casa y luego se dirigiría a sus oficinas en Lower East Side para reunirse con Giorgio y su hermano. Annabelle no había dicho palabra desde que abandonaron la consulta, pasó todo el trayecto mirando por la ventanilla y llorando.

—¿Estás bien? —le preguntó Caro en el taxi.

—Se ve tan real —dijo en voz baja. Estaba conmocionada.

—Es que es real —replicó Caro—. Y mucho.

Lo sentía por Annabelle, que además no tenía una madre para acompañarla en este momento. Solo tenía a Caro, que no sabía nada sobre embarazos y bebés. Y aunque quería mucho a Annabelle, no era su madre.

—No me esperaba que fuera así. Ya parece un bebé. Se estaba chupando el dedito.

Caro sabía que ahora se le haría incluso más duro ceder al bebé en adopción. Las dos estaban pensando lo mismo. Tenía carita, tenía unas manitas minúsculas, era una persona con todos los detalles. Era un alivio que el niño pareciese sano y normal. Verlo en pantalla había sido tremendamente emotivo. Caro dejó a su hermana en casa y puso rumbo a su oficina.

Cuando llegó, Giorgio y Charlie estaban sentados en el despacho. Charlie le había enseñado ya las instalaciones y Giorgio parecía entusiasmado por lo que había visto y oído. Caro se incorporó sin

problemas a la conversación y añadió algunos detalles sobre el volumen de producción y sobre cómo utilizarían los fondos si al final se producía la inversión. Todo había salido bien hasta el momento y Giorgio se marchó media hora después, no sin antes decirles que se pondría de nuevo en contacto con ellos en unas semanas. Quería hablar del tema con sus hermanos.

Los Silvestri eran una operación familiar y Giorgio dijo que había quedado muy impresionado con Caroline y Charlie. Sus hermanos y él habían discutido la cifra aproximada que querían invertir. Estaban dispuestos a ofrecer una entrada de dinero sustanciosa si se implicaban en el negocio y querían una participación del veinticinco por ciento, algo que a Charlie le parecía extremadamente razonable y que era mucho menos de lo que la mayoría de los inversores norteamericanos le habían pedido. Los Whittier seguirían teniendo el control de su compañía. Sobre el papel, parecía ideal. Ni siquiera Caroline puso objeciones. Giorgio no había decidido todavía si quería realizar una inversión corporativa con sus hermanos o una inversión de carácter personal.

Llamaron a Gloria para explicárselo, y les dijo que Giorgio acababa de llamarla. Por lo visto, los gemelos le habían causado muy buena impresión y ahora solo quedaba aguardar la decisión de Giorgio. Tenía previsto viajar de nuevo a Nueva York en tres semanas y Gloria no les contó que la había invitado a cenar a su vuelta. A Gloria le sorprendió la invitación, pero había decidido que el motivo no era otro que darle las gracias por haberle encontrado aquella oportunidad de inversión. No quería creer que hubiera algo más. Aunque, a pesar de todo, cada vez que pensaba en Giorgio sentía mariposas en el estómago. Le gustaba más de lo que estaba

dispuesta a reconocer. Y Giorgio le había dicho que siempre había querido conocerla mejor y esta era su oportunidad. Gloria, siguiendo su estilo habitual, nunca había querido más que negocios con él.

Terminada la llamada, Charlie le preguntó a Caro por la ecografía.

—¿Qué tal ha ido? ¿Tenemos un sobrino o una sobrina?

—Un sobrino. —Caro sonrió con tristeza—. Y ha ido bien, pero no olvides que no va a quedárselo. No te entusiasmes mucho con la idea. Ese bebé será el hijo y el sobrino de otras personas.

Caro sentía lástima por Annabelle. Tendría que pasar por muchas cosas durante los meses siguientes y después dar el bebé en adopción. Por otro lado, consideraba que su hermana estaba tomando la decisión adecuada. Annabelle era demasiado joven para ser madre, demasiado inmadura, y ella misma lo sabía. Reconocerlo era un acto de valentía por parte de Annabelle. Pero no sería fácil, hiciera lo que hiciese.

—Pobrecilla —dijo Charlie con lástima, pensando en su hermana.

Volvieron entonces al trabajo y se quedaron hasta tarde, para compensar el tiempo que habían pasado con Giorgio Silvestri enseñándole las instalaciones.

Llegaron a casa a las diez de la noche, tan cansados que ni quisieron cenar.

—Espero que invierta en nosotros —dijo Caro mientras subían a sus respectivas habitaciones.

—Jamás pensé que te oiría decir eso —replico Charlie, con una sonrisa.

—El dinero nos irá muy bien y el porcentaje de participación me parece correcto —dijo Caro, antes de entrar en su cuarto.

Charlie se asomó un momento por la habitación de Benjie. Estaba profundamente dormido y rodeado por sus perros. En su mundo, todo funcionaba de maravilla.

Annabelle se encontraba en su habitación mirando la fotografía que le habían dado de su bebé. Al cabo de un rato, la guardó en un cajón de la mesita de noche y se secó la lágrima que le rodaba por la mejilla. Echaba de menos a su madre más que nunca. No se había dado cuenta de lo mucho que la quería hasta aquel instante, y ahora tendría que pasar por la experiencia más dura de su vida sin ella. Era un precio muy alto que pagar por el error que había cometido y confiaba en que quien adoptara al bebé lo quisiera mucho. Estaba más segura que nunca de que no estaba a la altura de una tarea de aquel calibre. Lo quisiera o no, engordaría muchísimo a lo largo de los cuatro meses siguientes. Salir ya no era sencillo. Pero ser imprudente e irresponsable había dejado de ser una opción para ella. Iba a ser madre, con independencia de que se quedara con el bebé o no.

8

Las visitas de Tommy y Devon a casa de sus abuelos para permanecer allí en semanas alternas con su padre iban relativamente bien gracias a Lyle, Molly, Frieda y a su tía Caro, que estaba encantada de tenerlos cerca. Su tío Charlie también era estupendo con ellos y adoraban a Benjie. Era un tío divertido y los perros solo servían para mejorar todavía más su estancia. Los niños tenían pesadillas de vez en cuando y Tommy pasaba de estar enfadado con su padre por haberse ido de casa a no estarlo. Su madre seguía haciendo comentarios desagradables sobre Lyle, lo que molestaba a los niños. Lyle se contenía para no hacer lo mismo con ella, incluso después de que a Tommy se le escapara sin querer un día que Amanda estaba saliendo con alguien. De hecho, ya habían conocido a dos hombres con los que se estaba viendo. Según Tommy, uno de ellos tenía un coche muy bonito, un Ferrari rojo, y los había llevado a dar una vuelta. Y el otro tenía un avión privado, que no habían visto aún. Después de que Tommy explicara aquello, Devon miró preocupada a su padre y le dijo que los dos hombres eran muy feos. No quería herir los sentimientos de su padre. Lyle procuró que sus hijos no lo notaran, pero por dentro se puso furioso. Hacía nada que el matrimonio había tocado a su fin y Amanda ya estaba saliendo con hombres y presentándoselos a sus hijos. Pensó en decirle algo al respecto, pero decidió que era mejor no hacerlo.

Amanda tenía derecho a salir con quien quisiera, si eso era lo que le apetecía, igual que él. Pero salir con mujeres era lo último que se le pasaba por la cabeza con aquella situación. Ni siquiera podía imaginárselo. Solo podía pensar en sus hijos, en cómo estaban llevándolo todo y en finalizar el proceso de divorcio con Amanda. No estaba mentalmente preparado para salir con mujeres. Después de que Tommy se lo contara, se lo comentó a Caro.

—Ya anda buscando otro y ni siquiera me ha liquidado a mí.

A su hermana no le sorprendió ni una pizca.

—¿Aún la quieres? —preguntó Caro con curiosidad.

—No, no la quiero —respondió enseguida Lyle—. Ni siquiera estoy seguro de haberla querido alguna vez o, si acaso la quise, de cuándo dejé de quererla. Pero los últimos cinco años han sido penosos. Hacía tres que no teníamos relaciones sexuales.

—¿Y tú estabas conforme con eso? —dijo Caro, sorprendida por lo que acababa de oír.

—No, pero las cosas eran así. Acabé acostumbrándome. Creo que nos hartamos el uno del otro más o menos al mismo tiempo. No hubo un desencadenante. Pero fue como si los sentimientos se hubieran evaporado. Y los niños me bastaron siempre para mantenerme ocupado y feliz. Al final, cuando te das cuenta de cómo has llegado a conformarte, resulta bastante patético. Nunca piensas que va a acabar así, simplemente sucede. Y cuando eres consciente de lo que has hecho, ves que llevas mucho tiempo así. No es una forma estupenda de vivir, ni lo que quise que fuera mi matrimonio. Pero la verdad es que nunca tuvimos mucho en común. Fue una cuestión de obligación desde un buen principio, por Tommy.

En opinión de Caro, Amanda nunca se había mostrado agradecida con Lyle, ni había reconocido el sacrificio que había hecho al casarse con ella porque era un tipo honrado y con buen corazón.

Lyle disfrutaba las semanas que pasaba con sus hijos, y las semanas sin ellos las aprovechaba para quedarse hasta tarde trabajando y ponerse al día. Los fines de semana los dedicaba a trabajar en todo el papeleo relacionado con la herencia. Gloria y él habían hecho avances. El tema de la venta de la casa estaba todavía pendiente de decidir, pero ahora vivían allí cinco de ellos más sus hijos, en semanas alternas. La casa estaba llena y rebosante de vida y estaba resultando muy útil para los meses de transición posteriores a la muerte de sus padres.

Cada semana, Amanda sumaba una nueva exigencia al acuerdo de divorcio. Su avaricia parecía no tener límites. Lyle se puso furioso un día, cuando fue a recoger a sus hijos para que pasaran la semana con él y Devon le preguntó quiénes eran los Addams.

—No lo sé —respondió, sonriéndole a su hija después de leerle un cuento antes de ir a dormir. Manchitas, que se mostraba feliz cuando Devon estaba en casa, ya se había dormido en la cama a sus pies—. No los conozco.

—Pues dice mamá que somos nosotros la familia Addams —le explicó Devon.

Lyle se puso tenso cuando cayó de repente en la cuenta.

—Sí, había una serie en la tele sobre ellos. Era divertida, sobre una familia rara que vivían todos juntos.

—¿Y estamos emparentados con ellos? —preguntó Devon.

—No, no son gente de verdad. Pienso que mamá lo dijo solo por hacer una gracia.

—Mamá dice que es una locura eso de vivir todos juntos en esta casa, con tía Caro y tío Charlie, tía Annabelle y tío Benjie. —Ni los niños ni Amanda estaban todavía al corriente de lo del bebé de Annabelle, pero Lyle se imaginó fácilmente que, cuando se enterase, se pondría las botas—. ¿Crees que algún día volverás a nuestra casa para vivir con nosotros? —preguntó Devon, pensativa, y Lyle se esforzó por responderle con la mayor delicadeza posible.

—No, no creo. Mamá y yo os queremos mucho, pero ya no queremos seguir casados ni vivir juntos. Somos muy diferentes.

—Lo sé —dijo Devon—. A mamá le gusta ser elegante. Y a ti ser sencillo.

Lyle sonrió ante la sabiduría de los niños. Era un resumen perfecto.

—Tienes razón.

No añadió que a su madre le gustaba ser elegante con el dinero de él, con todo el dinero que pudiera quitarle. Suponía, sin riesgo a equivocarse, que los hombres con los que estaba saliendo Amanda también tenían dinero, sobre todo considerando el detalle de que uno tenía un avión privado y el otro un Ferrari. Estaba muy claro lo que buscaba.

—Dice mamá que vamos a cambiarnos de casa. Que venderá el apartamento. A mí me gusta vivir aquí contigo, papá. Ojalá pudiéramos quedarnos más tiempo cuando venimos.

También a él le gustaría y se preocupaba por cómo estaría afectando a los niños el cambio semanal de casa y de progenitor. No le parecía correcto. Los niños estaban continuamente de un lado al

otro y en movimiento, pero las custodias funcionaban ahora así. Había niños que vivían con sus padres a días alternos, lo que le parecía una pesadilla para los pequeños. Semanas alternas ya era duro de por sí.

Tapó bien a Devon y fue a ver a Tommy. Estaba acostado en la cama escuchando música con los auriculares, con Duke tumbado a su lado. Lyle le deseó buenas noches y salió de la habitación sin poder quitarse de la cabeza lo que Devon había dicho, que Amanda era elegante, y él, «sencillo». Era una forma graciosa de expresarlo, pero tenía razón. Fue a contárselo a Caro.

—Tampoco es que seas tan sencillo —dijo Caro, tranquilizándolo—. Sino que eres como una vida tranquila. Siempre has sido así. En la universidad, Charlie era mucho más salvaje que tú. Estaba todo el día de fiesta. Pero tú fuiste siempre mejor estudiante.

—Pues suena de lo más soso. Supongo que eso es lo que soy —dijo Lyle.

—Fuiste un buen marido y eres un gran padre. —Caro le sonrió—. Charlie adora el mundo de la moda.

La moda era, además, un terreno fértil para hombres gais, y Charlie había llevado una vida bastante desenfrenada durante su veintena y se había tranquilizado al cumplir los treinta. De hecho, durante los últimos tres años había llevado una existencia muy prudente.

—¿Cómo va nuestra pequeña madre? —preguntó Lyle, refiriéndose a su hermana menor.

—Va bien, pero echa mucho de menos a mamá. Le cuesta acostumbrarse a la idea de que está esperando un bebé; no estaba preparada para esto.

—A papá le habría dado un ataque —dijo Lyle, y Caro asintió.

—Mamá lo habría llevado mejor. Intento pensar qué le habría dicho mamá. Gloria está siendo muy dura y cada vez que le habla le insinúa que es una puta. No me imaginaba que Gloria fuera a ser tan de la vieja escuela en este sentido. No se tomó nada mal que Charlie sea gay. Pero piensa que eso de que Annabelle se haya quedado embarazada fuera del lecho matrimonial, según sus propias palabras, es una desgracia para todos nosotros.

—Yo no lo veo así —dijo simplemente Lyle—. También me sucedió a mí.

—Sí, pero tú tenías treinta y un años, un buen trabajo, y te casaste de inmediato, por mucho que a nadie le gustara Amanda. Annabelle es diez años menor y es una niña, además. No tiene trabajo, no tiene marido, no tiene ni siquiera un novio con quien compartir esa carga. Ha dejado colgados los estudios y ahora va a tener un bebé. Y, con independencia de lo que decida hacer al final con el niño, será traumático para ella tanto si lo da en adopción como si se lo queda.

—¿Qué crees que hará al final? —preguntó Lyle.

Caro dudó unos instantes antes de responder.

—Si fuese lo suficientemente madura, creo que se lo quedaría. Lo hacen muchas mujeres, aun sin estar casadas. Hoy en día ya no es la desgracia social que era antaño. Pero no creo que Annabelle fuera capaz de gestionarlo, y tampoco lo desea. Nunca ha tenido ningún tipo de responsabilidad. Mamá y papá la trataron siempre como una niña pequeña y la protegieron de todo. Si se queda con el bebé, acabaremos cuidándolo nosotros en vez de ella. Y yo tampoco estoy preparada para bebés. Me quedan años para eso. Antes quiero

convertir nuestro negocio en un éxito a gran escala. Es mi prioridad y lo será durante unos años. Quizá tenga un niño a los cuarenta, si consigo dar con el chico adecuado. Para eso faltan todavía siete años. Y en nuestro sector es muy complicado encontrar hombres heterosexuales.

—¿Y vuestro inversor italiano? Dice Charlie que es muy atractivo. ¿Es heterosexual?

Caro se echó a reír con la pregunta.

—Sí, es viudo. Parece agradable, pero creo que le va Gloria. Durante la reunión, era como si no pudiese quitarle los ojos de encima y no paró de decirnos que era brillante.

—¿Y qué opina Gloria? —preguntó Lyle.

—Cuando se lo comentamos, no se quedó muy impresionada. Dice que tan solo quiere ayudarnos a cerrar el acuerdo. Cuando se trata de negocios, Gloria no aparta la vista de su objetivo. Es lo único que le importa.

Ambos sabían que era verdad.

—A lo mejor, ese inversor italiano sería adecuado para ti, si a Gloria no le interesa —sugirió Lyle, pensando que su hermana mayor siempre había sido muy exigente con los hombres, que estaba perfectamente bien sola y que, de hecho, lo prefería.

—No es mi tipo. —Caro desdeñó la sugerencia—. Además, le gusta ella. A mí ni siquiera me miró.

Caro y Charlie aún no habían tenido noticias de Giorgio en cuanto a la posible inversión en su marca.

Gloria suponía que le llevaría unas semanas y Caro y Charlie empezaban a sentirse ansiosos y se preguntaban si los hermanos de

Giorgio le habrían desaconsejado invertir. Lo único que podían hacer era esperar.

Una tarde, Lyle estaba trabajando desde casa después de haber asistido a una reunión sobre unos terrenos en Oklahoma en los que su grupo quería invertir, cuando recibió un mensaje de correo electrónico pidiéndole que llamara a la psicopedagoga del colegio de Tommy. No explicaban cuál era el motivo, razón por la cual llamó de inmediato.

La psicopedagoga estaba en su despacho y respondió a la llamada de Lyle. Le explicó que de un tiempo a esta parte Tommy estaba muy agresivo, sobre todo el último mes. Que hacía unos días se había visto involucrado en una pelea y le había dado un puñetazo a un niño en la cara. No se produjeron lesiones, pero era una conducta inapropiada y la psicóloga estaba preocupada. Quería saber si pasaba algo excepcional en casa. Ante aquella pregunta, Lyle sintió náuseas.

—Mi esposa y yo nos hemos separado —respondió Lyle, muy serio.

—Lo siento mucho. Eso podría explicar muchas cosas. ¿Cree que es temporal o no lo saben todavía? —preguntó la psicopedagoga.

—Estamos en proceso de divorcio. Tenemos una orden de custodia compartida temporal a modo de prueba. Estamos alternando semanas. Yo me he instalado en la casa de mi familia, con cuatro de mis hermanos. Es la casa de mis padres, que fallecieron hace muy poco. Tommy y su hermana pasan una semana conmigo y luego

regresan con su madre una semana, y después vuelven otra vez conmigo.

—Sé que esa es la tendencia hoy en día, y una semana entera no está tan mal, pero para algunos niños resulta duro. A algunos no les importa ir de un lado a otro, pero a otros no les gusta nada.

Por lo que Lyle veía, Devon lo llevaba mejor que Tommy, quizá porque era más pequeña y más adaptable y porque tenía una relación más estrecha con su padre y lo habría seguido hasta el fin del mundo. Tommy tenía sus lealtades más divididas entre su padre y su madre, y su instinto masculino lo llevaba a tener cierto sentido de protección hacia Amanda.

—Está claro que es un gran cambio para ellos —reconoció Lyle.

—¿Los visita algún psicólogo? —preguntó la psicopedagoga.

Lyle lo había pensado, pero Amanda no lo consideraba necesario.

—No.

—Voy a recomendárselo para Tommy, dada la agresividad que está demostrando. Y podría planteárselo también para su hija.

Gracias a la ficha del alumno, la psicopedagoga sabía que Tommy tenía una hermana que iba a otro colegio. Asistían a colegios distintos, uno para niños y otro para niñas.

—Tendré que comentarlo con su madre.

—No es más que una sugerencia, pero la terapia podría facilitarle las cosas a Tommy. Da la impresión de estar pasándolo mal. Y sus notas también han bajado un poco este último mes. No de forma dramática, pero sí lo bastante como para empezar a preocuparnos. Por el momento no es más que un semáforo en ámbar, ni mucho menos rojo —dijo la psicopedagoga, para tranquilizarlo, aunque Lyle ya estaba muy inquieto y preocupado por su hijo.

Llamó enseguida a Amanda para hablar sobre el tema y ella rechazó por completo la terapia.

—Tommy está bien, no lo necesita —dijo con despreocupación.

—Amanda, le ha dado un puñetazo a otro niño en la cara. Es una señal de peligro. Si le hubiera roto la nariz, sus padres nos pondrían una demanda. Es evidente que está muy inquieto.

—Los niños se meten en peleas. Es lo normal.

—Y nosotros nos estamos divorciando. Todos estamos inquietos y está claro que Tommy lo está gestionando mal.

—Quizá ese otro niño se comportó como un gilipollas con él.

Amanda no quería ni oír hablar del tema ni afrontarlo, y Lyle comprendió que tendría que tomar él solo la decisión. En cuanto colgó, llamó a la pediatra de los niños, que le recomendó un psicólogo infantil que creía que a Tommy le gustaría. Le dijo a Lyle que sentía mucho que Amanda y él hubieran iniciado un proceso de divorcio. Lyle, sin embargo, lo sentía cada vez menos. Tratar con Amanda era una pesadilla y a cada día que pasaba se daba más cuenta de lo poco que le importaban sus hijos. Solo pensaba en sí misma. Lyle llamó a continuación al psicólogo y concertó una cita con Tommy para dos semanas después. Era la primera cita que tenían disponible. Lyle decidió acompañarlo él mismo y hablar con Tommy en cuanto llegara a casa del colegio.

—Me dijo que era un cabrón, papá. —Tommy estaba encendido—. Y me robó mi termo.

—Da igual lo que te llamara —dijo Lyle con calma—. Pero no hay que pegarle puñetazos a nadie, y mucho menos en la cara. Podrías haberle hecho daño de verdad.

—Quería hacerle daño —replicó Tommy—. Es un niño de séptimo, mucho más grande que yo, y siempre está acosándome.

—En este caso, deberíamos informar al colegio acerca de este acoso.

—¿Y por qué tengo que ir a un loquero?

—No es un loquero, pero te iría bien acudir a una consulta porque le has dado un puñetazo a un chico, por mucho que sea un acosador.

—Esto no es justo.

—Son las reglas —dijo Lyle—. Si le pegas un puñetazo, el acosador pasas a ser tú, no el otro chico.

—No pienso ir a terapia —dijo Tommy con terquedad.

—Te acompañaré —dijo Lyle con calma.

—Pues peor aún. La gente pensará que estoy mal de la cabeza.

—No estás mal de la cabeza, sino que eres un niño que ha pegado a otro niño y cuyos padres están en proceso de divorcio. A lo mejor te gusta hablar con el psicólogo.

—No, no pienso ir. No puedes obligarme.

Estaba taciturno y beligerante. Lyle no lo había visto nunca así.

—Sí que puedo —repuso Lyle en voz baja—, porque es bueno para ti y porque es lo que la psicopedagoga del colegio me ha recomendado.

—Te odio —dijo Tommy con rabia—. Mamá no me obliga a ir a ningún psicólogo. ¿Por qué tú sí?

—Porque es lo que el colegio quiere que hagas. No es ningún drama, Tommy. No lo conviertas en uno.

Tommy salió en estampida de la habitación de Lyle, se marchó corriendo a la suya y cerró de un portazo. Durante la cena estuvo

muy serio y ni siquiera habló. Más tarde, cuando estaba ayudando a Caroline a recoger los platos, Tommy le sacó el tema a relucir.

—No es tan terrible, de verdad —le dijo Caro—. Yo también voy al psicólogo.

Tommy se quedó sorprendido.

—¿Por qué?

—Porque a veces me va bien hablar con él. Me ayuda a entender muchas cosas, sobre todo cuando estoy enfadada por algo.

—¿Y por qué no lo hablas con Charlie? —preguntó Tommy.

—Porque él tiene sus propias ideas y me gusta hablarlo con una persona externa y objetiva. ¿Por qué no lo pruebas? A lo mejor te ayuda, y si no quieres volver después de haberlo probado, se lo dices a tu padre.

Tommy se quedó pensando y asintió. Y cuando subió luego a su habitación, estaba más tranquilo. Caroline le explicó a Lyle la conversación que había mantenido con Tommy y Lyle le dio las gracias.

—Amanda no ayuda en nada. Le importa un comino si los niños están inquietos o si necesitan terapia. Está demasiado ocupada con sus compras y sus citas. —«Y gastando tu dinero», pensó Caro—. Gracias por hablar con él.

Caroline se sentía a menudo como la madre de todos ellos. Empezaba a sentir lo mismo que debía de haber sentido su madre. Pero sabía que estaba ayudándolos a estar todos unidos bajo un mismo techo y a ayudarse mutuamente.

Al día siguiente, Caroline acompañó a Annabelle al ginecólogo. A esta no le había gustado nada la ginecóloga que la visitó la primera vez y que le había recomendado una amiga. Caro le sugirió ir a la

misma consulta que iba ella y Annabelle aceptó. La ginecóloga de Caro no admitía nuevos pacientes y Annabelle había reservado cita con uno de sus socios. Se llamaba Ted Kelly y Caro no lo conocía. Annabelle no estaba muy convencida con la idea de tener un ginecólogo hombre, pero era el único de la consulta que aceptaba pacientes nuevos.

Pasaron media hora en la sala de espera y Annabelle rellenó todos los formularios. Puso mala cara cuando leyó una de las preguntas y se la señaló a Caro. El formulario preguntaba si consumía drogas.

—¿Cómo respondo yo a eso? —le preguntó a su hermana, que no dudó ni un momento.

—Con sinceridad. El médico necesita saberlo, por si el bebé tiene algún problema o alguna malformación.

Annabelle se quedó blanca, pero asintió y escribió «Anteriormente, ahora no». Anotó, con la mayor precisión posible, todo lo que había consumido y cuándo. Había dejado de consumir en cuanto supo que estaba embarazada, pero antes de eso había fumado marihuana, bebido alcohol y esnifado cocaína dos veces.

Completados los formularios, una enfermera las acompañó a la sala de exploraciones y Annabelle se desnudó y se puso una bata.

—¿Quieres que me vaya? —le preguntó Caro, y Annabelle cayó presa del pánico solo de pensarlo.

—¡No! ¿Qué me van a hacer?

—Imagino que simplemente examinarte. Quizá más análisis de sangre, darte vitaminas; todas esas cosas. Y tendrá también los resultados de la ecografía.

Annabelle asintió, aterrada. Cinco minutos más tarde entró un hombre alto, guapo, rubio y con ojos azules, vestido con bata blanca

y un estetoscopio en el bolsillo. Les sonrió a las dos. Se presentó y Caro le explicó que era la hermana de Annabelle y que estaba allí para darle apoyo moral. El ginecólogo vio que Annabelle era muy joven y se mostró relajado y simpático mientras le formulaba las preguntas pertinentes y tomaba notas.

—¿Dice que ahora no consume drogas ni bebe alcohol?

Annabelle hizo un gesto negativo con la cabeza, claramente turbada.

—Dejé de hacerlo cuando me enteré. Antes no sabía que estaba embarazada. Mis periodos nunca han sido regulares, de modo que pensé que me había saltado un par de meses… o tres. —El ginecólogo asintió y parecía tranquilo, pero Caro adivinó que estaba prestando a su hermana mucha atención—. No voy a quedarme con el bebé —añadió Annabelle en voz baja.

La expresión del ginecólogo se volvió seria y asintió.

—¿Ha visitado ya alguna agencia e iniciado el proceso? —le preguntó, y Annabelle dijo que no—. Puedo darle nombres de abogados y agencias con las que hemos trabajado.

A Caro no le pareció que fuera moralista y se fijó en que seguía concentrando toda su atención en la paciente. Después de examinarla, le dijo a su paciente que todo estaba bien. Había visto antes la ecografía y el bebé se hallaba sano, sin anomalías visibles y tenía el tamaño adecuado para las fechas de gestación en las que estaba.

—¿Está el padre presente de algún modo? —preguntó, y Annabelle hizo un nuevo gesto de negación.

—No, no está. Dijo que firmaría los papeles necesarios para que pudiéramos darlo en adopción. Rompimos después de que me

quedara embarazada y ahora está en Italia.

—Eso tiene que ser duro —dijo Ted Kelly, mostrándose compasivo.

Caro calculó que rondaría los cuarenta, como mucho. Parecía muy profesional a pesar de su estilo informal, lo cual era lo más adecuado para su hermana.

—Sí que lo es —reconoció Annabelle—. No esperaba que me pasara esto. Dejé de tomar la píldora, aunque siempre intentamos ir con cuidado. Pero imagino que estábamos borrachos y nos olvidamos de todo.

—Son cosas que pasan. —Ted Kelly sonrió—. ¿Algún otro problema o pregunta? ¿Náuseas, vómitos, dolores, sangrado? —Repasó toda una lista y Annabelle dijo no a todo. Era una chica joven y sana y no había tenido síntomas preocupantes desde que se había enterado de que estaba embarazada—. ¿Vive sola?

—Vivo con mi hermana y mis hermanos —respondió Annabelle.

—Perdimos a nuestros padres en enero y cinco de nosotros estamos ahora instalados en la casa familiar. Es una casa muy grande —le explicó Caro.

—Siento mucho lo de sus padres —dijo el ginecólogo, dirigiéndose a las dos—. Pero debe de estar bien eso de vivir todos juntos.

—Lo está —confirmó Caroline, y Annabelle asintió.

—Dependiendo del acuerdo al que llegue con los padres adoptivos, cederá el bebé en el mismo hospital, después de dar a luz. Puede decidir a quién quiere tener a su lado en ese momento, un familiar, un amigo, los padres adoptivos si lo desea, o no. Si lo prefiere, pueden esperar fuera de la sala de partos. Tendrá tiempo para tomar todas estas decisiones después de hablar con la agencia y conocer a los padres. Se aproxima a la mitad del embarazo, así

que no tendrá que esperar mucho tiempo —dijo con una sonrisa amable—. Y ya hablaremos del parto cuando se acerque un poco más el momento, si quiere un parto natural o con epidural, si es que llega a tiempo al hospital para que se la administren.

—Quiero que me duerman —dijo de inmediato Annabelle.

El ginecólogo sonrió y Caro se echó a reír.

—Con la epidural no será ningún problema. No sentirá nada de dolor. —Repasó de nuevo los formularios y el historial y miró a Annabelle—. Los análisis de sangre están perfectos y actualizados. De modo que, a menos que tenga más preguntas, nos vemos en un mes. —Le entregó una tarjeta de visita—. Aquí tiene mi teléfono móvil, por si necesita llamarme directamente. Y dadas sus circunstancias, estaré encantado de asistirla en el parto aunque sea mi día libre, si es que lo quiere así. O puede asistirlo cualquiera de mis socios si yo no estoy de guardia. Lo que usted prefiera.

—Muchas gracias —dijo Caro.

Comprendía que acababa de hacerle un favor enorme a Annabelle. Muchos ginecólogos asistían los partos de sus pacientes solo si estaban de guardia. Si no lo estaban, se ocupaba otro médico, al que quizá la parturienta ni siquiera conocía. Para Annabelle, que no tenía pareja y pensaba dar a su bebé en adopción, sería estupendo que la asistiese el ginecólogo que la había llevado durante el embarazo. El doctor Kelly anotó los nombres de tres agencias de adopción y de dos bufetes de abogados que gestionaban adopciones y le entregó el papel a Annabelle.

—En la consulta trabajamos con todos ellos. —Caro se planteó si el hecho de que Annabelle hubiera bebido y consumido drogas al inicio del embarazo afectaría al proceso de adopción, pero no

preguntó al respecto. Ya se lo dirían los abogados y las agencias de adopción. Quizá había parejas tan desesperadas por tener un hijo que ni siquiera les preocupaba ese aspecto—. Espero verla en un mes, Annabelle —dijo el médico con cariño, y sonrió a Caro—. Y también a usted, señorita…

No conocía su nombre, Caro no se había presentado.

—Caroline Whittier.

—Encantado de conocerla. Estoy convencido de que volveremos a vernos —dijo, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Seguro.

El médico abandonó la sala. Annabelle se levantó de la camilla, se vistió y sonrió a su hermana.

—Está buenísimo —dijo en voz baja, y Caroline rio—. Y es una monada —añadió—. Deberías preguntar si está casado.

—Deja de hacer de casamentera y vístete. Tengo que ir a trabajar. Y luego llamaré a las agencias de adopción y a los abogados.

Annabelle le pasó la lista.

—Gracias, Caro —dijo.

Se había vestido y estaba tan joven y guapa como siempre. Era una chica preciosa. Parecía una modelo, alta, delgada, pelo oscuro y ojos verdes. Caroline tenía facciones y altura similares, pero era rubia y con los ojos azules.

—Es agradable. Me gusta.

—Y a mí también —reconoció Caro, pensando que le gustaba el estilo de aquel médico, profesional pero también cariñoso y accesible.

—Tal y como lo explica todo, consigue que te dé menos miedo.

—Ha estado muy bien que acceda a asistirte al parto aun sin estar de guardia. La mayoría de los ginecólogos no lo hacen. Te toca el que corresponda dependiendo del día y de quién esté de guardia.

—¿Qué es una epidural? No he querido preguntar —dijo Annabelle, saliendo ya de la sala de exploraciones.

—Es una inyección que te ponen en la espalda y que te duerme por completo de cintura para abajo.

—Pues me parece bien —dijo Annabelle.

Salieron del edificio y tomaron taxis distintos. Charlie estaba esperando a Caro con impaciencia, puesto que tenía mil cosas que tratar con ella.

—¿Dónde te habías metido?

—Tenía que acompañar a Annabelle al médico, a ver al ginecólogo.

—¿Ocurre alguna cosa?

—No, todo rutinario, simplemente una visita mensual.

Charlie sacó un montón de muestras de tejidos y unos bocetos.

—Tenemos que pasar el pedido mañana. Necesito que selecciones las telas antes de ordenar las transferencias —dijo nervioso, y Caro le sonrió.

—Tranquilo, Charlie. Lo haremos sin ningún problema. Ya he hecho la selección.

Cogió un papel de su mesa, se lo pasó a Charlie y su hermano sonrió.

—Vale, lo siento. Cuando no estás presente, me entra el pánico.

—A ti y a todo el mundo.

Terminada la reunión, Caro llamó a los abogados y a las agencias de adopción y concertó cita con uno de los bufetes y con dos de las agencias. Se quedó en el trabajo hasta las ocho y luego fue

corriendo a casa para comprobar que todo el mundo hubiera cenado. Charlie se marchó antes del despacho; aquella noche tenía una cita.

Cuando Caro llegó a casa, Annabelle estaba tumbada en la cama, hablando con una amiga por teléfono. Se notaba que estaba más relajada tras su visita al doctor. Lyle le había preparado la cena a Benjie, que estaba viendo la tele en su cuarto. Lyle no tenía los niños esta semana y Benjie le explicó a Caro que había ido a casa de Gloria después de cenar para seguir trabajando en los temas de la herencia. Caroline se preparó una ensalada y se sentó en el escritorio que tenía en su habitación. Se sentía con un millón de cosas pendientes que hacer y se preguntó cómo se organizaría su madre cuando todos eran pequeños. Su madre siempre le había parecido a Caro una hacedora de milagros, o Wonder Woman, pero ahora aún se lo parecía más. Desde que habían muerto sus padres no tenía ni cinco minutos para sí misma. Siempre estaba ayudando a alguien, respondiendo preguntas, preparando comidas, solucionando problemas, controlando a Benjie. Su vida había cambiado por completo y no se parecía en nada a la que llevaba en el moderno apartamento del SoHo que compartía con su hermano. Habían vuelto a casa de sus padres, a las habitaciones de su infancia. Caroline siguió pensando en su madre, en cómo se las arreglaba para gestionarlo todo. Y a toda aquella carga tenía que sumarle ahora el embarazo de Annabelle. Sabía que de un modo u otro saldrían adelante, todos ellos, unidos. Por otro lado, sentía que sus padres seguían con ellos, que su madre estaba de alguna forma dictándole lo que tenía que hacer. Y mientras intentaba concentrarse en los diseños que debía tener corregidos para el día siguiente,

pensó que jamás había admirado tanto a su madre y que ella ahora se sentía también como una hacedora de milagros o una maga. Era lo que los demás esperaban de ella. Confiaba en que Giorgio Silvestri tomara pronto la decisión de invertir en ellos. Necesitaban el dinero. Y ella necesitaba seis manos más y que los días tuvieran diez horas adicionales. Terminó los bocetos a las tres de la mañana, se tumbó en la cama y cayó dormida al instante, vestida y con las luces encendidas. Estaba tan cansada que ni siquiera tuvo fuerzas para desnudarse.

Los días no tenían suficientes horas para ella.

9

Caroline acompañó a Annabelle a dos agencias de adopción. Gestionaban adopciones privadas conforme a la legislación del estado de Nueva York. Todo parecía muy claro y simple. Tenían procedimientos y estándares muy estrictos. Ninguna de las dos agencias se mostró especialmente cálida o acogedora, aunque ambas reconocieron que bebés como el de Annabelle, hijos de jóvenes cultas y de buena familia, eran un caso excepcional. A ese tipo de niños los llamaban «bebés de diseñador», aunque ambas dijeron que el consumo de sustancias en los inicios del embarazo la descalificaría para muchas parejas. Pero las agencias se mostraron encantadas de incluir a Annabelle en sus listas y prometieron ponerse en contacto en cuanto tuvieran una pareja interesada.

Luego, al final de la jornada, fueron a visitar el bufete de abogados que el doctor Kelly les había recomendado. La abogada, Rachel Adams, era una mujer de unos cincuenta años. Le pareció un poco dura a Caro, pero era inteligente, franca y se mostró amable con Annabelle. Tampoco le gustó el consumo de sustancias al principio del embarazo, pero dijo que sin duda habría gente lo bastante desesperada por tener un bebé que lo pasaría por alto. Y, por lo demás, las circunstancias de Annabelle estaban limpias de trabas. El padre estaba también dispuesto a renunciar, lo cual evitaba un problema que se presentaba a menudo. Todos los

implicados eran gente con educación, sanos, no había nadie en la cárcel, ni circunstancias oscuras en el historial de Annabelle. Adams les explicó que el bufete trabajaba con una agencia de Los Ángeles y que hacían muchas adopciones para famosos. Las circunstancias eran distintas en cada caso y los padres imponían sus propias condiciones. Dijo que, en la mayoría de los casos, no querían más contacto con la madre después de la adopción, aunque algunos se mostraban dispuestos a enviarle una fotografía una vez al año. Otros eran más inclusivos. Pero la mayoría no quería que la madre estuviese presente en fiestas de cumpleaños u otras celebraciones. Le preguntó a Annabelle si esto le supondría un problema, a lo que Annabelle respondió de inmediato.

—En absoluto. Yo tampoco quiero tener ningún contacto. Quiero dar a mi bebé. No puedo encargarme de él y no quiero esta responsabilidad. No estoy preparada para ser madre. Tengo veintiún años, necesito vivir la vida antes de asentarme. Y no quiero tener un bebé sin un padre.

—Entonces eres la madre biológica que todo el mundo quiere. —Rachel Adams le sonrió—. Sin poner pegas, sin vínculos, sin padre. Aparte de ese par de rayas de coca, y ese algo de tequila y vino, eres el sueño de todos, siempre y cuando te portes bien a partir de ahora. Nada de drogas ni de alcohol —dijo, con cara muy seria, y Annabelle asintió—. Querrán hacerte análisis de detección de drogas de forma aleatoria y con regularidad, para comprobar que sigues limpia. Si fallas uno de esos análisis, eres historia, de manera que debes tomártelo muy en serio.

—Lo haré —le prometió Annabelle.

A la abogada tampoco le pasó por alto que Annabelle era una chica muy guapa y que el parecido del bebé con su madre biológica era una buena tarjeta de presentación para los potenciales padres. Era una chica atractiva, igual que su hermana. Rachel Adams les hizo entrega de una montaña de formularios que debían rellenar allí mismo y la abogada quedó satisfecha con el resultado. Al final les informó de que tenía en aquel momento dos parejas que podrían estar interesadas en conocerla. Tendría que comentarles el caso y ver qué opinaban sobre el consumo de cocaína y alcohol. Una de las parejas era de carácter bastante informal, de la industria del cine de Los Ángeles, y tenía la sensación de que lo pasarían por alto. No estaba tan segura con respecto a la otra pareja, que era de Nueva York y eran los dos abogados. Dijo que se pondría pronto en contacto de nuevo con ellas, y dio por finalizada la visita. Annabelle regresó a casa, agotada después de tantas reuniones, y Caro volvió a su despacho. Llegó a las seis, y vio que tenía cinco mensajes de Charlie pendientes de leer.

—¿Dónde demonios te habías metido? —le espetó Charlie al verla llegar.

—He estado con Annabelle en agencias de adopción y bufetes de abogados —dijo, exhausta. Se quitó el abrigo y lo tiró a la silla—. ¿Qué pasa? ¿Se quema algo?

—¿Has visto mis mensajes?

—No he tenido tiempo de leerlos. He pensado que ya vería qué pasa al llegar. Considero que la adopción de Annabelle es un poco más importante, y no veo que te estés dedicando a llevarla a visitar médicos y abogados —replicó con voz tensa, porque gestionar la crisis en la que estaba inmersa su hermana resultaba extenuante.

—Yo no puedo llevarla al ginecólogo. —Se calmó de inmediato—. Lo siento, Caro. Estás siendo maravillosa con ella.

—Tan solo intento hacerme pasar por mamá. No sé cómo se apañaba, sobre todo cuando pienso en todos los dolores de cabeza que le di cuando iba al instituto. Ahora me siento tremendamente culpable. Pasé cuatro años discutiendo con ella a diario.

—Yo también. —Charlie le sonrió—. Giorgio Silvestri va a invertir en nosotros. Será una inversión personal, pero sus hermanos también están interesados. Podrían querer entrar si precisamos más dinero más adelante. Están todos emocionados con nosotros. Giorgio llegará en tres días para firmar toda la documentación. Sus abogados nos enviarán esta noche los contratos por correo electrónico para que les echemos un vistazo y hagamos los cambios que consideremos. Lo hemos logrado, Caro. Vamos a tener el dinero que necesitamos, y conservamos, además, tres cuartas partes de la propiedad. Es un milagro.

Caro también sonreía.

—¡La hostia! ¡Lo has conseguido! —exclamó.

Abrazó a su hermano y lo llenó de besos.

—¡Lo hemos conseguido! No es lo que querías, pero los términos del contrato son estupendos.

Caro sabía que era cierto y había hecho las paces con eso. Estaba dispuesta a tener un inversor. Giorgio parecía el inversor perfecto para ellos y sus términos eran justos. Charlie bailó con ella por el despacho y, en aquel preciso momento, sonó una llamada de Gloria en el móvil de Caro. Caro respondió. Gloria estaba asustadísima.

—¿Qué pasa? —le preguntó su hermana, imaginando que estaba a punto de caerle encima otra crisis.

—Giorgio Silvestri llega de Milán dentro de tres días y me ha invitado a cenar. Dice que va a invertir en CCW y que quiere darme las gracias. No sé qué ponerme. ¿Me prepararás tú el estilismo, Caro?

—¿Y me llamas por eso? —dijo Caro, puesto que Gloria hablaba como si acabara de producirse una explosión.

—Sí, porque todo lo que tengo hace que parezca una bibliotecaria o una vigilante de prisiones. No tengo nada que ponerme para ir a cenar con alguien tan moderno y elegante como él.

—Te has reunido con él mil veces —le recordó Caro.

—Sí, pero siempre han sido reuniones en mi despacho y una vez para comer al mediodía. Pero esto es una cena. ¿Lo harás?

—Por supuesto. ¿Te maquillarás? Porque no pienso prestarte nada a menos que te maquilles y te peines mínimamente. —Gloria siempre llevaba el pelo recogido en una cola de caballo o en un moño bajo y parecía que se lo peinase con un tenedor. Era brillante para los negocios, pero no prestaba ninguna atención a su aspecto. Y de pronto quería verse chic y guapa—. ¿Significa esto que te interesa? —preguntó Caro con curiosidad.

—No lo sé. Pero no quiero sentirme incómoda y estar fea. Tú siempre estás chic, te pongas lo que te pongas. Igual que mamá. Yo no tengo esos genes. A cada día que pasa, más me parezco a papá.

—Pues él era también muy guapo —le recordó Caro.

—Porque mamá lo vestía y le compraba toda la ropa.

Era cierto, pero su padre era un hombre guapo y de aspecto distinguido. Gloria tenía su mismo porte aristocrático. Solo necesitaba añadirle un toque femenino.

—Te prometo que quedarás guapísima y que te propondrá matrimonio antes de que llegue el postre —dijo Caroline.

—Seguro que no es ni siquiera una cita, sino más bien una cena de agradecimiento por haberos presentado.

—Es una cita —le garantizó Caro—. A nosotros no nos ha invitado a cenar. Pásate por aquí mañana y te elegiremos algo. Y vendré a ayudarte a crear el estilismo antes de que vayas a cenar con él.

—Eres una santa —dijo Gloria, y colgó, aturullada y agradecida.

Caro se lo explicó a Charlie, que se echó a reír.

—Si eres capaz de vestir a Gloria para acudir a una cita y consigues que se maquille, te declararé oficialmente maga.

Los contratos llegaron aquella misma noche y los gemelos los repasaron juntos. Los enviaron luego a su abogado, que los llamó al día siguiente. Les sugirió unos pocos cambios, pero, en general, eran correctos.

—Es uno de los mejores acuerdos de este tipo que he visto —le dijo a Charlie—. Os concede plena autonomía para gestionar el negocio como queráis y como ya estáis haciendo, siempre y cuando los números salgan. Si caen notablemente las ventas, intervendrá con un equipo de apoyo.

—Las ventas no caerán —le aseguró Charlie, y comunicó después los comentarios a Caro.

Le devolvieron el contrato a Giorgio, indicándole los pequeños cambios que el abogado les había sugerido. Y Gloria se presentó al salir del trabajo para elegir su modelo.

Caro tenía ya preparadas varias opciones de su colección actual para la cena de su hermana con Giorgio. Una era demasiado sexy, otra demasiado seria y hacía que Gloria pareciese una dominatrix. Al final se decantaron por un vestido ceñido, muy chic y sencillo, confeccionado en lana blanca, cuello alto y manga larga que le hacía una silueta estupenda. Era muy estiloso y Gloria tenía muy buen tipo gracias a sus sacrificios diarios en el gimnasio. Se puso el vestido, que parecía hecho a medida para ella. Caro le había pedido a una de las costureras que se quedara por si había que hacer algún retoque, pero no fue necesario. También tenía calzado del número de Gloria para probar distintas alternativas. Eligieron un par de zapatos tipo salón de tacón alto y ante negro que quedaban perfectos con el vestido.

—No puedo llevar esto. Me mataré —dijo Gloria, quejándose por la altura de los tacones.

—Claro que puedes. Practica un poco. Piensa que solo tendrás que ir del taxi a la mesa y volver. Imagínate que eres una modelo de pasarela.

Caro se quitó entonces los sencillos pendientes de botón con un diamante que llevaba y se los pasó a su hermana.

—No llevo nunca pendientes —dijo Gloria con escepticismo, ya que empezaba a agobiarse de nuevo.

—Pues ahora ya llevas. Giorgio trabaja en el mundo de la moda. Parece una estrella de cine. Es un tipo sensato, disponible, soltero y hetero. Hasta una corona de espinas tendrías que ponerte de ser necesario. Nada de quejarse.

Prepararon el conjunto y Caro peinó a Gloria con un sencillo moño francés y la hizo desfilar delante de Charlie, que estaba de nuevo al

teléfono hablando con el abogado. Los abogados de Giorgio habían hecho otros cambios menores, pero nada que alterara el acuerdo de forma significativa. Levantó el pulgar con entusiasmo al ver a su hermana mayor y ella sonrió de oreja a oreja.

—¡Fantástico! —murmuró, tapando el auricular del teléfono. Terminó la llamada un minuto después—. Cuando Giorgio te vea, te secuestrará y te llevará a Italia con él —dijo.

—Vendré a vestirte y a maquillarte y peinarte antes de la cena —le prometió Caro, que estaba encantada con el resultado final del modelito de Gloria.

—Estaré rara con maquillaje —dijo Gloria, preocupada otra vez.

—Más rara estarás sin él. Tus días de bibliotecaria han tocado a su fin. A partir de ahora tendrás que estar atractiva siempre que él esté aquí. Quieres una segunda cita, ¿verdad?

Gloria movió la cabeza en sentido afirmativo, sintiéndose como una adolescente el día de su primera cita después del baile de fin de curso.

—Todo esto es realmente estresante —dijo, sentándose en la mesa de Caro—. Necesito una copa.

Caro le sirvió una copa de vino y los tres se sentaron a charlar sobre el acuerdo que estaban cerrando. Gloria pareció cobrar vida de repente. Mientras estuviera hablando de finanzas y de negocios, se sentía extremadamente competente y segura de sí misma. Como mujer, se sentía como una novata y una torpe idiota. Las primeras citas siempre habían terminado en fracaso para ella.

—Tú imagínate que estás cerrando un acuerdo empresarial con él. Tu aspecto hará el resto. En cuanto estés vestida, olvídate de lo que

llevas puesto. La ropa solo sirve para mejorar lo que eres. No es para alardear de ella.

A Gloria le gustó el planteamiento de Caro y cuando se levantó, parecía más confiada. A punto estuvo de tropezar con los tacones, pero recuperó el equilibrio y paseó por el despacho sexy y elegante. La prueba de vestido fue todo un éxito. Con su nuevo look se sentía casi otra persona.

Giorgio Silvestri se presentó dos días más tarde, tal y como estaba programado, con todos los cambios cerrados y reflejados ya en el contrato. Todo estaba preparado para firmar al día siguiente. Pasó por las oficinas de Caro y Charlie en cuanto llegó del aeropuerto, solo para saludar. Les dio un abrazo a ambos y quedaron para verse allí mismo a las nueve de la mañana siguiente con sus respectivos abogados para la firma. Giorgio tenía su propio abogado en Nueva York.

Era la noche de la cena con Gloria y dijo que iba al hotel a cambiarse para luego pasar a recogerla.

En cuanto Giorgio se fue, Caro salió corriendo por la puerta con el vestido y los zapatos, un kit de costurera con imperdibles, hilo y todos los chismes que utilizaban en los desfiles, como pegamento y cinta adhesiva de dos caras. Cogió un taxi hasta el apartamento de Gloria y se puso manos a la obra. Había preparado también maquillaje y Gloria tenía ya los pendientes. En solo una hora, Caro la convirtió en una modelo y Gloria estaba preciosa. Se sentía nerviosa, pero no lo demostraba. Caro la abrazó y se marchó antes de que Giorgio pasara a recogerla.

Llegó en un coche con chófer y Gloria bajó cuando la avisó el conserje. Giorgio había reservado en La Grenouille, en el East Side, y el metre lo reconoció de inmediato y los acompañó a la mesa. Giorgio siguió a Gloria, serena y elegante, hasta la mesa.

La velada se desplegó como una alfombra roja y, mientras saboreaban una copa de champán y estudiaban la carta, Giorgio le dijo a Gloria que le encantaba su vestido. Le explicó que estaba entusiasmado con la inversión que iba a hacer en CCW. Que sus hermanos y él estaban seguros de que la colaboración sería un éxito enorme.

—Y todo gracias a que me presentaste a tus hermanos. Ahora casi somos familia. —Le sonrió. Se le veía feliz y relajado a pesar del largo vuelo desde Italia y la diferencia horaria. Dijo que había dormido en el avión para estar en condiciones para la cena—. Tenía muchas ganas de verte, Gloria. Me siento otra vez como un niño. —Pero era un hombre muy atractivo y sofisticado, que hacía sentir a Gloria una mujer estilosa y moderna, gracias también al vestido que había tomado prestado de la colección de Caro y Charlie—. Espero que, con esta conexión, podamos vernos más a menudo a partir de ahora. Pasaré una o dos semanas al mes en Nueva York, para asegurarme de que todo funciona correctamente. La semana próxima lo publicaremos en prensa. Resulta interesante, además, que tenga cinco hermanos, que seamos seis y que vosotros, los Whittier, también seáis seis. Es la suma de dos grandes familias, aunque yo sea el único que invierta en solo dos de los Whittier. Me encantaría conocer pronto al resto de la familia —dijo, después de pedir lo que querían de cenar—. Y todos mis hermanos desean asistir al próximo desfile, por el simple placer de verlo.

—Nosotros somos un grupo de lo más variopinto —le explicó Gloria, sin dejar de sonreír—. Todos somos muy distintos.

—Lo mismo sucede con mis hermanos. Y con nuestras parejas más aún. Mi esposa era diseñadora textil y la conocí en nuestra fábrica siendo ella muy joven.

—¿Tienes hijos?

No había pensado en preguntárselo antes, a pesar del tiempo que hacía que se conocían. Su relación nunca había sido personal antes del fallecimiento de su esposa. Pero ahora, de pronto, lo era. Había enviudado hacía más o menos un año.

—No, por desgracia, no. No tengo hijos, pero tengo catorce sobrinos y sobrinas, y más que llegarán pronto. Y tú, ¿tienes hijos?

Él tampoco se lo había preguntado. Siempre habían hablado única y exclusivamente de negocios.

—No. Nunca me he casado, aunque hoy en día eso ya no sea un prerrequisito para tener hijos.

—Me sorprende que no te hayas casado. ¿Cómo es eso? —preguntó Giorgio, sin dejar de sonreír.

—Demasiado trabajo, que adoro, además. Y hombres equivocados. Considero, por otro lado, que para tener hijos es mejor estar casado.

Giorgio asintió.

—Estoy de acuerdo contigo, aunque dos de mis sobrinos y una sobrina tienen hijos y no están casados. Y son muy felices. Pero, en este aspecto, yo también soy anticuado.

Gloria no le comentó lo de Annabelle. Si seguía con la idea de dar al bebé en adopción, pensó que era mejor mantenerlo en secreto y que nadie se enterara.

—Mi hermano mayor tiene dos hijos. Ahora viven con él y el resto de mis hermanos en casa de mis padres, en semanas alternas. Mis cinco hermanos y hermanas viven en la casa donde nos criamos. Soy la única que no está allí. Mis padres fallecieron en enero y estamos aún decidiendo si vendemos o no la casa.

—Las familias grandes son una maravilla —dijo Giorgio—, aunque muy ruidosas a veces y también estresantes. Mis hermanos y yo hemos tenido muchas discusiones, pero nos queremos. Los italianos podemos llegar a ser muy locos y emocionales —dijo riendo.

—Creo que todas las familias grandes tienen un punto de locura. A nosotros nos pasa también a menudo —reconoció Gloria.

Siguieron charlando mientras disfrutaban de una cena estupenda. La velada pasó a toda velocidad. Al final de la cena, Giorgio se encontraba completamente despierto y lleno de energía. Afirmó que no estaba nada cansado, a pesar de la diferencia horaria. Hablaron sobre Italia, sobre la infancia, sobre sus familias, sobre su vida profesional. Giorgio parecía fascinado por Gloria y embelesado con su aspecto, y Gloria estaba sorprendida por lo cómoda que se sentía con él. No recordaba la última vez que había tenido una cita, pero estaba segura de que no había sido como esta. Cuando llegó la hora de irse, no les apetecía en absoluto a ninguno de los dos y a Giorgio le dio lástima tener que llevarla a su casa y dejarla allí.

—¿Tendrás tiempo para cenar otra vez conmigo el sábado, Gloria?

Se moría de ganas de volver a verla. No se había dado cuenta de lo interesante que llegaba a ser, de lo guapa que era. Y le gustaba su fortaleza. Y lo educada que era.

—Me encantaría —respondió Gloria.

Giorgio se despidió con un beso en la mejilla después de acompañarla hasta la puerta de su edificio. Era el perfecto caballero y a Gloria le entusiasmaban sus modales europeos y su encanto italiano. Pensó que le gustaría presentárselo al resto de la familia, pero antes esperaría a conocerlo mejor. Los Whittier eran un grupo potente cuando los conocías por primera vez, por mucho que él tuviera también una familia numerosa. Y además a Gloria le gustaba tenerlo solo para ella.

Subió a su apartamento con una sonrisa dibujada en la cara. Al llegar le envió un mensaje de texto a Caro, aunque imaginaba que ya estaría durmiendo.

Velada perfecta. Necesito reservar otra vez a mi estilista experta para el sábado por la noche. Te quiero. G

La respuesta de Caro fue inmediata; estaba todavía trabajando.

Tarifa doble festivos y fines de semana.
Tendremos que ir de compras para que tengas un vestuario completo para tus citas

Contratada al precio que sea

Se quitó con cuidado el precioso vestido blanco y los zapatos de tacón para devolvérselo todo a Caro. Había sido una noche mágica, tan mágica como él.

Giorgio llegó al Four Seasons, donde se alojaba en una de sus suites, también con una sonrisa. La firma del contrato transcurrió sin problemas al día siguiente y Giorgio, Caro y Charlie comieron en

Majorelle para celebrarlo. Al final de la comida, Giorgio le habló de Gloria a Charlie y de lo agradecido que le estaba por haberlos presentado. Sus ojos se iluminaron al hablar de ella, y Charlie así se lo contó más tarde a Caro.

—Creo que Glo le gusta de verdad. ¿Qué tal fue anoche? ¿Te ha comentado ella algo?

—Me parece que por ahí hay un incendio que arde a gran escala. El sábado he quedado con ella para ir a comprarle un guardarropa entero.

Caro sonrió y Charlie se echó a reír.

—Me alegro por Glo. Se merece un buen tío. Y creo que le habrá merecido la pena esperar hasta dar con este.

—Tengo la sensación de que ella piensa lo mismo. En sus mensajes parecía un poco achispada, o borracha del todo.

Charlie se alegró. Y estaban contentos los dos por haber firmado el contrato gracias a su hermana.

Charlie y Caro llegaron tarde a casa al salir del trabajo y encontraron a Benjie esperándolos, sentado en la escalera del vestíbulo y acompañado por sus dos perros. Estaba muy serio, y Charlie lo miró con preocupación.

—¿Pasa alguna cosa?

—Tengo que hablar con vosotros.

—¿Sobre qué? —preguntó Caro, ansiosa también.

—He oído a Annabelle hablando por teléfono. Y también la oí ayer hablando contigo, Caro. Annabelle piensa dar a su bebé en adopción. Y creo que el bebé no tendría que salir de la familia. Es mi

sobrino, y el vuestro también. Necesitará una mamá y un papá. Quiero adoptar al bebé. ¿Se lo diréis de mi parte? Así yo podría ser su papá y ella seguiría siendo su mamá.

Para Benjie era un proceso muy sencillo, como el de la adopción de Duke y Manchitas. Había hablado tan en serio que a Caro se le llenaron los ojos de lágrimas. Se sentó en la escalera, a su lado.

—Ser mamá y papá de un bebé es una gran responsabilidad. Y Annabelle no se siente preparada para ser mamá —le explicó Caro.

—¿Y no puede prepararse entretanto? El bebé no ha llegado aún. Tiene tiempo para aprender a serlo.

—Hay gente que no se siente preparada hasta que es un poco más mayor, o que nunca se siente preparada para tener hijos, como la tía Gloria.

—Pues yo sí que estoy preparado para ser papá. Yo podría ser el papá y ella ser la mamá más adelante, cuando esté preparada. Pero no podemos regalar a su bebé a unos desconocidos. Podrían ser malos con él. Quiero adoptarlo.

Charlie y Caro se dieron cuenta de que hablaba en serio, y Caro se sintió culpable por no verse tampoco preparada para ser madre. Era una responsabilidad enorme y tenía un negocio que sacar adelante. No se imaginaba casada o con un hijo antes de, como mínimo, cinco años. Y, además, no había conocido aún a la persona adecuada. Igual que Annabelle.

—¿Puedo adoptarlo? —preguntó Benjie, con mirada suplicante—. No quiero que lo dé. Ese bebé nos pertenece a todos.

—De hecho, Benjie, el bebé es de Annabelle —le explicó Charlie—. Igual que Tommy y Devon son de Lyle y por eso depende de él lo

que haga con ellos. Y el bebé de Annabelle depende de lo que ella decida. No podemos tomar decisiones por ella.

—Quiero ser su papá. ¿Se lo diréis?

—Te lo prometo —dijo Caro muy seria, mientras Charlie limpiaba la lágrima que rodaba por la mejilla de su hermano—. Pero tendremos que respetar lo que ella quiera hacer.

—¿Por qué?

Todo aquello era para Benjie una gran cantidad de información que asimilar y procesar. Llevaba noche y día dándole vueltas. Tendía a obsesionarse por los temas cuando eran importantes para él.

—Porque la mamá es ella —respondió Caro.

—Tú ahora eres como nuestra mamá —dijo Benjie, cambiando de tema—. Y haces un buen trabajo, igual que mamá. Se sentiría orgullosa de ti.

Caro lo abrazó. Benjie era un chico muy dulce, una persona excelente.

—Y también se sentiría orgullosa de ti.

—Pero no estaría muy feliz con Duke y Manchitas. No me dejaría tenerlos en casa —replicó Benjie muy serio, y Caro sonrió.

—Estoy segura de que ahora lo ve muy bien —dijo Caro.

Benjie asintió y subieron juntos a sus habitaciones. Duke y Manchitas se habían adelantado y los esperaban en lo alto de la escalera, como si supieran que la conversación era demasiado seria para estar presentes.

—Le diréis a Annabelle lo del bebé, ¿verdad? ¿Se lo preguntareis? —dijo Benjie, antes de encerrarse en su habitación con los perros.

—Prometido —respondió Caro con solemnidad, y se volvió para mirar a Charlie, que los había seguido escaleras arriba.

—Me hace sentir como una mierda —dijo Charlie, después de que Benjie cerrara la puerta—. ¿Crees que deberíamos quedarnos con el bebé? Lo que ha dicho tiene sentido.

—Annabelle no lo quiere —respondió Caro—. Y no sería justo. Si queremos que el negocio crezca como esperamos, no vamos a tener ni un minuto libre en los próximos cinco años.

—¿Por qué tiene que ser o una cosa o la otra? La gente tiene hijos.

—Sí, pero nosotros no. Nuestro mundo es de locos. La industria de la moda es así. No me veo con un bebé en muchos años. ¿Y tú?

—Quizá —respondió Charlie, dejando sorprendida a Caro—. Si conociera a la persona adecuada.

Y no la había conocido aún. De hecho, ninguno de los dos la había conocido, y ambos sabían que el matrimonio de Lyle había sido un error de principio a fin.

—Trabajando como trabajamos, no tenemos tiempo de conocer a nadie —le recordó Caro.

—Gloria acaba de conocerlo.

—Pero no a nuestra edad. Gloria es seis años mayor que nosotros. Y no quiere tener hijos. Nunca lo ha querido. Quiere trabajar.

—A lo mejor Giorgio le hace cambiar de idea —dijo Charlie con optimismo.

—Aun en el caso de que fuera así, Gloria tendría cuarenta años como mínimo cuando tuviera un bebé.

—¿Y? Bien que los tiene la gente a esa edad. Creo que debemos mantenernos abiertos a todas las posibilidades. Que hay vida más allá del trabajo. Tú también deberías tener alguna cita de vez en cuando.

—¿Bromeas? —Caro se echó a reír—. ¿Con quién? ¿A medianoche, después de haberme asegurado de que Benjie se ha ido a dormir? No tengo tiempo. Mamá era una maga, pero no tenía citas con nadie. No sé cómo se lo montaba, la verdad. Y eso que tenía a papá para ayudarla.

—Pero ella quería ocuparse de todo. Le encantaba —le recordó Charlie.

—Supongo que el secreto es ese. Yo me siento feliz como estoy. Contigo, con el negocio, la casa y los demás, con los niños de Lyle aquí a semanas alternas. Con esto tengo más que suficiente.

—¿Y el bebé de Annabelle? —volvió a preguntar Charlie, y Caro se quedó dudando.

—No lo sé. Creo que debería depender de ella.

Charlie asintió y entraron en sus respectivas habitaciones. Había muchas cosas en que pensar con un bebé en camino. No parecía todavía real para ninguno de ellos, y sobre todo para Annabelle. Pero sí para Benjie. Su ofrecimiento de adoptar al bebé les había llegado al corazón. Porque el corazón de Benjie estaba lleno de amor y rebosaba de dones muy especiales.

10

La segunda cena de Gloria con Giorgio fue incluso mejor que la primera. La llevó a un pequeño restaurante italiano que conocía, donde la comida era soberbia. Se quedaron hasta que cerraron y, cuando la acompañó a casa, ella lo invitó a subir para tomar una copa. Giorgio la besó, con delicadeza, sensualidad y pasión, pero no intentó ir más allá, lo que hizo que la situación fuese más tentadora aún. Se comportó como un caballero hasta que se marchó. Gloria se quedó como si estuviese viviendo un sueño y no podía parar de pensar en él. Se sentía como una adolescente, y él le había dicho que también. Le contó que llevaba meses pensando en ella y que aquello era para él la culminación de un sueño. La consideraba una mujer muy especial. Y ella así se sentía cuando estaba con él, y también lo admiraba. Se consideraba muy afortunada por haberlo conocido.

La prensa especializada se volvió loca con el anuncio del acuerdo que habían firmado y Caro y Charlie no paraban de recibir propuestas de entrevistas desde que se había hecho pública la noticia de que Giorgio Silvestri, de Silvestri Textiles, iba a invertir en ellos. La inversión les brindaba mayor estabilidad y credibilidad que nunca. Todas las publicaciones del mundo de la moda y los negocios

se peleaban por entrevistarlos. Charlie se quedó impresionado cuando el editor de la sección de negocios del *New York Times* le propuso hacer un artículo sobre ellos, y *The Wall Street Journal* también iba tras ellos. Charlie no pudo resistirse a decirle sí al *Times*. Les asignaron un articulista del que había oído hablar, pero que no conocía en persona y cuyas credenciales eran excelentes. Brady Walker, el periodista, estaba graduado por Stanford y tenía un máster por la Columbia School of Journalism, la misma universidad donde Lyle había cursado su posgrado en Administración de Empresas.

Walker llegó para la entrevista acompañado por un fotógrafo, que hizo unas tomas rápidas de Charlie y Caro, y se marchó. Caro continuó también con su trabajo. Brady Walker tomó asiento en el despacho de Charlie para iniciar la entrevista. A Charlie le sorprendió lo joven que era, ambos más o menos de la misma edad. Brady vestía con pantalón vaquero y camisa azul inmaculada con un par de botones del cuello desabrochados. Charlie iba vestido prácticamente igual, aunque con una blazer encima. Charlie rio al darse cuenta.

—Parecemos gemelos —comentó, y Brady rio también.

—No me había fijado. ¿Qué se siente al tener una hermana gemela? —preguntó Brady con curiosidad.

Era simpático, abierto y agradable. Sus preguntas no resultaban complicadas ni maliciosas ni celosas. Se trataba de un entrevistador serio y directo. Charlie le explicó cómo había sido su vida siempre al lado de Caro, lo unidos que habían estado y seguían estando, lo mucho que le gustaba trabajar con ella, y le habló asimismo del talento que su hermana tenía.

—Eres afortunado —dijo Brady, casi con envidia—. Yo soy hijo único y nunca he tenido una relación de hermanos, que imagino que es similar a tener un mejor amigo, pero superándolo. Y ser hijo único significa también que soy un mocoso mimado e incapaz de compartir nada con nadie.

Se rio de sí mismo y Charlie rio con él. La entrevista transcurría más bien como una conversación entre dos personas que disfrutaban charlando y con personalidades compatibles. Brady estaba sacando lo mejor de él y Charlie intuía que iba a ser una entrevista magnífica.

Cuando hubo terminado y Brady guardó la grabadora en su estuche y el cuaderno en su maletín, se entretuvo unos minutos más. Estaba claro que no tenía ganas de irse. Era como si quisiera decirle algo más a Charlie.

—Normalmente no hago esto. La verdad es que no lo he hecho jamás. Nunca voy más allá con mis entrevistados —dijo, algo turbado—, porque está muy mal visto y es poco profesional. Pero ¿te apetecería comer conmigo algún día? Me ha encantado hablar contigo. Me ha gustado de verdad. Será un artículo fantástico.

—A mí también me ha gustado y me encantaría comer contigo —replicó Charlie.

Brady no lo había dejado claro, pero Charlie intuía que era gay.

—Te llamaré —le aseguró Brady, e intercambiaron una cálida mirada de aprecio mutuo antes de que se marchara.

Brady llamó a Charlie al día siguiente.

—¿Es demasiado pronto? ¿Estoy haciendo el ridículo? —preguntó Brady, y Charlie rio a carcajadas—. Ya te dije que nunca había hecho esto con un entrevistado. La verdad es que no es mi estilo.

—No, no estás haciendo en absoluto el ridículo, y esperaba tu llamada. El ridículo lo habría hecho yo si hubieses tardado más de la cuenta. Lo de ayer fue demasiado bueno como para olvidarlo.

—Sí, lo fue —dijo Brady.

Quedaron para verse al día siguiente en una rotisería que conocían los dos. Estaba previsto que el artículo apareciera publicado el domingo.

Caro se cruzó con Charlie al día siguiente cuando salía para comer fuera, algo que casi nunca hacía. Por lo general comía en la mesa, si acaso. No era muy comedor y estaba elegantemente delgado.

—¿Sales a comer? —le preguntó.

—Yo…, sí… El chico de la entrevista del *Times* quería repasar unos datos. Y le he dicho que nos viéramos para comer.

—¿Y no podía hacerlo por teléfono? —replicó Caro, sorprendida.

—Es que… he pensado que lo invitaría a comer. Es un tipo muy agradable.

Y entonces, de pronto, Caro lo entendió todo. Estaba demasiado unida a Charlie como para no darse cuenta y lo conocía muy bien. Su hermano jamás había podido tener secretos con ella.

—Oh, Dios mío. ¿Por qué no lo has dicho y ya está? Se me pasó totalmente. Estaba buenísimo —dijo bromeando—, igual que tú.

—Y además es inteligente. Stanford y Columbia.

—No seas tan pijo. Se le veía muy agradable. Y estupendo para ti. Debe de ser contagioso, después de lo de Gloria, ahora tú y ese chico. ¿Cómo se llamaba?

—Brady. Pues ándate con cuidado, porque serás la siguiente —dijo Charlie, respondiendo a la broma. Se alegraba de que Caro lo hubiese adivinado. No le gustaba tener secretos con ella.

—¡No voy a ser la siguiente! Tengo trabajo a tiempo completo como ama de casa y madre. Las aventuras románticas no entran en mi juego en este momento.

—Pues podrían entrar, si quisieras —dijo Charlie.

—No, de ninguna manera. Tengo que acompañar a Annabelle durante su embarazo y a Lyle en su proceso de divorcio. Y ayudarle con los niños. Y a Benjie. Y vestir a Gloria para su próxima cita. Me gusta mi papel de hermana casamentera. Podré cuidar también de tus niños.

Charlie se mofó de ese último comentario y salió corriendo. Pidió un Uber hasta la rotisería, donde Brady ya estaba esperándolo vestido con una sudadera de Stanford, vaqueros y zapatillas deportivas. Era joven y atractivo y Charlie lo era también, con un modelo casi idéntico, de nuevo, al de Brady.

—Seguimos vistiendo igual —comentó Brady.

—Esto es telepatía —dijo Charlie—. Caro y yo solíamos hacerlo. Es un fenómeno, te lo digo en serio.

—Me gustas de verdad —dijo Brady—. Estás un poco loco, solo lo bastante como para ser divertido e interesante, como una pizca de sal y pimienta.

Charlie se quedó reflexionando acerca del comentario y decidió que le gustaba la comparación.

Hablaron sin parar, intercambiando información durante toda la comida, pero Charlie tenía que volver al trabajo. Brady podía disponer libremente de su tiempo, siempre y cuando cumpliera con las fechas que tenía comprometidas. Trabajaba desde casa.

—¿Nos volveremos a ver? —preguntó Charlie, antes de despedirse en la acera, delante del local.

—Eso espero —respondió Brady con una mirada de anhelo—. Esto es demasiado bueno para que se acabe. —Charlie asintió a modo de respuesta—. ¿Dónde vives? —dijo, pensando que no se lo había preguntado, y Charlie se echó a reír.

—Vivo con mi familia casi al completo. Con cuatro de mis hermanos y hermanas en casa de mis difuntos padres. Nos mudamos allí hace muy poco, en enero. Y de momento funciona bastante bien.

—Suena estupendo, pero no me dejaré caer por allí —dijo Brady, ligeramente intimidado—. Vivo en el West Village. ¿Quieres venir a cenar algún día?

—Me encantaría.

A Charlie le brillaron los ojos solo de pensarlo.

—Es gracioso —dijo Brady—. Esto es como un romance de adolescentes, con la diferencia de que no tenemos que esconder que somos gais. Has salido del armario, ¿no?

—Muy recientemente —dijo Charlie—, después del fallecimiento de mis padres en enero. Antes de eso era un secreto.

—Vaya, yo se lo dije a mis padres con dieciséis años. Y lo llevaron bien —dijo Brady.

—A mi madre se lo conté a los dieciocho. Pero mi padre me habría matado, o le habría dado un infarto. Durante quince años, mi madre fue la única que lo supo, y mi hermana gemela.

—¿Y qué tal lo llevas ahora?

—Sin incidencias. Todo va bien. Ningún problema.

—Eso está bien. Siempre me sorprende que haya aún tanta gente con padres así. Debe de ser muy duro.

—Lo fue. Mi padre tenía un gran rechazo por estos temas. Mi madre siempre dijo que, si se lo contaba, se moriría o le partiría el corazón.

—Te prepararé una cena en mi casa —se ofreció Brady.

—Me parece perfecto.

Charlie le sonrió, le dio un abrazo y cogió un taxi para volver al despacho. Brady se marchó en metro. Había sido un intermedio agradable y Charlie estaba impaciente por leer el artículo cuando saliera publicado el sábado por la noche para la edición del domingo. Aquella noche cenaría con Brady en su apartamento.

—¿Qué tal la comida? —preguntó Caro al verlo llegar.

—Muy bien —respondió Charlie, resplandeciente e intentando disimularlo—. Me preparará una cena en su casa el sábado por la noche.

—¿No en la nuestra? —dijo en broma Caro—. Así podría cocinar para nuestro ejército.

—No estoy aún preparado para traerlo a casa. Quiero conocerlo antes. Hasta ahora, me gusta de verdad.

—Estupendo. Disfrútalo. Te mereces un poco de tiempo libre.

—Igual que tú.

—Esa no es mi realidad en este momento —dijo Caro, y entró corriendo en su despacho para asistir a una reunión, sin tiempo para seguir charlando.

Los niños de Lyle llegaron el viernes para pasar la semana con su padre, unos días antes de lo habitual porque su madre se marchaba de fin de semana a Palm Beach con el hombre del avión privado. Tommy le entregó a su padre sus notas —aunque no era necesario, porque la profesora de ciencias de su hijo ya le había advertido de que Tommy había suspendido un examen y que sus notas seguían cayendo—. Lyle lo llevaba al psicólogo las semanas que lo tenía, pero de momento no se apreciaban cambios. Tommy había tenido otro incidente en el colegio. Le había puesto la zancadilla a propósito a uno de sus compañeros de clase y el chico se había dado un golpe en la cabeza. El castigo había sido un día de suspensión, que coincidió en la semana que estaba con Amanda.

—¿Qué está pasando? —le preguntó durante la cena.

Todo el mundo estaba fuera y Caroline no había llegado aún a casa, de manera que podían hablar libremente.

—No está pasando nada —respondió Tommy, con la vista fija en el plato.

Empezaba a rabiar por dentro. Lo hacía mucho de un tiempo a esta parte. El psicólogo decía que estaba enfadado por el divorcio y porque Lyle se hubiera ido de casa. Tommy era de la opinión de que Lyle tendría que haberse quedado. Sentía que Lyle los había abandonado, a ellos y a su madre, y Amanda alimentaba esa impresión haciéndose la víctima delante de los niños.

—No puedes ir por la vida haciendo daño a los demás —dijo Lyle —. Te echarán del colegio, y no está bien hacer eso.

—Simplemente le puse la zancadilla. No fue nada —dijo Tommy, intentando restarle importancia al asunto.

—Pues a mí me parece que sí que es algo. Y, además, se dio un golpe en la cabeza —dijo Lyle, poniendo todos los hechos sobre la mesa. Estaba muy molesto por lo sucedido, aunque Tommy no parecía estarlo. Siempre había sido un niño dulce y dócil—. Podría haberse hecho daño de verdad.

—Me insultó —dijo Tommy, intentando justificarse.

—Eso no hace que tu reacción fuera la correcta.

—Emerald Berman me llamó cobarde gallina y no le eché ninguna zancadilla —dijo Devon poniendo cara de buena niña, lo que no ayudó en absoluto, y Tommy se levantó corriendo de la mesa, subió a su habitación y cerró de un portazo—. Lo hace también con mamá —dijo, para consolar a su padre—. Esta semana la insultó. Le dijo que se portaba como una mala zorra contigo y que por eso te habías ido. Mamá lo envío a su habitación sin cenar. Pero cuando mamá se acostó, salió y se comió un helado.

Lyle sabía que no estaba bien dejarle contar historias de este tipo, pero era un alivio saber que Tommy también estaba enfadado con su madre y que tenía sus pataletas. De modo que no solo era con él. Los culpaba a los dos del divorcio. Oyeron entonces que se abría la puerta de la calle y que no se cerraba, y al cabo de unos diez minutos, Lyle fue a ver qué pasaba. Se encontró a Tommy sentado en los peldaños de la entrada, con la puerta abierta y con cara triste.

—¿Quieres, por favor, entrar, terminar la cena y comportarte?

Tommy no respondió, pero siguió a su padre hasta la cocina. Lyle le preguntó entonces sí había cerrado la puerta.

—Creo que me he olvidado —respondió.

—Pues ve a cerrarla y vuelve.

Tommy obedeció y no habló ni con su padre ni con su hermana, pero terminó la cena y dejó el plato en el fregadero. Subió entonces a su habitación, más tranquilo esta vez, y no cerró de un portazo.

Lyle acababa de limpiar la cocina cuando Caro llegó a casa, cansada y con un maletín lleno a rebosar de bocetos que quería acabar. Charlie entró un minuto más tarde, y los tres estaban charlando cuando llegó Benjie de la protectora, después de tener guardia hasta tarde, subió a su habitación y reapareció pasados unos segundos, presa del pánico.

—¡Duke y Manchitas se han ido! —anunció al grupo.

—Seguro que están durmiendo en cualquier otra cama —sugirió Charlie—. Mira en todas las habitaciones. Tienen que estar por ahí.

Benjie subió las escaleras de dos en dos y reapareció minutos después.

—Se han ido —confirmó Benjie.

Charlie subió con él para verificarlo, pero los perros no aparecían por ningún lado. Miraron también en las habitaciones de Tommy y de Devon, y tampoco estaban allí. Habían desaparecido. Charlie no estaba muy preocupado.

—Un perro del tamaño de Duke no puede desaparecer así como así —le dijo a Benjie.

A Manchitas le gustaba esconderse debajo de las camas, y también habían mirado allí. Se repartieron todos para inspeccionar la casa y regresaron a la cocina poco después. Efectivamente, los perros se habían esfumado. Annabelle volvió entonces a casa tras visitar a una amiga y los encontró a todos en el vestíbulo, intentando decidir qué hacer a continuación. Benjie rompió a llorar al verla.

—¡Mis perros se han perdido! —dijo, llorando.

—No pueden haberse perdido. Tienen que estar en algún lado —dijo Annabelle, que se sumó a la búsqueda.

—Seguro que los han robado —dijo Benjie, que no podía parar de llorar.

De pronto, Lyle se acordó del incidente que había tenido con Tommy en la puerta. Se había olvidado de cerrarla y lo había enviado a hacerlo al cabo de un rato. Se preguntó si los perros podrían haberse escapado durante ese periodo de tiempo. Subió corriendo la escalera para ir a preguntar a Tommy, que estaba con los auriculares puestos, escuchando música. Se los quitó en cuanto vio que entraba su padre.

—¿Has visto a los perros? —le preguntó acelerado.

—No. ¿Por qué?

—Porque se han ido y Benjie está muy preocupado. ¿Los has visto salir cuando estabas sentado en la entrada?

Tommy negó con la cabeza. Era el único momento en el que podían haberse escapado. Lyle volvió a bajar e informó al grupo de búsqueda de que la puerta de la casa se había quedado abierta unos minutos y que los perros podían haberse escapado entonces. Al oír aquello, Benjie se puso a llorar con más fuerza.

—Los van a matar. Es lo que vemos constantemente en la protectora, perros atropellados. Les dará un golpe algún coche y Manchitas, que es tan pequeña, se morirá.

No paraba de llorar, y Caro intentó calmarlo.

—Benjie, Duke es un perro muy grande y si la gente lo ve, lo evitará. Vamos a salir todos a buscarlos.

—Ya, pero a Manchitas no la verán.

Siguió llorando. Quería mucho a sus perros, eran sus mejores amigos, sus bebés, y era muy responsable con ellos.

—¿Quieres esperar aquí o venir con nosotros? —le preguntó Caro.

—Iré con vosotros —respondió hipando.

Caro miró al grupo y salieron para repartirse por las calles más próximas. Charlie y Lyle pusieron rumbo hacia el parque, con Caro y Benjie siguiéndolos a corta distancia hasta que giraron a la izquierda, por Madison Avenue.

—A Duke le gusta el parque —le explicó Benjie.

Pero todos sabían que cruzar la Quinta Avenida para llegar hasta allí, con el tráfico que había, habría sido muy peligroso para ambos perros. Caro rezó para no encontrarse a alguno de ellos herido de gravedad o muerto en medio de la calle. Seguía sin haber ni rastro de ninguno de los dos. Al final, los cuatro se reagruparon, se adentraron en el parque y miraron a su alrededor, pero no los vieron. Lyle se encaramó a un montículo, apartó los arbustos y bajó por el otro lado. Charlie buscó detrás de los árboles y Benjie, seguido por Caro, recorrió los lugares por donde solía pasear con los perros. De pronto, Lyle gritó, emitió un silbido y Duke apareció corriendo por un camino, meneando la cola y moviendo sus patas largas como si estuviera volando, seguido por una diminuta bola blanca trotando detrás de él, todo lo rápido que sus patitas podían llevarla. Manchitas tenía hojas enredadas en el pelaje. Duke se levantó sobre sus patas traseras para descansar sobre los hombros de Lyle y darle lengüetazos en la cara, pero en cuanto vio a Benjie, echó a correr hacia él. Benjie había dejado de llorar para reír a carcajadas y correr a abrazar a su perro. Se arrodilló y abrazó a Duke, que lo empujó y le dio besos en la cara. Manchitas ladraba

como una loca. Los perros estaban ilesos y Benjie se tumbó en el suelo con Duke encima mientras sus hermanos intercambiaban miradas de alivio. Habían temido la tragedia que podían haberse encontrado y que Benjie, además, la hubiera visto. La preocupación y el dolor lo habían sacado de sus casillas.

—Gracias a Dios —dijo Lyle en voz baja, y Charlie asintió y sonrió a su gemela.

Caroline llamó por el móvil a Annabelle, que se había quedado en casa para cuidar de los niños, para decirle que habían localizado a los perros y que en pocos minutos estarían de vuelta.

Por el camino de regreso, Lyle les explicó que Tommy había dejado un instante la puerta abierta y que debían de haberse escapado entonces. Les prometió que sería más cuidadoso en el futuro. Cuando llegaron a casa, Tommy, que los esperaba en la puerta junto con Annabelle y Devon, se sintió muy aliviado y se disculpó con Benjie, que lo abrazó y lo perdonó de inmediato. Entraron todos en la cocina y Benjie les dio unas chuches a los perros a modo de bienvenida a casa. Los perros estaban felices por toda la atención recibida después de su aventura.

—Pensaba que los atropellaría un coche —dijo Benjie, conmovido aún por la desaparición y lo que podría haberles pasado, porque todos habían sufrido pensando en la posibilidad de encontrarse muertos a los perros en plena calle.

Benjie subió a sus animales a su habitación y los adultos decidieron beber una copa de vino para calmar los nervios y relajarse. Benjie no bebía alcohol, excepto un sorbito de champán en alguna celebración, porque no le gustaba ni el sabor ni el efecto que provocaba.

Más tarde, Caro entró en la habitación de Benjie para ver qué tal seguía. Lo encontró profundamente dormido, abrazado a Duke y con Manchitas emitiendo ronquidos suaves a su lado. Caro se quedó en el umbral, observándolos. Charlie, que la había seguido, se plantó a su lado.

—Bien está lo que bien acaba —dijo en voz baja.

Caro cerró con cuidado la puerta, agradecida de que no hubiera pasado nada espantoso.

Era sábado y Charlie tenía la cena con Brady Walker en su apartamento en el West Village.

El apartamento contaba con una terraza desde la que se dominaba el río Hudson y Brady resultó ser un cocinero excelente. Había preparado una delicada cena india y estuvieron hablando horas sobre sus trabajos, sus familias y sobre las sensaciones de ser gais y encajar en el mundo. Ambos se habían criado en Nueva York y tenían amigos en común, pero hasta entonces nunca habían coincidido. Leyeron juntos la entrevista publicada en la primera edición del periódico del domingo y Charlie quedó encantado con el resultado. La entrevista era divertida, respetuosa, pertinente e incluso aduladora, y todas las citas eran muy precisas.

—Quería que te gustara —le confesó Brady.

—Y me gusta —dijo Charlie, sonriéndole.

Después salieron a dar un paseo a orillas del río y se besaron bajo la luz de la luna. Se sentaron en un banco y hablaron un buen rato hasta que Charlie volvió a casa. No quería implicarse en exceso demasiado pronto. Quería dejar que el tiempo hiciera crecer

lentamente los sentimientos. No deseaba lanzarse a la piscina de inmediato y dejar que todo fuera velocidad y pasión, y que la relación acabara quemándose. Y Brady estaba de acuerdo. Estaban cortejándose y conociéndose. No querían sexo rápido y que todo concluyera sin tener sentido. Querían tomarse su tiempo y esperar.

A Caro le sorprendió verlo regresar a casa y le preguntó al respecto.

—Nos lo estamos tomando con calma —dijo Charlie, feliz.

—Tengo ganas de conocerlo —comentó Caro, sonriéndole con cariño.

—Lo conocerás —le aseguró su hermano—. También quiero conocerlo bien yo.

Giorgio y Gloria también intentaban tomárselo con calma, aunque con menos éxito. Durante su tercera cena, la pasión fue creciendo hasta volverse casi incontrolable. Y después de la cuarta, acabaron en la cama tan pronto como cruzaron la puerta del apartamento de ella para tomar una copa. Era lo que ambos querían. La llama que había prendido entre los dos ardía con tanta potencia que era como si fueran incapaces de hartarse el uno del otro.

Hicieron el amor hasta que salió el sol y luego se abrazaron, totalmente agotados y saciados, hasta que se durmieron sabiendo que su mundo jamás volvería a ser el mismo. Se habían encontrado por fin. Gloria nunca en su vida se había enamorado de aquella manera.

11

Caro acompañó a Annabelle a su siguiente visita con el doctor Kelly. Estaba embarazada de seis meses y ya no podía seguir escondiéndolo. Ninguna de las dos agencias de adopción la había llamado, aunque Rachel Adams sí, y varias veces. Tenía algunas parejas potencialmente interesadas, pero nada definitivo. El hecho de que Annabelle hubiera seguido yendo de fiesta en los inicios del embarazo había desalentado a varias personas, pero disponían todavía de tiempo para encontrar a la pareja adecuada y gestionar la adopción antes de que naciera el bebé.

El doctor Kelly le preguntó sobre su decisión. Annabelle seguía decidida a entregar el bebé en adopción. Se aburría en casa y apenas salía. Y como no podía beber, no le divertía quedar en bares con amigas que sí podían hacerlo. Permanecía en casa casi todas las noches. Y al haber decidido que no iba a quedarse con el bebé, tampoco quería que todo el mundo estuviera al corriente de su estado.

El embarazo seguía adelante sin problemas y una nueva ecografía mostró que el bebé crecía bien. Tenía un buen tamaño. Aunque solo faltaban tres meses para la fecha estimada del parto, a Annabelle le parecía una eternidad en la que no tenía nada que hacer excepto dar vueltas por la casa.

Ted habló con Caro en el pasillo mientras Annabelle se vestía.

—Algo me dice que está hasta arriba de trabajo en casa —le dijo, y Caro se echó a reír.

—Una descripción perfecta, y tengo mucho más trabajo de lo que se imagina. Ahora somos siete instalados en casa de mis padres: dos niños, cinco adultos y dos perros. No tienes tiempo de aburrirte —dijo, cuando Annabelle se sumó a ellos.

—¿Está en el mundo de la moda? —preguntó el doctor Kelly con curiosidad, y Caroline asintió—. Me lo suponía.

Caroline tenía siempre un look perfecto, sencillo, de líneas muy pulcras. El ginecólogo se había quedado con ellas más tiempo de lo habitual. Le gustaba charlar con Caro, aun sin ser ella la paciente, y la admiraba por su férreo apoyo a su hermana menor, que iba a tener un bebé que claramente no quería y así lo declaraba. Annabelle no parecía tener ningún tipo de instinto maternal y Kelly pensaba que estaba haciendo lo acertado, teniendo en cuenta su actitud y su edad. Pero sabía también que dar al bebé en adopción le resultaría más duro de lo que esperaba. En el plazo de tres meses, se sentiría más unida a él de lo que se imaginaba. No era la primera vez que observaba ese fenómeno y deseaba alertar a Caroline al respecto, si acaso no podía hacerlo con Annabelle. Prescindir del bebé era mucho más traumático de lo que se suponía. No le resultaría fácil ceder al bebé que acababa de parir. Con el parto, sus hormonas estarían descontroladas y donar al bebé era un acto contra natura.

Las hermanas se fueron y el doctor pasó a la siguiente sala de exploración para visitar a otra paciente.

Annabelle sonrió a su hermana en el ascensor, de camino al vestíbulo de la clínica.

—Le gustas —dijo, con una sonrisa de suficiencia.

—Y tú también le gustas. Es un tipo agradable —repuso Caro, pensando sobrecogida que a Annabelle le faltaban solo tres meses para tener el bebé. Aún le costaba hacerse a la idea. Su hermana pequeña iba a tener un bebé y pensaba donarlo. Caro se preguntaba a cada momento qué habría dicho su madre al respecto.

—No me refiero a eso —dijo Annabelle, corrigiéndola—. Me refiero a que le gustas, como hombre. Y como tú no eres su paciente, es correcto.

—Yo no le gusto «como hombre», Annabelle. No seas ridícula. Simplemente habla conmigo porque soy la otra adulta presente. Se muestra amable, nada más.

—Estás ciega. Piensa que estás buenísima.

—Yo no estoy «buenísima». Soy tu hermana. Y te acompaño representando a mamá.

—Pues resulta que no eres mamá. Ella tenía sesenta y cinco años. Tú eres treinta y dos años más joven, y muy guapa.

—Gracias. Pero será mejor que nos centremos en lo del bebé por el bien de todo el mundo. No es necesario ligar con tu ginecólogo de paso —dijo Caro con despreocupación.

Consideraba a Ted Kelly muy atractivo y parecía un hombre agradable, pero no estaba abierta a nada en absoluto. Pensar en él le llevó a recordar que tenía que llamar a Rachel Adams para ponerle un poco de presión. El tiempo pasaba y necesitaban encontrar pronto unos padres adoptivos. Caro quería tenerlo todo organizado y a punto para cuando Annabelle tuviera al bebé, para que la entrega fuera rápida y sin incidencias y, de esta forma, minimizarle el trauma a su hermana. No quería ni imaginarse lo duro que sería.

Caro habló con Lyle sobre el tema aquella misma noche. Después le comentó que veía a Tommy más contento, pero Lyle le explicó que seguía teniendo dificultades en el colegio y estallidos de rabia que lo ponían en problemas.

Le comentó asimismo que Amanda no prestaba atención a su hijo y justo acababa de presentarle una nueva lista de exigencias. Quería que Lyle le comprara cada año un coche nuevo, que le asignara una cantidad fija para destinar a sus compras, clases particulares para sus hijos en caso de necesitarlas y unas vacaciones de verano a precio astronómico. A Amanda le gustaba viajar con estilo a lugares caros, y quería que Lyle le pagase también eso.

Amanda había apuntado a Tommy a un campamento de verano en Maine de seis semanas de duración, un tiempo que Lyle consideraba excesivo, y a Devon, a unas actividades carísimas en julio y agosto. Eran las actividades de verano de su colegio. Devon no quería ir y estaba intentando buscar la manera de evitarlas. Por otro lado, Caro estaba procurando organizarse unos días de vacaciones en agosto. Con la llegada del bebé, sabía que en julio no podría ir a ningún sitio. Quería estar presente para Annabelle antes, durante y después, porque sabía que sería un reto para ella. Lyle pensaba quedarse también en la ciudad en julio, para trabajar en un nuevo negocio inmobiliario de suelo comercial. Y Charlie estaba hablando de hacer un viaje con Brady, aunque no sabía aún dónde. Quizá a Turquía o a Grecia, o tal vez más cerca. Giorgio quería que Gloria viajase a Italia. De modo que los planes de verano de todo el mundo empezaban a tomar forma. Y después de que naciera el bebé, Annabelle quería irse de viaje con sus amigas para celebrar su liberación. El embarazo no le había resultado muy duro hasta la

fecha, pero los últimos meses podían serlo. Solo la idea de tener que dar a luz al bebé la aterraba. Prefería que la durmiesen por completo o incluso que le practicaran una cesárea, pero Ted Kelly le había dicho que si no había motivos médicos que la recomendaran, no se la practicaría. Lo mejor que podía ofrecerle era la epidural, pero Annabelle temía que no fuera suficiente para contrarrestar el dolor. Era consciente de que no obtendría ninguna recompensa de todo aquel proceso, razón por la cual deseaba que fuera lo más fácil e indoloro posible. No tenía ninguna motivación para ser valiente a la hora de dar a luz a un bebé que no quería quedarse.

El domingo por la noche, Gloria se presentó en la puerta a la hora acordada. Caro y Annabelle estaban ocupadísimas en la cocina. Benjie, Tommy y Devon habían puesto la mesa. Lyle estaba haciendo lo posible por ayudar y se había encargado de abrir el vino. Charlie había pasado el día fuera con Brady y había vuelto a casa justo a tiempo para cenar. Se alegró de ver a Giorgio, que estaba un poco aturullado intentando recordar el elenco de personajes, quién era quién y los nombres de todos. Benjie charló tranquilamente con Giorgio y le presentó los perros. Y Giorgio dijo que le encantaban los perros y que en Italia tenía dos cocker spaniel.

Siempre que se juntaban todos había una sensación de celebración, como si fuera una fiesta de cumpleaños, y aquella noche era especial porque estaba presente Giorgio. Había tenido la santa paciencia de acceder a pasar la velada con ellos, con un montón de gente nueva toda a la vez. Miraba continuamente a

Gloria y le sonreía, para garantizarle que todo iba bien. Gloria se relajó un poco cuando él se inclinó y le susurró al oído:

—Tú espérate a ver las cenas de mi familia. ¡Son mucho más locas que esto!

Gloria rio a carcajadas y le acarició la pierna por debajo de la mesa. Estaba ansiosa por volver a casa y meterse en la cama con él. Giorgio se alegraba de que Gloria no viviese con toda la familia. Le gustaba estar a solas con ella, pero aquella noche se lo pasó muy bien con todos los Whittier. Rio, bebió, disfrutó de la comida y flirteó con Gloria. Le gustó conocerlos a todos y así se lo dijo de camino de vuelta al apartamento de ella. Y en cuanto cruzaron la puerta y entraron, cayeron el uno en brazos del otro como si estuvieran hambrientos. Ni siquiera llegaron a la habitación, e hicieron el amor en uno de los sofás del salón.

—¿Qué piensas? —le preguntó Caro a Lyle cuando Gloria y Giorgio se fueron.

—Pienso que nunca había visto tan feliz a nuestra hermana. Él parece un tipo estupendo. Espero que les funcione.

—¿Creéis que se casarán? —les preguntó Annabelle.

—¿Quién sabe? Pero seguro que eso ni les importa —respondió Caro, y Charlie se mostró de acuerdo—. Mamá siempre decía que Gloria no se casaría hasta los cuarenta. Y como es habitual, tenía razón.

—Se les ve muy felices —dijo Annabelle.

Empezaba a pesarle el hecho de estar a punto de tener un bebé de un hombre al que no amaba y que tampoco la amaba a ella, un bebé que ni siquiera podía criar, aunque tampoco quería hacerlo. Había comenzado a notar los movimientos constantes del bebé. La

mantenían despierta por las noches. Estaba preocupada por el parto y por lo mal que lo pasaría. ¿Y si no encontraba padres adoptivos? ¿Qué haría entonces? Después de ver a Gloria, había empezado a pensar lo bonito que debía de ser el amor de verdad entre dos personas que realmente se querían.

Todos se sentían conmovidos por haberlos visto juntos. Gloria estaba resplandeciente y Giorgio parecía una persona buena de verdad. Todo era muy nuevo, pero lo consideraron de lo más prometedor.

Siguieron hablando del tema durante el desayuno del día siguiente. Y Caro y Charlie se fueron a trabajar de muy buen humor. También Lyle. Tenía reuniones toda la mañana y no tuvo tiempo de mirar sus correos hasta el mediodía. Cuando lo hizo, vio uno que casi le para el corazón. No podía creer que Amanda le estuviera haciendo eso, pero lo estaba haciendo. Llamó de inmediato a su abogado. Y cuando Jeff respondió, Lyle le habló con voz temblorosa.

—¿Qué pasa? Me ha dicho mi secretaria que era urgente —dijo Jeff, que había salido de una reunión para poder hablar con él.

—Acabo de recibir una notificación del Servicio de Protección de Menores donde se me comunica que estoy bajo investigación por obligar a mis hijos a vivir en un entorno inadecuado. Dice que vivimos en caos y desorden y en un ambiente familiar inseguro. Dice que soy sospechoso de exponer a mis hijos a elementos negligentes y peligrosos y que los problemas de comportamiento de mi hijo en el colegio son resultado de ello —dijo Lyle al borde de las lágrimas y leyendo la documentación.

—¿Y hay algo de verdad en todo eso? —le preguntó Jeff.

El abogado pensaba que era muy improbable que Lyle pudiera ser considerado culpable de cualquiera de esas acusaciones y que su exmujer seguía mareando la perdiz para sacarle más dinero. Que estaba dispuesta a utilizar cualquier truco o forma de acoso posible.

—Lo de mi hijo es verdad. Está teniendo problemas en el colegio. Ve continuamente a los novios de Amanda que pasan por casa y está muy enfadado por lo del divorcio. Cuando se queda conmigo, lo llevo a la consulta de un psicólogo.

—Entonces no tienes nada por lo que preocuparte.

—Espero que tengas razón. Con un poco de esfuerzo, cualquiera puede darle la vuelta a una situación y transformarla para mal. Estoy viviendo en la casa de mis padres hasta que decidamos si la vendemos o no. Es una casa de dos mil trescientos metros cuadrados, tamaño más que suficiente para que podamos vivir todos con comodidad, además de estar en un sitio estupendo, al lado de la Quinta Avenida. Es una casa preciosa. Cuatro de mis hermanos la comparten ahora conmigo, todos ellos gente de lo más respetable, pero quizá la Administración no sea del mismo parecer. Mi hermano menor está en el nivel alto del espectro de autismo, con leves síntomas de asperger. Es un tío estupendo y trabaja. Vive en la casa con sus dos perros. Mi hermana menor tiene veintiún años, es soltera y está embarazada. Piensa dar al bebé en adopción. Mis hermanos gemelos viven también aquí. Él es gay, y quizá la Administración podría considerarlo inadecuado.

—No estamos en la Edad Media —le recordó Jeff—. ¿Alguno de ellos tiene problemas de drogadicción o alcoholismo?

—No.

—¿O ha estado en la cárcel recientemente, o en prisión preventiva?

—No.

—¿Está la pareja de alguno de tus hermanos viviendo en la casa o hay alguien que mantenga relaciones sexuales delante de los niños?

—Nada de todo eso.

—¿Hay en la casa algún tipo de maltrato físico o verbal?

—Por supuesto que no.

—¿Son malos los perros que has mencionado? ¿Han atacado a los niños?

—No, pero uno de ellos es un gran danés.

—Si no es un pitbull, podemos estar tranquilos. ¿Y el otro?

—Un chihuahua. Y dicen que tuvimos un incendio recientemente. Fue un día que mi hermano pequeño estuvo preparando magdalenas con los niños. Se olvidaron de que las habían metido en el horno y se les quemaron, pero en ningún caso hubo un incendio. Se dispararon las alarmas por el humo, eso fue todo.

Lyle comprendía que Amanda estaba decidida a causar problemas y a hacerlo quedar mal.

—Todo irá bien, Lyle. Ser gay no es ilegal, tampoco tener asperger o estar embarazada siendo soltera. Ni siquiera es ilegal que se te quemen las magdalenas. A mí me parece como cualquier familia normal. Créeme si te digo que ven cosas mucho peores a diario, y no en un caserón de dos mil y pico de metros cuadrados al lado de la Quinta Avenida. ¿Tienes supervisión para los niños? ¿Necesita algún tipo de cuidador tu hermano?

—Para mis hijos tengo un ama de llaves y una cuidadora. Y mis hermanos, mis hermanas y yo cuidamos tanto de los niños como de

mi hermano menor. Benjie tiene un empleo en una protectora de animales y va a trabajar cada día, como todos los demás. Mi hermana embarazada no trabaja y pasa casi todo su tiempo en casa.

—Amanda quiere fastidiarte, eso es todo. Los de Protección de Menores saldrán de tu casa riéndose a carcajadas.

—Eso espero.

Pero a Lyle le aterraba la posibilidad de poder perder a sus hijos.

—Los de Protección de Menores están obligados a hacer un seguimiento de estos informes. Los hay que son falsos y los hay que son reales. Identificarán de inmediato la realidad. Siento decírtelo, pero esa mujer con la que has estado casado es una bruja. Y no estoy nada preocupado. Asignarán alguien al caso, que se pondrá en contacto contigo en veinticuatro horas, y luego tendrán sesenta días para realizar una investigación y llegar a una conclusión.

—¿Cómo funciona eso? ¿Se presentan en casa y ya está?

—Normalmente sí. No les gusta avisar con antelación de su llegada. Lo único que te aconsejo es que, durante las próximas semanas, no celebréis fiestas salvajes con mujeres desnudas ni trafiquéis con drogas en casa —dijo Jeff riendo—. Si no hacéis nada de eso, todo irá bien.

—Alertaré a mis hermanos para que sean buenos —dijo, intentando reír también.

Pero aquello era una de las cosas más asquerosas que Amanda le había hecho y sabía que jamás la perdonaría por ello. ¿Qué les diría a sus hijos? Confiaba en que la gente que se presentara en la casa para investigar fuera razonable y viera que eran una familia donde todo el mundo se quería y llevaban una vida decente.

Aquella misma noche informó a sus hermanos, que se quedaron conmocionados y sintieron lástima por él.

—Vaya pieza está hecha —dijo Charlie, compadeciéndose de su hermano.

—Todo saldrá bien —le aseguró Caro.

—¿Quieres que me instale en cualquier otro lugar? —sugirió Annabelle—. Puedo irme a casa de alguna amiga si crees que el hecho de estar aquí, soltera y embarazada, puede perjudicarte.

Todo el mundo quería ayudar a Lyle de cualquier manera posible.

—Y yo puedo volver al loft —dijo en voz baja Charlie.

—De aquí no se mueve nadie —dijo Lyle—. Somos una familia respetable y Tommy y Devon son afortunados por estar aquí conmigo. Yo también puedo irme, si queréis, ya que soy la causa del problema —dijo, sintiéndose culpable y avergonzado.

—De aquí no se va nadie —declaró Caroline con voz firme—. Que investiguen todo lo que les apetezca. Somos una familia. Somos gente auténtica. Y estamos unidos y nos queremos. Nos sentimos orgullosos los unos de los otros, igual que mamá y papá se sentían orgullosos de nosotros. Somos lo que se supone que una familia debe ser. Y ya lo gestionaremos cuando llegue el momento. Nadie tiene que irse de casa.

Miró a su alrededor y todo el mundo asintió. Caroline se parecía cada vez más a su madre. Era fuerte y cuidaba de todos.

Lyle se acostó, sin poder dejar de pensar en Amanda y odiándola más que nunca. Había querido ser justo con ella, y generoso. Deseaba no haberla conocido, excepto por los hijos que le había dado. Temía la investigación y lo que pudieran pensar de ellos, pero sabía que Caro tenía razón. Eran una familia, con todas las

debilidades y los puntos fuertes de cualquier familia, y mejor que la mayoría, además. Las mentiras que Amanda pudiera haber contado no cambiaban nada de lo que eran. Cuando se presentaran para llevar a cabo la investigación, los Whittier estarían preparados y a la espera de enseñar cómo funcionaba una familia de verdad, por mucho que Amanda dijera.

12

Los del Servicio de Protección de Menores tardaron menos de dos días en llamar en respuesta a la demanda que el abogado de Amanda había presentado contra Lyle Whittier. Estaban sobrecargados de trabajo y con poco personal, y gestionaban las demandas mediante un protocolo de intervención, por lo general en el plazo de veinticuatro horas. Teniendo en cuenta que la demanda de Amanda no informaba de daños físicos, sino que aludía a un entorno inadecuado e irresponsable y nadie había sufrido lesiones hasta el momento, la demanda se quedó en el fondo de la pila. El asistente social asignado consideró que nadie corría riesgo físico, lo que lo convirtió en un caso de prioridad baja entre los muchos que tenía entre manos.

La demanda de la madre afirmaba que los Whittier «vivían como gitanos», que eran una familia disfuncional, que un miembro «discapacitado» de la familia suponía una amenaza potencial y que había provocado un incendio en el que se habían visto implicados sus hijos. Se refería a ellos como una «familia Addams» real, integrada por gente desagradable a la que sus hijos estaban expuestos. La demanda se hallaba repleta de insinuaciones y descripciones amargas de los distintos miembros de la familia de Lyle y apestaba a venganza contra el exmarido, de modo que el investigador del caso le dio escasa credibilidad. Había visto ya

muchas demandas de ese tipo como parte de divorcios agresivamente hostiles, por lo general entre gente de clase alta con dinero, un factor que a menudo era el origen de todo. Pero, una vez presentada la demanda, tenían que hacer la comprobación de todas formas.

A veces, demandas de aquel tipo eran todo mentira, de vez en cuando alguna era verdad, aunque no muchas. También se daban casos de exmujeres rabiosas porque el exmarido tenía una nueva novia a la que acusaba de ser una prostituta. En la demanda no había ninguna alusión a mala conducta sexual o incesto cometido por el padre. Cuando había demandas con esas acusaciones, pasaban a ser de alta prioridad y requerían actuación inmediata, aunque a veces era ya demasiado tarde. Pero en aquel caso, las afirmaciones de la madre de que había perros salvajes corriendo libremente por la casa, de que se trataba de una familia que parecía sacada de una serie de televisión que vivían como vagabundos, no impresionó al supervisor responsable de la investigación. La dirección de la familia, la casa donde los niños residían la mitad de su tiempo, tampoco lo llevó a preocuparse, aunque los abusos y el incesto podían producirse incluso en los hogares más adinerados. El supervisor Ike Fellowes leyó por segunda vez la demanda y suspiró. Aborrecía que la gente utilizara su limitado tiempo y su limitado personal para fastidiar a su expareja. Lo había visto un montón de veces y aquella demanda olía justo a eso.

Asignó el caso a una de sus incorporaciones más recientes, Daphne Dawson. Estaba cursando un grado en Trabajo Social por Columbia y completando las mil doscientas horas de prácticas supervisadas que necesitaba para obtener la licencia. Tenía treinta y

dos años, y era una joven responsable y muy seria, originaria de Chicago, que gestionaba los casos con perfecta diligencia y removía cielo y tierra para verificar las demandas interpuestas por la policía o los ciudadanos. Ike encontraba que a veces era demasiado meticulosa con su trabajo, pero mejor eso a que fuera despreocupada y negligente. Nadie podría acusarla jamás de eso. Antes de sus actuales estudios, se había titulado en Sociología por Northwestern, siendo la primera de su promoción. Ike la llamó a su despacho y le entregó la demanda y el informe inicial que acababa de elaborar.

—Échale un vistazo a esto —dijo con expresión seria.

La descripción de la cantidad de personas que vivía en aquel domicilio hacía que sonara como un piso compartido y que sus inquilinos fueran los residentes de un frenopático.

—No parece un entorno muy sano para unos niños. Esto da a entender que el miembro discapacitado de la familia es un pirómano, y peligroso, además —dijo Daphne, después de haber repasado el informe por encima.

—Esta investigación será parte de tu formación como trabajadora social, Daphne. Podría ser real, pero a mí me huele a un proceso de divorcio desagradable, posiblemente un chantaje para que el marido suelte más dinero. Podría estar equivocado, pero de vez en cuando nos encontramos con informes de este estilo. Suelen ser una falacia, pero no podemos ignorarlos. La dirección en un barrio pudiente podría esconder multitud de pecados o podría también ser que todos sean inofensivos. Me he encargado de muchos casos similares a lo largo de mi vida, y ahora te toca a ti. Lo más probable es que sea una pérdida de tiempo.

Daphne ya sabía lo cínico que podía llegar a ser Ike, e Ike vio que no se lo creía del todo. Daphne era responsable a más no poder, quizá incluso algo ingenua, y estaba decidida a no permitir que un solo niño corriera peligro. En los seis meses que llevaba allí había conseguido liberar al menos a doce niños de circunstancias realmente peligrosas y reubicarlos en casas de acogida, que no siempre eran mejores. Daphne Dawson era una buena persona, y llegaría a ser algún día una trabajadora social excelente, e Ike intuía que era ideal para aquel caso que tenía como escenario un hogar de clase media-alta. Tanto sus padres como un hermano mayor eran médicos, pero ella había elegido el camino de la asistencia social.

—¿Crees que debería hacer una visita a la casa enseguida, sin previo aviso? —preguntó.

Daphne no estaba segura de si las reglas básicas eran las mismas para un domicilio de aquel tipo. Lo habitual era realizar las visitas sin previo aviso para capturar el ambiente real de los hogares.

—¿Lo harías normalmente? —repuso Ike, recostándose en su silla.

Tenía el aspecto de una chica muy normal, íntegra e inocente. Él estaba cerca de la jubilación y ella era un soplo de aire fresco en comparación con toda la gente cansada, enfadada, hastiada y desilusionada con la que había trabajado. Había visto demasiadas tragedias reales para no verse afectado, niños a los que les habían echado lejía encima o que habían recibido palizas hasta quedar sin sentido y sufrían lesiones cerebrales permanentes, niñas de once años embarazadas que habían sido brutalmente violadas por sus padres. El sufrimiento era interminable. No esperaba que la demanda de los Whittier fuera en serio, pero nunca se sabía qué podía pasar. Había sorpresas en cualquier rincón de la ciudad.

—Normalmente no pido una cita. Me presento y ya está —dijo Daphne, respondiendo a la pregunta—, como se supone que tenemos que hacer.

—Pues hazlo así —le aconsejó—. Confía siempre en tu instinto. No te creas todo lo que ves. Las historias suelen tener trasfondo y mucha gente esconde cosas. —Daphne hizo un gesto de asentimiento—. Podría tratarse de un caso sin indicios de gravedad, o no.

—Tengo tiempo para ir hoy mismo, para efectuar una valoración inicial. Aunque quizá tendrá que ser un poco tarde.

—Mejor, así verás bien lo que pasa. No te esperarán a esas horas. Buena suerte.

Ike le sonrió y Daphne salió del despacho muy seria. Trataba todos sus casos como si fueran el más importante de su carrera. Ike confiaba en que resultara tan leve como imaginaba. La referencia a la «familia Addams» le hacía sentirse optimista.

Daphne tenía un día ocupado por delante. Tenía que visitar a una niña con lesiones cerebrales que había reubicado en un hogar social para ver qué tal iba y redactar además el informe de dos familias de acogida. Una de ellas tenía un informe previo sospechoso. Tenía que visitar también a una niña de nueve años que estaba prostituyéndose y que la policía había rescatado en una operación contra el tráfico sexual. Tenía en su lista a una abuela que vivía de la beneficencia pública y se ocupaba de sus siete nietos, pues la madre estaba en la cárcel. Servicios Sociales quería separar a los niños y ponerlos en casas de acogida y la abuela les suplicaba que no lo hicieran, aunque la mujer se dedicaba a vender marihuana para obtener más ingresos. Un vecino la había delatado. Casi todos los

casos de la lista de Daphne eran una tragedia a punto de suceder, o que ya había sucedido, y muchos de ellos eran irreversibles, con niños que se convertirían en adultos con grandes daños, algunos de ellos incluso peligrosos, que intentarían vengarse por todo lo que les habían hecho. Muchos acababan volviendo al sistema, en la cárcel.

Eran las cinco y media cuando Daphne terminó sus visitas. No había tenido ni tiempo para comer. Aunque rara vez lo tenía, o comía un sándwich en el metro entre visita y visita. Miró el reloj y se preguntó si sería demasiado tarde. Sabía que no llegaría a casa de los Whittier hasta las seis. No es que le importara trabajar hasta tarde, y lo hacía además con frecuencia porque a esas horas, cuando entraba en juego el elemento sorpresa, se veían más cosas, como podría ser ahora el caso. Decidió no retrasarlo más y siguió en el metro hasta llegar a la parada en cuestión. Daphne vivía en Brooklyn con dos compañeras de piso y no conocía el barrio al que se dirigía, al oeste, hacia Central Park. Sus padres vivían en Chicago a orillas del lago y ella se había criado en un entorno adinerado gracias al duro trabajo que siempre habían desempeñado sus progenitores. Como resultado de ello, tenía una ética profesional muy fuerte, igual que su hermano, que era cinco años mayor que ella y trabajaba como cirujano plástico en Chicago. Su padre era un reputado cardiólogo, y su madre, ginecóloga.

Los edificios de apartamentos que vio durante su recorrido distaban mucho de los que observaba durante sus habituales visitas a los peores barrios de la ciudad. Aquí solo había edificios elegantes con porteros uniformados custodiando las puertas. En las últimas dos manzanas había varias mansiones de principios del siglo XX, con fachadas majestuosas y setos impecablemente recortados.

Comprobó de nuevo la dirección que buscaba y se plantó delante de la más grande de aquellas antiguas mansiones. Era una casa enorme, del doble de ancho que sus vecinas y que debió de pertenecer a alguien muy importante cuando fue construida. Tenía una fachada de piedra decorada espectacular. La contempló con admiración, subió por la escalera que conducía hasta una sólida puerta de madera con una aldaba de latón y llamó al timbre. Imaginó que le abriría la puerta un mayordomo y sonrió para sus adentros. Al ver que no obtenía respuesta, volvió a llamar y esperó.

La puerta se abrió por fin, despacio, y no encontró a nadie que la mirara a los ojos. Bajó la vista y descubrió a una niña con zapatillas de ballet de color rosa, leotardos rosas y un tutú con corazoncitos brillantes bordados.

—Hola, soy Devon. Mi tía está cocinando. Dicen que no tengo que abrir la puerta, pero todo el mundo está muy ocupado. Mañana tengo mi función de ballet.

El rostro de Daphne, normalmente serio, se relajó para esbozar una sonrisa, lenta como el deshielo de la nieve en primavera.

—Llevas un tutú precioso —dijo. Se quedaron mirando. No podía entrar sin que un adulto se lo permitiera. Pero no llegó nadie. Se oía música en la planta de arriba, la típica que escuchan los adolescentes, y se oían también voces hablando en otras habitaciones—. ¿Podrías decirle a algún adulto que venga?

—Vale —dijo Devon, aunque temía que fueran a regañarla por haberle abierto la puerta a una desconocida y, en consecuencia, no le dijo a nadie que Daphne había llegado y estaba esperando.

La puerta se quedó abierta y Daphne, envuelta por el templado clima de una tarde de primavera, permaneció en el exterior de la

que en su día había sido una casa magnífica, fijándose en que las antigüedades que decoraban el vestíbulo parecían algo desgastadas, pero no restaban calidad al aura de elegancia y dinero de toda la vida que impregnaba el interior. Seguía observando cuando apareció un chico alto y delgado y se sorprendió al encontrarla allí. Lo que parecía un caballo pequeño galopaba tras él y, de pronto, aceleró el ritmo, se incorporó, descansó ambas patas en los hombros de Daphne y casi la tira al suelo. Un perro enorme empezó a lamerle la cara y el chico se quedó mirándola.

—No se puede dejar la puerta abierta —dijo el chico, regañándola —. Mis perros podrían escaparse.

Daphne estaba intentando quitarse de encima al perro gigante y su cariñosísimo recibimiento cuando llegó al vestíbulo una chica muy guapa y vio la escena. Estaba visiblemente embarazada, llamó a Duke al orden y se dirigió al propietario del perro.

—Benjie, llévate a Duke arriba —dijo. El chico tiró del perro por el collar y lo apartó de Daphne—. Lo siento mucho. ¿Está bien? — Daphne intentó recolocarse correctamente la chaqueta y secarse la cara, para no perder en ningún momento su digno aire oficial—. ¿En qué puedo ayudarla?

Annabelle no tenía ni idea de quién era aquella chica. Quizá una amiga de Caro y Charlie, aunque no tenía un aspecto muy chic, sino más bien desaliñado. Cargaba con un maletín ajado y lleno a rebosar, pero era joven y guapa.

—Soy Daphne Dawson, de Protección de Menores —dijo la joven en tono oficial.

Annabelle se quedó perdida unos instantes, pero enseguida recordó lo que Amanda había hecho. Casi lo había olvidado, pero

Lyle les había advertido de que en cualquier momento podía presentarse en casa un investigador.

—Oh, por supuesto. Lo siento. Mi hermano no ha vuelto aún del trabajo. ¿Quiere pasar?

Daphne asintió y siguió a Annabelle hasta un vestíbulo, que en su día había sido elegante, rematado con una escalera que seguía siendo majestuosa. Caro salió de la cocina y se dirigió a su hermana, ignorando a la otra mujer.

—Se me ha quemado la pizza. ¿Pido que nos traigan una?

Era el turno de cocina de Caro. Habían diseñado un programa de rotación de trabajos en la cocina y había vuelto antes a casa para cumplir con su deber. Iba todavía vestida muy chic y con zapatos de tacón alto de Louboutin. Estaba bellísima y Daphne se la quedó mirando, impresionada.

Annabelle la miró fijamente.

—Es la señorita Dawson, del Servicio de Protección de Menores. La puerta estaba abierta y Duke la estaba comiendo a besos.

Caro se preocupó al instante.

—Lo siento mucho. Es grande pero inofensivo. Adora a todo el mundo. ¿Quiere esperar a que llegue mi hermano? No está todavía en casa.

—Esperaré —dijo Daphne con determinación, aunque la llegada a la casa había sido desconcertante—. ¿Están por aquí los niños? He visto a la niña. Es la que me ha abierto la puerta. Iba vestida con un tutú.

Caro puso mala cara.

—No tiene permiso para abrir la puerta. No he oído el timbre. Y sí, claro, los niños están en casa.

No le gustaba la idea de dejar que Daphne los viera sin estar Lyle presente, pero tampoco quería negarle nada a la inspectora. Se volvió hacia Annabelle y le pidió que fuera a buscar a Tommy y a Devon y, a continuación, acompañó a Daphne hasta el elegante y espacioso salón y le ofreció un vaso de agua, que Daphne rechazó. Daphne tomó asiento recatadamente en un sillón enorme de anticuario, con la tapicería de terciopelo algo gastada, y Caro se excusó un momento. En cuanto salió del salón, le envió a Lyle un frenético mensaje de texto informándole de que acababa de llegar la inspectora de Protección de Menores y diciéndole que tenía que volver a casa de inmediato. Lyle le respondió diciéndole que llegaría en quince minutos y Caro regresó rápidamente a atender a la visita. Un minuto después se les sumaron Tommy y Devon, acompañados por Annabelle. Su padre los había avisado de que habría una visita, pero Caro no estaba segura de si lo recordaban. Daphne sonrió a los niños y Annabelle se fue a la cocina.

Benjie estaba dándoles de comer a Duke y a Manchitas.

—¿Quién es esa mujer? —le preguntó a Annabelle.

—Ha venido a ver a Lyle —respondió, sin querer darle más explicaciones a su hermano.

—Pues Lyle no está —dijo Benjie.

—Ya lo sé. No dejes salir a los perros. Mejor que se queden en la cocina.

—Pues a Duke le ha gustado mucho esa chica.

—Podría asustarla —dijo Annabelle, preguntándose cómo acabaría aquello. Sabía que Lyle estaba muy preocupado. Presentar una demanda ante el Servicio de Protección de Menores había sido una

maniobra muy sucia por parte de Amanda, y Annabelle lo sentía por él.

En el salón, Caro y los niños habían tomado asiento muy educadamente y Daphne empezó a charlar con ellos. Les preguntó si también vivían en otra casa, algo que ya sabía que era cierto.

—Sí, con nuestra mamá —respondió Tommy, y Devon movió la cabeza en un gesto afirmativo.

—Tiene un apartamento —añadió Devon—. Pero va a venderlo. Quiere uno más bonito.

—¿Os gusta vivir aquí? —les preguntó Daphne.

Devon fue la primera en responder.

—Sí, y todos nuestros tíos y tías viven también aquí. Menos tía Gloria, pero todos los demás viven con nosotros.

Devon señaló a Caro, que sonrió a la inspectora e intentó mostrarse relajada y acogedora con sus tacones y su vestido negro extremadamente chic.

—Mi hermano y yo vivimos en el SoHo, pero nuestros padres murieron hace unos meses y hemos acabado viviendo todos aquí mientras solucionamos el tema de la herencia y decidimos si queremos vender o no la casa. Pero, de momento, la estamos aprovechando.

—Es una casa preciosa. ¿Cuántos dormitorios tiene?

—Catorce —respondió Caro—. Es una casa enorme. Nos criamos todos aquí y no nos gusta nada la idea de venderla. Pero tampoco tiene mucho sentido conservarla. En estos momentos diría que estamos aquí en honor a los viejos tiempos y, también, para darle tiempo a mi hermano, el padre de los niños, para que busque otro apartamento. Los niños están con nosotros en semanas alternas.

—¿Cuántos viven aquí? —preguntó Daphne.

—Cinco hermanos. Acaba de conocer a mi hermana y a mi hermano, que es el propietario del perro. Los tres hermanos varones viven ahora aquí: el padre de los niños, mi hermano gemelo y mi hermano pequeño, que ya vivía aquí con mis padres. Y también vivía aquí mi hermana, a la que acaba de conocer. Todos conservamos nuestras habitaciones, y hay más habitaciones desocupadas.

Daphne volvió a dirigirse a los niños.

—¿Tenéis aquí vuestra propia habitación?

Era una pregunta estándar, que no tenía quizá mucho sentido en aquella casa. Ambos niños asintieron con entusiasmo.

—Y Manchitas duerme conmigo —añadió Devon.

—¿Quién es Manchitas? —preguntó Daphne, de nuevo confusa, con tanta gente que tener en cuenta.

—La perrita de mi tío. Es una chihuahua. Duke duerme con tío Benjie.

—Sí, me parece que a Duke ya lo he conocido —dijo Daphne, sonriendo.

Justo en aquel instante, Lyle irrumpió en el salón como un vendaval, con prisas y aturullado. Corrió directo hacia Daphne y le tendió la mano. Se quedó sorprendido al ver lo joven que era. No tenía aspecto de inspectora o trabajadora social. Le pareció muy tímida y turbada, como si tuviera la sensación de estarse entrometiendo en la vida de la gente.

—Lo siento. Estaba ya de camino a casa. Pero es hora punta —dijo Lyle, disculpándose.

—No pasa nada, la culpa es mía por presentarme tan tarde. Pero he pensado que sería un buen momento para pillarlo en casa. —Se

ruborizó—. Perdón, no quería decir «pillarlo», sino encontrarlo.

Daphne se sentía abrumada con tanta gente y con la majestuosidad de esa vivienda, y se sentía como una tonta por estar allí. Por otro lado, Lyle era tan guapo que la había sorprendido y parecía, además, realmente agradable. Ahora entendía lo que quería decir Ike. Tenía la sensación de que detrás de aquella demanda había un motivo distinto al de querer proteger a los niños. Aquella familia no le parecía para nada un grupo de vagabundos, sino buena gente. La hermana que se había sentado con ella era una mujer muy chic, elegante y de apariencia totalmente responsable. La hermana embarazada se veía joven, pero sensata y respetable. Lyle llevaba un traje impecable y había llegado a una hora decente para estar con sus hijos. Había muchos adultos en casa y Devon le había mencionado que tenían una niñera. El perro era un poco demasiado, pero un buenazo, sin lugar a dudas. En la casa vivía mucha gente, pero, con catorce dormitorios, era una mansión enorme. Y los motivos para vivir todos allí de forma temporal mientras decidían si vender o no lo que había sido su hogar de la infancia tenía sentido, resultaba incluso conmovedor.

—Estábamos esperándola —dijo Lyle con tranquilidad, mientras tomaba asiento.

—En el servicio estamos hasta arriba de trabajo —replicó ella.

—¿Necesita que los niños estén presentes? —preguntó Lyle.

—Si es necesario, hablaré de nuevo con ellos más tarde.

Tenía intención de comentar con Tommy los informes del colegio que hablaban de su conducta alborotadora y agresiva. Lyle les dijo a los niños que podían volver a sus habitaciones. Caro abandonó el salón con ellos y Lyle se volvió entonces hacia Daphne.

—Mi exmujer ha presentado esta demanda solo para acosarme y fastidiarme. Dispone usted de total libertad para acceder a todo lo que desee saber sobre mi vida y la de mis hijos, pero no me cabe la menor duda de que todo esto gira en torno al dinero y no tiene nada que ver con el bienestar de los niños.

Daphne empezaba a sospechar que era cierto. Porque entre aquel leve caos que reinaba en la casa, y que no era excepcional en cualquier vivienda grande con mucha gente, había una cálida sensación de familia.

—Los niños se ven muy felices.

Se les veía limpios, bien alimentados y relajados. No parecían ni estresados ni inquietos, ni siquiera en presencia de una extraña. Daphne conocía bien las señales de un hogar disfuncional, y aquella casa no lo era. Los niños no sufrían abusos. Parecían queridos y en el seno de un entorno estable, por alborotado que fuese.

—Lo son, aunque mi hijo ha estado mostrando ciertas señales de inquietud por lo del divorcio. Está yendo a un psicólogo. Mi exmujer no quiere llevarlo, de modo que la semana que se encuentra conmigo, lo llevo yo. Creo que lo está ayudando. Está enfadado por lo del divorcio. Devon se ha adaptado mejor, quizá porque es más pequeña.

—Muchos niños se vuelven ariscos y respondones después de un divorcio, sobre todo los varones.

—Su madre está saliendo bastante con hombres y creo que eso le preocupa.

Le echó la culpa a Amanda expresamente, consciente de que se lo merecía. Un detalle que no le pasó por alto a Daphne.

—¿Y usted? ¿Sale con mujeres? —preguntó.

Volvía a sentirse incómoda, de nuevo como una fisgona. Aquel hombre parecía inteligente y respetable y ella estaba preguntándole sí salía con mujeres. Sin embargo, el interrogatorio formaba parte de su trabajo.

—No, no salgo con nadie. Con los niños aquí no tengo tiempo para esas cosas, y tampoco me apetece. Ante todo, estoy intentando organizar la herencia de mis padres, que es un trabajo a tiempo completo que he de sumar a mi trabajo habitual.

—¿En qué trabaja? —Daphne no se acordaba.

—Me dedico al desarrollo urbanístico e inmobiliario. Hay días que puedo organizarme las reuniones por teléfono desde casa, pero paso la mayor parte del tiempo en mi despacho. Cuando vienen los niños, intento estar siempre en casa entre las seis y las siete para poder cenar juntos —le explicó, y Daphne hizo un gesto de asentimiento. Tenía la sensación de que se ganaba muy bien la vida y que su exmujer probablemente quería dinero—. ¿Puedo explicarle o mostrarle alguna cosa que sirva para garantizarle que mis hijos están bien atendidos? ¿Desea conocer a mis hermanos y hermanas?

—Creo que ya he conocido a sus dos hermanas que viven aquí —respondió Daphne, dubitativa.

Charlie entró en casa justo en aquel momento y asomó la cabeza por la puerta del salón. Lyle le indicó con un gesto que entrara. Charlie era guapo e iba vestido a la moda, con blazer y vaqueros. Sonrió a Daphne.

—Le presento a mi hermano, Charlie. Por ahora también vive aquí. —Charlie no tenía ni idea de quién era aquella mujer y se preguntó por un momento si estaría saliendo con Lyle. Le pareció un poco estirada y más bien sosita—. Te presento a Daphne Dawson, del

Servicio de Protección de Menores —le explicó Lyle, y los ojos de Charlie se iluminaron al captar de inmediato quién era realmente la mujer; volvió a sonreírle.

—Perdón, no quería interrumpir —dijo Charlie.

Y entonces entró Benjie para hablar con Charlie.

—¿Puedo ir al gimnasio contigo?

—Esta noche no puedo —dijo Charlie—, pero te prometo que iremos mañana.

En cuanto Benjie salió del salón, Lyle cogió el toro por los cuernos.

—Benjie está en el nivel alto del espectro autista y a veces linda con el asperger por lo que a sus habilidades sociales se refiere. Lleva cinco años trabajando en una protectora de animales y le va muy bien. A veces se muestra socialmente torpe y otras no, ¿y a quién no le pasa eso? En su trabajo lo adoran y es una persona cariñosa, amable y responsable. Quiere mucho a mis hijos.

—He conocido a su perro al llegar —dijo Daphne, sonriendo a pesar suyo—. Es más alto que yo y casi me tira al suelo dándome besos.

Los tres se echaron a reír y Charlie abandonó el salón. Había quedado con Brady para cenar. Daphne se levantó.

—Estoy impidiéndole que cene con los niños. Me gustaría verlos un rato más, solo para formularles cuatro preguntas básicas. Y comentar con Tommy los problemas que ha tenido recientemente en el colegio.

—Y después de esto, ¿qué pasará? —preguntó Lyle, que seguía preocupado.

—Nada —respondió Daphne—. Si me siento satisfecha y considero que todo está en orden, que los niños son felices y están en buen

estado, dejaremos en suspenso el expediente durante un año. Si recibimos otra demanda, nos lo tomaremos en serio. De lo contrario, el caso quedará archivado.

—¿De modo que mi exmujer puede repetir este proceso una y otra vez?

—Técnicamente sí, pero en realidad no. Si llegamos a la conclusión de que sus afirmaciones son infundadas o incluso irresponsables y frívolas, le prestaremos mucha menos atención la próxima vez que acuda a nosotros. No tenemos tiempo para demandas falsas de gente que nos utiliza para castigar a los demás. Salvamos a diario la vida de muchos niños. Y para ello necesitamos de todos los recursos que tengamos a nuestro alcance. Si quiere que le sea sincera, me parece que sus hijos están muy bien y que esto no es el «campamento de gitanos» que su exesposa nos describía, sino que es una familia cariñosa y maravillosa y que pueden sentirse afortunados de tenerse los unos a los otros. —Le sonrió—. Pediré una cita para volver a ver a los niños y redactaré mi informe después de eso. Le llamaré, señor Whittier.

Lyle la acompañó hasta la puerta y le estrechó la mano, agradecido. Y entonces se le ocurrió una cosa.

—¿Le gustaría ver sus habitaciones? —sugirió.

Daphne dudó, pero enseguida asintió, más por curiosidad que por necesidad profesional. Lyle subió con rapidez la escalera, mientras ella admiraba los bellos pasillos y las fotografías familiares. Pasaron por delante de varias habitaciones. Molly estaba arreglando la de Devon, colgando en su sitio una docena de tutús. Sonrió al verlos llegar. Y el cuarto de Tommy era realmente una habitación de niño, con pósters de sus deportistas favoritos cubriendo las paredes.

Daphne observó con aprobación ambos cuartos. Eran niños afortunados y se intuía que eran muy queridos. Lyle volvió a bajar con Daphne.

—Gracias. Siento mucho no haber estado presente cuando ha llegado y que el perro de mi hermano haya estado a punto de derribarla.

—La verdad es que no soy muy amante de los perros —replicó ella, sonriendo, y Lyle pensó que cuando sonreía estaba mucho más guapa; de entrada, le había parecido muy seria—. Pero este es muy simpático. —Todo el mundo en aquella casa lo era. No había conocido ni a uno solo de sus habitantes que le hubiera hecho sentirse incómoda. Le gustaban todos, y Lyle en particular—. Me pondré en contacto con usted en los próximos días para acordar una cita con Tommy y Devon. Ando muy liada, pero intentaré que sea pronto para poder dejar atrás todo esto.

A menos que en el colegio de Tommy le contaran algo muy sorprendente, cosa que dudaba. Porque por lo que a ella se refería, el tema estaba cerrado y, tal y como Ike sospechaba, no era más que una demanda falsa interpuesta por una exesposa amargada o avariciosa. No había visto ni el menor indicio de negligencia o abusos ni nada que pusiera en peligro a los niños. Y si eran «gitanos», eran los más agradables que había visto en su vida. Estaba claro que la exesposa del señor Whittier quería causarle problemas. Incluso Daphne lo veía. El ambiente en aquella casa invitaba a conocerlos a todos y a quedarse allí. Exudaban amor y bondad, y le dieron una bienvenida que no solía tener cuando practicaba visitas sin previo aviso.

Cuando Lyle entró en la cocina, Caro lo miró con preocupación y dijo en voz baja:

—¿Ya se ha marchado?

—Sí. Y ha ido bien. Enseguida se ha dado cuenta de que Amanda solo busca problemas. No creo que eso les guste mucho. Tienen cosas mejores que hacer y niños que corren peligro de verdad. Quiere ver a los niños una vez más, y hablar con el colegio de Tommy. Después dice que redactará un informe y ya estará. No creo que ni tan siquiera le presten atención a Amanda si vuelve a interponer una demanda. La ha cagado.

Lyle estaba inmensamente aliviado. Y como había quemado antes la pizza, Caro sirvió tortitas para todos para cenar. Charlaron muy animados y Lyle se sintió de repente como si le hubieran quitado un peso de mil kilos de la espalda.

Daphne Dawson llamó a Lyle a su despacho una semana más tarde y enseguida se disculpó por no haberlo hecho antes. Le explicó que había estado muy liada. Tal y como le había prometido, concertó una cita para ver a los niños y se ofreció para pasar por su casa el sábado, pensando que esta solución sería más cómoda para Lyle. Cuando llegó, habló a solas con cada uno de los niños y quedó satisfecha con las respuestas obtenidas. Y comentó que en el colegio habían apreciado una marcada mejora en la conducta de Tommy desde que estaba visitando al psicólogo. La visita oficial terminó al mediodía y Lyle la invitó a quedarse con ellos a comer. Estaba preparando pasta para todos y todo el mundo se encontraba en casa.

Daphne dudó un minuto, pero enseguida aceptó, y cuando se sentó a la mesa con el resto de la familia, se relajó al instante. Bromearon, jugaron y no pararon de hablar. Gloria se presentó acompañada por Giorgio en mitad de la comida, Giorgio probó la pasta al pesto que había preparado Lyle y dijo que era excelente y que estaba cocinada al dente, como a él le gustaba. Comió un plato de pasta con ellos mientras Gloria charlaba con sus hermanas.

Daphne se sintió incómoda cuando Duke entró y se sentó a su lado. Temía que volviera a lamerle la cara, pero Duke se limitó a darle la pata, como si quisiera disculparse por lo exultante que se había mostrado el día de su presentación. Daphne tuvo una buena conversación con Benjie sobre el trabajo que llevaba a cabo en la protectora y después le contó a Lyle lo impresionada que la había dejado su hermano menor. Benjie no se había sentido nada incómodo con ella. Daphne le gustaba.

A pesar de las razones que la habían llevado a conocer a aquella familia, notaba que encajaba muy bien allí. Gloria era muy franca y, cuando los niños salieron del comedor, calificó a Amanda de cazafortunas y bruja avariciosa, lo que vino a confirmar las sospechas de Daphne.

—Ahora no estoy aquí como miembro del Servicio de Protección de Menores —les hizo notar—. Esto es mi tiempo libre, de modo que podéis decir todo lo que os apetezca —dijo, tuteándolos ya—. No estoy trabajando. Lo único que os pido es que no peguéis a los niños, por favor.

Se echaron todos a reír. Les caía bien aquella chica. Había encajado discretamente con todos ellos y parecía que a Lyle le

gustaba. Charlie se dio cuenta y más tarde le hizo un comentario a Caro al respecto.

—¿Se estará cociendo un romance o será solo que Lyle quiere camelar a la asistenta social?

—Quizá es un poco de las dos cosas. La chica es inteligente y tiene una conversación muy agradable. A lo mejor Lyle podría plantearse salir con ella.

Y así se lo comentó a Lyle más tarde. Charlie había salido para verse con Brady. Paraba mucho menos por casa últimamente y Caro lo echaba de menos. Se veía mucho con Brady y pasaba tiempo con él en su apartamento en el West Village. Caro tenía la sensación de que la relación tenía todo el potencial para convertirse en algo serio. Quería eso para su hermano gemelo, por supuesto, que encontrase una pareja que lo quisiera, pero sabía también que esto dejaría en ella un vacío tremendo.

—No pienso invitar a salir a una funcionaria del Servicio de Protección de Menores —le dijo Lyle a Caro—. ¿Estás loca? ¿Y si digo algo inapropiado? Me arrestará.

Bromeaba, pero salir con Daphne le parecía de lo más disparatado, por mucho que le gustara. Parecía una mujer muy calmada y equilibrada, y tenía una belleza serena. Era totalmente distinta a Amanda. No era en absoluto llamativa y se mostraba muy agradable con sus niños y con Benjie, del que reconocía tanto su inteligencia como sus habilidades.

Reflexionó sobre lo que Caro le había dicho y decidió llamar a Daphne una semana después. Daphne le informó de que había finalizado el informe y que estaba archivado. La pesadilla había acabado.

—No llamaba por eso —dijo Lyle, sintiéndose de lo más torpe—. Estoy seguro de que las cosas no están pensadas para funcionar así, pero ¿podrías plantearte venir a cenar conmigo?

Daphne sonrió al otro lado del teléfono. Se había sentido triste sabiendo que ya no tendría motivos para ver a Lyle y que lo más probable era que nunca más volviera a tener noticias de él. Pero ahora lo tenía en el otro extremo de la línea.

—Me encantaría —respondió, con una voz animada y joven, nada que ver con la timidez que había mostrado al principio.

Después de conocer a la familia, Daphne se sentía cómoda con él y pensaba que todos ellos eran estupendos.

Eligieron una noche de la semana siguiente y Lyle sonrió al colgar. Como parte de su investigación, Daphne le tuvo que preguntar sí salía con alguien y él le respondió que no. Las cosas, sin embargo, habían cambiado.

Bromeó al respecto durante la cena.

—Me has convertido en un mentiroso, Daphne —dijo Lyle.

—No, en absoluto. —Le sonrió con timidez—. Me alegré mucho cuando me dijiste que no salías con nadie, lo cual fue muy poco profesional por mi parte.

—¿Fue por eso por lo que me lo preguntaste?

—Por supuesto que no —respondió Daphne, ruborizándose.

—Pues yo estoy seguro de que sí.

Se pasaron la noche riendo y, cuando Lyle la dejó en su casa, Daphne confió en que pronto le pidiera una nueva cita.

Lyle ya sabía que volvería a pedírselo. Había pasado una velada maravillosa con ella y quería seguir viéndola. Y lo más irónico del caso era que, sin quererlo, Amanda los había unido al presentar en

Protección de Menores la demanda contra él. Algún día tendría que darle las gracias.

13

Gloria y Giorgio estuvieron presentes en la siguiente comida familiar de los domingos. Pasaban casi todas las noches juntos y lo suyo se estaba convirtiendo en una relación seria de verdad. Giorgio adoraba las familias numerosas y disfrutaba compartiendo tiempo con los Whittier. Era exactamente lo que Gloria siempre había necesitado y jamás había conseguido encontrar.

—Nunca es demasiado tarde —susurró Lyle al oído de Caro mientras comían.

Caro sonrió. Tenía a Brady sentado al otro lado. Charlie lo había convencido para que se apuntara a la comida, aunque Brady se mostraba todavía dubitativo en cuanto a conocer a la gran familia. Eran muchísimos. La idea le resultaba abrumadora, aunque enseguida descubrió que eran gente cariñosa y acogedora. Aunque prefería tener a Charlie solo para él. Disfrutaba del tiempo que pasaban los dos a solas, pero sabía también que la familia era muy importante para su pareja. Caro se esforzó en todo lo posible para hacer que Brady se sintiese cómodo. Sabía que su gemelo y él estaban cada vez más unidos. Y su manera de mirarse a los ojos daba a entender que estaban profundamente enamorados.

—No estés celosa, hermanita —le dijo luego Charlie a Caro en la cocina, mientras Brady seguía en la mesa con los demás—. Sabes

que siempre te amaré a ti mucho más. Pero Brady también es importante para mí.

—Cabemos los dos —replicó Caro, y abrazó a su gemelo.

Cuando volvieron a la mesa, Gloria estaba insistiéndole a Annabelle para que retomara cuanto antes sus estudios. Seguía desaprobando el embarazo de su hermana y se lo dejaba claro a la menor oportunidad que se le presentaba. Siempre que podía, le recordaba lo avergonzados que se habrían sentido sus padres y que era una desgraciada. Annabelle se encogía de miedo cada vez que la veía. Giorgio había intentado hablar con Gloria sobre el tema, puesto que tenía varias sobrinas y un sobrino que estaban solteros y tenían hijos, pero nada de lo que dijera había servido para mitigar la vehemencia de Gloria con respecto al asunto.

—Si no piensas retomar los estudios, podrías buscarte, como mínimo, un trabajo —le dijo a Annabelle.

—¿Y quién va a contratarme a mí en este estado? —le respondió Annabelle a su hermana mayor—. Voy a tener un bebé de aquí a cinco semanas y apenas puedo moverme.

—Bien que te mueves cuando te interesa —dijo Gloria, gruñendo —, y tampoco debiste de tener problemas de movilidad cuando te quedaste embarazada.

—Te contrataré yo —le dijo Caro a Annabelle, básicamente para evitar que Gloria siguiera atacándola. Su hermana mayor no cesaba de echar sal a las heridas de Annabelle—. Estamos hasta arriba de trabajo. Podrías trabajar como secretaria, aunque sean solo cinco semanas. Y podrías reincorporarte ya más en serio después de dar a luz —añadió, pensando que no tendría bebé alguno del que ocuparse.

El rostro de Annabelle se iluminó con la sugerencia. Le gustaba la idea. En casa se aburría muchísimo. Sus amigas estaban o bien terminando sus estudios o bien trabajando. Y las que no trabajaban, pronto se marcharían para pasar el verano fuera.

—¿Lo dices en serio? —le preguntó a Caro.

—Podrías empezar mañana mismo. Después de la visita que tenemos con el doctor Kelly, vendrás al centro conmigo.

Annabelle tenía que visitar al médico ahora cada dos semanas. La fecha estimada del parto estaba muy cerca y no habían encontrado aún ninguna pareja de padres adoptivos. Annabelle empezaba a preocuparse, y también Caro.

Al día siguiente, Caro, como era ya costumbre, acompañó a Annabelle al ginecólogo. Ted Kelly se sentía muy cómodo con las dos. Era atento con Annabelle, y respondía a todas sus preguntas, y siempre se mostraba muy agradable con Caro y charlaba con ella unos minutos al finalizar la visita. Annabelle estaba cada vez más preocupada por el parto y por lo doloroso que podría ser. Kelly la reconfortaba asegurándole que intentaría facilitarle al máximo todo el proceso. Annabelle era una chica joven y sana y no se preveía ningún tipo de complicación. Caro confiaba en que tuviera razón y tenía intención de estar presente en el parto.

Después de la visita, Annabelle acompañó a su hermana a su despacho y Caro la puso a trabajar ordenando muestras de tejidos y bocetos. Le encargó también que respondiera a sus mensajes de correo y Annabelle se mostró sorprendentemente eficiente. Al final

había sido una muy buena idea. Empezó asimismo a ayudar a Charlie en diversos proyectos.

Al terminar la jornada, Annabelle estaba cansada, pero con la sensación de que había hecho algo en vez de pasarse el día ganduleando en casa y mirando películas y series en el ordenador. Ella, a diferencia de la mayoría de embarazadas, no tenía que preparar nada para el bebé, puesto que no volvería con él a un hogar. Cuando Charlie llegó a casa, se marchó enseguida con Benjie al gimnasio. Benjie estaba feliz. Le gustaban especialmente las bicicletas estáticas y la cinta de correr. Y también charlar con la gente y hacer amistades.

Aquel día, Charlie tenía clase de boxeo y dejó a Benjie en las cintas de correr. En el gimnasio no podía hacer diabluras ni sufrir ningún daño. En cuanto Charlie comenzó su clase, Benjie se puso a hablar con la chica que ocupaba la cinta de correr contigua. Era guapa y joven y de aspecto ingenuo. Tenía la misma inocencia dulce que destacaba en Benjie. Se llamaba Rose. Y mientras hacían ejercicio, Benjie le empezó a hablar de sus perros. Rose dijo que le gustaría conocer a Manchitas y él le prometió que un día se la enseñaría.

Cuando Charlie reapareció una hora más tarde, Benjie y Rose seguían charlando y haciendo ejercicio. En ese espacio de tiempo se habían hecho casi amigos íntimos. Benjie le lanzó un beso al despedirse y ella le respondió igual, le dijo adiós con la mano y empezó a brincar. Había acudido al gimnasio con su madre.

—Veo que has hecho una amiga —dijo Charlie, sonriendo.

Rose tenía un cuerpo voluptuoso y femenino, pero se comportaba casi como una niña. Su forma de interactuar recordaba la de Benjie

y Charlie se preguntó si tendría un síndrome similar al de su hermano. Era imposible saberlo con seguridad.

—Es muy guapa —dijo Benjie, fascinado—. Quiere conocer a Manchitas. Y le he dicho que sí.

—A lo mejor otro día podríamos llevarla con nosotros al gimnasio —dijo Charlie con vaguedad, de camino de vuelta a casa; tenía en la cabeza mil temas de trabajo.

—Me gustaría. Rose vive a cuatro manzanas de casa —le informó Benjie.

Se había enterado de eso en la cinta de correr. Rose le había dicho que podía acercarse cuando él quisiera para conocer a sus perros. Y a Benjie le había encantado la propuesta.

Después de aquel encuentro, Benjie insistió a diario a Charlie para que lo llevara con él al gimnasio, pero Charlie solo iba tres noches por semana. Ante la insistencia de su hermano, Caro lo acompañó un día y Lyle otro. Consideraban que estaba muy bien que hubiera hecho una amiga, puesto que las únicas personas con las que Benjie tenía oportunidad de interactuar eran con las que trabajaban en la protectora. Resultaba algo excepcional que hiciera nuevos amigos. Benjie no paraba de hablar de Rose desde que la había conocido y de suplicar a sus hermanos y hermanas que lo llevaran cada día al gimnasio cuando llegaran a casa del trabajo.

La noche que Caro acompañó a Benjie al gimnasio, estuvo charlando con la madre de Rose. Por lo que le contó, Caro intuyó que Rose era muy parecida a Benjie. Y era también cariñosa y tierna como él. La madre de Rose sonrió a Caro.

—Rose está loca por él —dijo—. Cuando habla de Benjie se muestra entusiasta y emocionada. Y él me parece que está igual.

Son muy similares en muchos sentidos. Y ella se ha dado cuenta de eso.

—Es mi hermano —dijo Caro con orgullo—. ¿Cuántos años tiene Rose? —Benjie tenía veintiocho.

—Veintiséis. Es nuestra única hija.

Caro hizo un gesto de asentimiento mientras Rose y Benjie seguían en sus bicicletas y no paraban de reír. Algo les había hecho mucha gracia y sus dos acompañantes se sentían felices viéndolos disfrutar de aquella manera. Ninguna de las dos ofreció información confidencial sobre los chicos, pero era evidente que Benjie y Rose tenían algo en común y se sentían mutuamente atraídos. Caro se alegraba de verlo. Benjie se merecía tener compañía y disfrutar de una nueva amistad.

—De joven ejercí como abogada —le explicó la madre de Rose—, pero dejé el bufete cuando Rose cumplió dos años. He pasado siempre mucho tiempo con ella. Vive conmigo.

—Ahora vivo con Benjie y con mis otros dos hermanos y una hermana. Acabamos de perder a nuestros padres. Mi madre se ocupaba de él y la echa mucho de menos. Pero tenernos a todos en casa sirve para distraerlo de todo lo que ha pasado.

Rose y Benjie bajaron de las bicis y se dirigieron hacia ellas, cogidos de la mano. Rose le dio un pequeño empujón cuando llegaron delante de Caro y de su madre y se echaron los dos a reír. Se lo estaban pasando en grande y no paraban de bromear, y luego rompieron a reír a carcajadas. Salieron los cuatro juntos del gimnasio y caminaron despacio para disfrutar de la cálida noche de principios de verano hasta que Rose y su madre se desviaron hacia

Park Avenue y Benjie empezó a subir las escaleras de acceso a su casa.

—¡Te amo, Rose! —gritó a quien pudiera oírlo, rebosante de alegría—. Es mi novia —dijo, volviéndose hacia Caro—. Me lo ha dicho ella. Y yo soy su novio.

Benjie nunca había tenido novia. Y en cuanto se cruzó con Lyle en la entrada, se lo hizo saber.

—Esto sí que es una buena noticia —dijo Lyle, mirando a su hermana, que asintió rápidamente—. ¿Y cómo es ella?

—Igual que la muñeca Barbie de Devon —respondió orgulloso Benjie—. Es muy guapa.

Lyle arqueó una ceja mirando a Caro, que se lo contó todo en voz baja mientras entraban en la cocina para picar alguna cosa.

—Es igual que él.

—Muy interesante —dijo Lyle, alegrándose por Benjie—. Ya veo que está muy feliz.

—Comparten el balón, montan el uno al lado del otro en las bicicletas estáticas y en las cintas de correr.

—Me alegro —confirmó Lyle, porque todos estaban preocupados porque Benjie estaba muy solo y ahora, por lo visto, tenía al menos a alguien con quien compartir cosas.

—A Rose la cuida su madre. Era abogada y dejó de trabajar para ocuparse de ella. Un poco similar a mamá con Benjie.

—Se necesita mucha paciencia y fuerza de voluntad —replicó Lyle.

Sirvió un poco de helado para Tommy y Devon y subió las copas a sus habitaciones. A Caro le gustaba poder ver a sus hermanos siempre que quería y vivir todos bajo el mismo techo. Le encantaba

compartir la casa con ellos y se alegraba de no haberla vendido por el momento.

Casi como si el destino los estuviera tentando, Lyle recibió un mensaje al día siguiente de parte de un abogado conocido, en el que le informaba de que tenía un cliente interesado en la casa y se preguntaba si pensaban venderla.

Lyle le respondió con otro mensaje diciéndole que la casa no estaba en venta, que estaban discutiendo el tema entre todos los hermanos y que aún no habían llegado a ninguna conclusión. El abogado le respondió en cuanto recibió el correo de Lyle, pidiéndole que lo llamara lo antes posible. Lyle lo llamó enseguida y el abogado le explicó que sus clientes estaban locos por la casa.

—Nosotros también estamos locos por ella —le respondió simplemente Lyle—. Ahora mismo vivimos en la casa cinco hermanos y nadie tiene ganas de venderla. Llevamos un par de meses hablándolo.

—¿Te importaría volver a plantearlo? —dijo el abogado, en tono esperanzado—. En la ciudad no hay otra casa igual. Y mis clientes temen que podáis vendérsela a otro.

—¿Sabes qué precio tienen en mente? Esto podría marcar cierta diferencia, por supuesto —dijo Lyle.

Pero sabía que, por lo que a sus hermanos se refería, no era una cuestión de dinero, sino de sentimientos, aunque el dinero siempre era un factor agradable. Por el momento, sin embargo, tenían lo que querían de su reciente herencia. La venta de la casa sería un dinero caído del cielo para todos con el que podrían hacer muchas cosas.

Pero Lyle no quería proponérselo. Vivían en paz. No le apetecía iniciar con sus hermanos la discusión sobre la venta de la casa, ni empezar una guerra entre facciones opuestas. No obstante, como administrador y fideicomisario, estaba obligado a informarles sobre la oferta. Y, a tal efecto, convocó una reunión familiar a última hora y le pidió a Gloria que acudiera sin Giorgio.

Cuando Gloria llegó a la hora acordada y vio a su hermano mayor, le trasladó su curiosidad.

—¿Por qué no podía venir Giorgio? Con él no tengo secretos.

—Es una reunión familiar, Glo. Y él no es todavía de la familia —dijo en tono de broma. Esperó entonces a que todo el mundo estuviera presente en la sala de estar—. Tenemos a alguien interesado en la casa. Al parecer, se trata de una pareja que quiere hacer una oferta y, antes de empezar a negociar, desean saber si estaríamos interesados en vender. No quieren hacernos perder el tiempo y tampoco quieren perderlo ellos. Necesito saber qué pensáis actualmente del tema. ¿Qué queremos hacer con la casa de papá y mamá? Por el momento, con cinco de nosotros viviendo aquí, y mis hijos semana sí y semana no, la verdad es que la estamos aprovechando. No sé si queréis continuar así o si deberíamos intentar venderla si se presenta la oportunidad. O, como mínimo, ver qué nos ofrecen de entrada —concluyó, pues para él tenía sentido.

—¿Voy a tener que mudarme? —preguntó Benjie, al que también habían incluido en la reunión.

—Todavía no —respondió con delicadeza Lyle—. Y quizá no debas hacerlo en un futuro. —Miró a los demás—. No creo que, a la larga, resulte práctico seguir viviendo todos aquí. Tarde o temprano, nuestras vidas irán cambiando y querremos tener nuestra propia

casa. Aunque, hasta la fecha, funciona bien para todos. Y reflexionaremos sobre la situación de Benjie para que viva con uno o dos de nosotros. —Miró a Benjie para tranquilizarlo—. Se trata de «cuándo».

—¿Por qué no averiguamos el valor de la oferta que tiene en mente esta gente? —dijo Charlie con sensatez.

Gloria se mostró de acuerdo en el acto. Lyle, Charlie y ella eran gente de negocios y sentían curiosidad por conocer cuál sería el precio de mercado de una casa tan grande y excepcional como la de ellos. El tamaño jugaba tanto a favor como en contra. El mercado de una casa así era reducido. Muy poca gente estaría dispuesta a comprar una casa tan grande, a no ser que pretendieran transformarla en algún tipo de club o en un pequeño hotel.

—Se lo preguntaré —dijo Lyle— y os lo haré saber.

Después de la reunión llamó al abogado, que le prometió comentarlo con sus clientes y darle una respuesta.

El abogado devolvió la llamada dos días después.

—Mis clientes están pensando en una cifra en torno a los cincuenta millones —dijo, sin alterarse.

—Es menos de lo que pensábamos —le soltó Lyle—. En los últimos seis meses hemos consultado con varios agentes inmobiliarios y piensan que podríamos acercarnos a los cien.

—Eso sería siempre y cuando estuvierais dispuestos a esperar y no tuvierais prisa —replicó el abogado—. Para una cifra de ese calibre tendría que tratarse de un comprador muy, pero que muy especial. Imagino que un extranjero.

—No tenemos prisa —dijo con frialdad Lyle. Y de haberla tenido, tampoco lo habría reconocido.

—Ya te diré algo —dijo el abogado.

Volvió a llamarlo un día después. La persona interesada en la casa estaba dispuesta a subir a sesenta millones, pero no más, y Lyle sabía que rechazar la oferta era un paso atrevido, pero quiso darlo. La casa les resultaba útil a todos por el momento y creía firmemente que, cuando quisiesen vender, podrían obtener más de lo que el abogado les estaba ofreciendo de parte de su cliente.

Después de colgar llamó de uno en uno a todos sus hermanos para pedirles su voto. Gloria quería vender, pero fue la única.

—¿Y tú? —le preguntó Gloria, y Lyle se quedó dudando.

—Tal vez sea una postura egoísta, pero me gustaría seguir en la casa un tiempo más, quizá hasta que cierre lo del divorcio. Para los niños y para mí es una solución estupenda. El divorcio será definitivo en septiembre. Más adelante querré tener mi propia casa, pero por ahora todo es perfecto. De modo que supongo que mi voto se decanta por esperar y dejar pasar esta oportunidad. Confío en que en un futuro no tengamos que arrepentirnos de ello.

—Yo también —dijo Gloria.

Pero Gloria no vivía en la casa y los otros cinco no estaban aún preparados para cortar el cordón umbilical que los unía a ella. Vender la casa sería como perder otro trocito de sus padres y, además, ninguno de ellos necesitaba el dinero. No vivían con extravagancias y les gustaba la convivencia. Nadie quería renunciar a eso. No era la razón exacta que los llevaba a tomar la decisión, pero sí aquella en la que todos se mostraban de acuerdo. La casa los envolvía y los reconfortaba como una mantita caliente, incluso a Annabelle. Cuando sus padres murieron había tenido prisa por mudarse, pero lo que más deseaba ahora era estar protegida por

aquel cascarón, sobre todo cuando se produjera el momento de dar en adopción a su bebé, que sabía que sería un trance difícil.

A medida que el pequeño crecía en su vientre, había empezado a establecer un vínculo con él, aunque se esforzaba por recordarse constantemente que no podía albergar aquellos sentimientos. Quedarse con el bebé no era viable. Pero quería estar segura de que los padres adoptivos fueran buenos, cariñosos y responsables, como lo habían sido sus padres. Vivir en la casa era como seguir viviendo con ellos. Podía cerrar los ojos e imaginarse que en cualquier instante sus padres volverían a casa. Seguía teniendo aquella sensación.

El día que la familia rechazó la oferta, todo el mundo acudió a la casa a cenar, incluida Gloria. Había sido un paso de gigante para ellos y era como una celebración. Disfrutaron de una buena cena y bebieron vino. Gloria aceptó a regañadientes la decisión de sus hermanos. Ella habría vendido la casa si ellos no se hubieran negado. Giorgio también estuvo presente en la cena. Y siempre que vio que salían de nuevo a relucir temas exclusivamente familiares, abandonaba la mesa para ir a enviar un mensaje o responder un correo. Por visible y sofisticado que fuera, era también un hombre tranquilo y discreto, y sabía que en su propia familia se producían a menudo situaciones similares. Estaba enamorado de Gloria hasta las trancas y quería compartir todos los aspectos de su vida. Habían planeado viajar juntos a Cerdeña en verano. Giorgio tenía una casa y un velero allí. A finales de agosto tendría que estar de nuevo en Nueva York para preparar la Semana de la Moda, en la que Caro había empezado a trabajar ya, aunque faltaran todavía tres meses.

—¿Puedo quedarme? —Fue todo lo que dijo Benjie.

—Por el momento nos quedamos todos —le informó Lyle.

Benjie exhaló un suspiro de alivio y miró a Lyle.

—Pensaba que esta vez sí que me tocaría mudarme.

—Cuando eso llegue, te lo comunicaremos con tiempo —le prometió Lyle—. Pero por ahora no vendemos.

Benjie soltó un grito de alegría.

El abogado hizo un último intento. Los inversores misteriosos ofrecieron finalmente setenta millones. Era su última oferta, o eso al menos dijeron.

—No, no vamos a vender, aunque parezca una locura —le comunicó Lyle al insistente abogado.

—Espero que no tengáis que arrepentiros más adelante —dijo con ironía el abogado, y Lyle sonrió.

—Sí, yo también lo espero.

Pero el amor por la casa de sus padres era mayor que su deseo de dinero. La mayoría no lo habría entendido, pero todos ellos sí.

14

Rachel Adams, la abogada especializada en adopciones, se puso por fin en acción cuatro semanas antes de la fecha estimada del parto de Annabelle. Las agencias no la habían llamado y temía que nadie quisiera adoptar al bebé. Caro las había llamado para recordárselo y le habían dicho que todo el mundo se echaba atrás al enterarse de que Annabelle había consumido drogas y alcohol al principio del embarazo. Nadie quería correr riesgos. Pero Rachel había encontrado finalmente dos parejas. Una vivía en Connecticut y la otra en Boston. Rachel tenía clientes en todo el país.

La pareja de Connecticut era mayor, superados ya los cuarenta. Llevaban quince años intentando un embarazo, y uno que no acabara mal, además. La mujer había sufrido siete abortos avanzados antes de darse por vencidos. Estaban emocionados con la perspectiva de una adopción y querían el bebé perfecto. Habían rechazado ya una decena de madres biológicas, pero les gustaba el perfil de Annabelle. Habían consultado con un médico que les había dicho que, con suerte, el bebé podía estar exento de daños como consecuencia del abuso de drogas en los inicios del embarazo y, en consecuencia, habían decidido correr ese riesgo y querían conocerla. Se inclinaban por no continuar en contacto con la madre biológica después del parto, y eso también lo prefería Annabelle. Caro acordó una cita con ellos.

La segunda pareja, la de Boston, era más joven y él trabajaba en el sector tecnológico. La esposa era diseñadora publicitaria e impartía clases de dibujo en el departamento de Bellas Artes de Harvard, además de dar clases de Renacimiento italiano y francés. Ambas reuniones se programaron en el despacho de Rachel. A Annabelle le daba pánico conocer a las dos parejas y lo que pudieran preguntarle sobre sus anteriores abusos con el alcohol y las drogas. Temía que, si la rechazaban, no hubiera nadie que quisiera adoptar al bebé y no le quedara otro remedio que quedarse con él. Cuanto más se acercaba la fecha del parto, más segura estaba de no quererlo. Por otro lado, le gustaba su trabajo con Caro y con Charlie, y sentía no haber pensado antes en aquella posibilidad. Había pasado un montón de meses inútiles sin hacer nada y ahora había descubierto que le gustaba mucho trabajar en el mundo de la moda y se planteaba incluso matricularse en una escuela de Diseño, como habían hecho en su día sus hermanos. Quería reincorporarse al trabajo lo antes posible después del parto y los gemelos estaban realmente impresionados con su eficacia. Era excelente resolviendo problemas. Y estaba emocionada con la posibilidad de colaborar en el desfile de principios de septiembre. Confiaba en que, para entonces, el bebé se hubiera convertido en un recuerdo lejano.

Annabelle se reunió en primer lugar con la pareja de Connecticut. Eran simpáticos y agradables. Tenían una larga lista de preguntas para ella, las cuales fue capaz de responder con sinceridad y de forma positiva. Annabelle salió de la reunión con la sensación de que había ido bien y de que querrían seguir adelante con ella, pero una

semana más tarde, Rachel la llamó para informarle de que habían retirado la oferta. Había entrado en escena una madre biológica de menor riesgo y habían decidido adoptar a su bebé. Fue una decepción amarga para Annabelle, que asistió entonces al segundo encuentro, en esta ocasión con la pareja de Boston. Se habían convertido en su única escapatoria. Eran gente brillante e interesante, y a Annabelle le gustaron y tuvo buena sintonía con ellos. Empezaba a cogerles cariño y relajarse, cuando el marido la regañó por haber tomado drogas estando embarazada y la tachó de irresponsable. Annabelle era también consciente de ello y les repitió que en aquel momento no sabía que estaba embarazada. Regañarla por lo que había hecho no alteraba la realidad y había sido sincera con ellos. Podría haberles mentido y no lo había hecho.

Charlie, que estaba también presente en la reunión, les destacó ese detalle y se desencadenó una discusión con el marido en la que ambos acabaron levantando la voz. Annabelle vio cómo su hermano la defendía hasta que al final se levantó y anunció que se iban. Annabelle no quería renunciar a su única posibilidad de adopción, pero la pareja declaró que no quería ya a su bebé. Les daba miedo que hubiera vuelto a consumir drogas y que les estuviera mintiendo. Annabelle abandonó el despacho de Rachel llorando y sin perspectivas de encontrar otros posibles padres adoptivos.

Charlie estaba indignado por lo mal que aquella pareja había tratado a su hermana, hasta lindar casi con el maltrato. La habían humillado. Rachel llamó a Annabelle al día siguiente para disculparse y le dijo que había hecho todo lo posible para apaciguar los miedos de la pareja, pero que seguían firmes en su renuncia a la adopción y se estaban planteando una gestación subrogada. Al parecer, ya

habían hablado con una posible madre de alquiler en New Jersey y estaban a punto de alcanzar un acuerdo.

Faltaba solo una semana para la fecha estimada del parto cuando Rachel le propuso a Annabelle una reunión con una pareja de California. Ambos eran especialistas en odontología estética y tenían una lucrativa consulta en Los Ángeles con muchos clientes famosos. Se mostraron amables y compasivos con Annabelle y se gustaron mutuamente de inmediato. Las preguntas que formularon y las condiciones que presentaron fueron razonables. La pareja se reunió con ella una segunda vez y Rachel la llamó después para comunicarle que querían seguir adelante con ella. Se instalarían en Nueva York hasta que Annabelle diera a luz, para no perdérselo. Querían estar en el hospital cuando naciera el bebé, pero estaban dispuestos a esperar en una sala y no hallarse presentes en el momento preciso del parto. Todo parecía perfecto y, por fin, Annabelle tenía los padres adoptivos que necesitaba. Todo había salido bien en el último minuto.

Después de la segunda reunión, Annabelle cenó con Caroline y cruzaron pocas palabras. Tenía ganas de que terminara todo. Se sentía incómoda y le costaba dormir por las noches. El 4 de julio era aquel fin de semana y confiaba en que el bebé naciera en la fecha esperada, o antes incluso. Lo único que quería era que aquello acabara. Le había preguntado al doctor Kelly acerca de la posibilidad de inducir el parto, pero le dijo que no existía justificación médica que lo recomendara y, por lo tanto, se había negado a hacerlo. Comprendía el ansia de Annabelle por dejar atrás el parto, pero le

explicó que, tanto para el bebé como para ella era mejor dejar que la naturaleza siguiera su curso. Annabelle empezó a plantearse incluso la posibilidad de hacer un poco de deporte para que el proceso del parto se iniciara de una vez. El doctor Kelly le explicó que caminar quizá le iría bien en este sentido.

Los hijos de Lyle estaban aquella semana en casa; Tommy tenía previsto marcharse al campamento pronto y estaría ausente seis semanas. Lyle, con expresión preocupada, entró en la cocina para hablar con Caro.

—La madre de Rose acaba de llamar y quiere vernos mañana. No me ha comentado de qué se trata, pero estaba enfadada. Su marido también vendrá. Estarán aquí mañana por la mañana a las diez.

—¿Te ha insinuado de qué se trata?

—No, no me ha dicho nada.

Y Lyle no tenía ni idea de qué podía tratarse.

Charlie estaba también presente cuando los Fuller llegaron el día siguiente. Rose no los acompañaba. Fueron muy directos con los tres Whittier cuando les explicaron que habían sorprendido a Rose y Benjie liados y besándose apasionadamente. Temían que la cosa fuera a más si seguían viéndose, pero estaban locos el uno por el otro y no sabían qué hacer. Rose les había amenazado con irse de casa si le impedían seguir viéndose con Benjie. Estaban muy preocupados.

Caro se quedó impresionada y Charlie dijo que no le parecía justo impedir que se siguieran viendo. Lyle se mostró de acuerdo. Y Charlie les confirmó que Benjie era virgen. Nunca había hablado de sexo con sus hermanos. Tan solo les había dicho que quería a Rose, y que ella lo quería a él.

—Le hemos empezado a dar la píldora por si pasa algo —dijo la madre con nerviosismo. Era comprensible que no quisieran que se quedara embarazada. Y eran adultos—. Creo que, si los separamos, todos lo pasaremos mal. Rose es muy tozuda cuando se le mete algo entre ceja y ceja. Dice que quiere mucho a Benjie y que desea seguir viéndose con él.

Los cinco se enfrentaban a un gran dilema. No deseaban que Benjie y Rose se metieran en una situación que luego no pudieran gestionar, pero se querían, y tenían derecho al amor.

—Ninguno de los dos es lo bastante maduro como para mantener una relación sexual —dijo la madre de Rose, turbada, y el padre se mostró de acuerdo.

—Siento tener que preguntarles esto —dijo Charlie, muy serio—, pero ¿acaso importa? Si Rose está tomando la píldora, no se quedará embarazada. Y quizá tienen todo el derecho del mundo a hacerlo. Son adultos. Tienen veintiséis y veintiocho años. ¿Tenemos derecho a impedírselo?

Los padres de Rose se quedaron sorprendidos.

—Siempre confiamos en que Rose encontrara a alguien como ella, pero imagino que no pensamos que podría pasar o que ella quisiera mantener relaciones sexuales. Benjie es un chico encantador y se quieren. Pero no me parece correcto dejarles hacer lo que les apetezca y que mantengan una relación física. Son muy inocentes y no son responsables de sus actos.

—¿Sabe si quieren mantener relaciones sexuales? —preguntó Lyle —. Porque a lo mejor ni siquiera quieren.

—Quizá no son tan ingenuos como nos imaginamos, o como creemos que deberían serlo —dijo Charlie sin poder reprimir una

sonrisa—. Creo que deberíamos dejar que tengan una relación igual que cualquier persona, sin impedírselo. Habría que decirles que no pueden mantener relaciones sexuales en público, pero si son discretos y se quieren, ¿por qué no?

Los padres de Rose no se mostraron muy entusiasmados con la idea.

—No pueden gestionar una relación madura de ese tipo —dijo Jane.

—A lo mejor sí —respondió Lyle—. Los dos son muy inteligentes.

Después de una hora de discusión, la madre y el padre de Rose accedieron a reflexionar sobre el tema. Habían llegado allí con la intención de pedirles que Benjie se mantuviera alejado de Rose y que las dos familias cooperaran para impedir que se vieran y pudieran llevar la relación adelante. Lyle y Charlie habían defendido y apoyado el permitir que la relación continuase, siempre y cuando el trato entre Rose y Benjie fuera correcto y respetuoso, lo que al parecer era el caso. Sabían que Benjie se quedaría destrozado si le decían que no podía seguir viendo a Rose.

Los Whittier acordaron supervisarlos muy de cerca y controlar la relación, pero no impedirles nada, y el padre de Rose se mostró de acuerdo. Tomaron café y los Fuller se marcharon con un punto de vista completamente nuevo. Todo el mundo era consciente de que se trataba de una perspectiva muy progresista, aunque quizá la correcta. Y también la demostración de que confiaban en Benjie y en Rose.

—Caray —le dijo Caro a Charlie cuando se hubieron marchado—. Mi hermano pequeño está enamorado y yo ni siquiera he tenido una

cita en meses. Es evidente que me estoy perdiendo muchísima diversión.

Sonrió y Charlie se rio de ella.

—Eso es porque trabajas demasiado —le recordó.

—Por lo visto sí.

Caroline sonrió al pensar en la ironía de la reunión y el resultado final obtenido. Lyle había prometido comprarle preservativos a Benjie y enseñarle a utilizarlos, por si acaso querían llegar hasta ese punto, y los Fuller prometieron ser diligentes dándole la píldora a Rose, para que estuviera protegida ante un posible embarazo. Nadie quería que se produjera. Ni Rose ni Benjie serían capaces de gestionarlo y, además, el riesgo de que sus problemas se transmitieran genéticamente era preocupante y lo último que deseaban las familias era un bebé que cuidar y sobre el cual asumir responsabilidades. Mantener relaciones sexuales estaba bien, pero tener hijos no sería lo adecuado.

Y no habían dejado todavía atrás lo de Annabelle. La peor parte de la experiencia estaba aún por llegar: entregar el bebé a sus padres adoptivos y no volver a verlo nunca más. Charlie seguía teniendo dudas al respecto, después de discutir el asunto con Brady.

Habló con Caro sobre el tema unos días después.

—¿Crees que es correcto que done a su bebé? —le preguntó, porque a él no le parecía bien.

—Es lo que ella quiere —respondió Caro—. Ha sido una decisión complicada. Y nuestro deber es apoyarla.

—¿Y si no es la decisión correcta?

—¿Quiénes somos nosotros para opinar? Annabelle considera que es la correcta para ella.

—¿Y si luego se arrepiente? No podrá recuperar a su hijo. Eso es lo que más me preocupa. Y el bebé jamás llegará a conocerla.

—Todo eso ya lo sabe, y es lo que quiere. No podemos interferir. —Caro cayó entonces en la cuenta. Conocía demasiado bien a su hermano gemelo—. ¿Quieres al bebé?

—Brady y yo hemos hablado al respecto —reconoció Charlie—. Al menos estaría en la familia. Pero en realidad Brady no desea eso. Él quiere que tengamos nuestro propio hijo si seguimos juntos. Y en estos momentos parece que va a ser así. —Sonrió con timidez a su hermana—. ¿Quieres tú un bebé? —le preguntó, y Caro respondió con un gesto negativo.

—Mira cómo trabajamos. No paro nunca por casa. No tengo derecho a adoptar un bebé si luego no tengo tiempo para estar con él. En el mundo hay mucha gente desesperada por tener hijos, gente que no puede tenerlos. Y luego está Annabelle, desesperada por que adopten al suyo. Por desgracia, el mundo funciona así. De aquí a cinco años, o quizá incluso tres, es posible que yo quiera tener un hijo. Pero en estos momentos no puedo.

—Cuando estés preparada para ser madre, ni siquiera sabremos dónde está este bebé. —Caro estaba de acuerdo con eso. Pero en aquel instante, nadie en su vida tenía espacio para el bebé que Annabelle había concebido tan despreocupadamente, excepto para las personas dispuestas a adoptarlo. Para aquella gente sería una bendición—. Ojalá fuera el momento adecuado para cualquiera de nosotros —continuó Charlie.

Caroline coincidía, pero ninguno de los hermanos de Annabelle tenía tiempo para ocuparse ahora de un bebé. Caro no dejaba de preguntarse qué habría hecho su madre, si se habría quedado con el

bebé. Sospechaba que sí. También se cuestionaba si su padre se lo habría permitido. Y eso era más difícil de responder.

Caro se encontró con Annabelle cuando esta volvía del gimnasio. Era el vivo retrato de la feminidad y de la belleza rubia. Se había hartado de hacer ejercicio, pero no había pasado nada: el bebé había decidido que llegaría cuando le apeteciera.

A partir de entonces, Annabelle salió a diario a dar largos paseos. Y a pesar de sus caminatas, la fecha esperada del parto llegó y pasó de largo. Se sentía pesadísima y el bebé debía de ser enorme.

Siguió trabajando con Charlie y con Caro, esforzándose por resultarles de utilidad, aunque apenas podía moverse. Caro la acompañó a su siguiente visita con el doctor Kelly. Esta vez el ginecólogo le realizó una exploración interna, que a Annabelle le resultó extremadamente desagradable.

—Creo que el bebé llegará muy pronto —anunció Kelly una vez finalizada la exploración—. En un par de días como máximo. —Llevaba ya una semana de retraso—. Mañana haremos una prueba para comprobar la calidad del líquido amniótico. No vamos a dejar que esto se prolongue mucho más. Si en unos días no se ha puesto de parto, lo induciremos —sentenció con una sonrisa.

—Parece que tenga un elefante dentro —dijo Annabelle, quejumbrosa, mientras Kelly la ayudaba a bajar de la camilla—. No he parado aún de trabajar y cada día camino un montón de kilómetros.

—Será muy pronto —le aseguró el doctor, y miró a Caro, como siempre hacía. Caro se había mantenido firme en su intención hasta

el final y había acompañado a su hermana en todas sus visitas—. De un modo u otro, es cuestión de poquísimos días.

La espera se le estaba haciendo interminable a Annabelle y, ahora, incluso se le estaba haciendo larga a Caro. Annabelle estaba preparada y con ganas de pasar el mal trago.

Salieron de la consulta y caminaron varias manzanas. Pero Annabelle estaba cansada y no pudo continuar. Cogieron un taxi para realizar en coche el resto del recorrido hasta casa y, cuando llegaron, Caro tuvo que ayudar a su hermana a subir las escaleras de la entrada.

Caro acababa de sacar las llaves del bolso y se disponía a abrir la puerta cuando vio un charco de líquido a los pies de su hermana. Annabelle bajó la vista, sorprendida.

—Oh —dijo. Miró a Caro y Caro la miró—. Creo que acabo de romper aguas.

Caroline entró corriendo en la casa a buscar una toalla, para pasársela a su hermana, que dejó un rastro de líquido en el suelo de mármol blanco y negro del vestíbulo.

—Llamaré enseguida al doctor Kelly —dijo Caro.

Annabelle comenzó a subir la escalera hacia su habitación. Se volvió entonces un momento y dijo:

—Estoy asustada.

—Todo irá bien y será rápido, ya verás. El parto no empezará hasta dentro de un rato.

Annabelle no tenía aún contracciones distintas a los leves dolores que llevaba ya unas semanas experimentando. Subió a acostarse un rato y su hermana llamó al doctor Kelly al número de teléfono móvil que les había proporcionado.

—El parto se iniciará en pocas horas —dijo Kelly—. Llámeme cuando empiecen las contracciones. El bebé es grande y quizá habrá que practicarle una cesárea. No he querido preocuparla antes de tiempo. Y procuraremos que siga tranquila.

—¿Podré estar con ella si hay que hacerle una cesárea?

—Sí, aunque pondremos una especie de pantalla y no podrá verlo todo. Y ella no sentirá nada, excepto tirones y presión.

Unas sensaciones que le parecieron de lo más desagradables a Caro. Subió a ver qué tal seguía Annabelle.

—¿Nada?

Annabelle negó con la cabeza.

—El bebé no quiere salir.

Se había acostado en la cama y estaba frustrada. Al cabo de un rato se levantó para ducharse y llegó el primer dolor, un puñetazo impresionante y más potente de lo que esperaba. Se quedó sin aire, incapaz de hablar. Caroline la observó para poder cronometrar el tiempo que transcurría hasta que llegara el siguiente. Tomó asiento. La siguiente contracción se produjo siete minutos después. El bebé no tenía prisa por salir. Pero por fin se había iniciado el parto.

El bebé nacería en lo que quedaba de día o ya entrada la noche. Annabelle, muy pálida, miró a su hermana con los ojos abiertos de par en par.

—No voy a hacer esto nunca más —dijo.

Aunque Caro sabía que sí lo haría, y esperaba que fuera cuando encontrara al hombre adecuado.

Luego Annabelle fue a ducharse y Caro llamó mientras a Charlie para decirle que no iría a trabajar. Charlie se emocionó cuando supo

el motivo de la ausencia. Y Caro imaginó que le aguardaban un día y una noche muy largas.

15

Las contracciones siguieron a intervalos de seis minutos durante dos horas y luego pararon un buen rato. Después pasaron a ser cada cinco minutos. El doctor Kelly les había dicho que acudieran al hospital cuando el intervalo fuera de cuatro minutos y les recordó que el parto de un primer bebé podía ser largo. Cuando Caro y Annabelle salieron hacia el hospital, los demás volvían a casa del trabajo. Le desearon mucha suerte a Annabelle y subieron las dos a un taxi. El hospital no quedaba lejos, en el East River.

Caro llamó a los Hill, los padres adoptivos, antes de que Annabelle ingresara. Dijeron que salían enseguida para no perdérselo, aunque Caro les aseguró que tenían tiempo de sobra.

Como Annabelle había rellenado el formulario de ingreso con tiempo, fueron directamente a la planta de partos, donde tomaron nota de su llegada y las condujeron a una sala. Le dieron a Caro una bata y un gorro de quirófano de color azul y zapatillas de papel para poner por encima de los zapatos. Annabelle sonrió al verla.

—Estás muy graciosa —dijo, cubierta también con una bata.

Entró entonces una enfermera para examinarla y Annabelle gritó de dolor.

—La dilatación es de tres centímetros —le explicó la enfermera a Annabelle—. Aún es muy pronto.

Debía llegar a los diez centímetros. Era todavía un momento muy temprano del parto, aunque las contracciones resultaban dolorosas y llevaba horas padeciéndolas. Hacia las nueve de la noche había conseguido dilatar cinco centímetros. El bebé seguía sin tener prisa. A medianoche llegó a los siete y la situación empezaba a ser dura. Estaba ya de parto, las contracciones eran potentes y empezó a vomitar. Caro le iba dando trocitos de hielo, pero los dolores eran terribles en cada contracción. Llegó el doctor Kelly. Después de varias contracciones más, anunció que Annabelle ya estaba lista para recibir la epidural y que, después de eso, no sentiría más dolor. Annabelle estaba llorando y sujetaba con fuerza la mano de Caro. El anestesista entró minutos más tarde y Caro tuvo que abandonar la sala.

No vio por allí a los Hill, pero sabía que estaban por algún lado. También para ellos estaba siendo una noche larga, aunque no tanto como para Annabelle. Cuando dejaron entrar de nuevo a Caro, el rostro de Annabelle estaba más relajado. El monitor mostraba que las contracciones se habían vuelto más largas y más fuertes, pero había dejado de sentirlas. A las dos de la mañana, la enfermera anunció que por fin había dilatado los diez centímetros y que podía empezar a empujar. Ya hacía ocho horas que estaban en el hospital, aunque a Caro y a Annabelle les parecía como si llevaran toda la vida allí dentro. Llegó de nuevo el doctor Kelly, que desde su primera visita no había dejado de entrar y salir. La enfermera colocó las piernas de Annabelle en los estribos y retiró la parte inferior de la cama. Las contracciones se habían ralentizado un poco con la epidural y también había disminuido su intensidad, pero Annabelle las sentía de nuevo.

—Esto es espantoso —le dijo a Caro.

Caro estaba preocupada por su hermana. Le parecía un proceso brutal, sobre todo por un bebé que nunca volvería a ver y del que jamás tendría noticias.

El doctor Kelly entró una vez más, acompañado por dos enfermeras que le dijeron a Annabelle que tenía que seguir empujando. Annabelle obedecía, pero no pasaba nada. El bebé era grande y, después de dos horas sin dejar de empujar, Annabelle estaba agotada. Le pusieron una mascarilla con oxígeno y presionó la mano de su hermana. En el monitor, las contracciones parecían la cordillera del Himalaya. Había un monitor adicional que controlaba el latido fetal y el doctor Kelly confirmó que era correcto. El bebé no estaba sufriendo; Annabelle sí. Tanto a Caro como a ella les habría gustado que su madre estuviera presente, pero no lo dijeron. Caroline había permanecido todo el rato al lado de su hermana, bebiendo de vez en cuando un poco de agua, pero sin ausentarse.

Después de otra hora empujando, una de las enfermeras comenzó a aplicar presión para que bajara el niño y, de repente, todo empezó a acelerarse. Una enfermera pediátrica entró en la sala con un carrito con una cuna y llegó también el pediatra que supervisaría el estado del bebé. Parecía la señal que anunciaba la pronta llegada del pequeño. Caro miró el reloj de la sala y vio que eran las cinco y media de la mañana. No se sentía cansada e imaginó que se debía a la descarga de adrenalina que le estaba provocando querer estar junto a Annabelle en todo momento; aunque no podía hacer otra cosa que darle la mano y animarla.

Annabelle empujó dos o tres veces más, pero no ocurrió nada. El doctor Kelly miró entonces a Caro y se dirigió a Annabelle,

hablándole con voz serena.

—Annabelle, quiero que empujes dos o tres veces más, empujones grandes, y si el bebé no baja, tendremos que ayudarte y hacerte una cesárea.

Annabelle se estaba cansando de empujar y el monitor fetal emitía algún «bip» un poco irregular de vez en cuando. El bebé también se estaba cansando.

—¡No quiero una cesárea! —gritó.

—Veamos qué tal funciona lo que acabo de decirte.

Annabelle dio dos empujones con todas sus fuerzas y se produjo un pequeño cambio. Otro empujón. No paraba de gritar y entre empujones se quedó casi inconsciente. Caro vio que el doctor estaba haciendo alguna cosa, una episiotomía, que luego utilizaba los fórceps y, a continuación, todo se sucedió a gran velocidad. Annabelle emitió un alarido espantoso, volvió a empujar y de repente se escuchó un sollozo. El bebé acababa de salir y la enfermera se lo entregó enseguida al pediatra para que lo evaluara. Annabelle se había quedado inmóvil y miraba a Caro como si la hubieran crucificado. Y así debía de sentirse. Eran las seis de la mañana y había tenido un parto durísimo que se había prolongado toda la noche. Caro seguía apretándole la mano; Annabelle estaba medio muerta.

—¿Está bien? —preguntó Annabelle, levantando la cabeza. La enfermera le informó de que el bebé estaba perfecto mientras el doctor extraía la placenta y suturaba la episiotomía. Kelly le dijo entonces algo a una de las enfermeras—. ¿Puedo verlo? —preguntó Annabelle.

Siempre había dicho que no querría ver al bebé, pero el proceso había sido tan laborioso que había cambiado de idea y quería asegurarse de que estuviera bien.

—Cuatro kilos doscientos —anunció la enfermera que acababa de pesarlo.

Le acercó a Annabelle el bebé envuelto en una mantita azul. Tenía la cara de un querubín, mejillas rellenas y miraba a su alrededor como si estuviera buscando a su madre.

—¿Puedo cogerlo? —preguntó Annabelle.

El doctor Kelly intercambió una mirada con Caro y la enfermera depositó el bebé en la cama, al lado de Annabelle, para que pudiera verlo. El bebé miró a Annabelle fijamente y ella sonrió y rompió a llorar al cogerlo en brazos. El doctor Kelly le habló con delicadeza.

—¿Quieres que lo llevemos ya a sus padres adoptivos? Están fuera esperando. —No quería presionarla, tan solo recordárselo.

Annabelle miró primero al doctor y luego a Caro y, sin dejar de llorar, se dirigió a su hermana, hablándole en un susurro.

—Quiero quedármelo. Haré todo lo que tenga que hacer… No puedo darlo, Caro… Lo quiero mucho.

—No tienes por qué darlo —repuso Caro, y se inclinó para besar a su hermana—. Eres una chica muy valiente.

A Caroline le sabía mal por la pareja que lo esperaba, pero si Annabelle quería quedárselo, era mejor, y toda la familia la ayudaría a sacarlo adelante. Entre todos lo conseguirían. Annabelle seguía con el bebé en brazos y una enfermera se lo acercó con cuidado al pecho mientras Caro miraba al doctor Kelly.

—¿Cree que tendría que salir a hablar con los Hill?

—Ya lo gestionaremos nosotros. Me encargaré personalmente de hablar con ellos. Son cosas que pasan a menudo. Y mejor que sea ahora que de aquí a unas semanas, cuando ya se habrían sentido más unidos al pequeño.

La experiencia había sido tan dura para Annabelle que Caro no podía imaginarse tener que entregar ahora al bebé. Para tenerlo había superado una enorme prueba de fuego.

Ted Kelly salió de la sala y reapareció al cabo de un rato. A Annabelle le habían administrado un calmante y se había dormido, mientras que el bebé descansaba en la cuna y una enfermera lo iba controlando.

—¿Qué han dicho? —preguntó en voz baja Caroline.

—Se han mostrado muy comprensivos —respondió Kelly—. Son buena gente. Lo han entendido. Sucede a veces. Debe de estar agotada.

Entre tantas emociones y la noche entera en vela preocupada por su hermana, Caro había pasado también por una dura experiencia.

—Estoy bien —dijo—. Me alegro de que haya decidido quedárselo. Habría sido espantoso separarse del pequeño. Mi hermana es joven y nos tiene a todos nosotros para salir adelante.

—Es muy afortunada —repuso el doctor.

Se marchó para realizar las gestiones pertinentes y ocuparse del papeleo. Subieron a Annabelle a una habitación, donde instalaron también una cama para Caro, que aprovechó el momento para salir al pasillo y llamar a Charlie. Los Hill ya se habían marchado. El cielo lucía las franjas rosadas y anaranjadas del amanecer. Charlie respondió de inmediato con voz adormilada.

—Tienes un sobrino. Cuatro kilos doscientos —le informó Caro, exhausta.

—¿Cómo está Annabelle?

—Ha sido muy valiente. Y yo no pienso tener nunca niños —dijo Caro, echándose a reír.

—¿Está ahí esa gente? ¿Los padres adoptivos?

—Nuestra hermana se lo va a quedar —le informó, y él permaneció en silencio un minuto.

—Me alegro. Es lo correcto. Lo gestionaremos.

—Y ella también. Esta noche se ha hecho adulta.

Aunque Annabelle hacía meses que se había hecho adulta y el parto había sido como un rito de transición definitivo.

—Pasaré a verla después. Pasaremos todos —dijo Charlie.

—Estará hecha polvo, no os quedéis mucho rato.

—Tranquila, y ahora intenta dormir un poco.

Annabelle estaba profundamente dormida cuando Caro entró en la habitación. Se habían llevado el bebé a la sala de neonatos. Caro se tumbó en la pequeña cama auxiliar, se tapó con una manta y cayó rendida al instante. El doctor Kelly pasó a ver cómo estaban. Asomó la cabeza, las vio dormidas a las dos y cerró la puerta sin hacer ruido.

Annabelle estaba despierta cuando Caro abrió los ojos. Se puso de lado y la miró fijamente. Sonreía, agotada pero feliz.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Caro.

—Como una madre. Es precioso. Lo siento por los Hill.

—Ya conseguirán otro bebé. Y tú tendrás el tuyo.

Annabelle asintió.

—Gracias por estar presente. Voy a llamarlo Preston, igual que papá. A papá le habría encantado.

Al cabo de un rato llegó una enfermera con el bebé y le enseñó a Annabelle cómo debía hacerlo para amamantarlo.

Caro se marchó entonces a casa para darse una ducha y cambiarse. Cuando llegó, estaban todos desayunando. Al verla, la recibieron con vítores de alegría y quisieron conocer todos los detalles y saber cómo estaban Annabelle y el bebé. Caro no les explicó lo duro que había sido, sino que compartió únicamente con ellos la buena noticia de que era un bebé sano, que Annabelle estaba bien y que había decidido que iba a ponerle de nombre Preston, como su padre.

Lyle había llamado a Gloria que, por lo tanto, también estaba al corriente. Y tenían pensado visitar todos a Annabelle aquella misma tarde.

—Que sea una visita corta —les recordó Caro.

La familia fue a visitar a Annabelle con flores y globos: Lyle, Charlie, Benjie y Gloria con Giorgio. Se habían convertido en inseparables. Giorgio le regaló al bebé una mantita Hermès de cachemira azul claro y Gloria llegó con su habitual cara seria de desaprobación y las manos vacías. Les habían informado de que Annabelle había decidido quedarse con el bebé y Gloria se acercó con cautela a la cuna para mirarlo. Frunció el entrecejo, dispuesta a empezar a criticar su existencia. Pero entonces se inclinó para verlo mejor mientras los demás seguían charlando con Annabelle y felicitándola.

Caro vio de reojo que Gloria acariciaba la carita del bebé con la punta del dedo y le sonreía. Y que seguía sonriendo después de llevar a cabo su inspección inicial e incorporarse.

—Es igual que papá —sentenció. A Caro no se lo parecía, pero Gloria estaba segura—. Creo que me ha sonreído. Es enorme.

De repente, Annabelle había obrado un milagro. Annabelle le dijo a Gloria que si quería cogerlo y esta dijo que sí. Se sentó en un silloncito y Caro tomó al bebé para depositarlo en brazos de Gloria. Benjie observaba al pequeño con fascinación. Giorgio hizo fotos de Gloria con el bebé en brazos y le dijo que estaba bellísima, que parecía una madona. Y por primera vez, Caro se imaginó a Gloria con un hijo. El pequeño Preston parecía haber llegado al mundo envuelto en una magia que los abarcaba a todos. Benjie anunció que tenía un regalo para el bebé, pero que se lo daría cuando estuviesen en casa.

Se marcharon igual que llegaron, como una tormenta de verano, cariñosos pero agotadores, y Caro se quedó para ayudar un rato más a Annabelle. Después se fue a casa. Estaba todavía agotada.

Annabelle era mucho más joven y estaba eufórica después de haber dado a luz al bebé. No quedaba en ella ni rastro del proceso agónico por el que había pasado. Era como un milagro, como magia. Y, desde que se había ido, Gloria no había parado de mirar las fotos que Giorgio le había hecho con el pequeño en brazos. No existía en el mundo un bebé más bienvenido, aun a pesar de las circunstancias de su llegada al mundo.

Charlie y Caro fueron al hospital a recoger a Annabelle y al bebé al día siguiente. Habían tenido que apresurarse en adquirir una canastilla con lo esencial, puesto que Annabelle jamás había planeado regresar a casa con el pequeño. Necesitaban una cuna para dormir, ropa, pañales y una sillita para el coche. Gloria había comprado el cochecito más bonito que había encontrado y había anunciado que pensaba sacarlo a pasear por el parque los fines de semana. Mientras una enfermera enseñaba a Annabelle a cambiar y vestir al pequeño, Caro esperó en el pasillo con Charlie. Finalmente, Charlie fue a buscar el coche justo en el momento en que Ted Kelly llegaba para darle el alta a Annabelle. Se paró para hablar con Caro un momento.

—Espero que haya podido descansar un poco. Se ha portado usted maravillosamente con ella durante todos estos meses. Hoy en día es excepcional ver este tipo de apoyo.

Era evidente que Kelly admiraba a Caroline y que se había estado reservando para aquel instante.

—Para eso están las hermanas mayores —replicó Caro con una sonrisa.

—Hacía meses que quería pedirle una cosa, pero no consideré que fuera apropiado hacerlo hasta después de que naciera el bebé. —Caro no tenía ni idea de qué se trataba—. ¿Le gustaría cenar alguna noche conmigo?

Caroline se quedó pasmada.

—¿Lo dice en serio?

Kelly se echó a reír al ver su reacción.

—Sí, lo digo en serio. De verdad que me parece usted una persona increíble y me encantaría conocerla mejor.

—Gracias, sí… Por supuesto.

Caro estaba turbada pero conmovida. Le gustaba aquel hombre desde el día que lo conoció. Parecía cariñoso, fácil, directo e inteligente.

—Y me gustaría también conocer al resto de la familia. Deben de ser formidables.

—Lo son —dijo con orgullo Caro—. Un poco extravagantes, algo locos y realmente estupendos. Le invitaré a cenar con ellos algún día.

—La llamaré. Pero antes cenaremos nosotros dos.

Lo dijo con decisión y muy satisfecho. Entraron entonces juntos en la habitación de Annabelle. Ya se había vestido y el bebé estaba dormido, con un conjunto azul que Caro le había comprado y envuelto en una mantita a juego. Era un bebé precioso.

Ted Kelly las acompañó abajo y una enfermera empujó la silla de ruedas de Annabelle, con el bebé en brazos. Charlie los esperaba en el coche, con la sillita ya instalada. La enfermera los ayudó a colocar al bebé y Caro presentó al doctor Kelly a su hermano. Charlie estaba un poco aturullado por los entresijos de la sillita del coche y Annabelle tomó asiento detrás al lado de su hijo, que seguía profundamente dormido. No estaba en absoluto preparada para lo que fuera a suceder a continuación y tendría que aprenderlo todo a partir de cero.

Caro entró en el coche y, antes de que se pusieran en marcha, Ted le dijo a Caro:

—Nos vemos pronto.

Ella le dijo adiós con la mano en cuanto el coche arrancó.

—«¿Nos vemos pronto?» —repitió Charlie, mirándola—. ¿Qué significa eso? ¿Estás también esperando un bebé? —preguntó con sorna, habiendo adivinado al instante el significado de la despedida tras observar la expresión del médico y de su hermana.

—Me ha invitado a cenar —dijo Caro, radiante.

—Dios mío, eres una desvergonzada. Tu hermana tiene un bebé y te ligas a su médico —dijo Annabelle, riendo en el asiento de atrás —. Ya te dije que le gustabas —añadió con suficiencia.

—Sí, es posible. Y a mí me gusta él. Me ha dicho que había querido esperar a que naciera el bebé para pedirme salir.

—Muy educado —dijo Charlie, con aprobación, puesto que era muy estricto con las normas y las maneras.

La familia los estaba esperando con globos de color azul y con toda la ropa y el ajuar que se habían apresurado en comprar. Brady estaba también presente, esperando a Charlie, así como Devon y Tommy, que en cuanto vieron el bebé dijeron que era adorable. Gloria llegaría por la tarde con el cochecito. Y Benjie le regaló un conejito blanco de la protectora. Era diminuto; otro bebé.

—Lo cuidaré hasta que se haga mayor —les explicó Benjie.

Annabelle le dio las gracias, lo abrazó y le dijo que al bebé le encantaría.

Annabelle tardó varias horas en instalarse y organizarlo todo. Tenía la habitación llena de cosas y regalos para el bebé. Necesitaría un armario nuevo para guardarlo todo. No le había subido todavía la leche, pero lo estaba amamantando con sus primeros nutrientes para irse acostumbrando el uno al otro. Caro asomaba la cabeza de

vez en cuando en la habitación para ver cómo iba. Annabelle estaba cansada, feliz y algo aturdida.

—Tu familia es asombrosa —le comentó Brady a Charlie—. Pase lo que pase, siempre están ahí para ayudarse los unos a los otros, ponerle al mal tiempo buena cara y darle un vuelco a cualquier situación.

—No siempre, pero lo intentamos —repuso Charlie.

—Debe de ser fantástico tener una familia así.

—Está muy bien, la verdad —reconoció Charlie—. Funciona, la mayoría de las veces.

Daphne Dawson llegó por la tarde para ver a Lyle y los niños y conocer al nuevo bebé. Se quedó a cenar, como solía hacer a menudo últimamente. Los niños estaban felices con ella y ella sabía llevarlos muy bien. Los cuatro se divertían mucho juntos. Daphne siempre tenía buenas ideas en cuanto a cosas que hacer con los niños. El divorcio de Lyle quedaría ultimado en septiembre y el acuerdo económico estaba casi cerrado. Amanda había sacado una buena tajada y Lyle estaba en paz consigo mismo. Amanda no tendría nada de la herencia, pero sí una buena parte de todo lo demás. Cuando se enteró de la existencia de Daphne, intentó poner a los niños contra ella, pero por el momento no lo había conseguido. Ahora estaba muy ocupada con su nuevo novio, el del avión. Estaba a punto de poner en venta el apartamento para encontrar algo más elegante. Pero lo mejor de todo era que a Tommy y a Devon les encantaba estar en la gran casa con su padre.

Annabelle bajó a cenar con el bebé dormidito en un capazo. Lo instaló en una silla a su lado para poder vigilarlo y Devon le pasó un pañal minúsculo cuando tuvo que cambiarlo. Era como vestir a una muñeca. Gloria y Giorgio se quedaron también a cenar y Gloria siguió observando maravillada al pequeño. Viéndola así, nadie podría haberse imaginado lo opuesta que se había mostrado a su llegada al mundo. Pero Annabelle era una buena persona y se lo había perdonado todo. El bebé había llegado cargado de amor, perdón y esperanza para el futuro. Era el amor en persona. Annabelle había escrito una carta a los Hill pidiéndoles disculpas y confiando en que pronto encontraran otro bebé que poder adoptar.

La cena fue caótica, como siempre, quizá incluso un poco más. Caro se preguntó cómo se tomaría Ted Kelly aquel ambiente. Giorgio, Daphne y Brady se habían acostumbrado enseguida a la familia y habían sido una incorporación estupenda. Los Whittier eran un grupo abrumador a veces, de buen corazón y poseedores de cabezas inteligentes, y el pequeño Preston era uno más de ellos. El miembro más reciente de la familia había llegado y estaba en su casa junto con todos los demás. Al final era un regalo y una bendición, cariñosamente acogido por todos a pesar de sus complicados inicios. Annabelle sonreía feliz cuando lo miraba. En una sola noche había cruzado el puente de la infancia a la edad adulta. Era madre, y tenía el ejemplo de su propia madre para poder seguirlo. Su madre sería el modelo que imitar. El legado que Connie les había dejado a todos perduraría siempre en su memoria y en sus corazones.

16

Ted Kelly esperó dos semanas antes de llamar a Caro. Quería darle tiempo para que el bebé se acomodara en la casa y ella se sintiese libre para salir con él. La llamó al número que ella le había proporcionado cuando era la persona de contacto para su hermana. Tenía también el número de su despacho, pero no quería molestarla en el trabajo. La invitó a cenar el viernes por la noche; le explicó que tenía guardia el resto del fin de semana y no quería que lo llamasen a mitad de la cena, como solía suceder. Caro aceptó encantada la invitación. Estaría cerca de casa por si Annabelle, que lo estaba llevando sorprendentemente bien, necesitaba ayuda, aunque, hasta el momento, el bebé era un niño muy fácil. La madre se encontraba todavía cansada, pero, en la primera visita posterior al parto, Ted le comentó que era normal. Era joven y se recuperaría con rapidez. Además tenía muchas manos que la ayudaban en casa. Frieda se ocupaba del pequeño cuando Annabelle quería salir un poco entre toma y toma. La lactancia se había convertido en un trabajo a tiempo completo y el pequeño Preston tenía mucho apetito. Para Annabelle todo era nuevo, ya que no había asistido a clases de preparación al parto. Tenía pensado reincorporarse al trabajo con Caroline y Charlie a finales de agosto, justo antes de la Semana de la Moda, que se celebraría en septiembre. Frieda tenía una sobrina

que vendría a ayudar también en casa. Caro lo había organizado todo.

Cuando Ted llegó para recogerla, en la casa reinaba un caos mayor de lo habitual. Tommy se marchaba de campamento al día siguiente y su maleta y su mochila estaban en el vestíbulo. Devon iba vestida con el pantaloncito corto de color rosa que había llevado para ir a sus actividades de verano y correteaba tras Duke, hablándole a gritos. El perro le había robado una de sus muñecas Barbie, una manía que había adquirido últimamente. No las rompía, sino que solo las almacenaba en su cuna hasta que Devon iba a buscarlas.

Rose tenía que llegar en cualquier momento para ir a cenar con Benjie y él la estaba esperando en la puerta. Después querían ir a ver una película. Daphne estaba sentada en el suelo al lado del equipaje de Tommy, cosiendo etiquetas con el nombre para ayudar a Lyle. Amanda ya se había ido para pasar un mes en Europa y había dejado todos los preparativos del campamento en manos de su exmarido. Estaba en proceso de comprar un apartamento tremendamente caro en Tribeca, en un edificio con gimnasio, piscina y portero. Tommy y Devon decían que era bonito, pero que les gustaba más estar en casa de su padre y que, además, el novio de Amanda no les caía bien. Decían que era un creído y que no hablaba nunca con ellos, solo con su madre.

Charlie y Brady estaban en la cocina preparando la cena para todo el mundo antes de marcharse por la noche a la casita que Brady tenía en multipropiedad en los Hamptons. Giorgio estaba haciendo pasta a la carbonara como parte del menú y enseñándoles a los dos el secreto para cocinarla al dente, y Gloria tenía al pequeño Preston

dormido en sus brazos mientras Annabelle, que decía que ni siquiera tenía tiempo para cambiarse el camisón entre toma y toma, se daba una ducha.

Caro bajaba por la escalera, con un vestido de tirantes confeccionado en piqué blanco, sandalias doradas y pendientes de aro, cuando sonó el timbre. Benjie corrió a abrir; era el que estaba más cerca y esperaba, además, la llegada de Rose. Se quedó sorprendido al encontrarse frente a frente con un desconocido. Ted captó con una simple mirada el caos que reinaba en la casa, sonrió a Benjie y le tendió la mano.

—Hola, soy Ted. Vengo a buscar a Caroline —dijo con educación, pensando en que la escena le recordaba cuando iba a buscar a alguna chica a la residencia femenina en sus tiempos universitarios.

—Yo soy Benjie. Creía que eras Rose. Su madre la traerá hasta aquí. Es mi novia. —Ted hizo un gesto de asentimiento y lo siguió hacia el vestíbulo, donde vio a Lyle y Daphne, sentados en el suelo con el equipaje de Tommy, y a Duke pasar corriendo con la muñeca robada—. Ese es mi perro —le explicó Benjie—. Se llama Duke, es un gran danés. Perdió una oreja en una pelea de perros. Y después lo adopté. Tengo otra perra que se llama Manchitas.

Ted vio a Caroline en la escalera y le sonrió. Caro le presentó a Lyle y Daphne, que se disculpó por el lío que tenían montado con el equipaje de Tommy. Lyle se levantó y le estrechó la mano a Ted, y Daphne se disculpó por no hacerlo. Gloria observó la escena con el bebé en brazos y saludó a Ted con la mano.

—Mejor que salgamos de aquí —dijo Caro— antes de que alguien nos pida que nos ocupemos del bebé o que demos de comer a los perros.

Sonó entonces el timbre y llegó Rose. Llevaba un vestido rosa de algodón y estaba muy guapa. Benjie le dio un beso y se la presentó con orgullo a Ted.

—Te presento a Rose, mi novia. Nos conocimos en el gimnasio.

Ted miró entretenido la escena que se desarrollaba a su alrededor y no se sintió en absoluto desanimado. Entonces llegó Annabelle, preciosa con unos vaqueros ceñidos y una camisa masculina de color blanco. Dos semanas después de haber dado a luz estaba tan delgada como siempre.

—Hola, doctor Kelly. ¿Quiere cenar? —preguntó, alegrándose de verlo.

Caro tiró de él hacia la puerta.

—No, vamos a cenar fuera —respondió Caro—. Estamos intentando escapar de aquí.

—Si queréis podéis quedaros —dijo Gloria, pasándole el bebé a Annabelle—. Mi novio está preparando pasta a la carbonara. Es italiano y es un chef fabuloso. Por cierto, soy Gloria, la hermana mayor de Caro —dijo, estrechándole la mano a Ted.

La pareja casi había llegado a la puerta, aunque no del todo. Benjie y Rose desaparecieron hacia la cocina, con los perros siguiéndolos, y Lyle le pasó a Daphne unas toallas que acababa de ver que seguían sin marcar.

Caro y Ted echaron a correr hacia la puerta, que Caro cerró con firmeza a sus espaldas.

—Corre antes de que salgan a por nosotros —le dijo a Ted. Bajaron a toda velocidad la escalera de acceso y pararon un taxi. Ted había reservado mesa en un pequeño restaurante francés que era de sus favoritos y quedaba cerca de donde vivía, en el barrio del

hospital—. Lo siento. Es como visitar un manicomio. Es imposible tener un aspecto sofisticado con tanto lío. Mi familia está loca, pero los quiero a todos un montón.

—Me parecen unos locos estupendos —repuso Ted, después de darle al taxista la dirección—. Muy buena gente.

Caro hizo un gesto de asentimiento y luego lo miró, un poco más seria.

—Gracias por ser tan amable con Benjie. Está emocionadísimo con su novia, la primera de toda su vida, y también con sus perros. Duke es muy efusivo, pero, al menos, no te ha derribado.

—Tengo una hermana muy similar a Rose y Benjie —dijo Ted, sin rodeos—. Vive con mi madre en San Francisco. Lleva una vida muy tranquila. Creo que Benjie se divierte mucho más que ella. Les cuesta hacer amigos y llevar un mínimo de vida social. Pero me da la impresión de que Benjie está muy integrado. Es una suerte que haya conocido a Rose. ¿Os gusta ella?

—Mucho. Es una chica muy dulce y sus padres son muy agradables. Controlarlos resulta un poco complicado. Parecen niños y de pronto se comportan como adultos que pueden meterse en situaciones que lleguen a superarlos —señaló Caro con discreción—. Hace muy poco que se conocen.

—¿Qué edad tiene Benjie?

—Veintiocho, pronto cumplirá veintinueve. Mi madre lo gestionaba a la perfección y desde su fallecimiento ha tenido que adaptarse a muchas cosas nuevas. Intento hacer el máximo, pero me resulta imposible estar a su altura.

—Creo que lo haces muy bien. Mi hermana Francine tiene treinta y cinco. Trabaja en una tienda de regalos. Le encanta, pero lleva una

vida muy solitaria, solo tiene a mi madre.

—Benjie trabaja en una protectora de animales. Ahí fue donde consiguió a Duke y Manchitas. Tiene una maña increíble con los animales. Podría haber sido un veterinario magnífico.

Le gustaba que Ted no se hubiera sentido desalentado o sorprendido con Benjie. Su hermano menor podía ser muy directo a veces, ya que no utilizaba ningún filtro con sus palabras, pero, al parecer, Ted estaba familiarizado con este tipo de conducta. Lo había reconocido de inmediato y había visto que Benjie era feliz y tenía una calidad de vida excelente. Ted siempre había deseado poder hacer más por su hermana, pero vivía muy lejos y la veía solo unas pocas veces al año. A menudo se sentía culpable por residir en Nueva York. Sin embargo, tanto la ciudad como el trabajo que desempeñaba le encantaban. Había aceptado el puesto en cuanto se lo ofrecieron.

—¿Eres de San Francisco? —preguntó Caro.

—Sí, pero estudié en la Universidad de Nueva York y ya no dejé la ciudad. Aquí hay muchas más cosas que hacer. San Francisco es, en comparación, una ciudad pequeña y tranquila. Eres afortunada por tener a toda tu familia aquí.

—A veces. —Ambos se echaron a reír—. Llevábamos años sin vivir todos juntos, pero está saliendo muy bien, mejor de lo que esperaba. Charlie, mi gemelo, se mudó a la casa familiar por Benjie. Y después me instalé yo para ayudar a Annabelle. Lyle se separó de su mujer y también se vino a vivir a la casa temporalmente, con sus niños en custodia compartida. Es un caos total, pero agradable.

—No estaba seguro de si Daphne era su esposa. Parece buena persona —dijo Ted, y siguieron charlando de camino al restaurante.

—Daphne es la trabajadora social que se encargó de investigarnos cuando la exmujer de Lyle presentó una demanda en Protección de Menores en la que afirmaba, según sus palabras, que «vivimos como gitanos». Lo hizo para poner a mi hermano en un aprieto. Daphne es un millón de veces mejor que ella. Lyle se mudará a su propio apartamento en otoño. Y el resto tampoco es que podamos seguir viviendo eternamente en la casa —dijo Caro con un suspiro—. Por el momento funciona. Pero todos acabaremos teniendo de nuevo nuestro propio hogar.

—A mí me parece que os funciona de maravilla. Annabelle tiene mucha suerte de disponer de la ayuda de todos vosotros con su bebé.

—Queremos que vuelva a la universidad. Aunque es probable que no lo haga enseguida.

Llegaron al restaurante. Era un establecimiento pequeño y encantador gestionado por una pareja francesa y con comida francesa de verdad. Todo estaba delicioso y el ambiente era tranquilo, por lo que pudieron seguir charlando. Ted había elegido bien.

Le preguntó a Caro cómo se había metido en el mundo de la moda.

—Siempre fue mi sueño, y el de Charlie. Pero a él le gusta más la vertiente empresarial del tema. Acabamos de firmar un acuerdo con un socio de Milán. Son propietarios de las fábricas textiles más importantes de Italia. Para nosotros será un cambio enorme hacia mejor. A partir de ahora podremos hacer crecer de verdad nuestro negocio.

—¿Y qué te gusta hacer en tu tiempo libre? —preguntó Ted.

—Trabajar. —Caroline rio—. Es lo único que hago. Es una pasión. Y ocuparme de mi familia, sobre todo estos últimos seis meses. Es lo que mis padres hacían antes. O mi madre, mejor dicho. Annabelle y Benjie siguen necesitando ayuda. Todos los demás somos adultos. Y Lyle, después del divorcio, también ha necesitado que le echemos una mano de vez en cuando.

—Yo también trabajo mucho —confesó Ted—. Y la medicina también es mi pasión. Me encanta la obstetricia. No puedes ni imaginarte la emoción que siento cada vez que ayudo a traer un niño al mundo. Siempre hay una historia detrás, algo especial en cada madre y en cada bebé. Nunca resulta aburrido y puede ser un auténtico desafío. Me alegro de que Annabelle decidiera quedarse con el pequeño.

—Nosotros también. Mi hermana Gloria estaba muy enojada con ella por lo del embarazo, pero ahora se ha enamorado del bebé y se comporta como si siempre hubiera sido su idea seguir adelante. Resulta gracioso. Yo nunca he sentido un gran deseo de ser madre. Amo demasiado mi trabajo e interferiría con él. Seguramente sería una mala madre; me paso el día trabajando.

—Por lo que he visto con tu hermana, podría afirmar que ya eres una madre estupenda. Ser madre de una persona adulta, y encima en las circunstancias que envuelven a tu hermana, es mucho más complicado.

—He intentado hacer lo que mi madre habría hecho, aunque yo tampoco estaba muy conforme con la situación de Annabelle.

—Veo muchas mujeres como tú: totalmente centradas en su carrera profesional, que piensan que no quieren tener un hijo y que

luego, cuando sucede, se enamoran de él. La maternidad y los bebés tienen algo mágico.

Era evidente que Ted amaba su trabajo. Lo convertía en una persona feliz con la que resultaba agradable compartir el tiempo. No tenía intereses egoístas.

—Me fiaré de lo que dices —replicó Caro—. Pero no estoy todavía preparada para incorporar ese tipo de magia a mi vida.

Ted rio y luego la miró con seriedad.

—¿Y qué me dices sobre la magia de una relación? ¿Tienes tiempo para eso? —le preguntó.

Caro tenía una vida muy plena y muchas responsabilidades. Dudó un momento antes de responder.

—No lo sé. La verdad es que no lo he intentado nunca y jamás he tenido una relación larga. Cuando estás comprometido con tu carrera, estas cosas resultan muy complicadas. Siempre que he salido con alguien, mi pareja ha acabado enfadándose conmigo porque no tenía tiempo suficiente para él. El trabajo es mi prioridad y no me gusta ni decepcionar a la gente ni acabar a gritos, ni terminar siendo la chica mala, la novia mala o la esposa mala.

—Lo tendré en cuenta. Nada de gritos si hay trabajo de por medio.

Caro sonrió, pero era cierto.

—El sector de la moda es un mundo de locos, con fechas de entrega, nuevas colecciones, crisis diarias por fallos de producción, tejidos que no llegan a tiempo, malas críticas. Y la locura es aún peor dos veces al año, con la Semana de la Moda, que en realidad es el «Mes de la Moda», con las semanas previas para la preparación del desfile y las semanas posteriores para gestionar las ventas.

Además, empiezo a diseñar la siguiente colección justo el día después de finalizado el desfile. —Caro lo estaba poniendo sobre aviso, le estaba explicando que, si de verdad quería salir con ella, tenía que saber dónde se metía—. Es un negocio de locos, pero lo amo —dijo con ojos brillantes, y Ted agradeció su sinceridad.

—A veces tengo que atender tres partos en una sola noche, incluso cuatro, y no aparezco por casa durante más de dos días. Funciona bien en una consulta como la nuestra, donde tenemos suplentes suficientes, pero nunca puedes predecir cómo se desarrollarán las cosas y, si salen mal, podemos encontrarnos con situaciones muy graves. Es el lado oscuro de mi trabajo. En la mayoría de los casos, cuando escuchas ese primer lloro, es un suceso feliz. Pero en otros es una tragedia. Y cuando se produce una tragedia, no me escaqueo. —También la estaba poniendo sobre aviso —. Y en mi caso es todo el año, no va por temporadas, por mucho que haya periodos con más partos que otros. Finales de septiembre siempre es una locura. Si cuentas hacia atrás, verás que coincide con Acción de Gracias y las vacaciones navideñas, cuando todo el mundo bebe y se lo pasa bien, y en enero tenemos siempre la consulta llena de nuevas pacientes. Estas celebraciones son buenas para el negocio nueve meses después —sentenció Ted, y Caro rio.

—Nunca se me había ocurrido. A partir de ahora iré con cuidado en esas fechas.

Cuando salieron del restaurante, habían cubierto infinidad de terreno. Caminaron un rato, aprovechando la bonanza de la noche.

—Me encanta cómo vistes —dijo él, sin venir a cuento—. Siempre tienes un aspecto muy chic.

—Gracias. Pero deberías verme cuando estoy preparando un desfile. Parezco salida de un naufragio. A veces trabajamos veinticuatro horas seguidas. Un poco como tú, aunque por una causa menos noble. Fue todo un detalle que no te marcharas mientras Annabelle estaba de parto. Se oyen muchas historias sobre los partos, y no siempre positivas, por cierto. No todos los médicos se preocupan tanto como tú por sus pacientes.

—Me gustan mis pacientes. Lo cual ayuda. No es solo un trabajo. —A Ted le gustaba que ambos sintieran pasión por sus respectivas profesiones. Le parecía un intercambio justo—. ¿Qué te parece? ¿Repetimos? —preguntó mientras seguían paseando tranquilamente en dirección oeste.

—Me gustaría —respondió Caro en voz baja.

—También a mí.

Siguieron recorriendo a pie el kilómetro y medio que los separaba de casa de ella. Cuando llegaron, Caro no lo invitó a entrar. Eran las once de la noche y la casa solía estar tranquila a esas horas y quería acabar de disfrutar de la sensación de paz que le había aportado la velada que estaba tocando a su fin. Ted era incluso más agradable de lo que se había imaginado y tenían muchos intereses en común —viajar, teatro, libros, arte—, aunque poco tiempo para cultivarlos. Pero, como mínimo, el interés estaba ahí. A Ted le gustaba también navegar, y el mar, como a ella. De pequeño, Ted había frecuentado un campamento de verano en Washington State donde daban clases de vela, igual que ella solía ir todos los veranos a Maine con sus padres y sus hermanos. El padre de Caro había sido un gran marinero, aunque su madre se mareaba y no quería navegar. De vez en cuando, sin embargo, se dejaba convencer para subir a bordo

con ellos, lo pasaba fatal y siempre juraba no volver a hacerse a la mar nunca más.

La familia disfrutaba bromeando con su madre al respecto. A Caro y a todos sus hermanos les seguía gustando mucho navegar, igual que a Ted. Tenía un pequeño velero y de más joven solía salir a navegar por la bahía de San Francisco. Le explicó a Caro que allí el agua siempre estaba helada.

—He pasado una velada estupenda —dijo, delante de la casa e imaginándose las distintas escenas que debían de haberse desarrollado en su interior, como una serie de televisión con una docena de episodios emitiéndose simultáneamente.

—También yo —replicó Caro, sacando la llave.

—Te llamaré la semana que viene. Este fin de semana tengo dos días enteros de guardia, pero el domingo de la semana próxima tengo la noche libre.

—A lo mejor te apetecería venir a cenar a casa. Normalmente, los domingos por la noche preparamos la cena entre todos.

—Suena divertido. —Era más consciente que ella de que su cariñosa y numerosa familia era, con toda probabilidad, lo que la había impulsado para trabajar tan duro en su carrera profesional y la razón por la cual no había echado de menos mantener una relación. Su vida estaba llena a rebosar de personas que la querían. Se percibía en el brillo de sus ojos y, como resultado de ello, Caro tenía una cantidad ilimitada de amor que regalar—. Te llamaré —le prometió.

No intentó besarla. No quería estropear la noche ni asustarla. No tenía prisa. Había esperado cinco meses para pedirle salir y ninguno de los dos iría a ningún lado que no fuera al trabajo.

El lunes por la mañana, en el trabajo, Charlie le preguntó a Caro qué tal había ido la cita. Charlie se había quedado en el apartamento de Brady por la noche, a su regreso de los Hamptons. Caro intentaba adaptarse a verlo menos. Quería que su hermano fuera feliz y Brady parecía muy buena persona. Hacían buena pareja, pero Charlie tenía menos tiempo para ella, lo cual resultaba inevitable cuando se lleva una vida de adulto, incluso siendo gemelos. Caro se daba cuenta ahora de que Charlie la había malcriado dedicándole plena atención durante mucho tiempo.

—¿Qué tal la cita? —preguntó Charlie.

—Es realmente encantador —respondió Caro, sonriente.

—¿Cuán encantador? ¿Tan fantásticamente encantador que te mueres por volver a verlo? ¿O encantador a secas, quedamos solos como amigos y nos vemos de nuevo el año que viene?

—Más bien lo primero. Pero lo que sucede es que también lleva una vida muy ocupada. Ni el uno ni el otro disponemos de mucho tiempo para vernos —replicó Caro.

—Tonterías. Brady y yo también estamos ocupadísimos. Pero si uno quiere, siempre se encuentra un hueco.

—Me parece que Ted dijo algo similar.

—¿Cuántos años tiene?

—Treinta y nueve. Me lo dijo durante la cena.

—Le quedan aún por delante muchos años de trabajo, igual que a ti. Creo que los cuarenta es la edad en que la gente se despierta y se da cuenta de que no tiene vida y debe apresurarse a construírsela. Como le ha sucedido a Gloria con Giorgio. Hablando de él, me ha comentado que la semana próxima dos de sus hermanos estarán en Nueva York y quieren conocernos. Habrá que llevarlos a

cenar. —Caro asintió—. Y creo que también quieren estar presentes en el desfile de septiembre. Ahora somos gente importante para ellos.

—Igual que ellos para nosotros —observó Caro, agradecida.

—Tengo planes para pasar dos semanas de agosto en los Hamptons con Brady, pero puedo desplazarme a la ciudad siempre que me necesites —le anunció Charlie, que había dejado correr con Brady la idea de viajar aquel año a Turquía o a Grecia.

—No empezaré a ir como loca por el desfile hasta la tercera semana de agosto. Todo va sobre ruedas por el momento. Y, además, imagino que a partir de ahora recibiremos las telas de Italia a tiempo.

—Sí, eso creo. Gloria pasará el mes entero con Giorgio en Cerdeña, y dos días en Milán ya a la vuelta.

La vida de Gloria había dado un giro completo en solo unos meses. A Caro le gustaba que la vida diera a veces esos vuelcos. Un cambio inesperado, una nueva persona, un nuevo trabajo, una nueva ciudad, una nueva vida y, de repente, todos los sueños se hacen realidad. No sucedía a menudo, pero cuando sucedía, era fantástico. Gloria había florecido y se había transformado de la mujer de negocios dura, rígida y de espíritu crítico que era antes, en una persona mucho más cariñosa y profundamente enamorada de su pareja. Los gemelos estaban felices por ella. Y Caro estaba entusiasmada al ver que, gracias a Giorgio, su hermana mayor había experimentado un gran cambio. Le gustaba también ver lo bien que estaba Lyle con Daphne. Era una mujer fácil y sin complicaciones que se portaba de maravilla con él; nada que ver con Amanda, que

lo había convertido en un desgraciado durante años y se había casado con Lyle solo para aprovecharse de él.

En cuanto Tommy se marchó de campamento, la casa se tranquilizó notablemente. Devon acudía a la escuela de verano seis días a la semana y estaba encantada. Annabelle se estaba apañando muy bien con el bebé.

Gloria pasaba mucho tiempo en casa, ayudando a su hermana pequeña y a su sobrino recién nacido. Rose se había ido de viaje a Wyoming con sus padres y Benjie estaba aburrido. Hablaban por teléfono varias veces al día.

Brady y Charlie invitaron a Caro a los Hamptons a disfrutar de un fin de semana. Caro se lo pasó en grande. Jugaron al tenis, nadaron y practicaron surf. Brady había presentado a Charlie a sus amistades, continuando de este modo con la tendencia de ampliar y enriquecer mutuamente sus vidas. Caro entendía a la perfección por qué su hermano se había enamorado de Brady; era un hombre de principios y buenos valores, como Charlie.

Ted acudió a cenar a la casa un domingo por la noche, su segunda cita con Caro, y consiguió superar con éxito el aluvión de preguntas, la gente, la deliciosa pasta al pesto de Giorgio y los perros de Benjie, y acabó con el bebé de Annabelle en brazos mientras ella y Caro se ocupaban de servir la cena que los chicos habían preparado. Todos eran buenos cocineros. Más tarde, Lyle le dijo a Caro que, si la cena con la familia había sido una especie de examen, Ted lo había superado con matrícula de honor. Se había mostrado sumamente agradable con todo el mundo, había sido muy amable con Benjie,

tenía una conversación interesante y había demostrado ser un tipo muy divertido cuando Lyle había puesto en marcha el viejo tocadiscos y todos empezaron a bailar.

Ted era un buen tipo y parecía estar loco por Caro; no había dejado de mirarla ni un solo segundo. Resultaba intrigante lo bien que estaban encajando las nuevas parejas en el grupo. La familia los acogía de entrada de buen grado y luego, el encanto y el talento de cada uno hacían el resto para que acabasen ganándose su puesto entre todo el mundo. Las nuevas parejas tenían la oportunidad de mostrarse libremente como eran. Durante aquella primera velada, a Ted le gustó mucho conversar con Lyle y vio que Giorgio incorporaba una chispa de color, contando sin cesar historias divertidas sobre su familia, gesticulando con entusiasmo y cocinando deliciosos platos de pasta. Giorgio explicó muchas cosas sobre la industria de la moda que a Ted le resultaron de lo más interesantes. Era un negocio muy serio y su respeto por Caro crecía cuanto más aprendía sobre el tema y asimilaba el enorme talento que poseía. Giorgio dijo que Caroline era un genio, y su hermano gemelo, también. Annabelle comentó que estaba encantada de trabajar para ellos, algo que jamás se habría imaginado. Se moría de ganas de reincorporarse al trabajo y tenía pensado hacerlo en el plazo de un mes. Dejaría de darle el pecho al bebé entonces. Consideraba que seis meses de maternidad intensiva eran suficientes. Al principio se había planteado la posibilidad de quedarse en casa y darle el pecho durante un año, pero después había cambiado de idea. Con solo veintiún años, necesitaba vivir más su vida, aunque quería al bebé mucho más de lo que esperaba. Su hijo le deparaba una sorpresa tras otra.

Ted tenía una semana de vacaciones y voló a San Francisco para ver a su hermana y a su madre. La relación con Caro había ido a más a esas alturas. Cenaban juntos dos veces por semana y se besaban en la puerta cuando él la acompañaba a casa. A su regreso de San Francisco, Ted la invitó a pasar un fin de semana con él. La llevó a un precioso hotelito que conocía, en una hermosa playa de Long Island. Estaba junto a una zona residencial cerrada y la playa no se hallaba muy concurrida. Ted alquiló un velero para salir a navegar. Fue un fin de semana perfecto, como una luna de miel. Ted organizó hasta el último detalle. Le dijo a Caro que lo único que tenía que hacer era presentarse con la maleta e incluir en ella un bañador. El resto era una sorpresa. Caro no estaba acostumbrada a que cuidaran de ella; siempre era ella la que se ocupaba de los demás, tanto en casa como en el trabajo. Pero Ted cuidaba de ella, y en cuanto llegaron al hotel el viernes por la noche, hicieron el amor en su habitación con vistas al mar y después cenaron una langosta espléndida. Era todo lo que Caro había soñado. Al día siguiente se tumbaron en la playa y después zarparon con el pequeño velero y tomaron el sol desnudos en cubierta. Luego regresaron al hotel e hicieron otra vez el amor. Fue como si no tuvieran suficiente el uno del otro.

—De haber sabido que iba a ser así, te habría pedido una cita la primera vez que te vi —le dijo Ted, sonriendo.

Estaban en la cama, besándose, pegados el uno al otro. Caro tenía un cuerpo precioso y a él le gustaba mirarla.

Hacer el amor cambió la relación entre ellos. A partir de aquel momento se sintieron más unidos y más cómodos, y compartieron secretos de juventud y sueños de futuro. De regreso a la ciudad, se

sentían como una unidad, como un todo más grande y no como dos partes diferenciadas y, de pronto, Caro entendió lo que Charlie sentía por Brady. Aquel amor no eliminaba el que sentían entre ellos como hermanos gemelos, sino que le sumaba algo más, una dimensión completamente nueva que ahora compartía con Ted. El fin de semana los había entrelazado y les había incorporado a los dos algo más, algo especial. Cuando llegaron a casa, Ted se quedó a pasar la noche del domingo y se sintió un poco incómodo a la mañana siguiente, a la hora del desayuno, cuando, mientras estaba tomando un café, entraron en la cocina Lyle y Devon, antes de que él la llevara a la escuela de verano. Pero Devon se puso a charlar tan tranquila con Ted mientras Lyle le preparaba unas tortitas y Caro unos huevos para Ted. Entonces llegó Annabelle con el bebé y Benjie con los perros y Caro decidió preparar huevos para todo el mundo. Era un poco como vivir en un hotel o en un internado. Pero en cuanto superó el momento inicial de adaptación, Ted descubrió que aquello le gustaba mucho.

—Disculpadnos por haberos interrumpido el desayuno —dijo Lyle, sentándose a su lado y mientras Devon se ponía a charlar con Benjie.

—Es divertido, la verdad —replicó Ted con una sonrisa, pensando que la situación añadía una dosis de realidad a su romance.

—Cuando éramos pequeños todo esto era maravilloso. Nuestra madre hacía que cada día fuese una aventura. A veces, a la gente de fuera le cuesta entenderlo. Mi exmujer odiaba todo esto. Decía que era como apuntarse al ejército. Y la verdad es que sí se le parece un poco.

—Mi padre murió cuando yo tenía dieciséis años —explicó Ted—. Me crie solamente con mi madre y mi hermana, que es como Benjie. En nuestra casa reinaba el silencio. Y la soledad. Mi madre nunca ha llegado a recuperarse del todo de la muerte de mi padre y mi hermana no es tan extrovertida como Benjie. Pero esto de aquí es como un bufet de vida, de gente y de experiencias. Siempre hay alguien con quien charlar y hacéis que «los de fuera» nos sintamos muy bienvenidos.

—Eso es porque eres buena persona y nos gustas, y porque te portas bien con mi hermana. Si fueras un cabrón, seriamos terribles contigo —dijo Lyle.

Ted se echó a reír y se inclinó para darle un beso a Caro delante de todo el mundo. El fin de semana que acababan de pasar juntos los había hecho ser más abiertos con sus sentimientos.

Ted y Caro se marcharon juntos a trabajar. Él la siguió escaleras abajo y la paró al llegar a la calle para estrecharla entre sus brazos.

—Por si se me había olvidado decírtelo, Caroline Whittier, te quiero. —No se lo había dicho antes—. Y también quiero a tu familia.

—Caray… Yo también te quiero. —Le sonrió—. Me gustaría que hubieras podido conocer a mis padres.

—Los he conocido —replicó Ted, sin soltarla—, a través de todos vosotros. Y, ahora, ya puedes largarte corriendo al trabajo. Luego te llamo. ¿Nos vemos esta noche?

Caroline respondió con un gesto afirmativo y le dijo adiós con la mano cuando pararon dos taxis distintos y pusieron rumbo hacia lo que hacían a diario y que tanto amaban. Estar juntos estaba otorgando un significado nuevo a sus vidas. Y aquello no era más que el principio.

—¿Has tenido un buen fin de semana? —le preguntó Charlie a Caro en cuanto ella pisó el despacho, incapaz de dejar de sonreír y de pensar en Ted.

—Mejor imposible.

Y se pusieron juntos a trabajar en serio, haciendo lo que más les gustaba.

17

Annabelle se reincorporó al trabajo la última semana de agosto y aterrizó rápidamente. La Semana de la Moda comenzaba el día después de la fiesta del Trabajo y Caro tenía un millón de cosas en las que Annabelle podía ayudarla. Los tejidos habían llegado a tiempo, gracias a Giorgio, que seguía aún de vacaciones en Cerdeña con Gloria. Tenía un yate en Porto Cervo. Caro había hablado varias veces con Gloria por teléfono. Y Gloria le había dicho que aquello era como estar en el cielo. Giorgio y ella estarían de regreso en Nueva York justo antes del fin de semana de la fiesta del Trabajo. Su romance había florecido más si cabe a lo largo del verano.

Annabelle estaba entusiasmada con el trabajo y entusiasmada asimismo con regresar a continuación a casa y ocuparse de su bebé. El pequeño dormía en la habitación de Annabelle y le daba allí las tomas de la noche. Durante el día, mientras ella trabajaba, Frieda y su sobrina se encargaban del pequeño.

En cuanto se reincorporó, Caro le ofreció a Annabelle un puesto permanente y con un sueldo más que respetable como su secretaria personal, pero, muy a pesar suyo, Annabelle rechazó la oferta.

—Me encantaría, pero no puedo aceptarlo. Tengo pensado volver a estudiar en enero. Trabajaré para vosotros hasta entonces, pero después de Navidad regresaré a la universidad para cursar el semestre que me falta. Ahora bien, si me lo permites, me encantaría

trabajar con vosotros en junio, una vez esté graduada. —Caro se sintió aliviada porque aquello era lo mejor que podía hacer su hermana pequeña y consideró que era la decisión más acertada. Estaría encantada de tenerla como secretaria personal en cuanto terminara sus estudios—. Pero, por el momento, soy toda tuya —añadió Annabelle—. Y ten en cuenta que solo estaré ausente durante cinco meses.

—Pues ya puedes mover el culo y ponerte a trabajar —le dijo Caro con cariño, pasándole una lista infinita de tareas.

Gracias a los preparativos de la Semana de la Moda, Ted obtuvo un asiento de primera fila como espectador de la loca vida de Caro. Trabajaba hasta las dos de la mañana cada día, a veces incluso hasta más tarde, y volvía a su despacho a las siete de la mañana, a veces incluso más temprano. Caro trabajaba en sus diseños hasta el último minuto, verificaba las muestras y elegía personalmente a las modelos. Charlie era el responsable de encontrar la localización, el productor y el diseñador encargado de la decoración. Y en el departamento de prensa y relaciones públicas estaban también hasta arriba de trabajo.

—Esto es peor que ser ginecólogo —dijo Ted una de las excepcionales noches que Caro pasó con él.

Solo estuvo en su cama tres horas y se fue. Cuando él tuvo un momento, le envió un mensaje de texto y ella tardó varias horas en responder. Quería que aquel desfile fuera el mejor de su vida, para que Giorgio se alegrase de haberse sumado al negocio. Estaban aumentando la producción y confiaban en recibir muchos pedidos después del desfile, puesto que la participación de Giorgio les daba

mayor credibilidad que la que tenían antes. Era para lo que Charlie y Caro llevaban once años trabajando.

Caroline quería que el desfile fuera perfecto.

La noche previa al gran día, Caro ni siquiera se acostó. Se pasó la noche entera en pie, verificando las muestras y probándoselas a las modelos que se pasaron también la noche en vela.

Hacia las dos de la mañana recibió un mensaje de Ted. Estaba en el hospital atendiendo el parto de una paciente. Caro lo había invitado al desfile y él se moría por asistir. El espectáculo se celebraría en un auditorio de gran tamaño que habían decorado con paredes de flores. Para la decoración, habían contratado a uno de los mejores especialistas de Francia y Caro le había reservado a Ted un asiento en primera fila, entre Lyle y Gloria. La familia siempre asistía a los desfiles de los gemelos. Charlie sería un blanco en movimiento y se encargaría de solventar problemas de última hora y de atender a la prensa de todo el mundo, mientras que Caro estaría entre bambalinas, verificando todos los modelos antes de que salieran a la pasarela. La tensión era alta cuando les dio el visto bueno y, una a una, como los chicles de una máquina expendedora, las modelos fueron saliendo a la pasarela vestidas con las creaciones de Caro y los fabulosos accesorios que había diseñado también para acompañarlos.

Ted había localizado a Lyle entre el gentío y se habían sentado juntos. Gloria llegó en el último minuto, como era su costumbre. Los seis hermanos Silvestri habían viajado finalmente a Nueva York y estaban sentados en el pasillo delante de ella. Giorgio le mandó un beso. Gloria lucía el precioso anillo de diamantes que él le había comprado en Milán. No era un anillo de compromiso, pero sí una

promesa de un futuro juntos y una joya espléndida. Aún no habían hecho planes, pero la relación avanzaba a buen a paso. Giorgio, que tenía planes de pasar seis meses al año en Nueva York, quería comprar un apartamento en la ciudad para los dos.

La luz general de la sala se apagó de repente y se encendieron los focos. Empezó a sonar una música sensual y las modelos salieron a desfilar por la pasarela; en más de una ocasión, el público irrumpió en aplausos ante algún vestido especialmente espectacular. Ted estaba pasmado viendo todo lo que Caro había creado y le dio un codazo a Lyle. Este siempre se quedaba atónito ante el talento de su hermana que, al finalizar el desfile, salió corriendo de detrás del escenario, vestida con vaqueros y camiseta, hizo un veloz saludo y desapareció al instante. Odiaba ser el foco de atención.

Al cabo de un rato, Caro volvió a salir, fue directa hacia Ted y lo besó.

—Ha sido increíble —dijo con orgullo Ted—. Eres un auténtico genio.

—Me mato a trabajar, es solo eso.

Tuvo que dejarlo para perderse de nuevo entre bambalinas. Le había prometido una entrevista al enviado de *The New York Times*. Ted abandonó entonces el auditorio acompañado por Lyle, mientras Gloria corría a reunirse con Giorgio, y Annabelle seguía ayudando a Caro. Benjie nunca asistía a los desfiles. No le interesaban y era un entorno demasiado caótico para él.

Caro y Charlie no pararon en todo el día y, al final, brindaron con champán con los Silvestri. Eran las siete de la tarde cuando Caro cogió un taxi para volver a casa y ducharse. Ted fue más tarde a verla. La encontró tumbada en la cama, mirando al techo, pensando

en el desfile y en todas las cosas que debería haber hecho de manera distinta. Pero, en términos generales, se sentía satisfecha. Había sido un desfile memorable.

Ted entró en la habitación. Caro sonrió al verlo y él se tumbó a su lado.

—¿Habías llamado a un médico? —dijo Ted, abrazándola—. El desfile ha sido magnífico.

—Espero que las críticas sean buenas —replicó Caro.

A través de Brady, Charlie había oído rumores de que, efectivamente, lo eran. Había sido un desfile espléndido.

—No sé cómo lo haces —dijo Ted—. Sin dormir y con toda esa locura. ¿De verdad merece la pena? —le preguntó; había sido testigo de lo agotador del proceso y del peaje que el desfile se había cobrado con Caro durante aquel último mes.

—Sí —respondió Caroline, sin dudarlo ni un instante—. Por supuesto. Amo mi trabajo.

—En este caso, sí merece la pena. —Ted sentía una pasión similar por la medicina—. ¿Quieres comer algo? —preguntó, pero ella negó con la cabeza.

—No puedo ni moverme y tengo que llegar pronto al despacho para ver a los Silvestri antes de que se marchen. Hemos quedado para desayunar con ellos. ¿Quieres pasar la noche aquí?

—Me encantaría, pero estoy de guardia. Mejor será que duerma en mi casa.

El apartamento de Ted estaba más cerca del hospital. Se quedaron un rato acostados el uno pegado al otro, hasta que Ted se dio cuenta de que a Caro se le cerraban los ojos. No podía mantenerlos

abiertos ni un minuto más. Hacía semanas que apenas dormía. Era un ritmo de vida de locos. Pero ella amaba cada minuto de esa vida.

Una semana después, la familia se reunió una tranquila mañana de domingo. El tema de la casa seguía aún pendiente. Y, como albacea testamentario, Lyle quería ver por dónde iban los tiros. En el transcurso de los últimos ocho meses, se habían producido cambios importantes en la vida de todos y quería conocer cuál era la postura actual de sus hermanos.

—Gloria, ¿qué pasa contigo? —le preguntó Lyle a su hermana mayor.

Gloria hablaba mucho sobre Milán últimamente y Giorgio se había convertido en una presencia constante en su vida. Dudó unos instantes antes de responder.

—Aún no tenemos nuestros planes definidos del todo. Giorgio quiere que pase más tiempo en Italia con él. Tengo intención de dejar mi trabajo a finales de año y ayudarle con las inversiones que tiene en Italia. A Giorgio le gustaría pasar seis meses aquí y seis meses allí, y yo quiero estar con él.

—¿Os vais a casar? —le preguntó Caro.

Se sentía muy feliz por su hermana. La vida de Gloria era mucho mejor ahora que en el pasado, antes de conocer a Giorgio. Ahora era claramente una mujer realizada.

—No lo hemos decidido todavía. Vamos a estar juntos, eso es lo único que sé. A Giorgio le gustaría tener un bebé. Yo no estoy tan segura.

—¿Y cuál es tu postura actual con respecto a la casa? —preguntó Lyle.

—Sigo pensando que tendríamos que venderla e invertir el dinero que obtuviéramos de la venta.

Su postura, por lo tanto, no había cambiado. Gloria no vivía allí y la casa de sus padres formaba parte de su pasado, no de su presente.

Lyle fue el que expresó su opinión a continuación.

—Me encanta vivir aquí con los niños, y ellos están también encantados. Pero creo que al final deberíamos tener nuestro propio apartamento. No tengo prisa, sin embargo. En seis meses, en un año, quizá incluso antes, si encuentro un lugar que nos guste, nos mudaríamos. Daphne quizá vendría a vivir con nosotros. Es todo lo que sé en estos momentos.

Charlie tomó la palabra, muy serio, como siempre era él en este tipo de circunstancias.

—Brady y yo queremos comprar algo entre los dos este año, de modo que acabaré mudándome más temprano que tarde. Pero sigo pensando que deberíamos conservar la casa para el resto de los hermanos y por lo que significa para todos nosotros.

—Yo no quiero mudarme —dijo Annabelle—. Y quiero que Preston se crie aquí, como hicimos nosotros.

—Eso resultaría muy caro —le recordó Gloria—. Es una casa muy costosa que mantener y gestionar.

—Amo esta casa —replicó simplemente Annabelle.

Caroline fue la siguiente en hablar.

—Vivo aquí. Quiero seguir aquí. No sé qué voy a hacer en el futuro. La relación entre Ted y yo es muy reciente. Y creo que vivir

juntos aquí es beneficioso para todos. Nos ayudamos y nos damos fuerza los unos a los otros. —Lyle hizo un gesto de asentimiento. Estaba de acuerdo con las palabras de su hermana. Todos estaban de acuerdo en ese sentido—. Y si Charlie se compra un apartamento con Brady, me decanto por vender nuestro loft en el SoHo y quedarme aquí.

—Solo quería conocer vuestra opinión —dijo Lyle—. Quizá un día vendamos la casa, o nos veremos obligados a hacerlo si nos sale demasiado caro su mantenimiento. Pero por lo que parece, ninguno de nosotros piensa mudarse por ahora, excepto Charlie. El resto queremos seguir aquí, aunque sea por un tiempo.

Benjie tomó entonces la palabra.

—Yo quiero quedarme. Rose y yo vamos en serio —dijo, muy circunspecto—. Nos gusta esta casa. —Todos sonrieron—. Dice Caro que puedo vivir con ella si nos mudamos. Y la madre de Rose dice que puedo vivir con ellos, así que, de acuerdo, pero si vendéis la casa me llevaré conmigo a Duke y Manchitas.

Por suerte, a Benjie ya no le daba miedo lo que pudiera pasarle si se vendía la casa.

Todos habían dado su opinión y, en realidad, nadie, excepto Gloria, quería vender la casa. Benjie sacó entonces una cajita del bolsillo de su pantalón y les enseñó a todos el anillo que pensaba regalarle a Rose por su cumpleaños. Era un corazoncito hecho con zafiros de color rosa.

—Lo he comprado yo solo, con mi sueldo. Es nuestro anillo de ir en serio.

Los padres de Rose le dejaban pasar la noche en su casa de vez en cuando y Caro era capaz de imaginarse a Rose viviendo con ellos

en un futuro. Tal vez cuando todos fueran algo más mayores. Todos vivían la vida de Benjie día tras día.

—Pues parece que, por el momento, deberíamos conservar la casa —dijo Lyle—. No estamos preparados para venderla. Podemos ir discutiéndolo a medida que evolucionen las cosas. ¿Qué os parece?

—Nos parece bien —dijeron todos al unísono.

La mansión de los Whittier seguía siendo su hogar y todos confiaban en que siguiera siéndolo durante el máximo tiempo posible. Las cosas podían cambiar. Caro y Ted habían hablado de vivir juntos en algún punto de su relación, pero no habían llegado todavía ahí. Por ahora, querían saborear lo que estaban compartiendo. Charlie había avanzado con Brady mucho más rápido de lo que Caro estaba dispuesta a hacerlo con Ted, y Brady parecía estar de acuerdo con ello y se llevaba bien con todo el mundo.

—Gracias por compartir vuestras opiniones —dijo Lyle, cerrando la reunión.

Por lo que parecía, Lyle sería el siguiente en abandonar la casa, después de Charlie, pero no tenía prisa y le gustaba que sus hijos vivieran allí, con toda la familia.

Finalizada la reunión, siguieron charlando, riendo, bromeando y preparando la comida entre todos. Ted y Daphne llegaron para sumarse a la comida y Benjie les enseñó también el anillo que le había comprado a Rose y los dos le dijeron que era precioso.

—Voy a adoptar otro perro para ella. Quiere uno. Ya he apuntado mi nombre en la lista de adoptantes de la protectora.

—Antes quizá tendrías que preguntar a los padres de Rose si les parece bien —le aconsejó Caro, y Benjie asintió.

La casa estaba segura por el momento. Querían seguir viviendo juntos. Caro se preguntó si siempre querrían seguir así. Se visualizaba viviendo en un apartamento con Ted algún día, y quizá incluso teniendo hijos. Pero todavía no. Su hogar seguía estando allí, con sus hermanos y su hermana, con sus sobrinos y su sobrina. La casa era el hogar de todos. El legado que sus padres les habían dejado seguía existiendo.

18

Los Whittier y sus respectivas parejas celebraron juntos la Navidad en la casa de su infancia y siguieron todas las tradiciones familiares. Los hombres fueron a comprar el árbol y las mujeres se encargaron de decorarlo. Celebraron una cena formal de Nochebuena en el comedor, los hombres con pajarita y las mujeres con vestido de noche, como siempre. Los hermanos habían conservado todos los recuerdos, los detalles y la forma de vida que habían compartido con sus padres. Era su primera Navidad sin ellos. El aniversario del fallecimiento de sus padres sería en tres semanas y a todos se les hacía todavía difícil creer que ya no estaban con ellos. Todos los hermanos derramaron más de una lágrima al rememorar algún recuerdo especial, o cuando llegó el pudin de Navidad flambeado que su madre tanto adoraba. Lyle trinchó el pavo como solía hacerlo su padre. Tommy acababa de cumplir once años y se había vestido con americana por primera vez, mientras que Caro le había comprado a Devon un vestido negro de terciopelo. Gloria le había comprado a Preston en Italia un precioso pelele también de terciopelo negro. Le encantaba comprar en Roma y en Milán. Giorgio y ella se habían prometido ya oficialmente y tenían planes de casarse en verano y disfrutar de su luna de miel en Venecia y luego navegando por el Adriático en el yate de Giorgio.

Lyle se había comprado un apartamento hacía unas pocas semanas. Había encontrado justo lo que buscaba, un sitio lo suficiente espacioso para vivir con los niños. Había que hacer algunas reformas y tenía pensado mudarse hacia marzo o abril, y Daphne iría a vivir con ellos. Amanda tenía planeado casarse en Las Vegas el día de Año Nuevo y, después, marcharse a vivir a Los Ángeles con su nuevo marido y su avión. Lyle y ella habían decidido que los niños se quedarían en Nueva York con él. Era lo que los niños habían elegido y también lo que quería Lyle. Amanda se contentaba con pasar un mes en verano con ellos y con alternar con su exmarido los breves periodos de vacaciones escolares. Su nuevo esposo tenía muchísimo dinero y Lyle había sido generoso con ella, con lo que al final no le había importado prescindir de la pensión alimenticia de los niños. Brady y Charlie se habían comprado también un apartamento y estaban encantados con su nuevo hogar. Se presentaron a la cena elegantemente vestidos de esmoquin. La pareja parecía estar funcionando de maravilla.

Annabelle retomaría sus estudios en tres semanas. Después del único semestre que le quedaba pendiente para graduarse, entraría a trabajar a tiempo completo con sus hermanos en CCW.

Caroline y Ted llevaban cinco meses saliendo. Habían hablado sobre el futuro, pero no estaban aún listos para hacerlo realidad. Todo funcionaba bien entre ellos hasta la fecha. Y todo era tan perfecto que no querían tentar a la suerte. Ted pasaba más noches en casa de Caro que en la suya, y se sentía cómodo en la mansión. Lyle y él habían entablado una buena amistad y Caro y Ted disfrutaban pasando tiempo con Charlie y Brady. Tanto Brady como Ted habían llegado a comprender lo que significaba estar enamorado

de un hermano gemelo. Siempre habría una relación adicional que sus respectivas parejas valoraban por encima de todo, aunque en sus corazones había espacio suficiente para dar cabida al amor de una pareja y de un hermano gemelo.

Benjie se había vestido también con esmoquin. Estaba guapísimo. Su relación con Rose lo había hecho madurar muchísimo. Rose compartía mesa con ellos y lucía un vestido de terciopelo de color rosa que Caro le había confeccionado y que le sentaba perfecto. Durante la cena sostuvo en su regazo una bolita de pelo blanco. Era una cachorrita de bichón maltés a la que habían abandonado y que la protectora había recogido. Tenía tres meses y Benjie se la acababa de regalar a Rose por Navidad. Rose le había puesto por nombre Nieve, como abreviatura de Blancanieves. Y no paraba de repetirle a todo el mundo que el anillo con el corazón de zafiros de color rosa que Benjie le había regalado con motivo de su cumpleaños hacía juego con el vestido que llevaba aquella noche.

Los gemelos levantaron las copas para brindar por sus padres. Los ojos de Caro se llenaron de lágrimas cuando miró a Charlie, que comprendía a la perfección cómo se sentía su hermana. Siempre sabía cómo se sentía. Caro miró a Ted, y Ted la rodeó con el brazo y la estrechó contra él. Había sido un año tanto bueno como malo, lleno de bendiciones y con una mesa repleta de caras nuevas. Y seguían conservando su casa. Annabelle había tenido un bebé y se había hecho mujer.

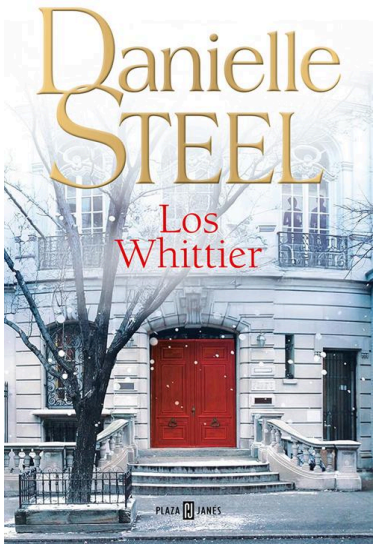
—¡Feliz Navidad a todos! —proclamó Lyle.

Y todos repitieron sus palabras y se preguntaron qué les traería el nuevo año. Aun en el caso de que no conservaran eternamente la casa, había desempeñado un papel esencial en la historia de cada

uno de ellos y lo seguiría desempeñando. Siempre sería un lugar lleno a rebosar de recuerdos de sus padres y de todos los hermanos, y de las nuevas personas que habían entrado en sus vidas, y de los hijos de todos ellos.

Se abrazaron todos antes de volver a tomar asiento. Duke, Manchitas y Nieve empezaron a corretear por el comedor, sin parar de ladrar, sin saber muy bien qué estaba haciendo aquella gente o por qué se abrazaban y reían. Una vez sentados, dieron comienzo a su cena de Navidad, iniciando de este modo nuevas tradiciones y honrando las de toda la vida. Preston y Connie se habrían sentido orgullosos de ellos.

Una historia inspiradora sobre los vínculos eternos de una familia inolvidable.



Preston y Constance Whittier han forjado juntos una vida feliz y han criado a seis hijos en su hermosa mansión en Manhattan. Ahora, con el nido casi vacío, es más fácil que nunca para ellos mantener su tradicional «luna de miel invernal», un romántico viaje de esquí en pareja.

Pero con el viaje de este año llega la tragedia y, de repente, los hijos de los Whittier se encuentran reunidos en la casa familiar sin sus padres por primera vez en su vida. El mayor, Lyle, atraviesa un momento crítico en su matrimonio y debe decidir si un divorcio sería lo mejor para él y sus dos hijos. El exigente trabajo de Gloria en Wall Street no le ha dejado tiempo para encontrar pareja, y a los treinta y nueve años se siente sola. Los gemelos, Caroline y Charlie,

comparten apartamento y un negocio en el mundo de la moda que no pasa por su mejor momento. Benjie, con necesitades especiales, y Annabelle, que sigue en la universidad y parece estar perdiendo el control de su vida, son los únicos que todavía viven en la casa familiar.

Los cuatro hermanos mayores se ven obligados a dejar de lado sus problemas personales y su dolor para mantener unida a la familia y apoyarse mutuamente. Vender la casa sería otra pérdida devastadora. ¿Existirá alguna alternativa, por poco convencional que parezca?

Danielle Steel es, sin duda, una de las novelistas más populares de todo el mundo. Sus libros se han publicado en cuarenta países, con ventas que superan los mil millones de ejemplares. Cada uno de sus lanzamientos ha encabezado las listas de best sellers de *The New York Times*, y muchos de ellos se han mantenido en esta posición durante meses.



Título original: *The Whittiers*

Primera edición: noviembre de 2025

© 2022, Danielle Steel
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2025, Isabel Murillo Fort, por la traducción

Diseño de portada: adaptación de la cubierta original de Lisa Amoroso / Penguin Random House Grupo Editorial
Imagen de portada: © Spiroview Inc / Shutterstock; © gremlin / Getty Images; © Olga Krämer / Alamy stock; © P. Spiro / Alamy stock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-01-03692-7

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @plazayjanes
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Los Whittier
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Sobre este libro
Sobre Danielle Steel
Créditos